Li Yu

La alfombrilla de los goces y los rezos

La alfombrilla de los goces y los rezos (la traducción literal del chino sería: La alfombrilla de rezos para meditar sobre lo carnal) apareció en 1657 y, como la mayoría de las novelas chinas de la época, se publicó con seudónimo, aunque siempre se supo que su autor era el

polémico ensayista, cuentista, novelista, poeta y dramaturgo Li Yu. Esta obra clásica del erotismo, y también una de las más célebres novelas chinas, circuló libremente desde su primera edición, durante los tres siglos siguientes, hasta la creación de la República Popular comunista en

1949. En 1990, se publicó, por primera vez en Estados Unidos, la versión íntegra en inglés de Patrick Hanan, profesor de literatura china en Harvard University, quien trabajó a la vez sobre un manuscrito que se conserva en el Instituto de Cultura Oriental de la Universidad de Tokio, y sobre la

edición impresa más completa, de la que la Harvard–Yenching Library tiene dos ejemplares. Para esta edición se ha tomado como referencia la de Patrick Hanan.

Aquí se cuenta la iniciación erótica de un joven estudioso del zen. Antes de tomar los hábitos, se embarca en una

irrefrenable vida libertina. Su aprendizaje le conduce a aventuras e intrigas amorosas que adquieren a la vez visos de comicidad y desastre, que convierten La alfombrilla de los goces y los rezos en un antecedente claro de Fanny Hill. Insaciable, el joven acumula proezas eróticas y, para mejor

ejercerlas, se somete incluso a una operación quirúrgica. Pero, pese a su reputación de escandalosa, la novela es una obra ambiciosa, con una sólida y rigurosa trama dramática, en la que el autor también reflexiona, con humor e ironía, sobre la sabiduría y el libertinaje como vías de

conocimiento del ser humano.

Li Yu

La

alfombrilla de los goces y los rezos

La sonrisa vertical 77

ePub r1.0

ugesan64 02.05.14

Título original: *The Carnal Prayer Mat*
Li Yu, 1657
Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

Nota del editor español

Hemos trabajado, para esta edición, a partir de la traducción al inglés del profesor Patrick Hanan, especialista en literatura china de Harvard University,

publicada en 1990 por Ballantine Books, Nueva York.

Hemos conservado la estructura y las notas del profesor Hanan, eliminando tan sólo aquellas que no eran pertinentes para una edición española.

Introducción

Lo primero que me atrajo de Li Yu fue su amor por la creación cómica. «En un sentido general», escribió una vez a un amigo, «todo lo que he escrito tenía la intención de hacer reír a la

gente». No se contentaba, como otros escritores, con hacer variaciones menores sobre los temas literarios al uso. Él sometía esos temas a una revisión drástica y creaba una nueva comedia propia, reivindicando todo el tiempo que su versión de la realidad era la auténtica y que todos los demás eran víctimas de un engaño. Así,

pertenece a esa raza de escritor cómico (rara en cualquier cultura) que descubre o inventa los términos de su propia realidad. (Se creía que Li Yu había nacido en 1911, pero según la genealogía del clan, el año es 1610. Murió a principios de 1680).

Presentaré dos ejemplos obvios, ambos más

descubrimiento que invención. En su perfil más general el argumento de una comedia romántica china consistía en un joven apuesto con brillantes dotes literarias que se enamora de una joven hermosa y talentosa con la que, después de superar una serie de vicisitudes, se casa. Hacia el siglo XVII se habían escrito,

siguiendo esta forma, innumerables relatos y piezas teatrales, en algunos casos obras maestras. Pero Li Yu no quiso tener nada que ver con todo eso. En su primera pieza (u ópera, se le pueden aplicar ambos términos), Lianxiang ban*, un título que podríamos traducir libremente como* Mujeres enamoradas*, adaptó la*

fórmula y la aplicó —por primera y quizás única vez en la historia de la literatura china— a una relación amorosa entre dos mujeres. Finalmente las amantes se unían como esposas del mismo hombre, en la única solución que tenían a su alcance. De manera similar, en la colección Wusheng xi, [Operas silenciosas] *hay un*

relato sobre un amor entre dos hombres que extrae su mérito cómico de la forma en que establece su paralelo con un perfecto matrimonio heterosexual desde el noviazgo hasta la viudez. También en su novela Rou putuan [La alfombrilla de los goces y los rezos] *abundan ejemplos de creación y descubrimiento cómicos.*

Li Yu acentuó, más que cualquier otro escritor anterior, el descubrimiento y la creación, junto con la virtud implícita de la originalidad. «La cualidad de innovar es un término de aprobación para todas las cosas en el mundo, pero sobre todo para la literatura», escribió. Copiar es tabú, por supuesto, incluso

de los antiguos, pero también lo es hacerse eco de otros escritores, y no meramente de otros escritores sino también de uno mismo; no nos está permitido siquiera hacernos eco de nosotros mismos... Un ideal posible que ni el mismísimo Li Yu llegó a cumplir.

Trasladó su pasión por la creación literaria a la vida.

Fue diseñador e inventor práctico además de escritor, y sus ensayos resuenan con el estribillo ligeramente burlón de: «¿No es curioso que el mundo tuviera que esperar a Li Yu para que se inventara esto?». Una versión del mismo se presenta también en el Capítulo décimo de la presente novela, después de que Véspero haya

demostrado su savoir–faire *con las almohadas: «Todos conocen el principio general, pero [...] esa fórmula particular nunca se ha entendido con anterioridad». Tan vehemente era la pasión de Li Yu por la novedad que también gustaba de impresionar a sus lectores con efectos sensacionales.*

Otra cualidad singular es

su voz o persona. En rigor, Li Yu no tenía una voz, sino un abanico de voces, sobre todo humorísticas, que empleó tanto en la ficción como en el ensayo. En la novela tradicional china el narrador siempre había sido una fuerte presencia vocal, en vaga simulación de un cuentista oral, y Li Yu explota esa convención… manipulando

abiertamente la narrativa, comentando la acción, dirigiéndose a los lectores como si conformaran el público, e incluso respondiendo a preguntas planteadas por un miembro ficticio de esa audiencia. Un pasaje del Capítulo primero de su novela ejemplifica esta última convención: «Narrador, dado que deseas

que la gente reprima sus deseos lujuriosos, ¿por qué no escribir un tratado que promueva la moral?», «Amables lectores (o público), hay algo que evidentemente desconocéis…».

La diferencia consiste en que Li Yu sustituye con una voz propia la del narrador tradicional. Todo novelista

chino tenía que hacer alguna adaptación con la figura del narrador tradicional — podría escribirse una historia del género en términos de sus adaptaciones —, pero la solución de Li Yu fue la más personal y quizá la más satisfactoria. Fue célebre por su ingenio y erudición en la vida, y me permito sugerir que logró

crear en la voz de su narrador ficticio un perfecto correlativo literario de su erudición e ingenio orales.

Muy poca gente comprende que en China existía una tradición vivida de la ficción erótica, especialmente en los siglos XVI y XVII En mi opinión, se trataba de una tradición

superior a sus contrapartidas algo posteriores de Inglaterra y Francia. Huelga decir que Fanny Hill *es un pequeño milagro, pero parece un milagro precisamente por ser un caso aislado; las novelas de Sade,* como ficción, *en el mejor de los casos son de segunda categoría: cargadas de filosofía además de*

crueldades y blasfemias absurdas. Por contraste, en China se escribieron varias novelas de innegable mérito. Jin Ping Mei [El loto dorado] *sólo es un miembro parcial del género, siendo también mucho más. Si existe un ejemplo clásico de la novela erótica china, es sin la menor duda* La alfombrilla de los goces y los rezos *de Li Yu.*

Está en la naturaleza de la ficción erótica la exploración de territorio prohibido. En China eso significaba adulterio y no desfloración, como en el género europeo correspondiente. (En Europa el adulterio quedaba para la novela burguesa). El motivo es claro: el adulterio violaba la ética marido–esposa, una

de las obligaciones sociales fundamentales del confucianismo. En una moral centrada en la familia, era la elección natural como pecado capital, pero, justamente por la misma razón, también planteaba una intolerable amenaza a la sociedad. Las aventuras adúlteras libertinas pueden encandilar al lector con su

vislumbre del placer prohibido, pero en última instancia tienen que fracasar. *A diferencia de los apóstoles occidentales del erotismo —desde Sade hasta Lawrence—, para el escritor chino la sexualidad era un impulso destinado a sucumbir cuando chocaba con los valores sociales. Por eso los libertinos chinos suelen ser*

objeto de sátira... como sin duda lo son en La alfombrilla de los goces y los rezos. *Y esto también explica por qué las novelas chinas suelen terminar con el castigo y arrepentimiento del libertino.*

Sin embargo, aunque la aventura del libertino pueda encaminarse al desastre, es evidente que las novelas eróticas no pueden tomarse

por su valor nominal como las crueles advertencias que pretenden ser. Pese a su obsesividad, la aventura libertina se nos presenta con tanto entusiasmo que sin duda estamos condenados a disfrutarla. Sugiero que existe una inevitable —y artísticamente justificable— tensión en gran parte del arte visual y literario en el tema

erótico. En la ficción china al menos, el lector interpreta el papel de voyeur *además del de juez mientras ve desplegarse la historia, observando, tanto con placer como a modo de presagio, su exploración del territorio prohibido y su ineludible desenlace.*

El vehículo del castigo varía de una novela a otra.

Uno muy corriente es la retribución según la doctrina del karma, es decir el castigo en la próxima vida por pecados cometidos en esta. En el Capítulo segundo de La alfombrilla de los goces y los rezos, *Li Yu da el extraordinario paso de introducir al sacerdote budista Pico Solitario para explicarnos esta noción. El*

sacerdote la llama retribución «del otro mundo», y la compara con la retribución «de este mundo» mediante la cual los pecados se pagan en esta vida. El segundo tipo de retribución es una antigua noción popular no relacionada con el budismo propiamente dicho. (Las perspectivas de la novela son ecléctica:

abarcan el Cielo, el Principio del Cielo, al Creador y los antiguos sabios, además del propio Buda). El sacerdote prosigue citando el adagio: «Si no seduzco a las esposas de otros hombres, mi esposa no será seducida por otros», y luego lo erige en un principio general según el cual las esposas e hijas de un

adúltero están condenadas a «redimir» los pecados de este con los propios, característica en la que Li Yu revierte a una antigua idea.

La retribución fascinaba al novelista chino, y nos resulta fácil comprender el motivo: le permitía elaborar la experiencia humana en formas más novedosas y significativas. No necesitaba

creer en la posibilidad real de la retribución metafísica, pues tanto él como sus lectores la aceptaban como parte de la maquinaria de causalidad en la ficción. Pero, aunque el propio Li Yu adopta bastante agradecido la trama de la retribución en La alfombrilla de los goces y los rezos, *no puede reprimir su escepticismo al respecto,*

como atestigua el debate entre el protagonista y el sacerdote en el Capítulo segundo. Cuando se lee a Li Yu siempre debe tenerse en cuenta la posibilidad de automofa.

Casi todas las cualidades típicas de la novela erótica se encontrarán en La alfombrilla de los goces y los rezos *a menudo en forma*

exagerada: la empedernida cuantificación del sexo, característica quizás extraída de los manuales sexuales; la fascinación por la sexualidad de las mujeres; el énfasis en el tamaño del pene, en el que la idea de Li Yu sobre el implante animal súpera a cualquier otro novelista; los juegos frívolos, los pequeños celos, y las

venganzas que preocupan a los personajes; e incluso la orgía, donde la fiesta de vino y naipes de Li Yu vuelve a dejar deslucidos a los demás escritores.

Al mismo tiempo, La alfombrilla de los goces y los rezos *da un lugar mucho más destacado a las advertencias contra el libertinaje; el Capítulo segundo empieza*

con el debate entre el libertino y el sacerdote, y el Capítulo vigésimo con el arrepentimiento y redención del primero. Li Yu recurre al budismo como la alternativa ascética del libertinaje, y también como un medio fácil de expiación. Asimismo, en comparación con las otras novelas su lenguaje no es lúbrico; se inclina más por lo

obsceno que por la sensualidad. Tampoco las técnicas sexuales que describe son especialmente sorprendentes en comparación con las pautas de otras novelas.

Sus valores fundamentales —la novedad y el ingenio estructural— son evidentes desde el principio hasta el fin, y no es necesario

detallarlos aquí. De todos modos han sido adecuadamente descritos en las críticas. (Las «críticas» son breves pasajes que siguen a cada capítulo y señalan sus implicaciones morales y la técnica literaria). Pero una cualidad que debe destacarse es su capacidad digresiva, que en la crítica del Capitulo quinto

merece una mención especial. Aunque otros novelistas apelan al discurso en sus prólogos, lo abandonan una vez que comienza la narrativa, para no confundir al lector. No obstante, Li Yu alterna el discurso y la narrativa a lo largo de toda la novela para encanto del lector. La crítica apunta correctamente a la

digresión como uno de los rasgos más impresionantes de la novela. Li Yu no sólo cede todo el Capítulo primero a una discusión sobre sexo en la sociedad, junto con un panorama de los objetivos y métodos de su libro, sino que constantemente interviene como narrador para explicar un principio o dar una razón,

con frecuencia presentando un diálogo simulado con sus lectores. A veces, las intervenciones intentan tomarle el pelo al lector, sobre todo cuando ocurren inmediatamente antes o durante el encuentro sexual. Pero con mayor frecuencia surgen de la irreprimible obscenidad inventiva de Li Yu. Las opiniones son suyas,

no de algún narrador generalizado; de hecho algunas de ellas nos recuerdan las ideas que encontramos en sus tan personales ensayos, agudos e ingeniosos.

El Capítulo primero es una innovación extraordinaria, pues allí Li Yu nos ofrece un enfoque personal del sexo. Es el

ensayista Li Yu quien habla, mientras nos ofrece un enfoque razonable, aunque reductor, que nos prepara para las dos actitudes contrastantes presentadas en el capítulo siguiente: el libertinaje de Véspero y el ascetismo del sacerdote. Así, las visiones razonables de Li Yu dominan la novela, aunque su narración

concluye con una nota ascética. Pero ¿pretende haber resuelto la tensión entre el deseo erótico y los valores sociales y morales? Nada de eso. El epílogo de su último capítulo evidencia que considera tal tensión como una parte permanente de la condición humana.

Sin embargo, la mayor diferencia entre La

alfombrilla de los goces y los rezos *y otras novelas eróticas reside en su incondicional espíritu cómico. Las obras suelen dejar lugar a la obscenidad, incluso en los momentos más intensos, y al menos una de ellas se narra en tono retorcido y semihumorístico, pero ninguna es tan obviamente cómica como* La alfombrilla

de los goces y los rezos, *motivo por el cual la he etiquetado de comedia sexual. Cierto es que parte del humor resulta «salado»; Li Yu siempre fue reacio a dejar pasar una idea cómica, y algunas de sus ideas funcionaban mejor que otras. Como señala la última crítica, «¡Este es un libro que se burla* de todo*!». Pero*

la novela en su conjunto —según el momento humorístico, ingeniosa, desenfrenada, vulgar, chocante— sigue siendo la comedia esencial sobre ese tema prohibido: el deseo sexual no reprimido y sin límites en la sociedad.

La alfombrilla de los goces y los rezos *fue escrita*

a principios de 1657 y, como la mayoría de las novelas chinas, se publicó con pseudónimo. (Para este libro, tal vez en virtud de su naturaleza polémica, Li Yu escogió uno nuevo). En ese momento se encontraba en Hangzhou, ganándose la vida como escritor. Sus piezas teatrales u óperas, con el audaz sello de comedia

sexual, habían provocado gran agitación y sus relatos —había aparecido el segundo volumen de Operas silenciosas*— también eran muy populares, tanto que, en realidad, muy pronto fueron publicados en ediciones piratas.*

Durante los tres siglos siguientes, La alfombrilla de los goces y los rezos *fue*

prohibida muchas veces, aunque generalmente en vano. Sobrevive únicamente una docena de ediciones de los siglos XVIII y XIX, algunas en un solo ejemplar; por tanto, parece probable que en algún momento existieran más ediciones. La novela ha circulado libremente en Japón desde que en 1705 se publicara en este país una

versión abreviada (aunque no expurgada), adaptada para los lectores japoneses. La alfombrilla de los goces y los rezos *circula ahora en varios países de lengua china, pero no en China propiamente dicha, donde se la considera inadecuada, no sólo para el lector común, sino incluso para el erudito. La anterior generación de*

eruditos chinos, quienes sí *leyeron la novela, reconocieron sus méritos literarios aunque deploraron el tema.*

La primera edición se ha perdido, pero sabemos mucho de ella gracias a una copia manuscrita y a las demás ediciones. Al igual que las ediciones de relatos de Li Yu, debió de ser una edición en

fina xilografía con ilustraciones de un importante ilustrador de la época. La portada atribuía la autoría de la novela a un tal «Maestro Secretos de Pasión». El prefacio, con una fecha correspondiente a 1657, fue escrito por un amigo que vivía en Hangzhou, quien empleó el seudónimo budista de «Lego

Eterno Absoluto». Curiosamente, la tabla de contenidos y la primera página del texto, lugares donde normalmente se repetía el nombre del autor, presentan un pseudónimo diferente: «Compuesto por el Hombre del Camino (budista) que, Después de Volverse Loco de Pasión, Retornó al Auténtico Camino

Comentado por un Amigo de la Sociedad que, Después de Morir de Pasión, fue Restituido a la Vida».

Amigo de la Sociedad *significa miembro de la misma sociedad literaria. Es posible que el comentarista fuese Sun Zhi, un escritor y amigo íntimo de Hangzhou, que escribió prefacios a algunas piezas teatrales de*

Li Yu, en una de las cuales firmó como Hermano de la Sociedad.

Al igual que otras novelas chinas publicadas en la época, La alfombrilla de los goces y los rezos *contenía sus propios comentarios, de dos tipos: las críticas que hemos mencionado, además de notas en el margen superior que comentan*

expresiones o pasajes específicos con frecuencia en un estilo impertinente o humorístico. Estas notas no aparecen en las ediciones, sino únicamente en el manuscrito.

Aunque el Amigo de la Sociedad *era nominalmente responsable de todas las críticas y notas, es muy probable, a juzgar por la*

naturaleza y el tono, que algunas hayan sido escritas por el propio Li Yu.

La novela comparte las características de la novela china tradicional. Cada capítulo comienza por un par de encabezamientos hermanados que apuntan a su contenido. A continuación aparece un poema o poema lírico (un género poético

distinto con versos de métrica irregular) que refleja el tema del capítulo. Dentro del capítulo hay aquí y allá poemas, poemas líricos y fragmentos señalados (pasajes sin rima de estricto paralelismo) que comentan la acción o describen una escena. El capítulo concluye con algunas observaciones anticipatorias. Típicamente,

los capítulos de Li Yu terminan con un epílogo que refleja de manera humorística el progreso de la novela.

No existe un buen texto de la novela; todas las publicaciones razonablemente bien editadas resultaron ser formas abreviadas. El texto

más completo es un manuscrito conservado en el Instituto de Cultura Oriental de la Universidad de Tokio. Es el único que contiene la fecha de 1657 y las notas en el margen superior, motivo entre otros por el que considero que su copista utilizó una copia manuscrita de la edición original de Li Yu. Al hacer la presente

edición me he basado en este manuscrito y también en la edición impresa más completa, que se identifica mejor por su formato de página (diez columnas de veinticinco caracteres cada una). La Biblioteca Harvard–Yenching de Harvard University posee dos de las varias copias que todavía existen.

Patrick Hanan

Capítulo primero

Usa la lujuria para poner punto final a la lujuria;
inicia el camino del sexo tratando el tema del sexo.

Poema lírico:

Los cabellos azabache
rápido encanecen,
las mejillas rubicundas
pronto quedan
atrás.
El hombre no es eterno
como el pino…
Su fama y su fortuna, en
constante fluir,
vuelan en la ráfaga
destructora de las
flores,
¡Qué triste si el joven es
privado del placer!
(De las cortes de amor el

viejo es arrojado).
De modo que cuando
oigáis el canto de la
sirena,
jóvenes maestros,
corred a gozar de las
multitudinarias
flores.

Un auténtico paraíso en
la Tierra,
dadas las circunstancias,
se descubre en la
dicha de la alcoba.
Allí comienza el placer y
cesan los

conflictos.
Los días pasan en
delicado reposo; las
noches,
en embriagado sopor
hasta la campana.
Abre los ojos y toma esto
a pecho:
el mundo entero es
una vasta obra de arte
erótico.

Esta letra, con la melodía de *La fragancia que colma la*

estancia, nos indica que nuestras vidas estarían tan cargadas de trabajos y preocupaciones —tanto como para no dejarle lugar al placer…— si el Sabio que separó el Cielo de la Tierra no hubiese creado en nosotros el deseo de intercambio sexual para aliviar nuestras fatigas y preocupaciones y salvarnos

de la desesperación.

En el lenguaje moral de los seguidores a ultranza de Confucio, las asentaderas de la mujer son la entrada a través de la cual ingresamos en el mundo y la salida mediante la cual lo abandonamos. Pero los hombres sabios consideran que, sin esas asentaderas, nuestro cabello se volvería

blanco unos cuantos años antes, y nuestra muerte llegaría antes a nosotros. Si dudas de su palabra, piensa cuán pocos sacerdotes hay cuyo cabello no se les haya vuelto canoso a los cuarenta o a los cincuenta años, y cuyo cuerpo no haya sucumbido por completo a los setenta o a los ochenta. Claro que podría objetarse que, aunque los

sacerdotes se hayan ordenado, aún tienen un camino abierto, ya sea mediante el amancebamiento o mediante relaciones con sus discípulos, pero pueden no ser más idóneos que el lego para conservar sus energías vitales, lo cual explicaría por qué no viven hasta la ancianidad.

Pero, si bien eso es cierto,

considera también el caso de los eunucos en la capital, que, lejos del amancebamiento, han perdido incluso el avío básico para hacerlo, y, lejos de tener relaciones con sus discípulos, carecen incluso de motivos para tales asuntos. En teoría, deberían conservar su aspecto delicado y juvenil durante una vida de

varios siglos. ¿Por qué, entonces, tienen aún más arrugas que todos los demás? ¿Y por qué su pelo encanece más temprano todavía? Abuelos deberíamos llamarlos, aunque la verdad es que se parecen más a las abuelitas. En la capital se ponen placas conmemorativas para honrar a gente corriente que ha

vivido hasta una edad avanzada, pero jamás se ha erigido un arco centenario en honor a un eunuco.

Parecería así que la actividad que denominamos sexo no es dañina para la humanidad. No obstante, dado que la *Materia médica*, publicada en 1593, no la incluyó, carecemos de una explicación definitiva.

Algunos sostienen que el sexo es bueno para nosotros, otros afirman que nos hace daño. Si comparamos ambos puntos de vista a la luz del argumento anterior, debemos llegar a la conclusión de que es beneficioso. De hecho, sus efectos medicinales se parecen íntimamente a los del *ginseng* y el acónito, dos sustancias con las cuales

puede intercambiarse. Pero aquí debemos hacer una matización. Aunque potentes tónicos, el *ginseng* y el acónito sólo deberían tomarse en pequeñas dosis y durante largos períodos. En otras palabras, deberían tratarse como medicina, no como alimento. Cuando se las toma indiscriminadamente, sin

considerar la dosis ni la frecuencia, pueden resultar fatales.

Pues bien, el sexo tiene exactamente las mismas ventajas y desventajas. El uso a la larga da por resultado el refuerzo mutuo del *yin* y del *yang*, en tanto que un uso excesivo pone en conflicto a los elementos agua y fuego. Utilizado como medicina, el

sexo nos alivia de la emoción contenida; pero, utilizado como alimento, disminuye nuestro semen y nuestra sangre.

Si la gente supiera utilizarlo como una medicina, lo abordaría con cierto grado de desapego, paladeándolo, pero sin llegar a la adicción. Antes de aventurarse en el sexo, la

gente reflexionaría: «Es una medicina, no un alimento. ¿Por qué aficionarse tanto?». Si hicieran esto, su *yang* no sería demasiado exuberante ni su *yin* demasiado deprimido. Nadie moriría prematuramente y, más aún, ninguna muchacha quedaría sin marido y ningún hombre sin esposa, lo que contribuiría sustancialmente

a la institución del Gobierno Real, que preconizaba el filósofo Mengs–Tsê[1].

Pero hay que considerar otra cuestión. Las propiedades del sexo como medicina son las mismas que las del *ginseng* y el acónito en todos los sentidos salvo en la localización en que ocurre y el criterio mediante el cual se lo selecciona; en estos dos

sentidos hay características opuestas en las que deberían instruirse los usuarios. En el caso del *ginseng* y el acónito, la variedad *genuino* es la superior, mientras el producto *local* no produce beneficios, en tanto que en la actividad sexual la variedad local es superior y la genuina no sólo no produce beneficios sino que incluso

puede hacer daño.

¿Qué quiero decir con *producto local* y *variedad genuina*? La expresión *producto local* se refiere a las mujeres que ya posees, tus propias esposas y concubinas; no necesitas buscar más allá ni gastar tu dinero; limítate a coger lo que tienes al alcance de la mano. Nadie te detendrá; no

importa cómo decidas dormir: no hay motivo de alarma, llame quien llame a tu puerta. El sexo, en esas circunstancias, no perjudica tus energías vitales, incluso beneficia tu altar ancestral. Si un solo encuentro da por resultado tal armonía física, sin duda estaremos de acuerdo en que el sexo nos hace bien.

La *variedad genuina* se refiere al aspecto de encandilamiento y fascinación que sólo se encuentra en el tocador de las casas de los ricos. Así como la suave ave de corral carece del refrescante resabio del ave de caza, el aspecto desmejorado de nuestras esposas no puede compararse con la juventud y el embeleso

de estas avecillas de tocador. Cuando pones los ojos en una muchacha de esta clase, sueñas con ella; te esfuerzas por ganarla a toda costa; haces avances, a los que siguen regalos; escalas muros para citas secretas o gateas por túneles para declarar tu pasión. Pero, por envalentonado que estés por la lascivia, seguirás aterrado

como un ratón; aunque nadie te haya visto, siempre creerás que llega alguien; sudarás más por miedo que por amor, y el semen rezumará por todos tus poros. El deseo de amor excede al espíritu heroico; cuando te encuentren cometiendo adulterio, perderás la barba y las cejas. Una zambullida en el abismo acabará en

espantoso desastre. En el otro mundo habrás destruido tu crédito moral; en este habrás quebrantado la ley y serás condenado a muerte. Como no quedará nadie para pagar tu delito, tu esposa tendrá que seguir viviendo y desarrollar sus propios deseos, comprometiéndose en una conducta impúdica y produciendo todo tipo de

daño: una tragedia insoportable. En el caso del sexo es obvio que por ningún motivo debe sacrificarse lo cercano por lo lejano, lo basto por lo delicado, ni desdeñar lo común para buscar lo raro.

El autor de esta novela, en su empeño por exponer la doctrina, se ha visto motivado únicamente por la

compasión. Abriga la esperanza de persuadir al lector de que reprima sus deseos, no de que los consienta; su objetivo consiste en mantener oculta la lascivia, en modo alguno divulgarla. Amable lector, por ningún concepto debes interpretar erróneamente esta intención suya.

Narrador, dado que quieres que la gente reprima sus deseos lujuriosos, ¿por qué no escribir un tratado que promueva la moral? ¿Por qué escribir una novela erótica?

Amable lector, hay algo que evidentemente desconoces. Cualquier

método para cambiar las costumbres al uso debe parecerse a la forma en que Yu el Grande controlaba las inundaciones: canalizar las corrientes en una dirección segura es la única forma de tener audiencia. En estos tiempos la gente es reacia a leer textos canónicos, pero adora la ficción. No toda la ficción, te lo aseguro, pues

están hartos de temas moralizantes y prefieren con mucho los obscenos y los fantásticos. ¡Cuán bajo ha caído la moral contemporánea! Cualquier interesado en la moralidad pública querrá invertir la situación, pero si escribes un opúsculo moral exhortando a la gente a la virtud, no sólo nadie lo comprará, aunque lo

imprimieras, lo encuadernaras y lo distribuyeras gratuitamente junto con una esquela halagadora, a la manera en que los filántropos regalan las escrituras budistas al público, sino que la gente despedazaría el libro y utilizaría las hojas para tapar las jarras de vino o encender las pipas y se negaría a

concederle una sola mirada a su contenido.

Se llega a una mucho mejor solución cautivando al lector con material erótico, y se aguarda luego un momento de interés absorbente para dejar caer de pronto un par de observaciones reprobatorias que le provoquen miedo y le hagan suspirar: «Dado que el

placer sexual puede ser tan delicioso, ¿no deberíamos reservar nuestros cuerpos amantes del placer para el goce a largo plazo en lugar de convertimos en fantasmas bajo el pimpollo de una peonía[2], sacrificando la realidad del placer por su mero nombre?». Luego esperas el momento en que se manifiesta la retribución y

suavemente deslizas una o dos palabras exhortativas para provocar la siguiente revelación: «Dado que el adulterio siempre se paga así, ¿no deberíamos reservar a nuestras esposas y concubinas para nuestro propio placer en lugar de tratar de dispararle a un gorrión con el perdigón inapreciable[3], devolviendo

préstamos sin valor con auténtico dinero?». Habiendo llegado a esta conclusión, los lectores no se descarriarán, y, si no se descarrían, apreciarán naturalmente a sus esposas, quienes a su vez los respetarán. La educación moral proporcionada por las canciones del Zhounan y el Shaonan no es, en realidad, más que esto: «adaptar la

acción al caso y el tratamiento al hombre». Esta práctica no sólo incumbe a los escritores de ficción; en verdad, algunos sabios fueron los primeros en emplearla en sus textos clásicos.

Si dudas de mí, fíjate en cómo Mengs–Tsê, en tiempos de los «estados guerreros», se dirigió al rey Xuan de Ki sobre el tema del

Gobierno Real. El rey estaba pendiente de los placeres sexuales y la búsqueda de las riquezas, y el Gobierno Real no figuraba entre sus aficiones, de modo que al discurso de Mengs–Tsê sólo dedicó una palabra superficial de alabanza: «Bien dicho». A lo cual Mengs–Tsê replicó: «Si Vuestra Majestad aprueba mi

consejo, ¿por qué no seguirlo?». «Padezco un verdadero suplicio», dijo el rey. «Adoro las riquezas». Con el propósito de despertar su interés, Mengs–Tsê le narró la historia del duque Liu y su amor a las riquezas, que se ocupa del tema de una administración frugal. Pero entonces el rey dijo: «Padezco otro suplicio: el

sexo». Con esta observación quería dar a entender que estaba interesado en convertirse en otro rey Jie o en otro rey Cheu[4]. Esto era equivalente a enviar a Mengs–Tsê una nota formal rechazando la idea global del Gobierno Real.

Ahora bien, si en lugar de Mengs–Tsê se hubiera tratado de un puritano, este

habría reconvenido severamente al rey en estos términos: «Desde tiempos inmemoriales los gobernantes nos han advertido contra la licencia sexual. Si al pueblo le gusta el sexo, perderá la vida; si a los grandes funcionarios les gusta el sexo, ponen en juego sus puestos; si a los señores feudales les gusta el sexo,

perderán sus estados; y si al Hijo del Cielo le gusta el sexo, perderá el Imperio». A lo cual el rey Xuan, aunque quizá no voceara en realidad sus sentimientos, sin duda habría respondido mentalmente en estos términos: «En tal caso, mi tormento ha penetrado tan profundamente que es incurable, y ya no te

necesito».

Empero, Mengs–Tsê no replicó así. Apeló, en cambio, a la historia de la pasión sexual del rey Tai, para atraer el interés de su monarca y excitarlo tanto que no viera la hora de levantarse. A partir del hecho de que el rey Tai llevaba a lomos del caballo a su bella consorte en sus correrías,

Mengs–Tsê dedujo que la pasión por el sexo que durante toda su vida mostraba el rey le impedía separarse de sus mujeríos por un solo instante. Tan disoluto gobernante sin duda tendría que haber perdido tanto su vida como su reino, pero este monarca practicaba un amor al sexo tan universal que permitía a todos los hombres

de su país llevar consigo a sus mujeres en las partidas y correrías; mientras él era feliz con su consorte, sus hombres podían ser felices con las suyas. Fue un caso de influencia moral ejercida por un rey que «llevaba consigo la primavera adonde iba y era generoso en todas las cosas». Todos se sintieron movidos a alabarlo y nadie se atrevió a

criticarlo.

Naturalmente, a partir de entonces el rey Xuan se mostró perfectamente dispuesto a practicar el Gobierno Real y nunca volvió a plantear el pretexto de «Padezco un verdadero suplicio». De lo contrario, muy bien podría haber puesto objeciones con manidas excusas como «me gusta el

vino» o «tengo mal carácter». Puede decirse sinceramente que la estratagema de Mengs–Tsê hizo «brotar un loto de entre las llamas», técnica en la que el autor de esta novela encontró su inspiración. ¡Ojalá todo el público lector comprara este libro y lo tratara como un clásico o como un texto de historia y no como una obra

de ficción! Todas sus apelaciones al lector son admonitorias o instigadoras, y debe prestarse mucha atención a su propósito subyacente. Sus descripciones de la cópula y de los placeres de alcoba sin duda rozan la indecencia, pero están destinadas a inducir al lector a seguir leyendo hasta el desenlace,

momento en el que comprenderá el significado del justo castigo y vigilará lo que hace. Sin estos pasajes el libro sólo sería una aceituna que, a pesar de su gustillo, resultaría demasiado agria para comerla simplemente y, por ende, inútil. Mis pasajes de descripciones sexuales son como el dátil que acompaña a la aceituna e induce a la

gente a seguir comiendo hasta alcanzar ese gustillo. Pero te ruego disculpes el tedio de este comienzo: la historia propiamente dicha empezará en el capítulo siguiente.

CRÍTICA

¡Qué incitante parece esta novela! Estoy seguro de que,

cuando la acabe, la totalidad del público lector la comprará y la leerá. Quienes quizá no lo hagan sean los puritanos. El auténtico puritano la leerá; sólo esa especie de falso puritano que trata de engañar a la gente con su rectitud no se atreverá a hacerlo. Por otro lado, se ha sugerido que, aunque los falsos puritanos no osen

comprarla, se las arreglarán para que alguien la compre para ellos y, aunque no se atrevan a leerla abiertamente, podrán hacerlo a hurtadillas.

Capítulo segundo

Un monje viejo abre en vano
su talego de piel,
pero un lego joven prefiere la
alfombrilla de los goces y los
rezos.

Poema:

Aunque el Mar del Deseo
no parezca
profundo,
como las Aguas
Frágiles[5], no
puede surcarse.
Podrás deslizarte ligero
como el vuelo de
libélula,
pero si tocas una ola
estarás perdido.

Nuestro relato nos cuenta cómo, en la era del Gobierno Pacífico de la dinastía Yuan, vivía en el monte Guacang un monje cuyo nombre religioso era Correcto–y–Célibe, y en la vida civil Pico Solitario. Antes de hacerse monje, se había distinguido como licenciado en la escuela de prefectos de Chuzhou. No obstante, también había dado

pruebas tempranas de inclinación por la vida religiosa. Cuando sólo tenía un mes y todavía llevaba pañales, balbuceaba sin cesar como un escolar que recita sus lecciones, dejando perplejos a sus padres. Un monje mendicante llegó a la puerta, vio al bebé que a medias lloraba y a medias reía en brazos de una

sirvienta, y después de escuchar atentamente declaró:

—¡Este niño está recitando el *Surangama Sutra*! Debe de ser la reencarnación de algún famoso *lohan* o predicador.

El monje imploró a los padres que le permitieran llevarse al bebé como discípulo, pero estos hicieron

caso omiso de sus palabras, considerándolas puras tonterías.

A medida que el niño crecía, sus padres le hicieron estudiar para presentarse a exámenes, pero, aunque era capaz de asimilar varias líneas de un solo vistazo, no ponía el corazón en el éxito mundano, y en varias ocasiones desertó de los

estudios de Confucio por los de Buda y sus padres tuvieron que castigarlo severamente para que retornara a aquellos. Obligado a hacer los exámenes, se graduó siendo todavía un muchachito, y más adelante empleó sus honorarios en ayudar a otros. Tras la muerte de sus padres, concluyó los tres años de luto

y luego distribuyó la totalidad de las valiosas posesiones familiares entre sus parientes. Para sí, sólo se quedó con un gran saco que contenía sus tablillas, un ejemplar del *Sutrapitaka*, y unas pocas cosas más; después se hizo la tonsura y vivió la vida de un recluso al tiempo que practicaba las virtudes budistas. La gente

ilustrada lo llamaba abad Pico Solitario, y otros le decían predicador Talego de Piel.

Se diferenciaba de otros monjes en que se abstenía no sólo del vino, de la carne, de la lujuria y la depravación, sino también de las tres actividades básicas de la vida monacal. ¿Cuáles supones que eran estas actividades?

1.º Pedir limosna.

2.º Explicar las escrituras.

3.º Residir en una montaña sagrada.

Cuando le preguntaban por qué no pedía limosna, Pico Solitario respondía:

—En general uno debe aproximarse al budismo a través de la abnegación, esforzándose por fatigarse

físicamente, limitándose en la comida hasta convertir el hambre y el frío en una amenaza constante. Una vez logrado esto, no surgirán pensamientos lascivos; y, si no surgen, la impureza dará paso gradualmente a la pureza, y a su debido tiempo uno se convertirá de manera natural en un buda. No es necesario recitar escrituras ni

entonar mantras. Por otro lado, si decides no arar tus propios campos ni tejer tu propia ropa, sino confiar en que los bienhechores te provean de alimento y vestidos, cuando estés bien alimentado y abrigado, querrás pasear a tu antojo y dormir en una cama blanda. Mientras paseas, tus ojos caerán en objetos de deseo, y

si duermes en una cama blanda, tendrás sueños y fantasías. No sólo no estarás en condiciones de estudiar el budismo con buenos resultados, sino que todo tipo de malas tentaciones llamarán espontáneamente a tu puerta. Por eso vivo de los frutos de mi trabajo y me abstengo de pedir limosna.

Cuando le preguntaban

por qué no explicaba las escrituras, Pico Solitario respondía:

—El lenguaje de las escrituras proviene de la boca de Buda y él es el único que puede explicarlas. Todo intento de interpretación popular es semejante a las divagaciones de un idiota, en las que cada capa de exégesis añade meramente otra capa

de deformación. En tiempos remotos, Tao Yuanming decidió no buscar una explicación pormenorizada de los textos[6]. Ahora bien, si un chino no se atreve a buscar una explicación detallada al leer un texto chino, ¿cómo un extranjero puede ser tan temerario como para tratar de interpretarlo? Yo no presumo de ser la

mano derecha de Buda; sólo espero escapar a su castigo. Por eso mantengo mi ignorancia para mí mismo y me abstengo de explicar las escrituras.

Cuando le preguntaban por qué había decidido no residir en una montaña sagrada, Pico Solitario respondía:

—Un budista practicante

no debe poner los ojos en ningún objeto de deseo, para que este no perturbe sus pensamientos. Ahora bien, objetos de deseo no son únicamente el placer carnal y el dinero. Una brisa fresca y agradable, una luna deliciosa, el melodioso canto de las aves, incluso un suculento renuevo de helecho…, cualquier cosa que encante o

arrobe, y nos deje poco dispuestos a renunciar a ella, es un objeto de deseo.

»Una vez que empiezas a vivir en algún paraje pintoresco, los espíritus de las montañas y los ríos estarán presentes para tentarte e inducirte a la poesía, de manera que nunca podrás dejar de lado la escritura. Y las ninfas del

viento y la luna perturbarán tus meditaciones y te harán mudar frecuentemente de posición en la alfombrilla de los rezos de medianoche. Por eso quienes se instalan en montañas sagradas para continuar los estudios de sus exámenes nunca los terminan, y también por eso a quienes van allí para dominar la doctrina les resulta tan

difícil purificar sus sentidos. Más aún, en todas las montañas sagradas hay mujeres que van a orar y caballeros que van a festejar. La historia de lo acontecido entre el monje Brillo de Luna y la joven Liu Cui es una advertencia de lo que puede ocurrir[7]. Por eso he descartado las montañas sagradas y he venido a vivir a

este lugar desolado, pues mi único propósito consiste en asegurarme de que nada de lo que vea u oiga obstaculice mi progreso.

Los que le preguntaban se sentían muy impresionados por las respuestas, pues a su juicio contenían nociones que nunca antes habían sido expresadas por un predicador eminente.

En virtud de estas tres abstenciones, Talego de Piel se hizo famoso a pesar de sí mismo. Pero, aunque allí se congregaban curiosos llegados de todos los rincones para recibir la tonsura, él no los aceptaba con facilidad, sino más bien insistía en examinar a los aspirantes para cerciorarse de que tenían una buena base

moral y habían renunciado a todo deseo mundano; si notaba la más ligera duda, los rechazaba de inmediato. Por tal razón, pese a los muchos años que llevaba en la orden, tenía muy pocos discípulos. Vivía solo junto a un torrente de agua de montaña, en una pequeña choza de techo de paja, construida con sus propias manos; comía lo que

él cultivaba y bebía el agua del arroyuelo. Escribió un par de pergaminos que sujetó a los montantes de su choza:

> Ningún reposo ni comodidad ha de encontrarse en el estudio del budismo: a través de los dieciocho infiernos debes abrirte camino.

No es cuestión sencilla entender el zen, ¿cuántos miles de alfombrillas de rezos has gastado?

Hasta en estos pergaminos podemos ver la mortificación de la carne a lo largo de toda su vida.

Un día de gélido viento otoñal, cuando los árboles se

despojan de sus hojas y el zumbido de los insectos llena el aire, el monje se levantó por la mañana muy temprano, barrió las hojas de su puerta, cambió el agua pura ante la imagen de Buda, añadió el incienso y, a continuación, colocando una alfombrilla de rezos en la sala central, se sentó en ella con las piernas cruzadas a

meditar. Por casualidad olvidó cerrar la puerta, y de repente entró un joven estudiante asistido por dos pajes. Su porte era este:

La expresión como el agua
: otoño,
figura como una nube
imaveral.
Rostro como el de Pan An,
cintura como la de Shen

ue.

La tez sin polvos, pálida
›mo la de una mujer,

suaves los labios, rosados
›mo los de una doncella.

Cejas tan largas como para
car sus ojos,

el cuerpo delicado que
›enas sustentaba su ropa.

Llevaba capa azabache de
epé de seda,

como una corona de jade a

ego con su cara.

Calzaba brillantes zapatos jos de seda,

y caminaba tan ligero como pisara nubes.

Estos versos describen la gracia y el encanto de toda su persona, y sin embargo apenas son un esbozo general. Si intentaras describir una a una las

diversas partes de su cuerpo, podrías escribir docenas de rapsodias y centenares de elogios, y aún así no les harías justicia. Pero, con la única excepción de sus ojos, los rasgos, aunque finos, no eran muy superiores a los de otra gente. Sus ojos, empero, eran extraordinarios. Extraordinarios en qué sentido, te preguntarás. La

respuesta es un poema lírico con la melodía de *La Luna sobre el rio del Oeste*:

Hendiduras finas como el
licado jade,
pupilas diáfanas como el
istal helado.
El contraste del negro y el
anco, una procaz
ntradicción,
Lenguas de fuego siempre

ı movimiento.

A la vista del hombre, ancas son,

negras a la vista de la ujer.

Por contraste, los ojos del ɔeta Rúan Ji carecían de ısión[8];

no eran espejo de jóvenes ɔnitas.

Este tipo de ojos son los

que se conocen comúnmente como lujuriosos. Quienes los tienen prefieren en general el mirar furtivo a la mirada directa, y la reservan para su especialidad, que es la de mirar a hurtadillas a las mujeres. Tampoco necesitan estar muy cerca. Incluso a cincuenta metros de distancia les basta con lanzar una ojeada a una muchacha para

saber si es o no hermosa. Si lo es, le harán un guiño. Si se trata de una joven honesta, de elevados principios, y pasa con la cabeza baja, sin mirar al hombre a la cara, el guiño caerá en terreno pedregoso. Pero si encuentran a una mujer de ojos lascivos, que comparte su propia debilidad, se intercambiarán los guiños, los ojos escribirán toda una

carta de amor, y ambos quedarán inexplicablemente enredados. Por tal razón, tanto para hombres como para mujeres, no es en modo alguno una bendición haber nacido con esos ojos, pues sólo conducen a la pérdida del honor y de la reputación. Si tus honorables ojos son de esta clase, amable lector, debes ejercer el mayor

cuidado.

En esta ocasión el estudiante entró e hizo cuatro reverendas ante la imagen de Buda y se inclinó otras cuatro veces delante del monje. Luego se levantó y permaneció a un lado, inmóvil y totalmente erguido. El monje, que ya había iniciado sus meditaciones, no podía

devolverle el saludo. Sólo una vez concluidos sus deberes dejó la alfombrilla de rezos e hizo cuatro profundas inclinaciones de cabeza. Después invitó al visitante a sentarse y le preguntó su nombre.

—Tu discípulo —dijo el estudiante— ha recorrido un largo camino para proseguir sus estudios en Zhejiang. Me

llaman Estudiante Véspero. Al enterarme de que el maestro es el monje más eminente de la época y un buda viviente entre el Cielo y la Tierra, he ayunado y observado las prescripciones, y he venido aquí a reverenciarlo.

Narrador, cuando nos dijiste ahora mismo que el

monje le preguntó su nombre, ¿por qué no dio el estudiante su nombre familiar y personal en lugar de un apodo?

Amable lector, debes entender que los intelectuales de finales de la dinastía Yuan mantenían ciertas prácticas más bien raras. Los hombres educados eran reacios a

emplear su nombre familiar y personal y se trataban en cambio por sus apodos. Así, todos tenían un apodo. Algunos se hacían llamar Erudito Tal, otro Sabio Cual, mientras otros se aplicaban el nombre de Maestro Lo–que–sea. En general, los jóvenes usaban la palabra *Estudiante*, los de edad mediana *Sabio*, y los ancianos *Maestro*. El

significado del apodo tenía varias connotaciones, indicativas de alguna pasión o predilección. El único requisito para escoger las palabras era que su significado fuera evidente para uno mismo; no era necesario que lo fuese para los demás.

Dado que el recién llegado estaba preocupado

por el sexo, y prefería la noche al día y las primeras horas de la noche a las últimas, al leer el verso «¿Qué hay de la noche? Véspero, el lucero de la tarde, marca la hora» del libro *Poemas clásicos*, sacó del contexto una palabra que le gustaba y adoptó el nombre de Estudiante Véspero.

Embarazado por el efusivo saludo del joven, el monje respondió con unas frases modestas.

Las verduras de la escudilla del monje estaban ya listas para comer. Dado que el visitante se había dado tan larga caminata, el monje pensó que debía de tener hambre y lo invitó a compartir su comida. Luego,

sentados frente a frente, comenzaron a hablar del zen, tema en el que ambos demostraron estar a la par. La razón de ello era que Véspero, además de ser sumamente inteligente, no sólo había preparado en profundidad los temas de sus exámenes, sino que también había abarcado los textos de las diversas religiones y

filosofías. Asimiló por completo las sutilezas del zen, que otros no habrían entendido incluso después de largas explicaciones, en cuanto el monje las mencionó. Aunque este no lo manifestó en voz alta, no pudo dejar de pensar para sus adentros: «¡Qué fina inteligencia tiene este hombre! Pero el Creador ha

cometido un desliz al dotarlo de esta forma corporal. ¿Por qué conjugar un corazón que está destinado al estudio de Buda con una hechura que lo llevará a acciones condenables? En su aspecto y conducta veo todas las señales de un sátiro notorio que, si no logro meterlo en mi talego de piel, hará estragos en las moradas de

las mujeres con sus amores clandestinos. ¡El Hacedor sabe cuántas mujeres serán seducidas por él en este mundo! Si nunca hubiese conocido a este perturbador, podría ignorarlo, pero ofendería el principio de la compasión si no tratara de detenerlo, por el bien de la humanidad. ¡Aunque la raíz del mal esté firmemente

implantada, al menos haré todo lo posible para desarraigarla!».

—Desde que puse mi corazón al servicio de la salvación de la humanidad —le dijo a Véspero—, estos ojos míos han observado a mucha gente. Podemos pasar por alto a esos estúpidos maridos y esposas que se niegan a volcarse en la

virtud. Pero hasta los eruditos que vienen aquí a estudiar el zen, al igual que los funcionarios que llegan para oír la doctrina, son novicios. Por lo general, para entender esta doctrina se necesita un tipo diferente de inteligencia que para entender el zen, siendo este mucho más difícil. La gente que entiende diez veces más

de lo que se le enseña en el confucianismo, esta misma gente, decía, sólo entenderá dos veces más al adentrarse en el budismo. De modo que me siento agradablemente sorprendido por tu percepción, digno hermano lego. Si la aplicaras al zen, puedes sustentar la esperanza de alcanzar una perfección cabal en el plazo de unos

pocos años. Para un ser humano nacido a una existencia terrenal, alcanzar la forma física es la parte fácil, la difícil es alcanzar un alma. El tiempo es fácil de soportar, lo difícil es llegar a ser un eón. Poseyendo la capacidad innata de convertirte en un buda, no debes emprender el camino de los demonios. ¿Por qué no

aprovechas este momento, en la flor de tu juventud, para liberarte de tu deseo sexual y hacer los votos como monje? Aunque soy de arcilla corriente, todavía puedo servir para sacar de ti cosas mejores. Si aceptas este compromiso y te provees de los frutos del Iluminado, después de tu muerte no sólo compartirás los beneficios

sacrificiales con otros monjes, sino que también escaparás al dominio de los demonios en el infierno. ¿Qué dices a esto, lego?

—Durante largo tiempo tu discípulo ha aspirado a recibir las órdenes —dijo Véspero—, y algún día sin duda lo haré, porque ahora tengo dos deseos insatisfechos de los que no

puedo liberarme. Mi intención consiste en volver y satisfacerlos mientras soy joven, para disfrutar de unos años de placer y asegurarme de no haber vivido mi vida en vano. Después habrá tiempo suficiente para la ordenación.

—¿Puedo preguntarte cuáles son tus dos deseos? —inquirió el monje—. ¿Puedo suponer que quieres hacer

justicia a tus estudios obteniendo un nombramiento en algún lugar próspero y pagar tu deuda con el Tribunal ganándote la gloria en tierras extranjeras?

Véspero meneó la cabeza.

—No busco la fama ni la gloria. Aunque se espera que lo intenten todos los hombres educados, los que alcanzan el éxito son superados

ampliamente por los destinados al fracaso. Hasta Liu Fen fue rechazado por los examinadores, ni siquiera el famoso poeta Li Bai lo logró[9]. El talento puede proporcionar el éxito, sin duda, pero también se necesita el destino adecuado, y es indudable que yo no puedo disponer *eso* por mí mismo. La gloria y los altos

logros dependen del sino, y si el Cielo te niega la oportunidad de gloria y los hombres la posibilidad de éxito, aunque poseas la lealtad de Yue Fei y la integridad de Guan Yu[10], sólo te devanarás los sesos y sacrificarás tu vida sin ninguna garantía de hacer jamás una contribución a tu país. Sé cómo operan la fama

y la fortuna, y lo que yo busco no se encuentra entre esas cosas.

—En tal caso, ¿en *qué* consisten tus deseos?

—Lo que yo busco son recompensas que pueda alcanzar por mi propio esfuerzo, cosas con las que pueda contar. No son castillos en el aire, ni especialmente difíciles de

obtener. Sin falsa modestia, maestro, la memoria de tu discípulo para los textos, su comprensión de la doctrina y la calidad de su prosa son, sin duda, de primera categoría. Nuestros hombres de letras actuales se ven reducidos a citar textos de memoria y a arrastrarlos por el mundo para producir unos pocos ejercicios escolásticos que

luego publican en un volumen de prosa o poesía, después de lo cual se erigen en genios originales y lisonjean su vanidad el resto de su vida. Si me permites que te dé mi opinión, sus obras sólo son imitaciones. Si quieres ser un auténtico gran escritor, no tienes otra opción que la de leer todos los libros raros y notables

que hay en la actualidad, relacionarte con todos los hombres excepcionales de la época, y visitar todas las montañas sagradas. Sólo después deberías retirarte a tu estudio y poner tus pensamientos por escrito para la posteridad. Si tienes la fortuna de aprobar los exámenes, también puedes hacer una contribución al

Tribunal. Pero si no te acompaña la buena fortuna, y pasas tu vida en un puesto humilde, también te habrás ganado una reputación inmortal. Por tanto, acaricio dos deseos secretos en mi corazón: primero, ser el poeta más brillante del mundo.

—Ese es tu primer deseo. ¿Cuál es el segundo?

Véspero abrió la boca para hablar, pero se tragó las palabras, como si temiera que el monje pudiera reírse de él.

—Ya que tienes miedo de mencionarlo, permite que lo diga yo por ti —interrumpió el monje.

—¿Cómo podría conocer mi maestro lo que hay en mi mente?

—Permíteme intentarlo. Si me equivoco, aceptaré las consecuencias, pero si acierto, no debes negarlo.

—Si mi maestro conjeturara correctamente, sería un inmortal además de un *bodhisattva*, y le rogaría me señalara el error de mis ambiciones. Ni en sueños lo negaría.

Lenta y deliberadamente,

el monje recitó:

—Segundo, casarte con la muchacha más hermosa del mundo.

Véspero se quedó perplejo. Después de una larga pausa, logró esbozar una sonrisa.

—¡Maestro, eres un auténtico hechicero! Repito esos dos deseos para mí mismo durante todo el día y

tú lo adivinas a la primera, como si me hubieras oído.

—¿No conoces el dicho «El susurro del hombre en la Tierra se hace eco en el Cielo como el retumbar del trueno»?

—En justicia —dijo Véspero—, no debería discutir cuestiones de pasión sexual en tu presencia; pero, ya que lo has planteado,

maestro, sólo puedo contestar conforme a la verdad. Para ser sincero contigo, mi vocación religiosa aún no se ha desarrollado, en tanto mis deseos se encuentran en su punto culminante. Siempre han sido inseparables las dos expresiones *muchacha hermosa* y *poeta brillante*. Para todo poeta brillante ha de haber en algún sitio una

muchacha hermosa para formar pareja, y viceversa. Pero hasta ahora nunca he visto a una beldad auténticamente excepcional. Todas las mujeres atractivas ya están casadas con hombres feos y no puedo evitar lamentarlo en secreto. Ahora bien, mis dotes poéticas caen por su peso, pero mi planta tampoco tiene defectos. A

menudo me miro en el espejo y, si hoy estuvieran vivos Pan An y Wei Jie[11], yo no tendría qué envidiarles. Pero puesto que el Cielo ha dado a luz a alguien como yo, también tiene que haber dado a luz a una muchacha apta para ser mi esposa. Si semejante mujer no está viva hoy, es una lástima. Pero si existe, tu discípulo será el

que la pida en matrimonio. Por tal motivo a los veinte años sigo soltero… Quiero hacer plena justicia a mi genio y mi figura. Permíteme volver, encontrar a una muchacha hermosa, casarme con ella, y tener un hijo que continúe los sacrificios ancestrales. Entonces mis deseos estarán satisfechos y no tendré más ambiciones.

No sólo renegaré de mis costumbres, sino que instaré a mi esposa a buscar la salvación conmigo. ¿Qué opinas, maestro?

Al principio el monje no dijo nada, pero luego soltó una risilla sardónica y, finalmente, respondió:

—A primera vista, tu idea parece irreprochable. El único problema es que el

Señor del Cielo, que creó a todos los hombres, cometió un terrible desatino en tu caso. Si te hubiera dado un cuerpo feo, tu alma luminosa podría alcanzar los frutos de la iluminación, por la misma razón por la que tantos lisiados por la lepra o la epilepsia se han convertido en inmortales y en budas tras sufrir el castigo del Cielo.

Pero cuando el Señor del Cielo te dotó de forma física, fue demasiado indulgente. Actuó como esos padres que, cegados por el cariño, no soportan pegar o regañar a su hijo para que no le haga daño física o espiritualmente la experiencia. Cuando el hijo crece, convencido de que su cuerpo y su naturaleza le fueron dados por el Cielo y la

Tierra y nutridos por su madre y su padre para que ningún daño caiga sobre él, comete la cosa más inicua que pase por su cabeza. Sólo después de cometer un delito y ser condenado por el juez a recibir tantos golpes o por el juzgado a ser ejecutado, le ofende que la excesiva indulgencia de sus padres lo haya llevado a ese estado. Tu

carne delicada y tu naturaleza refinada no son una buena señal. Lego, debido a tu aspecto, y a que eres un poeta brillante, deseas ir en busca de la muchacha más hermosa. Que encuentres o no a una beldad es una cuestión, pero suponiendo que la encuentres, no creo que lleve el numero uno escrito en la frente, y cuando

veas a otra más guapa, querrás cambiar de idea. Pero la segunda, suponiendo que comparta tu naturaleza, será muy particular respecto a con quién se casa y querrá aguardar al poeta más brillante. ¿Podrás conseguirla como concubina? Y, si ya tiene marido, ¿cómo lo solucionarás? Si renuncias a esta delirante idea tuya, no te

habrás casado con la mujer más hermosa, sin duda, pero si persistes en realizarla por cualquier medio, tus actos tendrán consecuencias que te condenarán al infierno. Lego, ¿prefieres ir al paraíso o al infierno? Si estás dispuesto a ir al infierno, sigue buscando la muchacha más hermosa; pero, si quieres ir al paraíso, te ruego que apartes esta

delirante idea de tu mente y te vengas a vivir conmigo.

—Encuentro sumamente interesante lo que acabas de decir, maestro. Pero términos como *paraíso* e *infierno* son bastante vulgares; no son, precisamente, las palabras que uno espera de un eminente monje. El camino para entender el zen consiste sencillamente en comprender

el propio origen a fin de situarse fuera del nacimiento y la muerte llegando a ser así un buda. ¡No existe un paraíso al cual ascender! Aunque uno cometa algunos pecados de la carne, sólo ofenderán la doctrina de Confucio. ¡No existe un infierno al cual descender!

—«Aquellos que hacen el bien van al cielo, aquellos

que hacen el mal van al infierno». Tienes razón, son conceptos vulgares —reconoció el monje—. Pero vosotros, los intelectuales, podéis evitar lo vulgar en todos los campos de la vida, salvo en el de la moral personal, donde es absolutamente ineludible. Deja de lado por un momento la evidencia irrefutable de la

existencia del paraíso y del infierno. Aunque el paraíso no existiera, necesitaríamos ese concepto como inducción a la virtud. De manera similar, aunque el infierno no existiera, necesitaríamos el concepto de infierno como disuasión del vicio. Dado que estás tan harto de vulgaridades, pasaré por alto la cuestión del justo castigo

en el más allá que tendrá lugar en el futuro, y sólo me ocuparé del premio o castigo en este mundo, en el presente. Pero con el propósito de discutirlo, tendré que empezar por una trivialidad, el adagio que dice: “Si no seduzco a las esposas de otros hombres, mi esposa no será seducida por otros hombres”.

»Ahora bien, te aseguro que este adagio es la más trillada de todas las trivialidades, pero no ha nacido el disoluto que haya escapado a sus consecuencias. Quienes han seducido a las esposas de otros hombres han visto seducidas a sus propias esposas; quienes han deshonrado a las hijas de

otros hombres han visto deshonradas a sus propias hijas. La única forma de eludir la trivialidad consiste en poner punto final al adulterio y la deshonra. Si persistes en ello, inevitablemente se te aplicará. ¿Quieres eludirla o no? En caso negativo ve a buscar a la joven más hermosa del mundo. Si

quieres eludirla, te ruego que apartes estas ideas delirantes de tu mente y te unas a mí en la orden».

—Has hecho una disertación muy profunda, maestro. El problema consiste en que, al exponer la doctrina ante gente ignorante, tienes que plantear las cosas lo bastante dramáticamente como para que se les ponga

la carne de gallina si quieres que tengan en cuenta tus advertencias. Pero cuando razonas con gente como yo, nada de eso es necesario. El Señor del Cielo establece reglas estrictas, pero siempre es misericordioso en su aplicación. Aunque sobre muchos adúlteros y seductores cae el justo castigo, un número

considerable escapa a él. Si el Señor del Cielo va de puerta en puerta comprobando si hay adulterio y haciendo pagar a las esposas e hijas del adúltero sus seducciones, ¡qué mente lasciva tiene! En términos generales, por supuesto, los principios del movimiento cíclico y del «ojo por ojo» son infalibles, y quienes se

comportan mal tienen que ser avisados de ello; este es el tema principal de la educación moral. Pero ¿por qué tienes que entenderlo tú tan al pie de la letra?

—¿He de entender en lo que dices que hay casos de adulterio y seducción que quedan impunes? —dijo el monje—. Dudo seriamente de que el Señor del Cielo,

que una vez estableció las reglas, haya permitido jamás a alguien escapar a su red. Tal vez tu lealtad y generosidad han afectado tanto tu sentido de la observación que tiendes a ver que la gente la elude. Pero, por lo que respecta a mis observaciones, nadie ha seducido nunca a la mujer o a la hija de otro hombre sin

que le sea aplicada la correspondiente medida. Los casos, tanto en la tradición oral como en relación escrita, se cuentan por millares y decenas de millares. En mi condición de célibe y por haber aceptado los principios religiosos, tengo dificultades para hablar de tales cuestiones, pero te ruego que reflexiones un momento.

Seducir a la esposa o a la hija de otro hombre significa aprovecharse de él, y por ende el seductor está dispuesto a hablar de ello hasta llegar a enterarse mucha gente. Pero, para el marido o padre, que seduzcan a su propia esposa o a su propia hija significa sufrir una pérdida, de modo que será reacio a hablar de ello y

muy poca gente llegará a saberlo. También hay casos de esposas e hijas que ocultan el hecho a sus maridos y a sus padres, de modo que los hombres permanecen ignorantes, y no ha habido castigo a su seducción y adulterio. Hasta que la tapa del ataúd se cierra sobre sus cabezas no creen en el antiguo adagio, momento

en que es demasiado tarde para informarle a nadie de su descubrimiento. No sólo tu esposa e hijas tendrán que pagar tus deudas de seducción y adulterio, sino que, en cuanto la mera idea del adulterio y la seducción hayan pasado por tu mente, automáticamente tu esposa e hijas comenzarán a albergar pensamientos licenciosos.

Por ejemplo, si tienes una esposa fea que no te excita mucho durante la cópula y obtienes placer imaginándola como la muchacha bonita que viste en su día, ¿cómo sabes si en ese mismo instante tu esposa no está igualmente asqueada por tu fealdad y o b t i e n e *su* placer imaginándote como el joven de buena planta que vio aquel

mismo día? Esto es algo universal, por supuesto, pero aunque no se ha visto comprometida la castidad de nadie, se ha lesionado incluso el corazón más fuerte y, a su manera, ese daño también es castigo por la lujuria. Si incluso tus pensamientos se pagan así, piensa cuánto peor es el delito que cometes si entras en la alcoba de una

mujer, te aprietas contra ella y, sin ser visto por fantasmas ni espíritus, y más allá de la censura del Creador, privas de la castidad a la esposa de otro hombre. Lo que te estoy diciendo, lego, no es ninguna trivialidad. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Una vez más, has hecho una exposición muy lógica y consumada —dijo

Véspero—, pero hay una cuestión que querría plantearte, maestro. El hombre con esposa e hija que seduce a las mujeres de otros hombres, tiene una esposa y una hija que pagarán sus deudas. Pero si es soltero, sin esposa ni concubina, sin hijos ni hijas, ¿cómo se pagarán *sus* deudas? Este es un caso en el que no se aplican las

reglas del Señor del Cielo. Y hay aún otro argumento. El número de mujeres de un hombre es limitado, en tanto que la provisión de bellezas femeninas en el mundo es infinita. Por ejemplo, si sólo tienes una esposa o concubina, además de una o dos hijas, y seduces a un número infinito de mujeres, aunque tu esposa y tu hija se

descarríen, habrás sacado enormes beneficios en la transacción. ¿Cómo soluciona esto el Señor del Cielo?

Cuando el monje oyó este argumento, comprendió que estaba tratando con una piedra dura, con alguien a quien era imposible apartar de su camino[12]. Su único recurso consistió en sugerir

un acuerdo que daría a Véspero cierta libertad.

—Lego, tu habilidad para discutir es tan profunda que temo no estar a la altura. Dado que mis palabras no han logrado convencerte, tendrás que experimentar estas cosas por ti mismo para asimilar los principios que las rodean. Vuelve sin dilación, cásate con una

muchacha hermosa, y adquiere tu iluminación en la alfombrilla de los goces y los rezos: entonces descubrirás la verdad. Acabaré mi plática, pero todavía tengo algo que agregar. Lego, posees los atributos de un sabio entre los hombres, tienes capacidad para llegar a las alturas, y no soporto la idea de renunciar a ti.

Cuando hayas visto la luz, si quieres volver a preguntarme por el camino de la salvación, no te sientas turbado ni te apartes de mí sólo porque mi consejo ha sido correcto. A partir de este momento estaré todos los días aguardando ansioso tu regreso.

Mientras pronunciaba estas palabras, el monje cortó

un trozo de papel, cogió su pincel y escribió en él un *gãthã* que decía:

Reza dejando de lado
el talego de piel
y espera en la
alfombrilla de
los goces.
Mientras vivas
arrepiéntete,
para no gritar: «Se ha

cerrado el
ataúd…,
¡es demasiado tarde!».

Plegó el papel varias veces y se lo dio a Véspero.

—Soy un monje de torpe ingenio que no sabe nada de diplomacia. El *gãthã* es demasiado duro, lo sé, pero te aseguro que sólo lo impulsa la compasión.

Guárdalo, y algún día te demostrará que tengo razón.

Dicho esto, se levantó e hizo ademán de acompañar a Véspero hasta la puerta. El estudiante comprendió que lo estaban despidiendo y consideró que era imposible quedarse. Pero respetaba demasiado al anciano en su condición de eminente monje como para partir con malos

modales, de modo que inclinó la cabeza y se disculpó:

—Tu discípulo es demasiado estúpido y terco para aceptar tu instrucción, pero abriga la esperanza de que lo perdones, maestro. Algún día, cuando regrese, te rogará respetuosamente que lo aceptes.

Volvió a arrodillarse e

hizo cuatro reverencias. El monje correspondió con el mismo saludo y luego acompañó al visitante hasta la puerta, donde repitió sus advertencias antes de separarse de él.

Con esto concluye la presentación del monje. Procederemos a hablar de la obsesión de Véspero hacia el sexo, sin volver a mencionar

a Pico Solitario. Si quieres saber qué ha sido de él, tendrás que seguir leyendo hasta el último capítulo.

CRÍTICA

Véspero es el protagonista masculino de una obra en la que Pico Solitario es un personaje secundario. Si otro hubiese

escrito esta novela, sin duda habría empezado con Véspero y habría introducido a Pico Solitario como visitante: este es el método ortodoxo de la escritura de ficción. No obstante, esta novela comienza hablando de Pico Solitario con tanto detalle como para hacer sospechar al lector que más adelante el monje puede

comportarse inmoralmente. Para sorpresa nuestra, no hace nada de eso. Sólo cuando, absorto en sus meditaciones zen, olvida cerrar la puerta, emerge la verdadera intención de la novela y da una pausa al lector. Esta es una variante técnica, un ejemplo del rechazo total del autor por la práctica convencional. Y

aunque otro escritor lo intentara, estaría condenado a confundir el tema y mezclar la trama, dejando al lector imposibilitado para distinguir cuál es el personaje principal y cuál el secundario. En esta novela, por contraste, son tan distintos como ojos y cejas, de manera que cuando el lector llega al comienzo del

tema, todo está claro para él.

Las observaciones al final del capítulo también esclarecen la trama, aliviando de toda dificultad al lector. Este autor es un maestro del arte literario, de quien jamás se ha visto igual con la salvedad del autor del *Shuihu*[13]. Hay quienes dicen que es un hermano menor del autor del *Jin Ping Mei*[14]. Si

así fuera, ¿no podría ser este uno de esos casos en los que el menor eclipsa al mayor?

Capítulo tercero

Un padre puritano yerra escogiendo a un libertino como hijo político,
y una jovencita honesta enamorándose de un tunante descreído.

Poema:

Aunque por naturaleza la
mujer es proclive al
pecado,
de ella sola no brota
ningún
pensamiento malo.
Sin murmullos de
almohada de la
caída de
Yingying[15],
¿quién habría tirado la
lira de Zhuo al otro

lado del muro[16]?
De manera que cuídate de
montar juegos de
amor en casa,
y de murmurar canciones
lánguidas a tu
amada.

Las novelas corrompen la
virtud de las bellas,
afirma la gente;
algún día descubrirás que
cada palabra es oro.

Veamos cómo Véspero,

tras separarse de Pico Solitario, pasó todo el trayecto refunfuñando para sus adentros: «¡Qué hombre más pesado! ¡Heme aquí a mis veinte años, todo un pimpollo en flor, y me dice que he de afeitarme la cabeza e iniciar una senda de negación de mí mismo y de mortificación de la carne! ¡En mi vida he oído a nadie

con una irracionalidad tan colosal como la de este monje! Mi único pensamiento al presentarme era que ese hombre, como intelectual notable que ha tomado las órdenes budistas, estaba destinado a sustentar algunos puntos de vista inusuales, y yo quería entender algunas de sus sutilezas zen para ayudarme

en mi propia escritura. ¡En cambio lo que recibí fue un insulto tras otro! ¡Su censura fue suficiente, pero cuando me entregó ese *gãthã* del cornudo, no pude seguir aguantándolo!

»Cualquier marido viril que se respete a sí mismo y llegue a ser funcionario tendrá que gobernar al pueblo del Imperio. Sin duda no le

darían ningún cargo si ni siquiera fuera capaz de gobernar a su propia esposa. Sea como fuere, le voy a demostrar algo. Si no encuentro jóvenes adecuadas a mis propósitos, paciencia; pero en caso de encontrarlas, no dejaré pasar la oportunidad. Cometeré algunos pecados camales, al tiempo que controlo lo más

estrictamente posible los aposentos de mi propio mujerío, y después veremos quién viene a cobrar *mis* deudas. Lejos de mí la jactancia, pero cuando una mujer se desposa con un hombre tan bien plantado como yo, dudo que se sienta atraída por ningún seductor en perspectiva, por no hablar de que pierda su castidad por

él. En justicia, tendría que haber hecho trizas ese *gãthã* y habérselo arrojado a la cara. Pero lo necesitaré para demostrar cuánta razón tenía yo el día en que volvamos a vemos y para acallar su lengua viperina. Cuando se lo muestre, ya veremos si es capaz de admitir que estaba equivocado».

Tomada esta decisión,

Véspero arrugó el poema y se lo metió en el bolsillo.

Al llegar a casa, envió sirvientes en todas direcciones a fin y efecto de que notificaran a las casamenteras que estaba buscando a la muchacha más hermosa del mundo. Dado que provenía de una familia distinguida y había sido dotado de la prestancia de un

Pan An y las dotes literarias de un Cao Zhi[17], no había un solo padre que no estuviese dispuesto a aceptarlo de buena gana como hijo político, ni ninguna joven poco dispuesta a tomarlo como marido. Los días siguientes a la notificación llamaron a su puerta varias casamenteras con diversas propuestas de matrimonio.

Las familias humildes permitían que Véspero fuese a su casa a observar a las hijas de la cabeza a los pies, pero las familias pudientes, que cuidaban las apariencias, acordaban un encuentro en un templo o en el campo. Ambas partes sabían muy bien que el encuentro había sido concertado, pero fingían que no era más que pura

casualidad. Sea como fuere, se inspeccionaban mutuamente, y fueron muchas las jóvenes que volvieron a su casa encaprichadas con él. Pero ninguna de ellas atrajo a Véspero.

—Da la impresión de que ninguna dará satisfacción a tus pretensiones —observó una de las casamenteras—

salvo la hija del maestro Puerta de Hierro, Esencia de Jade. El problema de esta muchacha consiste en que su padre es un ultraconservador que jamás permitirá que nadie vea a su hija, por más que tú insistas en ello. De modo que sospecho que por ese lado tampoco hay esperanza.

—¿Por qué le llaman

maestro Puerta de Hierro? —preguntó Véspero—. ¿Y cómo sabes que es hermosa? Y, si es tan hermosa, ¿por qué no permite su padre que la vean?

—Es el más famoso erudito del país, y un hombre sumamente excéntrico. Es dueño de muchas propiedades, pero se mantiene prácticamente

aislado…, nunca jamás tuvo un solo amigo en toda su vida. Permanece siempre en casa inmerso en sus estudios y no abre la puerta a ningún visitante, sea quien fuere. Hubo uno, muy distinguido, que lo admiraba grandemente y había recorrido un largo camino para verlo, pero, pese a llamar a la puerta durante una eternidad, no obtuvo

respuesta, para no hablar de que le dieran la bienvenida. Lo único que pudo hacer fue escribir un poema en la puerta que, entre otras cosas, decía:

Conozco a probos
ermitaños que se
hacen chozas de
estera.
Pero nunca pensé que

tú, señor,
tendrías puerta
de hierro.

»Cuando el hombre vio estos versos, dijo: “Puerta de Hierro…, lo encuentro bastante original, y también acertado”. En ese mismo momento lo adoptó como apodo y se hizo llamar maestro Puerta de Hierro.

»No tiene hijos varones, sólo una hija bruñida como el jade, bonita como una flor. Las casamenteras como yo ven a miles de jóvenes, pero ninguna de nosotras ha visto nunca a una que supere su belleza. Más aún, ella ha estudiado mucho, con su padre como tutor, y sabe coger el pincel y escribir cualquier clase de poemas

que desees. La puerta de sus aposentos, sin embargo, está siempre perfectamente custodiada. No va a los templos a ofrecer incienso ni sale a la calle a ver las procesiones. De hecho, en sus quince años ni una sola vez ha mostrado el rostro en público. En cuanto a las mujeres que van de visita, religiosas y similares, huelga

decirlo: no podrían entrar en la casa aunque tuvieran alas.

»Pero en una ocasión el padre me vio desde la puerta cuando yo pasaba y me interpeló. "¿Eres casamentera, por casualidad?", preguntó. "Sí", respondí. Entonces me llevó dentro y me señaló a Esencia de Jade: "Esta es mi hija. Deseo encontrar a un hijo

político presentable, que sea un hijo para mí y me cuide en la ancianidad. Puedes ir pensando en proporcionármelo".

Mencioné tu nombre, e hizo el siguiente comentario: "He oído hablar de su reputación literaria, pero me pregunto cómo será su moralidad". Contesté: "Tiene una cabeza sensata sobre unos hombros

jóvenes y su conducta es irreprochable. El único problema es que insiste en ver personalmente a la muchacha antes de acordar el matrimonio. Dado que tu hija es tan hermosa, naturalmente le atraerá. No sé si estarás dispuesto a permitirle una visita". Al oír esto, se le demudó el semblante. "¡Absurdo!", exclamó. "Sólo

las flacas yeguas de Yangzhou se dejan ver[18]. ¡Ninguna joven respetable consentiría en que la viera un hombre!”. Ante semejante reacción, yo no podía seguir hablando de esta cuestión, de manera que me fui. Por eso sé que el matrimonio es imposible.

Véspero reflexionó: «Estoy solo en el mundo, sin

padres ni hermanos, y cuando me case no tendré a nadie que vigile a mi esposa. No puedo ser yo mismo su guardián todo el tiempo, pues es inevitable que haya ocasiones en que esté lejos de casa. En vista de la disposición de ese viejo, imagino cómo será su régimen doméstico. Si yo entrara en su familia, no

necesitaría estar de guardia: su hija estaría muy bien vigilada. En realidad, no importaría que yo *nunca* estuviera en casa. ¡Qué suerte! Lo único que me preocupa es tener que hacerlo sin verla. ¿Cómo puedo confiar en lo que diga la casamentera?».

—La unión *parece* muy adecuada, por cierto —dijo

—. Pero te ruego que encuentres la manera de que al menos pueda verla aunque sea de lejos. Si básicamente lo que dices es cierto, me sentiré satisfecho.

—¡Absolutamente imposible! —replicó la casamentera—. Si no crees lo que digo, será mejor que consultes a los espíritus y sigas su consejo en cuanto a

lo que debes hacer. Puedes tener la certeza de que no atravesarás esa puerta de hierro.

—¡Buena idea! Tengo un amigo que convoca a los inmortales para decidir cuestiones de este tipo, y las respuestas son muy fiables. Le pediré ayuda y después volveré a ponerme en contacto contigo.

La casamentera asintió y se fue.

Al día siguiente, después del ayuno y la purificación. Véspero invitó al amigo a su casa, donde ofreció incienso, se hincó de rodillas, tocó el suelo con la frente y luego susurró la siguiente oración:

—Tu discípulo desea preguntar por Esencia de Jade, la hija del maestro

Puerta de Hierro. He oído decir que es una preciosidad y me gustaría casarme con ella. Pero mi información sólo es de oídas, ya que nunca he puesto los ojos en ella, y por eso pido tu consejo, Gran Inmortal. En lo que a mí concierne, no se trata de su virtud ni de sus logros. En cuanto a si está en condiciones de darme hijos,

esta es una cuestión del destino y no me interesa saberlo por anticipado. Sólo pregunto por su belleza. Si es realmente tan hermosa como dicen, me casaré con ella, pero si es ligeramente inferior a lo que se comenta, renunciaré. Humildemente te ruego, Gran Inmortal, que seas claro y sincero en tu consejo. Te imploro que no

me des un vago mensaje que no pueda entender.

Concluida la oración hizo cuatro reverencias, se levantó y, cogiendo la cruceta, dejó que el palillo trazara su mensaje. En efecto, compuso el siguiente poema:

Entre todas las mujeres adorables es la primera;
no hacen falta bajos temores

ni de día ni de noche,
teme únicamente que su belleza conduzca al adulterio;
en tiempos de crisis moral, pregunta el camino.

(Poema número uno)

«O sea que su aspecto físico está bien», pensó

Véspero. «No obstante, los dos últimos versos dejan ver claramente que su belleza la llevará al adulterio. ¿No habrá perdido ya la doncellez esa muchacha? Pero dado que el poema es el número uno, señal es de que aparecerán más. Veamos qué dice a continuación el palillo».

Después de una pausa, el palillo procedió a escribir

otro poema:

Que una mujer sea buena o mala no es esa la cuestión,
lo que hace falta es un hombre que sepa llevar bien su casa.
Si él cierra su puerta y no deja entrar moscones,
¿cómo puede alguna impureza manchar su jade?

(Poema

número dos, inscrito por El–que–retornó–al–camino)

Véspero sabía que El–que–retomó–al–camino era el apodo de Lu Dongbin[19], y se

sintió profundamente emocionado. «Ese notable es un experto, si alguna vez lo hubo, en vino y mujeres», pensó, «si él la aprueba, tiene que ser buena. Además, el segundo poema disipa cualquier duda que pudiera tener sobre su castidad. Evidentemente la muchacha todavía es virgen y él sólo desea que la vigile de cerca.

Pero con un padre político tan porfiado en vigilarla, no tendré ningún problema en ese sentido. Los dos últimos versos —“si él cierra su puerta y no deja entrar moscones, ¿cómo puede alguna impureza manchar su jade?”— establecen con toda claridad que nadie puede salvar su puerta de hierro. No tengo por qué vacilar un solo

instante más».

De cara a los cielos, se inclinó como agradecimiento a Lu Dongbin, y luego envió a un sirviente a buscar a la casamentera.

—El poema del inmortal emitió un juicio muy favorable —dijo Véspero a la mujer—, y ya no considero necesario verla. Por favor, sigue adelante y acuerda la

unión.

La casamentera se dirigió alegre a casa del maestro Puerta de Hierro, donde informó del deseo de Véspero de contraer matrimonio.

—Antes insistía en verla —dijo el maestro—, lo que demuestra que antepone la belleza por encima de la virtud en una mujer.

Obviamente, se trata de un joven frívolo. Lo que yo quiero es un hijo político con carácter, no un cantamañanas.

En su ansiedad por asegurarse la comisión, la casamentera se sintió impulsada a lograr buenos resultados por cualquier medio, aunque fuese indigno, de manera que salió en

defensa de Véspero con el ingenioso argumento de que su deseo de echarle una mirada no tenía nada que ver con la belleza sino que brotaba de la preocupación de que la muchacha pudiera ser liviana o tuviera rasgos que le auguraran que a largo plazo no hicieran de ella una buena esposa.

—Pero ahora él se ha

enterado de lo estricta que ha sido la educación de Esencia de Jade y de que es un modelo de virtudes femeninas, lo que le ha hecho cambiar de idea, y por ello me ha enviado con esta propuesta.

Convencido por el razonamiento de la mujer, el maestro concedió la unión y eligió una fecha de buenos

auspicios para la boda. Pese al informe de la casamentera y al poema del inmortal, Véspero aún sentía algunos escrúpulos por no haber visto a Esencia de Jade con sus propios ojos. Sólo la noche de bodas, cuando después de intercambiar reverencias entraron en la cámara nupcial y la vio de cerca, Véspero se regocijó de su buena fortuna.

¿Cómo era la belleza de la novia? He aquí el testimonio de otro poema lírico:

Atractiva es ella,
su persona está llena de encantos,
llena de encantos.
Su cara llorosa es fácil de acariciar,
¡pero qué difícil de imitar, su

ceño!

Inexperta en los juegos de esposa, teme él,
demasiado leve para estrecharla entre sus brazos,
entre sus brazos.
Blanda es como de pura carne,
esta noche él reposará en un lecho de plumas.

(Con la melodía de

Recordando a la doncella de Qin)

¿Cómo fue el placer de la nueva pareja cuando se unieron en matrimonio? He aquí otro poema lírico:

Los ojos entornados —
demasiado tímida para mirar —;
dos pétalos carmesíes
descansan en la almohada.

Labios destinados a conservar dentro su fragancia se abren raudos al primer intento de la lengua.

Sus gritos han cesado, mas la pasión no tiene fin;
su pecho perlado está del sudor de los amantes.
Mientras los ojos abiertos exploran profundidades,
sus corazones arden, cada vez

más calientes.

(Con la tonada de *Primavera en la Morada de Jade*)

Sin la menor duda, la figura de Esencia de Jade no tenía parangón en el mundo… En ese sentido, Véspero no podía quejarse, pero sufrió una gran decepción… Aunque le

sobraba belleza, le faltaba pasión y no logró complacer plenamente a su marido. Debido a la estricta educación de su padre y al severo ejemplo de su madre, nunca se había visto expuesta a ninguno de los aspectos licenciosos de la vida. Sus lecturas, en particular, se habían limitado a *Vidas de mujeres virtuosas* y *Clásico*

de piedad filial para niñas[20], ambos libros llenos de reflexiones contrarias a todo lo que Véspero tenía en mente. En consecuencia, había mucho del padre en su lenguaje y sus actitudes, por lo que su marido la etiquetó de «la virgen puritana». En cuanto él decía algo mínimamente sugerente, ella se ruborizaba y abandonaba

la habitación.

Véspero se sentía especialmente inclinado por el acto sexual a la luz del día, dado que la vista de los genitales de su pareja agregaba excitación a la excitación natural, pero en las diversas ocasiones en que intentó bajarle los pantalones a su esposa, ella gritaba con toda la fuerza de sus

pulmones, como si creyera que trataban de violarla, y él se veía obligado a desistir. En cuanto a hacer el amor por la noche, aunque ella consentía, transmitía la clara impresión de que sólo lo hacía porque no tenía otra alternativa. La poca colaboración de ella también afectaba al placer de Véspero. Dado que Esencia

de Jade no estaba dispuesta a probar ninguna técnica exótica ni novedosa, él se encontraba con que sólo podía practicar la Doctrina de la Medianía[21]. Cuando propuso «Buscar el fuego desdé el otro lado de la montaña[22]», ella protestó porque quebrantaba el tabú de que la esposa le volviera la espalda a su marido, y

cuando él sugirió «Izar la bandera[23]», Esencia de Jade objetó que invertía el principio de la superioridad del marido.

Aunque Véspero logró, contra la voluntad de ella, alzarle las piernas por encima de sus hombros y luego, mediante esfuerzos hercúleos, alcanzar un éxtasis de placer, ella se negaba

incluso a gemir «queridísimo» o «amado», casi como si careciera del don de la palabra… Y no hablemos de rogarle misericordia con el propósito de realzar sus méritos viriles. Véspero se sentía muy perturbado y pensaba: «¡Qué pena que una muchacha tan sorprendentemente bella desconozca por completo el

goce de la participación activa y permanezca tendida como una estatua! ¿Qué placer hay en ello? Tendré que dedicar algún tiempo a desinculcarle esta conducta».

Véspero fue a visitar a un comerciante en arte y le compró un álbum de exquisitas imágenes del palacio de primavera hechas por la mano del académico

Zhao Mengfu de la dinastía Yua[24]. Había en total treinta y seis estampas que seguían los versos del poema Tang *En los treinta y seis palacios todo es primavera*. Llevó el álbum a casa y lo dejó en el dormitorio con la intención de mirarlo juntos para lograr que Esencia de Jade comprendiera que el acto sexual no es una cosa

uniforme, sino que adquiere multitud de formas para nuestro placer.

—Este libro muestra que las técnicas de que te hablé no fueron inventadas por mí, sino que en tiempos remotos ya las practicaban los antiguos. Te he traído estos modelos a manera de respuestas a unos exámenes para demostrar lo que digo.

Cuando cogió el álbum de sus manos, Esencia de Jade no tenía la menor idea del tema que trataba, pero supuso que contenía paisajes o pinturas florales. Al abrirlo, vio que las dos primeras páginas llevaban un título en letras mayúsculas: IMÁGENES DEL PALACIO HAN. «En el palacio Han habría muchas mujeres virtuosas», pensó, «y

estos deben de ser sus retratos; veamos qué aspecto tenían para haber sido capaces de hacer las cosas virtuosas que hicieron».

Pero cuando volvió la página, llegando así a la tercera, y vio a un hombre y a una mujer copulando completamente desnudos encima de una piedra ornamental, se le arrebolaron

las mejillas y montó en cólera:

—¿De dónde has *sacado* algo tan pernicioso? El mero hecho de su presencia es suficiente para contaminar los aposentos de una señora. ¡Haré que la criada se lo lleve inmediatamente y lo queme!

Véspero alargó la mano para contenerla.

—Este es un ejemplar raro que vale cien *taels* y que le pedí prestado a un amigo. Si puedes permitirte el lujo de pagárselo, quémalo. Si no puedes, te ruego que lo dejes y me permitas gozarlo un día o dos antes de devolvérselo.

—¡Si quieres perfeccionar tu mente, hazlo contemplando caligrafías o pinturas famosas! ¿Qué

sentido tiene mirar *esta* clase de álbum frívolo?

—Si este álbum fuera frívolo —respondió Véspero —, el artista no habría pintado estas imágenes ni el coleccionista habría pagado una suma enorme para comprarlo. Precisamente porque se trata del tema más serio desde la mismísima Creación, los artistas han

elegido pintarlo, montarlo en seda, ponerlo a la venta en tiendas de arte, y conservarlo en bibliotecas… con el único propósito de aconsejarle a la posteridad sobre los modelos de conducta acertados. De lo contrario, con el correr del tiempo, se perdería gradualmente todo conocimiento del fortalecimiento recíproco del

yin y el *yang*, maridos y esposas se rechazarían entre sí, cesaría la reproducción y, por último, se extinguiría la humanidad. No lo pedí prestado para mirarlo a solas, sino para hacer que comprendieras que este principio es el que posibilita concebir y dar a luz, y también para evitar que te veas desencaminada por un

padre puritano, con lo que nunca podrás tener hijos. ¿Por qué te alteras tanto?

—Sencillamente, porque no creo que esta conducta sea respetable. Si lo fuera, ¿por qué los antiguos que establecieron nuestro código moral no hicieron que la gente lo practicara abiertamente a la luz del día, delante de otros? ¿Por qué

insistieron en que se hiciera en privado, en secreto y en plena noche, en lugares oscuros, como si fuéramos ladrones? Eso *demuestra* que no es respetable.

Véspero se echó a reír.

—No puedo reprocharte estas opiniones. La culpa es de tu padre por mantenerte encerrada de puertas adentro sin que una amiga

experimentada te hablara del sexo. Por tal motivo eres abismalmente ignorante. Tú piensas que soy el único hombre del mundo con estas inclinaciones, y que todas las mujeres del mundo son tan puritanas como tú, y que nunca lo hacen a la luz del día y se empeñan en esperar hasta la noche. No aciertas a comprender que todas las

parejas lo hacen a la luz del día y que, cada vez que lo hacen, son francos al respecto y dejan que los demás se enteren. Dime una cosa: si los hombres y las mujeres no lo hicieran a la luz del día, ¿cómo supo de estas técnicas el artista? ¿Cómo pintó tan excelsamente las figuras, dotándolas de tanta vida que

nos excitamos con sólo mirarlas?

—Bien, mis padres también son marido y mujer. ¿Por qué no lo hacen a la luz del día?

—¿Cómo sabes que no?

—Si lo hicieran, sin duda alguna vez los habría sorprendido mientras lo hacían. ¿Cómo explicar que en mis quince años de vida

nunca me haya dado cuenta? Nunca he visto ni oído nada.

Véspero soltó una carcajada estruendosa.

—¡Mi pobre alma bendita! Los niños son los *únicos* que no ven ni oyen lo que ocurre a su alrededor. ¡No hay una sola criada ni un sirviente que no lo sepa! Cuando tus padres quieren hacerlo, esperan a que tú

estés en otro sitio para echar el cerrojo a la puerta. Temen que, si los ves, tus deseos sexuales se vean estimulados y empieces a desfallecer por un amante y caigas en un estado de depresión; por eso te engañan. Si no me crees, pregúntale a la criada de tu madre si lo hacen o no en las horas diurnas.

Esencia de Jade meditó

un momento.

—A menudo cierran su puerta durante el día para echar una siesta, y supongo que entonces podrían hacerlo. ¡Pero la sola idea es tan perturbadora! Tú mirándome, yo mirándote… ¿Cómo podríamos hacerlo así?

—Es diez veces más gozoso con luz, y lo más maravilloso es que,

justamente *cuando* nos miramos el uno al otro, nos excitamos de verdad. Sólo hay dos tipos de parejas que nunca tendrían que hacerlo a la luz del día; pero, salvo estos, *todo el mundo* debería hacerlo.

—¿Cuáles son esas parejas?

—Un marido feo casado con una mujer hermosa y una

esposa fea casada con un hombre apuesto.

—¿Y por qué *ellos* no pueden hacerlo a la luz del día?

—Nuestro goce depende de tu amor por mí y de mi amor por ti, además de la interacción de nuestras fuerzas vitales y vasos sanguíneos. Si la esposa tiene la piel blanca como la nieve,

suave y delicada, una piel como el jade pulido a la perfección, cuando su marido le quita la ropa y la estrecha contra su pecho, estará todo el tiempo mirándola y, naturalmente, su excitación se multiplicará por diez, y lo que tiene entre las piernas automáticamente se endurecerá, se pondrá más rígido, más grueso, más

largo. Pero imagina que la esposa vea que su marido parece un ogro, con la piel oscura y basta. Mientras él tenga la ropa puesta, ella no lo notará, pero cuando él se haya desnudado, su fealdad será plenamente visible. En realidad, no podrá ocultarse. Más aún, producirá tal contraste con la piel de ella, blanca como la nieve, que

aquello que habría parecido meramente feo se verá horrendo. ¿No crees que ella reaccionará con asco? Y su asco se le notará en la voz y en la cara y, cuando el marido lo note, la dureza y la rigidez de lo que tiene entre las piernas automáticamente se ablandará, y el grosor y la largura mermarán. Lejos de obtener placer, se sentirá

humillado. Le habría ido mucho mejor haciéndolo de noche, momento en el que podría haber ocultado sus defectos.

»Esto en cuanto a la esposa hermosa casada con un hombre feo. Al marido apuesto casado con una mujer fea le ocurre exactamente lo mismo y no es necesario que hablemos de

ello. Sea como fuere, por eso digo que sólo hay dos tipos de parejas que no deberían hacerlo durante el día. Pero en el caso de parejas como tú y yo, igualmente blancos, rosados, suaves y delicados, si no obtenemos nuestro placer a la luz del día y nos mostramos nuestros cuerpos, escondiéndonos bajo la ropa de la cama y buscándonos a

tientas en la oscuridad, ¿acaso no estamos escondiéndonos nuestros méritos, tal como hacen las parejas feas? Si no me crees, hagamos la prueba y comparemos el placer que extraemos con el que gozamos de noche.

Para entonces Esencia de Jade estaba casi convencida, aunque no dispuesta a

reconocerlo. Sin embargo, un brillo rosado sofocó sus mejillas y apareció en sus ojos un destello sensual.

«Comienza a mostrar algo de interés», pensó Véspero. «Yo tenía pensado empezar enseguida, pero esta es la primera vez que se han despertado sus deseos y su apetito no está aún lo bastante desarrollado. Si se

lo dejo probar ahora, será como un hambriento al ver la comida: la engullirá sin saborearla y se perderá el auténtico placer; me parece que la atormentaré un poco antes de montar la escena».

Véspero acercó un butacón, se sentó, puso a Esencia de Jade sobre sus rodillas, luego abrió el álbum y le mostró una imagen tras

otra. Este álbum se diferenciaba de otros porque en la primera página de cada hoja contenía la estampa erótica, y en el dorso aparecía un comentario sobre ella. La primera parte del comentario explicaba la actividad pintada, mientras el resto alababa la habilidad del artista. La autoría de todos los comentarios se debía a

escritores famosos.

Véspero dijo a Esencia de Jade que tratara de imaginarse a sí misma en el lugar de las personas allí representadas y que tratara de concentrarse en sus expresiones para poder imitarlas más adelante. Mientras ella miraba las imágenes, él leía en voz alta los comentarios:

Pintura número uno. Posición: «Liberación de la mariposa en busca de fragancia». La mujer abre sus piernas y el hombre lleva el pincel de jade a su vagina y lo mueve de un lado a otro buscando el

corazón de la flor. En el momento representado, la pareja sólo está en los comienzos y aún no ha alcanzado el éxtasis, de modo que ambos tienen los ojos abiertos de par en par y su expresión no se

diferencia mucho de la normal.

Pintura número dos. Posición: «Dejando que la abeja haga miel». La mujer está echada de espaldas sobre la colcha de brocado, en el lecho, abrazándose

a sí misma con las manos, y con las piernas en alto para salir al encuentro del pincel de jade y mostrándole al hombre la localización del corazón de la flor para que él no arremeta al azar. En el momento

representado, la expresión de la mujer es casi voraz, mientras el hombre parece tan alterado que el observador siente ansiedad por él. El arte supremo en su momento más travieso.

Pintura número

tres. Posición: «El pájaro perdido retoma al bosque». La mujer se inclina hacia atrás en el diván bordado con la piernas en el aire, aferrando las nalgas del hombre y orientándolas directamente hacia abajo. Ella parece

haber entrado en el estado de éxtasis y teme perderlo. La pareja está en el momento de mayor esfuerzo y muestra una vitalidad extraordinaria. Esta escena tiene la maravillosa calidad de «pincel volador y tinta danzante».

Pintura número cuatro. Posición: «El caballo hambriento corre al pesebre». La mujer yace en el diván con los brazos alrededor del hombre como si quisiera limitar sus movimientos. Mientras él

sostiene las piernas de ella sobre sus hombros, todo el pincel de jade penetra en la vagina, sin dejar nada fuera. En el momento representado, se encuentran en el instante de la eyaculación; están

a punto de cerrar los ojos y de tragar cada uno la lengua del otro, siendo sus expresiones idénticas. El arte supremo, sin lugar a dudas.

Pintura número cinco. Posición: «Los dos dragones

que luchan hasta caer». La cabeza de la mujer reposa al lado de la almohada y sus manos caen lánguidas, derrotadas, blandas como la seda floja. La cabeza del hombre reposa junto al cuello de

ella, lánguido todo su cuerpo, también blando como la seda floja. Ella ha alcanzado el clímax y su alma está en un tris de volar en sueños de futuro. Es un estado de calma después de una actividad febril. Sólo sus

pies, que no han bajado y siguen apoyados en los hombros de él, transmiten algún indicio de actividad, lo que lleva al observador a comprender su éxtasis y pensar en unos amantes sepultados juntos.

Cuando Esencia de Jade llegó a esta página, sus deseos sexuales estaban en plena ebullición y ya no podía dominarlos. Véspero volvió la página y estaba a punto de mostrarle la siguiente imagen cuando ella apartó el libro y se levantó.

—¡Vaya libro! —exclamó—. Hace que una se sienta turbada con sólo

mirarlo. Léelo tú si quieres. Yo voy a echarme.

Véspero la tomó en sus brazos.

—Corazoncito, hay más imágenes muy buenas. Mirémoslas juntos y luego vayamos a echarnos.

—¿No tienes tiempo mañana? ¿Por qué tienes que terminarlo hoy?

Véspero sabía que

Esencia de Jade estaba excitada, y la abrazó y la besó. Cuando la besaba con anterioridad, intentaba introducirle la lengua en la boca, pero los dientes de ella, firmemente apretados, se lo impedían.

En consecuencia, después de más de un mes de matrimonio, ella aún no conocía su lengua. Pero en

esta ocasión, en cuanto él le tocó los labios, esa lengua blanda y penetrante de alguna manera traspasó los dientes y entró en su boca.

—Corazoncito, no es necesario usar el lecho —dijo Véspero—. ¿Por qué no hacemos de este butacón nuestra piedra e intentamos imitar la pintura del álbum? ¿Qué me dices?

Esencia de Jade fingió encolerizarse.

—¡La gente no *hace* esas cosas!

—Tienes razón, la gente no las hace. ¡Las hacen los inmortales! ¡Seamos inmortales un rato! —Véspero alargó la mano y le desató el cinturón. El corazón de Esencia de Jade estaba bien dispuesto, aunque no sus

palabras, y se limitó a colgarse del hombro de él sin ofrecer resistencia. Al quitarle los pantalones, Véspero notó una gran mancha de humedad en los hondillos, provocada por las secreciones de Esencia de Jade mientras miraba las imágenes.

Véspero se quitó sus pantalones y la llevó al

butacón, donde la hizo sentarse con las piernas separadas. Luego insertó su pincel de jade en la vagina, antes de quitarle la ropa que le cubría el busto.

Te preguntarás que por qué no empezó por la parte superior y fue bajando, en lugar de quitarle primero los pantalones. Tienes que entender que Véspero era un

amante experimentado. De haberle quitado primero la ropa de arriba, pese a la excitación, ella habría seguido cohibida y planteado todo tipo de pretextos esquivos. Por eso él decidió adoptar en primer lugar la posición clave y dejar que cayera después en sus manos el resto del territorio, estrategia que en términos

militares se corresponde con la de apoderarse del líder rebelde y destrozar su fuerte. De hecho Esencia de Jade no planteó resistencia, sino que le dejó soltar sus brazaletes de oro, desatarle el fajín de seda y despojarla del resto de la ropa, incluidas las prendas interiores y la banda del pecho, todo salvo los escarpines.

¿Por qué le quitó todo salvo los escarpines? Tienes que entender que a una mujer puede quitársele todo lo que lleva puesto, pero no los escarpines. ¿Por qué? Porque estos cubren las ataduras de los pies, y cuando las mujeres se atan los pies se ocupan de que la parte inferior se vea pulcra, pero dejan la parte superior

descuidada y por ende poco atractiva. Más aún, en última instancia, los pies diminutos necesitan un par de pequeños escarpines encima si han de ser atractivos. Sin ellos serían tan desagradables a la vista como una flor sin hojas a su alrededor, y por tal motivo Véspero, astutamente, se los dejó puestos.

Después de desnudarla, él mismo se quitó hasta la última prenda y, luego, en pleno orden de batalla, separó los diminutos pies de Esencia de Jade y, colocándolos a los costados del butacón, empujó su pincel de jade y empezó a llevarlo a izquierda y derecha en el interior de la vagina, buscando el corazón de la

flor, como en la primera imagen. Poco después, Esencia de Jade abrió los brazos y presionó hacia abajo en el asiento, forzando gradualmente a la vulva hacia arriba, al encuentro de la arremetida del pincel de jade. Si este iba a la izquierda, ella se movía a la izquierda para recibirlo; si iba a la derecha, se movía en

este sentido. De pronto el pincel de jade llegó a un punto en el que le produjo una sensación, algo entre un dolor agudo y un escozor desmedido, sensación a la que no podía renunciar, pero que le resultaba insoportable.

—Mantenlo ahí —le dijo a Véspero—. No sigas empujando si no quieres matarme a puñaladas.

Véspero conoció que había llegado al corazón de la flor y la obedeció, concentrando sus fuerzas en el ataque a ese único lugar. Abandonó sus tácticas de diversión y poco a poco puso en juego todas las técnicas que conocía, acometiendo más rápido y profundamente que antes. Después de unos centenares de arremetidas,

percibió que ella movía instintivamente las manos para aferrarle los muslos y hacerlos bajar, con fuerzas que había sacado no se sabe de dónde. Antes, Esencia de Jade había imitado a plena conciencia la imagen erótica, pero este movimiento era una reacción no intencionada de la que no se daba cuenta. Aparentemente, era algo que

estaba incluso más allá de la capacidad del álbum en sus representaciones.

Para estar en igualdad de condiciones, Véspero abrió los brazos y empujó las nalgas de ella hacia él. Se sorprendió al encontrarlas empapadas en mares embravecidos, resbaladizos como el aceite e imposibles de aferrar. «La excitación de

Esencia de Jade está en su punto culminante», pensó Véspero. «En justicia, ahora tendría que dificultarle las cosas, pero dado que esta es la primera vez que rompe su ayuno vegetariano, tengo que dejarla comer hasta que se harte a fin de que adquiera el gusto por la carne, antes de comenzar a aplicar mis métodos de adiestramiento

del halcón».

Véspero le levantó los pies y los acomodó sobre sus hombros, le rodeó con sus brazos la esbelta cintura y hundió la espada hasta la empuñadura. Ahora el pincel de jade parecía más grande que nunca y llenaba toda la vagina sin dejar el más mínimo resquicio. Después de varios cientos más de

arremetidas, notó que los ojos chispeantes de su esposa estaban vidriados, y sus guedejas en desorden. Daba la impresión de estar quedándose dormida. Véspero le dio un par de suaves palmadas.

—Corazoncito, sé que estás a punto de correrte, pero este butacón es más bien incómodo. Acabemos en el

lecho.

Esencia de Jade, que estaba en el momento crítico, temió que si se movían él sacara el pincel de jade y que su placer fuera breve. Además, sentía tan doloridos y débiles los miembros que tampoco habría podido moverse, ni siquiera para ir hasta la cama. Por eso al oír la sugerencia de su marido,

cerró los ojos y meneó la cabeza.

—¿Es porque no puedes moverte, corazoncito?

Ella asintió.

—Yo tampoco puedo separarme de ti Deja que te lleve.

Véspero apretó los brazos alrededor de su cintura y la alzó con la lengua de ella todavía en la boca y su pincel

de jade todavía en la vagina. Luego, embistiendo mientras andaba, en la posición de «Contemplando las flores a lomos de caballo», la llevó a la cama, donde la depositó atravesada.

A continuación cogió una almohada para colocársela bajo la cintura, le apoyó las piernas y empezó de nuevo. Tras otros centenares más de

acometidas, repentinamente Esencia de Jade gritó:

—¡Queridísimo, no puedo más! —lo apretó muy ceñidamente y comenzó a murmurar incoherencias como un agonizante en los últimos estertores.

Véspero comprendió que ella había soltado su esencia y apretó el pincel de jade contra el corazón de la flor y,

con las piernas de ella agitándose en el aire, lo amasó con todas sus fuerzas hasta eyacular al mismo tiempo.

Después de dormir un rato abrazados, Esencia de Jade despertó.

—Queridísimo, acabo de morirme. ¿Lo sabías?

—¿Cómo podía ignorarlo? Pero esto no se

llama morir, sino correrse.

—¿Por qué se llama correrse?

—Los hombres tienen esencia masculina y las mujeres esencia femenina y, cuando llegan al clímax del placer, sueltan sus esencias. Pero, inmediatamente antes, todo el cuerpo, incluyendo la piel, la carne y los huesos, todo se ve abrumado por una

languidez sensual y la mente se nubla como cuando uno está quedándose dormido. En ese momento emerge la esencia, y eso significa correrse. Esto aparecía en la quinta pintura del álbum. Tú lo viste, de modo que entiendes lo que quiero decir.

—Y, según tú, ¿se puede volver a la vida después de correrse? ¿No se muere una

realmente?

—El hombre y la mujer se corren cada vez que lo hacen. La esencia de algunas mujeres emerge con mucha rapidez y hay algunas que se corren docenas de veces, mientras el hombre se corre una sola vez. ¡A *eso* le llamo yo placer! ¡Claro que no mueres!

—Por un placer como el

que acabo de experimentar estaría dispuesta a morir. ¡Y pensar que ni siquiera tengo que morirme! En tal caso, a partir de ahora me correré todos los días y todas las noches.

Véspero rio alegremente.

—Entonces, te he dado un consejo acertado, ¿verdad? ¿No es este álbum un auténtico tesoro?

—¡Ciertamente! Sería hermoso que pudiéramos comprar un ejemplar para tenerlo siempre con nosotros y mirarlo a menudo. Tengo miedo de que venga tu amigo y tengamos que devolvérselo.

—Te dije una mentirijilla —dijo él—. La verdad es que lo compré.

Esencia de Jade no cabía en sí de gozo.

Se levantaron, se vistieron y miraron luego el álbum erótico hasta que volvieron a excitarse e iniciaron una vez más sus juegos sexuales. Desde ese día se adaptaron a la perfección y estaban más enamorados que nunca. Después de contemplar las imágenes eróticas, Esencia de Jade se convirtió del

puritanismo al libertinaje. Cuando hacía el amor de noche, lejos de practicar la Doctrina de la Medianía, se inclinaba por lo novedoso y lo exótico. Se volvió muy aficionada a «Izar la bandera» y a «Buscar el fuego al otro lado de la montaña», y tanto insistía en poner sus diminutos pies sobre los hombros del marido

que a la mañana siguiente él tenía que hacer esfuerzos colosales para bajarlos. Huelga decir que, con el tiempo, Esencia de Jade se acostumbró a musitar gritos de pasión durante el coito y también a un comportamiento atrevido que aumentaba la excitación de su marido.

Con el propósito de

incrementar la excitación de ella, Véspero volvió a la librería y compró una serie de obras eróticas, como *Historia oficiosa del diván bordado, Vida del señor de la satisfacción perfecta* y *Relatos de la mujer boba* más o menos doce títulos guardados en una caja, que dejó sobre la mesa para que ella los leyera. También

escondió los libros que Esencia estudiaba antes, para que no recayera en sus viejas costumbres y volviera a desplegar su naturaleza puritana.

El laúd y la cítara son símbolos inadecuados para la armonía que reinaba en la gloria de su alcoba, del mismo modo que la campana y el tambor son incapaces de

expresar el goce que experimentaban. Aunque pintaras trescientas sesenta estampas eróticas, no serían suficientes para representar las formas en que hacían el amor Véspero y Esencia de Jade. En tiempos posteriores un poeta compuso un poema lírico sobre el placer que obtenía esta pareja al mirar su álbum:

Sentada está en las rodillas de él ante la ventana de la alcoba,
y él se apoya en sus hombros perfumados.
Cuando abren el libro y contemplan las escenas,
ella descubre que estos placeres no son secretos,
sino de una sabiduría antigua.

Con los cabellos de ella cada

vez más desatados,
se revuelcan como una pareja
de aves fénix;
nueve veces de cada diez los
lotos apuntan hacia arriba.
A la manera de los
inmortales ella interpreta
eternamente las escenas,
con goces igualmente
inauditos.

(Con la melodía de *El grito de la florista*)

Con una sola excepción, podría decirse que Véspero había alcanzado la cima de la felicidad. Pero, aunque su matrimonio era excepcionalmente armonioso, las relaciones con su padre político resultaban difíciles. ¿Por qué? Porque el maestro Puerta de Hierro era un caballero fielmente conservador que prefería la

austeridad al lujo y gustaba de discutir cuestiones morales al tiempo que rechazaba toda conversación sobre temas amorosos. Había lamentado su elección de hijo político en cuanto Véspero pisó la casa con sus vestimentas brillantes y su estilo frívolo.

«Ese hombre es pura apariencia, no tiene la menor

sustancia», suspiró entonces para sus adentros. «Nunca llegará a nada y mi hija no tendrá un marido digno de ese nombre. El problema es que los regalos de los esponsales han sido recibidos y la unión acordada, y no es posible deshacer nada de esto. Convertiré en bueno lo malo dejando que se casen y luego trataré de hacer de él

un caballero con la mano dura de un padre», pensó en aquel entonces.

Era pródigo en sus críticas. No sólo regañaba e instruía a su yerno por cualquier desliz en el lenguaje o en el proceder, sino que le endilgaba un sermón cada vez que Véspero evidenciaba la menor impropiedad en la

compostura.

Pero, tal como dice el proverbio, «Son más fáciles de modificar las montañas y los ríos que la naturaleza del hombre». Véspero no sólo tenía el temperamento de un joven, sino que no había conocido las riendas de ningún adulto desde que perdió a sus padres, muchos años atrás. ¿Cómo soportar

esta tortura cotidiana? Varias veces estuvo a punto de discutir, pero como no quería incomodar a su esposa haciendo peligrar así su gloria conyugal, se veía obligado a sufrir en silencio.

Mas con el correr del tiempo las ofensas de su suegro resultaron excesivas. «Sólo porque admiraba la belleza de su hija», pensó

Véspero, «y porque él se negó a que ella se separara de la familia con el matrimonio, e insistió en tener cerca a su yerno, me tragué el orgullo y me uní a su casa. Yo no era un muerto de hambre, un pobre andrajoso con los ojos puestos en la propiedad de su suegro, de manera que no tiene ningún derecho a utilizar su posición para ser

un tirano conmigo. Ya es bastante que yo no trate de cambiarlo a él, pesé a su pedantería. ¿Por qué se empeña él en cambiarme a mí? Más aún, un joven genio como yo querrá en algún momento disfrutar de algunos amores inolvidables. ¡Su hija no será esposa suficiente para mí! Pero si él me mantiene en una

vigilancia tan estrecha, nunca podré poner mal un dedo ni decir una palabra íbera de lugar. ¡Si me aparto de la línea, es capaz de condenarme a muerte!

»Debo reflexionar en todo esto muy atentamente. No puedo impedírselo, pero tampoco lo soporto, de manera que sólo existe una solución: tendré que dejarla a

ella a su cuidado mientras yo voy a otros lugares con el pretexto de proseguir mis estudios. Ya tengo como esposa a la mujer más bella del mundo, pero si encuentro a la segunda en orden de hermosura, aunque no pueda casarme con ella, no me molestaría satisfacer mi destino con una breve aventura».

Tomada esta decisión, estaba por hablarle de ello a Esencia de Jade para luego pedirle permiso al padre, cuando se le ocurrió que en virtud de la avidez que mostraba su esposa por el sexo, no lo dejaría ir y, estando ella en contra, no podría pedirle permiso al padre. La única vía posible consistía en consultar antes a

su suegro a espaldas de ella.

—Tu hijo político está viviendo en un paraje remoto y ha recibido una educación muy pobre —le dijo—. Carezco de maestros ilustrados y de amigos serviciales, y nunca progresaré en mis estudios ni aprobaré los exámenes. Estoy pensando en separarme de ti y viajar para ampliar mis

conocimientos. Cuando encuentre a un maestro ilustrado y amigos serviciales, me instalaré para estudiar. Luego, en el momento del examen, viajaré a la capital de la provincia y lo haré. Quizás apruebe y justifique así que me invitaras a ser tu hijo político. ¿Permites que me vaya?

—En los seis meses que llevas aquí viviendo como mi yerno —respondió el maestro Puerta de Hierro—, esta es tu primera observación sensata. Normalmente sólo oigo en tus labios palabras disolutas. Considero admirable que estés dispuesto a abandonar el hogar por el bien de tus estudios. ¿Por qué no habría de permitírtelo?

—Suegro, *tú* puedes estar de acuerdo, pero temo que tu hija diga que no siento afecto por ella si planteo la idea de alejarme tan poco tiempo después de nuestro matrimonio. ¿Me permites sugerir que afirmemos que esta idea partió de ti y no de mí? Así podré llevar a cabo mi plan sin ningún obstáculo.

—Muy bien —dijo el

maestro Puerta de Hierro.

En presencia de su hija, el hombre instó a Véspero a viajar por el bien de sus estudios. Cuando este se mostró reacio, el maestro Puerta de Hierro adoptó una expresión adusta y le soltó una fuerte reprimenda, tras lo cual Véspero aceptó. Ante la inesperada noticia de que su marido se marchaba, Esencia

de Jade, que precisamente entonces estaba en la cumbre del placer, se sintió como un bebé al que destetan, tan inaguantable era su angustia. Naturalmente, ofreció una fiesta de despedida tras otra para el viajero, y le dio un regalo tras otro. También insistió en que Véspero pagara por adelantado todas las deudas de las que sería

responsable después de su partida. Y él, sabedor de lo solo que podía sentirse en el viaje y de que en cualquier momento dado podía no tener ninguna mujer con la que consolarse, hizo todos los esfuerzos posibles para satisfacerla, como quien presenta un banquete para un invitado y luego lo disfruta personalmente. Hicieron el

amor varias noches seguidas, y sólo ellos saben lo indescriptiblemente gloriosas que fueron.

Antes de partir, Véspero pensó en dejar a uno de sus sirvientes para que atendiera las faenas pesadas. Como el maestro Puerta de Hierro era un tacaño que a regañadientes proporcionaba alojamiento a su

servidumbre, esta estaba compuesta únicamente por tres miembros de una familia y dos criadas, que formaban parte del acuerdo para la boda. Su suegro no tenía ningún sirviente del sexo masculino, de ahí la inquietud de Véspero. Por eso llamó a sus pajes, los situó delante del maestro e invitó a este a que escogiera

al que quisiera. Para su sorpresa, ninguno de ellos resultó aceptable.

¿Por qué motivo? Véspero era anfibio, es decir, dado a los placeres tanto homosexuales como heterosexuales. Sus pajes tenían siempre menos de veinte años, eran apuestos jovencitos de pelo lustroso o briboncillos taimados

excepcionalmente bien vestidos. Con frecuencia el maestro Puerta de Hierro había pensado en apremiar a Véspero para que los despidiera y, ahora que debía escoger a uno de ellos como sirviente, se veía en un apuro.

«En verdad necesitamos de un hombre para ciertas tareas», pensó, «pero con mi hijo político lejos y mi hija

sola, ¿cómo voy a tener a uno de estos jóvenes atractivos entrando y saliendo de la casa? Cuidarla a ella es mucho más importante que el cumplimiento de las tareas pesadas. En modo alguno tengo que hacer algo que el día de mañana llegue a lamentar».

—Tú eres el único a quien sirven de algo estos

inútiles —respondió a Véspero—. Sin duda yo no los necesito, de modo que llévatelos contigo. Cuando necesite ayuda, me ocuparé de conseguirla. No te preocupes por las faenas.

Dado que el maestro Puerta de Hierro era tan inflexible, Véspero no se atrevió a presionar. Pero sabiendo que su padre

político era muy mezquino para contratar a alguien, pensó que lo mejor sería dejar algunos *taels* para pagar a un sirviente. Luego se marchó, acompañado por los pajes que había llevado consigo a la casa.

Este capítulo ha narrado toda la historia del primer encuentro de Véspero con una muchacha hermosa.

Vendrán muchos más encuentros extraordinarios, por lo que debes prestar mucha atención a los capítulos venideros.

CRÍTICA

Cuando el autor exhorta a su público con conversaciones sobre principios morales, hace que

a este se le pongan los pelos de punta, y cuando decide motivarlo con relatos de pasión sexual, lo vuelve loco. La gente ignorante considerará que esta ambivalencia es un fallo, sin darse cuenta de que los pasajes en los que emociona con tanto ingenio a su público son precisamente las ocasiones en que más se

empeña por atraerlo a un comportamiento moral. ¡Piensa en lo virtuosa que era Esencia de Jade antes de ver las imágenes eróticas, y en lo lujuriosa que se volvió después de leer los comentarios! ¡Castidad y lujuria, nobleza y bajeza, decididos en un solo instante! ¡Y todo ello por culpa del hombre, por llevarla a la

tentación! ¿Pueden los maridos permitirse el lujo de no tener este hecho en consideración?

Capítulo cuarto

Un viajero deplora su soledad por una noche que pasa en parajes desiertos,
y un ladrón diserta sobre la pasión sexual para pasar el rato.

Poema:

El puritano predica la
moralidad,
el libertino su credo.
Pero ambos necesitan
oyentes
predispuestos
para que sus palabras
tengan eco.

Tras despedirse de su esposa y su suegro, Véspero partió en su viaje de estudios. No había pensando en ningún

destino concreto, y dejó que sus piernas lo llevaran donde quisieran. «Allí donde haya una muchacha hermosa», pensaba, «me instalaré». En cada distrito o jurisdicción a que llegaba, se quedaba unos meses. Como hombre de letras joven y brillante, era bien recibido en cualquier sociedad local. Le gustaba unirse a círculos literarios,

había publicado mucho, y su nombre era conocido por los hombres cultivados en cientos de kilómetros a la redonda. Fuera donde fuese encontraba amigos bien dispuestos a integrarlo en sus grupos.

No obstante, para Véspero, escribir y la vida social consecuente tenían menos significado que la

búsqueda de una joven bella. Todos los días se levantaba al amanecer y recorría la ciudad desde sus calles principales hasta las callejuelas sin salida. Lamentablemente todas las mujeres que veía eran bastante corrientes, y nunca encontró otra belleza extraordinaria, decepción que hizo presa en su mente y en su lengua; hiciera lo que

hiciese, mascullaba: «¡Un lugar tan hermoso y ni una sola muchacha a la que valga la pena mirar!». Una y otra vez murmuraba estas palabras en todos los sitios, incluso en sus incursiones al excusado. En los últimos tiempos su queja llegó a ser un hábito tan arraigado que la soltaba tanto ante conocidos como ante extraños, hecho

que llevó a sus compañeros de estudios a tildarlo, a sus espaldas, de maníaco sexual.

Un día, cuando estaba alojado en una venta del camino, sus pajes enfermaron y tuvieron que guardar cama. Véspero quería salir a dar un paseo, pero temía que quedara menoscabada su dignidad si alguna mujer lo veía sin compañía, de manera

que permaneció a solas en su habitación, profundamente aburrido. En el punto máximo de su hastío lo visitó el huésped de la habitación contigua.

—Veo que estáis solo, señor —dijo el visitante—, y me atrevería a decir que os pesa la soledad. En mi habitación tengo una jarra de vino y, si no os parece mal,

me gustaría invitaros a un trago.

—Cuando uno se conoce por casualidad, no debe imponerse —respondió Véspero—. Si vamos a beber juntos, debes permitirme que yo sea el anfitrión.

—¡Y yo siempre había oído decir que a los hombres educados les *gusta* ser poco convencionales! ¿Por qué

tanta formalidad? Como dice el proverbio: «Dentro de los cuatro mares todos los hombres son hermanos». Y hay otro: «Muchas son las veces que los hombres se conocen por casualidad». Mi situación en la vida puede ser humilde, pero nada me gusta más que hacer amigos. Sin embargo, vuestras perspectivas son tan

grandiosas que en circunstancias normales nunca habría presumido de llegar a conoceros. ¡De manera que el hecho de que nos alojemos en la misma posada hace que este sea un raro encuentro! ¿Qué tendría de malo que condescendiérais a beber conmigo?

En su estado de profundo

aburrimiento, Véspero estaba que no vivía por tener con quién hablar y, al ver que la invitación iba en serio, se apresuró a aceptar. Su anfitrión lo hizo sentar en el lugar de honor, mientras él lo hacía a un costado, disposición por la que Véspero protestó, insistiendo en ocupar el asiento de enfrente. Después de algunas

observaciones superficiales, se dijeron sus nombres. Véspero reveló su apodo y preguntó cuál era el de su anfitrión.

—Como hombre educado que sois, señor, tenéis un apodo —respondió el otro—. Pero yo soy un hombre vulgar y no tengo tan elegante título, apenas ostento el mote de Par del

Pillo de Kunlun. Sin embargo, habéis de saber que todos, en un kilómetro a la redonda, reconocen este mote.

—Es muy insólito. ¿Cómo lo escogiste?

—Sospecho que si os lo dijera, os asustaríais. Y, aunque no os asustarais, querríais marcharos ahora mismo y no volver a beber

nunca conmigo.

—Soy un hombre de cierto coraje, y también de espíritu libre. No me asustaría aunque tuviera delante de mí a un inmortal o a un fantasma. En cuanto a la posición y la educación, les presto menos atención aún. Como todo el mundo sabe, entre los héroes del entorno del señor de Mengchang[25],

se encontraba un mimo campesino además de un ladrón de mucho cuidado, y Jing Ke[26] solía emborracharse con un carnicero de carne de perro en el mercado de Yan. Mientras simpaticemos, ¿por qué no iba a beber contigo?

—En tal caso, no hay ningún mal en decíroslo. Soy un ladrón profesional,

especialista en allanamiento de moradas. La casa de un rico puede tener cientos de metros de altura y sus muros ser muy gruesos; si decido no intentarlo, nada ocurrirá, pero si voy allí en busca de dinero, llegaré directamente a su lecho con absoluta facilidad, embolsaré sus objetos valiosos y huiré tan limpiamente que el hombre

no se enterará de que le han robado hasta el día siguiente. Según dicen, hubo un Pillo de Kunlun que salvó el muro del palacio del general Guo y raptó a una tal Muchacha de Rojo[27], pero lo hizo una sola vez, en tanto que yo he hecho hazañas similares cientos de veces. Por eso me llamo Par del Pillo.

Véspero estaba

estupefacto.

—Pero, dado que has estado haciendo esto durante mucho tiempo y te has ganado un nombre que todos conocen, alguna vez te habrás visto enredado con la ley.

—Si así fuera, no sería un héroe —replicó Pillo—. Como dice el proverbio: «Hay que encontrar las mercancías para atrapar al

ladrón». Si no me encuentran las mercancías robadas, y de eso me ocupo yo, nadie osa ponerme un dedo encima. De hecho, todos en los alrededores intentan ingresar en mi lista de buenas personas, pues temen que los arruine si llegan a enfadarme. Pero no carezco de honor. Me atengo a mis «cinco abstenciones del robo».

—¿Cuáles son?

—No robo a la gente desdichada, ni a la gente feliz, ni a la gente que conozco, ni a la gente que ya he robado una vez, ni a la gente que no toma precauciones.

—Esas expresiones resultan más bien intrigantes. ¿Podrías explicarme qué significan?

—Si alguien ha sufrido un golpe, como una enfermedad, una muerte en la familia, o algún desastre natural, y por ello vive en una terrible angustia, robarle sería como echar aceite en las llamas…, demasiado para poder soportarlo. Por eso nunca les robaría.

»Si una familia tiene algo que celebrar, como una boda,

el nacimiento de un hijo o una casa nueva, y yo les robara en medio de las festividades, la pérdida de la propiedad sería mucho menos importante que la desgracia que haría caer sobre ellos, desgracia que los perseguiría en el futuro. Por eso nunca les robaría.

»No me parece mal robarle a la gente que no

conozco, ni a la gente que conozco pero que no me conoce, ni a la gente que me conoce pero no está dispuesta a relacionarse conmigo. Pero en el caso de gente que conozco y saludo todos los días, si la robara nunca sospecharía de mí y yo me sentiría avergonzado la próxima vez que los viera. Por ejemplo, ahora os he

invitado a reuniros conmigo para beber. Si os hubierais negado, habríais demostrado ser un fatuo que me mira por encima del hombro y, vivierais donde vivieseis, no os habría dejado escapar impune. Pero vinisteis contento y os sentasteis frente a mí. ¿Cómo podría robarle a alguien que se ha mostrado tan simpático?

»En el caso de un rico al que nunca han robado, pese a toda su riqueza, condescendería a visitarlo para extraerle un impuesto, por así decirlo. ¿Qué tiene de malo? Pero si ya le he robado una vez y sacado mi tajada, yo tendría que ser un monstruo de la codicia para seguir fastidiándolo. De manera que tampoco le

robaría.

»Pero los pusilánimes que todo el día se preocupan de los ladrones y toda la noche se protegen de ellos, que nunca dejan de hablar de los ladrones, me están tratando sin el menor respeto, de manera que les pago con la misma moneda. Les robo un par de veces, para demostrarles así que soy más

listo que ellos y que me han subestimado demasiado a la ligera, y para que nunca vuelvan a mirar por encima del hombro a los ladrones.

»Pero en el caso de un hombre generoso y de buen corazón, para quien el dinero sólo es cuestión de oportunidad, el tipo de hombre que te dejará robarle un poco si lo necesitas, ya

sea olvidándose de cerrar la puerta o dejándola abierta deliberadamente, si yo le robara, sería un rufián y un intimidador, una rata o un perro de albañal, como suele decirse. Es algo que nuestro gran mentor, Robador Zhi[28], nunca se habría rebajado a hacer, de manera que ¿cómo puedo hacerlo yo?

»Estas son mis "cinco

abstenciones del robo”. Toda mi vida me he beneficiado de ellas. Gentes cercanas y lejanas conocen estas cualidades mías y, aunque saben que soy un ladrón, no me tratan como a tal y no toman precauciones. Dado que no consideran una desgracia relacionarse conmigo, tampoco yo lo considero así. Si no tenéis

nada que objetar, hagamos un juramento fraternal. Si alguna vez necesitáis mi ayuda, haré todo lo que esté a mi alcance para serviros, si es necesario hasta la muerte. No se trata de una de esas promesas de hermandad que hacéis los hombres educados, que significan ayudar a un hermano en los buenos momentos, pero dejarlos

librados a su suerte en los malos. Los ladrones no somos así».

Mientras Pillo pronunciaba su discurso, Véspero asentía en rápida sucesión de movimientos de la cabeza. Ahora exhaló un suspiro.

«Jamás se me ocurrió que encontraría a semejante héroe entre los ladrones»,

pensó. «Si trabo amistad con él, el único caso en que podría necesitar su ayuda sería si oyera hablar de alguna belleza extraordinaria —como la Muchacha de Rojo o Escobilla Colorada[29] — que viviera en una gran mansión en la que no pudiera comunicarme con ella, por no hablar de intentar conocerla. ¡Qué maravilla si pudiera

contar con él para que hiciera el papel del Pillo de Kunlun! Tal vez haberlo conocido hoy signifique que me aguarda un destino excepcional y que el Cielo ha enviado a un ser sobrenatural para que me ayude a cumplirlo».

Ante esta perspectiva, empezó a dar saltos de alegría. Pero la insinuación de Pillo para que hicieran un

juramento fraternal lo hizo vacilar. Aunque respondió «Excelente», su tono era menos que entusiasta.

Pillo adivinó sus pensamientos.

—Podéis manifestar vuestro acuerdo, pero en el fondo de vuestro corazón no estáis del todo seguro. ¿No tendréis miedo, por casualidad, de que os

implique en un litigio? Olvidad por el momento que mi excepcional habilidad me mantendrá alejado de los juzgados; y, aunque me metiera en dificultades, preferiría morir, si fuera necesario, antes que arrastrar conmigo a un inocente. De manera que no sigáis cavilando.

Ahora que Pillo había

respondido a sus dudas, Véspero aceptó, sin atreverse a presentar ningún pretexto. Participaron en un sacrificio de tres animales y, después de escribir las respectivas fechas de nacimiento, se mancharon la boca con sangre y juramentaron vivir o morir juntos. Puesto que Piño era mayor que Véspero, comenzaron a llamarse

respectivamente *hermano mayor* y *hermano menor*. Después disfrutaron de lo que quedaba de las carnes del sacrificio, comiendo y bebiendo hasta medianoche, momento en que la mesa se encontraba repleta de jarras y platos. Estaban a punto de retirarse a dormir, cuando Véspero dijo:

—Dormimos solos en

habitaciones separadas, ¿por qué no vienes a compartir mi lecho y pasamos la noche conversando de corazón a corazón?

—Buena idea —coincidió Pillo.

Se desvistieron y se acostaron. Véspero había estado tan ocupado bebiendo y hablando que había olvidado por completo la

queja que normalmente salía de sus labios. Pero ahora, sin la charla y la comida, cuando se metió en la cama y a punto de quedarse dormido, la recuperó. Soltó su queja pesarosa y la repitió varias veces.

—En todos lados hay mujeres hermosas —disintió Pillo—. ¿Por qué dices eso? ¿Estás todavía soltero, por

casualidad, y viajas en busca de una esposa?

—No, no, ya tengo una esposa, pero ¿cómo puede esperarse que un hombre dependa de la compañía de una sola mujer? ¡Al fin y al cabo uno necesita unas cuantas mujeres además de la esposa, aunque sólo sea para variar de escenario! Para serte sincero, hermano, mi

naturaleza es excepcionalmente amorosa. Tengo riquezas y honores al alcance de la mano, pero no me interesan. Lo único que me importa es esa cuestión. Teóricamente hago este viaje para proseguir mis estudios, pero en realidad se trata de buscar mujeres. He estado en muchas ciudades y poblaciones, pero todas las

mujeres que he visto se embadurnaban de maquillaje para ocultar su piel oscura o se cubrían de joyas para ocultar su pelo castaño. No he conocido a una sola belleza natural, a una sola mujer que no necesitara adornarse. Mi ánimo ha decaído y todo el tiempo repito estas palabras, a fin de ventilar mi frustración y

desesperación.

—En eso te equivocas, hermano. Las buenas mujeres nunca se dejan ver, mejor dicho, las únicas que se dejan ver no son buenas mujeres. Incluso entre las prostitutas, para no hablar de las jóvenes de buena familia, sólo las más feas y las que ningún hombre desea permanecen en la puerta y tratan de vender

su mercancía. Las que tienen una mínima reputación se quedan en el interior y aguardan a que el hombre las llame, y aún así resulta tan difícil llegar a ellas que sólo se dejarán ver después de que se lo pidas varias veces. Supongo que no esperarás que una muchacha soltera de buena familia, o una esposa o concubina de una gran casa,

se quede en la puerta exhibiéndose. Si realmente quieres saber si en los alrededores hay buenas mujeres, tendrías que preguntármelo.

Ante esta sugerencia Véspero levantó involuntariamente la cabeza.

—¡Qué sorpresa! Si tú mismo no ocupas la escena en lo que al amor respecta,

¿cómo puedes saber algo de eso?

—Es posible que yo no ocupe la escena —dijo Pillo —, pero mi visión del escenario es mejor que la de nadie. Incluso los protagonistas apenas tienen una idea general de las cosas. No están en condiciones de conocer todos los detalles.

—¿Por qué?

—Dime, ¿abundan más las muchachas hermosas en las casas ricas y eminentes o en las pobres y humildes?

—En las ricas y eminentes, por supuesto. Los hombres pobres no pueden permitirse ese lujo.

—Bien, ¿puedes ver mejor a las muchachas hermosas de las casas ricas y eminentes cuando están

completamente vestidas y maquilladas o cuando están desnudas y se han quitado todo el maquillaje?

—Sólo cuando se han quitado el maquillaje se puede apreciar su belleza natural, desde luego. Si están vestidas y maquilladas, ¿cómo se puede saber *nada*?

—Veo que entiendes mi punto de vista —prosiguió

Pillo—. Los ladrones, como es lógico, no elegimos acercamos a las casas de los pobres y humildes. Las casas que frecuentamos están rebosantes de jóvenes adornadas con joyas y vestidas con finas sedas, de modo que llegamos a ver muchas. Más aún, nuestras visitas no se producen en las horas diurnas sino en plena

noche, cuando en ocasiones se sientan desnudas a la luz de la luna o duermen junto a una lámpara con las colgaduras de la cama abiertas. Por temor a que la muchacha esté despierta, al principio no me atrevo a coger nada, y me oculto en un rincón oscuro con la mirada fija en su cuerpo para cerciorarme de que no se

mueve. Sólo una vez compruebo que está dormida me dispongo a trabajar. Así, durante una buena hora tengo los ojos puestos en ella, y en ese lapso nada escapa a mi percepción, ni sus ojos, ni su cara, ni su figura, ni su tez, ni siquiera la profundidad de su vagina o el largo de su vello púbico. Llevo un registro mental de cuáles son las

jóvenes de buen ver y cuáles no en las casas de todos los hombres ricos y los funcionarios en más de un kilómetro a la redonda. Si quieres enterarte de todo esto, necesitarás mi consejo.

En este punto Véspero estaba metido entre la ropa de la cama; de repente se irguió descaradamente, dejando al descubierto el

pecho y la espalda.

—¡Fantástico! —exclamó —. Uno, sea quien sea, no puede ver a las mujeres de una casa rica. O, si las ve, nunca tiene de ellas una buena visión. ¡Los ladrones sois los únicos capaces de verlas como se debe! Si no hubieras planteado esta cuestión, me habría perdido una oportunidad gloriosa.

Pero al mismo tiempo, se plantea otra cuestión en mi mente: cuando ves semejantes beldades, con la vulva tan bien desarrollada, ¿qué ocurre si la excitación te resulta excesiva y no puedes controlarte?

—Cuando vi por primera vez esos paisajes, de joven, no podía dominarme y a menudo permanecía en la

oscuridad, apuntando mi pistola a la mujer y pensando que hacía el amor con ella. Más adelante, a medida que fui viendo más y más, fueron significando menos para mí. Poco a poco una vulva llegó a parecerse a un utensilio de cocina y a despertar en mí más o menos iguales sensaciones. Sólo cuando veía a una mujer haciéndolo

con su marido y oía los gemidos que emitían y los bombeos en las partes inferiores, me excitaba un poco.

Ahora que Pillo trataba un tema tan fascinante, Véspero, que estaba sentado en la cama y no muy lejos, temió que los tres o cuatro palmos que los separaban disminuyeran el impacto de

lo que el otro decía, por lo que saltó y se tendió junto a Pillo.

—Si no te aburren demasiado estas trivialidades —prosiguió Pillo—, permíteme decirte una o dos cosas que he visto y oído, para que puedas apreciar que, aunque sea un ladrón, también soy un espía en el campo del amor y un cronista

de las costumbres femeninas, no un estúpido ignorante que si ni siquiera sabe escribir la palabra *amor*.

—¡Espléndido! Si haces eso, si estás dispuesto a hacerlo, una noche de conversación contigo valdrá más que diez años de estudio. Adelante.

—He visto tantas cosas que no sé por dónde empezar.

Pregúntame lo que quieras e intentaré responderte.

—De acuerdo. Dime, entonces, si son más corrientes las mujeres a las que les gusta hacerlo o las que no.

—Las mujeres a las que les gusta, por supuesto. Pero hay algunas que no. En general, de cada cien mujeres encontrarás una o dos a las

que no les gusta. Pero incluso entre aquellas a las que les gusta, hay dos especies: las que les gusta hacerlo y lo dicen, y las que tratan de dar la impresión de que no les gusta aunque les guste. Sólo después de que sus maridos las han forzado a salir al escenario, estas últimas muestran su verdadero color.

»De las dos especies, la

primera es la más fácil de despachar. Al principio, mientras observaba desde un oscuro rincón a una esposa que apremiaba descaradamente a su marido a hacerlo, pensé que ella sería una auténtica disoluta cuya energía duraría toda la noche, pero hete aquí que se corrió después de unas pocas arremetidas, tras lo cual se

sintió amodorrada y sólo quería dormir. Ya le importaba un bledo que su marido lo hiciera o no, y renunció a tratar de estimularlo a la acción o a mantenerlo a la altura de las circunstancias. Por contraste, es terriblemente difícil vivir con la mujer que en realidad lo desea pero finge que no. Una vez estaba robando en

una casa cuando vi que el marido trataba de instar a su esposa a hacerlo. Cuando la montó, ella lo apartó de un empujón, de modo que el hombre llegó a la conclusión de que no quería hacerlo, se durmió y empezó a roncar. Pero al cabo de un rato ella empezó a moverse y a dar vueltas en la cama con el propósito de despertarlo.

Como el hombre seguía durmiendo, lo sacudió. Pero él estaba profundamente dormido. Entonces ella se puso a gritar: "¡Al ladrón, al ladrón!". Cualquiera que estuviera en mi situación se habría aterrorizado, pero yo entendí que su único objetivo era que el marido despertara y le hiciera el amor. Tenía razón. Él despertó

sobresaltado y ella tenía preparada una buena excusa: “El gato estaba persiguiendo un ratón, dio un salto e hizo un ruido que yo confundí con un asaltante. Pero sólo era eso”. Lo abrazó con firmeza y le frotó la vulva en el pene hasta que el hombre se excitó y la montó. Al principio, cuando él empujaba, ella lograba reprimir gritos de

pasión, pero tras unos cientos de arremetidas comenzó a gemir y sus flujos manaron a granel. Dejó que él acometiera un rato, metiéndola y sacándola, desviviéndose por ella. A medianoche el marido eyaculó, pero la pasión de ella seguía en el punto máximo. Se sintió muy desgraciada cuando él paró,

pero no se decidió a pedirle que continuara. La única solución que encontró fue empezar a suspirar y quejarse como si estuviera enferma para conseguir que él le frotara el pecho y el estómago, impidiendo así que se quedara dormido. Esto fue demasiado para el marido, que no pudo dejar de excitarse y empezar de

nuevo. Así siguieron las cosas hasta que cantó el gallo, lo que me mantuvo despierto toda la noche; entonces, cuando estaba reuniendo sus cosas valiosas, amaneció y tuve que escabullirme, y nunca pude volver a entrar para robarles. Pero gracias a eso sé que es difícil vivir con este tipo de mujer.

—Sin duda. Te haré otra pregunta: ¿la mayoría de las mujeres son capaces de emitir gritos apasionados durante la relación sexual?

—La mayoría sí, por supuesto. Sin embargo, algunas no, probablemente una o dos de cada diez. Pero las mujeres tienen tres tipos de gritos, que suenan muy diferentes aunque se

expresen con las mismas palabras. Los ladrones somos los únicos que conocemos la diferencia. Ni siquiera la detectan los hombres que copulan con ellas.

—¿Cuáles son?

—Al principio, las mujeres no sienten ningún placer y no tienen ningún deseo de gritar. Sólo están fingiendo para excitar a sus

maridos. Se da uno cuenta por el sonido que emiten; en general, aunque griten, no se mueven y sus palabras son claras, nada confusas. Cuando comienzan a sentir placer, no sólo tienen la mente y la boca pletóricas de sensualidad, sino que cada centímetro de su cuerpo empieza a sentir lo mismo. Los gemidos son audibles,

pero las palabras salen incoherentes e inconexas. Cuando alcanzan el clímax del placer, sus energías flaquean, se les ponen fláccidos los brazos y las piernas, y no podrían emitir un grito aunque quisieran. Ahora el sonido brota de la garganta más que de la boca, y es apenas audible.

»Pero incluso este sonido

apenas audible es demasiado para quien lo oye. Una vez que estaba robando yo una casa vi cómo lo hacían un marido y su esposa. Al principio, mientras jugueteaban, el sonido que ella producía era ensordecedor, pero no hacía efecto alguno en mí. Al cabo de un rato la mujer guardó silencio y dejó de moverse,

como si su marido la hubiera matado. Agucé el oído y me acerqué. Lo único que oí fue un jadeo de su garganta que sonaba como algo entre una palabra y un suspiro, y comprendí que la mujer había llegado al éxtasis. Me acometió una oleada de excitación, empezó a hormiguearme todo el cuerpo, y mi semen manó por

su propia cuenta sin tener que recurrir a meneármela. Por eso sé que las mujeres también son capaces de emitir esta clase de gritos.

En ese instante Véspero oyó en su imaginación a la mujer más lasciva del mundo murmurándole gritos de pasión al oído, y también todo su cuerpo comenzó a hormiguear y, sin que se

diera cuenta, su semen, largamente contenido, se desparramó sobre la alfombrilla.

Quería hacer más preguntas, pero ya era pleno día. Se levantaron, se asearon y volvieron a sentarse para continuar la charla, que versó sobre el mismo tipo de información fascinante. En ocasiones el conferenciante

pudo haber dado muestras de fatiga, pero el interés del oyente no disminuyó en ningún momento, y después de varios días de conversación íntima se había formado entre ambos un vínculo más íntimo todavía.

—He visto a muchas mujeres desde que salí de casa —dijo Véspero en esa etapa—, pero ninguna con la

que me encaprichara, y había llegado a la conclusión de que no quedaban muchachas hermosas en el mundo. No obstante, por lo que tú dices, has visto jóvenes bellas no una sino muchas veces. Dado que estoy consagrando mi vida al sexo, me siento tres veces bendecido por haberte encontrado, y perdería una oportunidad de oro si no te

confiara mi preocupación. Te ruego, hermano, que elijas a la joven más hermosa entre las que has visto y que encuentres la forma de que yo pueda verla, si realmente es de una belleza singular. Bien, para serte sincero, he nacido bajo la estrella de la buena suerte en el amor. Toda mi vida ha sido así. Una vez que pongo los ojos en

una mujer, no necesito buscarla: ella me busca a mí. Cuando llegue el momento propicio, te pediré que produzcas uno de tus milagros y acuerdes una cita. Quizá tú, como reencarnación del Pillo de Kunlun, te conviertas en mi asistente como un maestro Cui de nuestros días.

Pillo meneó la cabeza.

—No, no puedo hacer eso porque he jurado que jamás robaría a nadie a quien haya robado antes. Habiéndoles robado una vez, no podría volver a despejarlos de sus caudales, menos aún de la castidad de su mujerío. Pero me propongo estar atento a partir de ahora. Cuando entre en la casa de alguien y vea a una muchacha hermosa, no

tendré necesariamente que llevarme nada, en cambio volveré y te consultaré para acordar una cita. Eso *sí* puedo hacerlo por ti.

—No he sabido corresponder al honor de un caballero —dijo Véspero—. Ahora comprendo que mi sugerencia era presuntuosa. Pero hay algo que debo mencionar: agradezco tu

oferta, pero si encuentras a una muchacha sorprendentemente hermosa, haz lo que quieras pero no robes nada. No permitas que la vista de sus joyas u otras cosas de valor te haga caer en la tentación de olvidar tu promesa. Si logras arreglar algo para mí, ten la seguridad de que sabré recompensarte.

—¡Ahora sí que *no* has

sabido corresponder al honor de un caballero! Si estuviera buscando una recompensa, más me valdría coger ahora mismo lo que tienes. ¿Por qué no habría de tentarme la vista de *tus* objetos valiosos? Aunque te empeñaras en recompensarme, la recompensa sólo sería la promesa de una o dos contribuciones cuando seas

funcionario. Imagino a la perfección el valor de esas contribuciones: diez de ellas juntas no llegarían a lo que saco con un solo robo. Puedes olvidar esa clase de recompensa. Te estoy prometiendo una joven hermosa. Por supuesto, cuando la encuentre, a ti te competerá seducirla. ¡Yo no puedo garantizarte nada!

—Soy especialista en el arte de la seducción —dijo Véspero—, quédate tranquilo.

—Ahora que me has conocido, no necesitas irte a otro sitio —dijo Pillo—. ¿Por qué no alquilas habitaciones aquí y prosigues tus estudios? Pero no dependas únicamente de mí. Si ves a alguna que te resulta

atractiva, sigue adelante por tu cuenta. Si yo encuentro a alguien, te lo informaré. Si ambos estamos ojo avizor, sin duda encontraremos una o dos. No podemos fracasar por completo.

Desbordante de júbilo, Véspero dijo a sus sirvientes que buscaran alojamiento. Luego, antes de permitir que Pillo se marchara, insistió en

que intercambiaran de nuevo cuatro veces las reverencias en prueba de amistad. Siendo hermanos de juramento, su amistad, pues, se cimentó con ocho reverencias; sólo Pillo había hecho doce. En tiempos posteriores alguien escribió un poema señalando el error de las costumbres de Véspero, concretamente su lujuria y su asociación con un

delincuente. El poema decía así:

Puesto que la lujuria nos extravía, y nubla nuestra razón,
tomó a un ladrón por héroe en su desesperación lujuriosa.
Al pronunciar un juramento, forjó un vínculo
con las criaturas más bajas de

la tierra y el aire.

Habiendo hincado la rodilla
ante un humilde ladrón,
¿cómo podría responder a la
gracia del emperador?
Tu vista, buen señor, está por
cierto iluminada;
en el mundo de hoy
honramos a los de baja
índole.

CRÍTICA

El temperamento de Pillo es diez veces mejor que el de Véspero. ¡No fue este, sino aquel, quién se hermanó con un ladrón!

Las tres abstenciones de Pico Solitario y las cinco de Pillo son el documento más notable y delicioso de todos

los tiempos, algo que no tiene paralelo en la ficción. ¡Aunque lo intentaras, no podrías impedir que gozaran de una amplia circulación!

Capítulo quinto

Al seleccionar bellezas,
recopila rigurosamente una
lista de nombres;
por razones personales, sé
indulgente, admite a una
mujer mayor:

Poema:

La belleza núbil de la
niña se despliega.
No podemos saber cuán
apasionada es.
En el lecho no debería ser
tímida
para que no huyan los
soldados.
Una vez madre, es ya
vieja
una simple doncella hasta
entonces.
Su único deseo, que la
belleza

permanezca;
pero los cabellos grises
no pueden evitarse.

Tras separarse de Pillo, Véspero se alojó en un templo que era morada secundaria del Inmortal Zhang, dios de la fertilidad. Tenía pocas habitaciones, las cuales normalmente no se arrendaban a viajeros. Pero como Véspero estaba

dispuesto a pagar un precio muy alto —en otros lugares se cobra un *tael* mensual y él ofreció dos— los sacerdotes taoístas, en su afán de lucro, hicieron una excepción en su caso.

¿Por qué estaba Véspero dispuesto a pagar una renta tan alta por alojarse en ese templo? Porque el Inmortal Zhang era sumamente eficaz

y las mujeres acudían a él en tropel desde muy lejos para rogarle que les diera hijos varones. A Véspero se le ocurrió la idea de usar el templo como sala de exámenes, y con tal propósito se instaló allí. Por cierto, descubrió que todos los días llegaban grupos de damas al templo para ofrecer incienso, damas que se diferenciaban

de las mujeres que asistían a otros templos en que una o dos de cada diez eran tolerablemente atractivas.

Te preguntarás por qué se daba allí este fenómeno. Sin duda Véspero no había puesto un cartel anunciando que desechaba a las mujeres feas y admitía únicamente a las bonitas. Tienes que entender que a todos los

templos van visitantes del sexo femenino, y las hay viejas, de edad mediana y jóvenes. Entre ellas, las viejas y las de edad mediana componen los dos tercios, y las jóvenes el otro tercio; en consecuencia, las mujeres de buen ver se ven ampliamente superadas por el resto. Pero todas las que acudían a este templo lo hacían para pedir

un hijo. Ahora bien, las mujeres viejas han pasado la menopausia y no pueden concebir, las de edad mediana la están rozando y han perdido el interés por tener hijos; así pues, todas las mujeres que allí acudían a rezar para que se les concediera un hijo eran jóvenes. Si iban mujeres maduras como

acompañantes, su número era escaso. Durante los cinco o seis años posteriores a la edad de trece años, todas las jóvenes, bellas o no, tienen en sus mejillas cierto arrebol que los hombres encuentran sutilmente atractivo. Por tal motivo, de cada diez visitantes, siempre había una o dos con cierto atractivo.

Todas las mañanas

Véspero se levantaba temprano y, ataviado con la elegancia del protagonista de una pieza teatral, se paseaba sin cesar de arriba abajo, frente al trono del Inmortal Zhang. Cuando veía aproximarse a una mujer, se ocultaba de su vista detrás del trono y escuchaba cómo los sacerdotes taoístas transmitían las oraciones de

las que allí acudían. Observaba cómo las mujeres cogían la varilla de incienso y se arrodillaban, estudiando atentamente su aspecto y modo de conducirse, y de pronto aparecía cuando ellas menos lo esperaban.

Al ver el porte sin par y las maneras elegantes de Véspero, las mujeres jadeaban asombradas,

suponiendo que la sinceridad de sus oraciones había dado vida a la estatua del Inmortal para proporcionarles hijos. Sólo cuando Véspero bajaba los peldaños contoneándose comprendían que era un ser humano, momento en que sus almas habían sido ya presa de este Inmortal viviente. Tan delirantes de deseo quedaban que le dedicaban miradas

amorosas y guiños significativos y a duras penas lograban marcharse. Algunas dejaban caer adrede el pañuelo, en tanto que otras olvidaban a sabiendas sus abanicos. Véspero podía contar con que cada día recibiría varios de estos símbolos de admiración.

A partir de entonces su comportamiento se volvió

cada vez más irresponsable y su mente más depravada. Llegó tan lejos como para proclamar: «Yo *merezco* disfrutar de las mujeres más hermosas del mundo. Un hombre tan apuesto como yo *merece* que las mujeres se desvivan por él. ¡No hay nada extraño en ello!».

Cuando se trasladó al templo cogió un cuadernillo

que siempre llevaba en el bolsillo y en la cubierta inscribió las siguientes palabras:

ACOPIO DE BELLEZAS DE PRIMAVERA DE TODAS PARTES

Todas las mujeres que iban a orar al templo y mostraban cierto grado de hermosura figuraban en el

cuaderno como sigue: nombre, edad, apellido y nombre del marido, domicilio. Junto al nombre de la joven, Véspero dibujaba círculos en tinta roja que indicaban su puntuación: tres círculos, *summa cum laude*; dos, *magna cum laude*; uno, *cum laude*. Después de cada nombre agregaba comentarios en prosa, como

los que aparecen en los exámenes, para describir los rasgos más destacados de la mujer.

Narrador, lo que acabas de decir no coincide con lo que has dicho antes. Cuando las mujeres entraban en el templo, lo único que podía hacer Véspero era permanecer a un lado y

observarlas. ¡De esa forma no podía enterarse de los nombres de las mujeres, por no hablar del de sus maridos y de su domicilio! ¿Intentas decimos que las interpelaba y les preguntaba sus señas particulares?

Amable lector, una vez más, no has comprendido. Cuando una mujer va a orar a

un templo, invariablemente hay junto a ella un sacerdote al que hace saber sus oraciones. Al entrar ella, el sacerdote le pregunta: «¿Cuál es tu apellido, por favor? ¿Tu nombre personal? ¿Tu edad? ¿De qué creyente eres esposa? ¿Dónde vives?». Aunque ella no responda personalmente a las preguntas, siempre habrá un

sirviente o una criada que lo haga en su nombre. Véspero tomaba buena nota mental de los datos de cada mujer y cuando ella se marchaba los escribía en su cuaderno. ¿Tan difícil te resulta creerlo?

En el transcurso de unos pocos meses Véspero había reunido a casi todas las beldades del distrito. No obstante, había un problema.

Aunque era generoso para admitir a las mujeres al examen, se mostraba sumamente severo en las calificaciones. Entraban muchos nombres en su cuaderno, pero todos en la segunda o tercera categoría; no había un solo nombre junto al que inscribiera tres círculos.

«La ambición de toda mi

vida», pensaba, «consistía en casarme con la joven más hermosa del mundo. Creía haberme casado con la más hermosa, pero a la luz de mi reciente experiencia veo que hay muchas que no tienen nada que envidiarla. Evidentemente, Esencia de Jade no puede calificarse como *la más* hermosa. No tiene sentido tener una

Secunda y una *Tertia*, si no se alcanza una *Prima*[30]. Sea como fuere, si existe en algún lugar una *Prima*, aún no la he conocido. Todas las que veo en mi constante búsqueda son *cum laude*. Guardaré esta lista como alternativa y, si no tropiezo con la que espero, la miraré y haré lo que pueda con ella. Entretanto esperaré a ver qué

me traen los próximos días».

Desde ese momento no sólo fue más severo en las calificaciones sino que volvió más estricta su política de admisión. Un día, en estado de agotamiento mental, estaba haciendo la siesta en su habitación cuando irrumpió uno de sus pajes para anunciarle:

—¡Amo, ven a ver a las

jóvenes más hermosas! Ven de inmediato, o te las perderás.

Véspero se levantó a toda prisa, se cambió el gorro, se puso una túnica elegante y luego se detuvo a contemplarse en el espejo, todo lo cual le llevó un rato. Cuando apareció vio a dos muchachas, una vestida de rosa pálido, la otra de loto

rosa. La acompañante también era una belleza, aunque de más edad. Las tres mujeres ya habían quemado su incienso e iban hacia la salida del templo cuando Véspero las vio desde cierta distancia. Las dos jovencitas le parecieron la Diosa del Monte Wu y el Hada del Río Luo[31] … De una clase totalmente distinta a la de las

mujeres que había visto hasta entonces.

Ahora veamos, a una mujer se la mira de la misma manera que a la caligrafía o a la pintura. No es necesario estudiar un pergamino pincelada a pincelada; basta con levantarlo a cierta distancia y juzgar su fuerza pictórica. Si esta es adecuada, se considera una

obra de arte; si su fuerza queda disipada y el pergamino carece de vida, no es mejor que una reproducción; por fina que sea la técnica del pincel, es un mero trabajo comercial y por ende carece de valor. Ahora bien, si la belleza de una mujer ha de examinarse de cerca para que cobre relieve, en el mejor de los

casos, su belleza es limitada. Las cualidades de una mujer auténticamente bella no quedan desvaídas aunque se vean a través de una cortina de lluvia, de bruma, de flores o de bambú. Incluso si se la vislumbra por una rendija de la puerta o si ella se oculta en la oscuridad, por sí misma emanará una sensación de encanto y hará maravillarse

al observador, tal como se lee en los *Poemas clásicos*: «¿Cómo es que ella es semejante a un ser celestial, cómo es que ella es semejante a un dios[32]?». Si crees que estas cualidades residen en su forma física, te equivocas; pero si crees que residen independientemente de su forma física, también te equivocas. Están más allá de

toda explicación, de ahí que sean prodigiosas.

Al ver a las muchachas, Véspero perdió la cabeza. Como todavía no habían llegado al portal, corrió tras ellas, se arrodilló al otro lado del umbral, y comenzó a hacer incesantes reverencias tocando el suelo con la frente. Sus pajes y el sacerdote estaban

anonadados, aterrados ante la idea de que las mujeres reaccionaran haciendo una escena. Pero en la locura de Véspero había cierto método, pues simultáneamente calculaba: «Si están dispuestas a bajar esta senda conmigo, comprenderán que me he inclinado porque vi lo hermosas que eran y me llené de amor; no pueden

devolverme el saludo en público, pero dudo que hagan una escena. Por otro lado, si son jóvenes honestas, de principios elevados, y hacen una escena, me limitaré a afirmar que visitaba el templo para rogar por un hijo y que, al notar que había mujeres dentro, me arrodillé e incliné fuera para evitar la promiscuidad dentro. Ellas

no pueden saber que me hospedo en el templo y negar mis palabras». Sólo porque tenía este plan bajo la manga y sentía que pisaba terreno seguro se atrevió a hacer lo que hizo.

Tal como suponía, ninguna de las tres mujeres sabía nada de él. Pensaron que había ido allí para implorar por un hijo, se

hicieron a un lado y aguardaron a que él terminara. Cuando Véspero se inclinó, las dos más jóvenes se volvieron y le miraron de soslayo, pero él no supo si era una mirada de interés o de indiferencia. No obstante, la hermosa de más edad lo miró directamente y se comportó del modo más corriente. Con la mano sobre

la boca, se deshizo en risitas, dando codazos a las dos más jóvenes como si quisiera que estas se volvieran y agradecieran con ella las inclinaciones de Véspero. Cuando se marchó, esta mujer le dedicó, también, un par de miradas de soslayo.

Durante largo rato Véspero permaneció perplejo, incapaz de emitir

un solo sonido. Sólo cuando las mujeres estaban casi a un kilómetro de distancia logró volverse hacia el sacerdote y decirle:

—Esas tres que acaban de salir… ¿a qué casa pertenecen? ¡Son tan *bellas*!

Pero el sacerdote, que había presenciado cómo el desvarío de Véspero estuvo a punto de desencadenar un

escándalo, seguía furioso con él y no quiso decirle nada.

Véspero sopesó la idea de seguirlas a su casa, pero ahora estaban demasiado alejadas para emprender el seguimiento, de manera que retomó a su habitación y se sentó allí a reflexionar. «¡Qué terrible!», se dijo. «Conozco los nombres y las direcciones de una serie de

mujeres que no me atraen, pero ignoro los de estas dos. ¡Qué pena haber dejado escapar a estas bellezas sin par! ¿Cómo podré nunca superarlo?».

Cogió el cuaderno y lo puso delante de sus ojos, con la intención de agregar a las dos mujeres a su lista. Pero al levantar el pincel se dio cuenta de que ni siquiera

conocía sus nombres. Por tanto, escribió una nota introductoria:

> El día_____del mes de_____vi a dos preciosidades extraordinarias. Como me son desconocidos sus nombres, de momento las distinguiré por los

colores de sus vestidos. Edades aparentes y temperamento apuntado más abajo, para ayudar a buscarlas:

Doncella Rosa Pálido.
Aproximadamente dieciséis o diecisiete

años. A juzgar por su actitud emocional, parece llevar poco tiempo casada, con los deseos sexuales aún no desarrollados.

Comentario:

Graciosa como una nube en movimiento, elegante como una columna de jade, labios de rubí

abiertos, bonita como una flor que entiende la palabra humana. Anda con pasos delicados, se mueve con la ligereza de una golondrina que apenas ha empezado a volar. Constantemente ceñuda, pero no de pesar… ¡Cuán cierto es que Xishi[33] era

dada a fruncir el entrecejo! Ojos remisos para abrirse, aunque no por hastío. ¡Cierto es que a Yang Guifei, la belleza Tang, le gustaba dormir[34]!

Más entrañable aún es el modo en que ofrece a otros su corazón en lugar de

hacerle regalos; al partir no dejó prendas detrás. Me mostró sus pensamientos más que sus actos; al salir no volvió la mirada. ¡Sin duda, una ermitaña entre las mujeres, una reclusa del tocador! Si la sitúo en el grupo mejor calificado,

¿quién se atreverá a negar que lo merece?

Belleza Rosa Loto. Alrededor de veinte años. Por su expresión, parece llevar mucho tiempo casada, aunque sin agotamiento del *yin* original.

Comentario:

Belleza suave y graciosa, porte ligero como si danzara, cejas que no necesitan ser pintadas por Zhang Chang, rostro sin necesidad de polvos de He Yan[35], carne entre suave y sobria. Su belleza consiste en que su sobriedad no puede

incrementarse ni su suavidad reducirse. Maquillaje entre pesado y ligero, consistiendo su belleza en que la pesadez parece superficial y la belleza, profunda.

Lo interesante en ella es que la melancolía de sus

sentimientos no se ve aliviada, como un pimpollo de loto que no se ha abierto en el momento debido; y que los asuntos de su corazón no están expresados, como un pimpollo que teme descolorarse. Es digna de figurar con la anterior, antes de

todas las demás flores, y merece el título de hermosura suprema. Sólo el Examen Oral determinará cuál ocupará la cima.

Concluidos los comentarios, recordó que había omitido a alguien. «La belleza de estas dos es

obvia», pensó, «pero tampoco la mayor ha perdido su encanto juvenil. Por hablar sólo de uno de sus rasgos, los ojos son gemas puras, las pupilas hablan. Me miró varias veces, pero yo estaba tan absorto en las otras dos que no le correspondí… ¡Qué pena! Quizá sea de edad avanzada, de alguna manera puede haber declinado su

figura, tal vez sea un poquitín rellenita, pero dado que estaba con las otras, tiene que ser de la misma familia. Aunque sólo fuera por consideración a ellas, debería ser más condescendiente en mi calificación; además, estaba dispuesta a divertirse e intentó que las otras me miraran. Evidentemente, sabe desenvolverse. Si pudiera

encontrarla, también las otras dos caerían en mis lazos, el problema es que no tengo idea de dónde buscarla. De momento la apuntaré en mi cuaderno con *summa*: primero, como recompensa por haber respondido; segundo, como prolongación de mi amor por las otras dos; tercero, porque si la encuentro podré mostrarle

este cuaderno y, después de ganármela, conquistar su colaboración para ganarme a las otras dos».

En la primera línea cambió la palabra *dos*, en la expresión *dos preciosidades extraordinarias*, por *tres*. Como llevaba un vestido oscuro, escribió:

Beldad Morena. De

unos treinta y cinco años, aunque representa quince. Por su aspecto, parecería que sus deseos llevan largo tiempo descuidados y que sus pasiones son ardientes.

Comentario:

De sentimientos exaltados y

temperamento mercurial. Su cintura puede ser más gruesa que la de una mujer joven, pero la línea de sus cejas es tan arqueada como la de cualquier novia. Sus mejillas siguen siendo sonrosadas, mantienen su aspecto de flor, la brillantez

original; su piel todavía resplandece, mostrando su prístina belleza semejante al jade.

Lo más cautivador que tiene es su mirada: sin apenas mover los ojos, centellea tan vívidamente como el rayo en los peñascos;

y la forma en que al andar, sin dar lo que puede llamarse un paso, flota tan ligeramente como las nubes sobre la cumbre de la montaña. Merece ser clasificada entre quienes expresan sus sentimientos por medio de sus

pensamientos más que por sus actos. Situada junto a las otras dos bellezas, no desmerecería mucho.

En cuanto terminó los comentarios, dibujó tres grandes círculos junto a cada nombre, luego cerró el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo. Desde ese día le

daba igual ir o no al templo a mirar jovencitas. Le preocupaban estas tres bellezas, pero aunque pasó todas las horas del día recorriendo las calles con el cuaderno en la mano, no encontró ni rastro de ellas.

«Pillo tiene más experiencia que nadie», se dijo Véspero, «y conoce muy bien esta zona. ¿Por qué no le

consulto? Hay una problema, sin embargo. Prometió encontrarme una amante, y dado que no lo he visto en los últimos días, supongo que la ha estado buscando. Si le menciono esto deducirá que he encontrado a una muchacha adecuada y se desentenderá de sus responsabilidades. Más aún, sin siquiera un nombre, ¿por

dónde empezaría a buscarla? Guardaré para mí esta cuestión durante unos días. Es posible que él encuentre a alguna y venga a hablarme de ella. Nunca se sabe. En esta vida uno puede tener mucho de todo, excepto jóvenes hermosas. Aunque Pillo encuentre docenas, primero me ocuparé de las que me recomiende y a lo mejor más

adelante me queda tiempo para estas tres». A partir de entonces todas las mañanas, nada más levantarse, salía con la esperanza de tropezar con Pillo, o esperaba ansioso en sus aposentos.

Un día, al cruzar una calle, divisó a su amigo y lo llamó.

—Hermano, respecto a la promesa que me hiciste el

otro día, ¿cómo es que no me has dado respuesta? Por casualidad, ¿no lo habrás olvidado?

—No me lo he quitado de la cabeza en ningún momento del día. ¿Cómo podría olvidarlo? El problema es que hay muchas jóvenes vulgares, pero pocas sobresalientes. Todo este tiempo he estado buscando, y

sólo ahora he venido para hablarte de una o dos. De hecho, iba camino de informarte de ello cuando nos encontramos.

Véspero esbozó una amplia sonrisa.

—En tal caso, este no es el lugar más adecuado para hablar. Vayamos a mi alojamiento.

Tomados de la mano,

fueron andando hasta las habitaciones de Véspero. Una vez allí, este despidió a sus pajes y cerró la puerta para poder hablar en privado con Pillo sobre tan felices perspectivas.

¿La mujer de quién sería lo bastante afortunada como para contar con los servicios de este amante eminentemente cualificado?

¿Y el marido de quién sería tan desafortunado como para despertar las atenciones de este diabólico adúltero? No es necesario, amable lector, mantener la duda, porque las respuestas se encuentran en el próximo capítulo.

CRÍTICA

Los autores de obras de

ficción siempre se constriñen a la narrativa si quieren apartarse de la disertación. O, cuando disertan, escriben un prólogo precediendo a la narración y luego, al llegar a l a *transitio*, concluyen deprisa, pues evidentemente temen provocar una confusión ininteligible. ¿Cómo harían para llevar a cabo una discusión filosófica

mientras preparan la acción? El autor de este libro es el único capaz de mostrar serenidad en medio del pánico y de ser frío en medio del calor. En cada pasaje tenso de la narración inserta un fragmento de discurso deliberado, planteando preguntas y respondiendo a ellas tan ordenadamente que el lector, lejos de

considerarlo una distracción, está poco dispuesto a que acabe. Cuando el autor ha terminado su discurso y retoma la narración, está en condiciones de ensamblarla a la perfección con lo que ha ocurrido antes. ¡Un auténtico maestro del arte! Desde que inventó este estilo, ha sido el único capaz de ponerlo en práctica. Quienes imitan su

técnica lo único que ganan es el aburrimiento del lector.

Capítulo sexto

Al realzar un defecto,
alardea de un largo galanteó;
al presentar un objeto
pequeño, recibe la burla de
un gran experto.

Poema:

Si careces de gran talento
para las artes de la
alcoba,
no tientes con mañas
menores la cuna del
infortunio.
En la oscuridad, las
formas de Pan An
son invisibles;
¿de qué sirven las rimas
de Cao Zhi ante el
adversario?
Después de soñar, el rey
Xiang retornó a

Chu[36];
pregúntale, te ruego, por
qué subió al monte
Wu.
¿Esperas desde el
nacimiento un
instrumento
perfecto del amor?
Ocúpate, entonces, de
que su tamaño y
forma queden en
tus manos.

Pillo tomó asiento e

inició la conversación:

—Bien, hermano, ¿algún contacto interesante?

Por temor a que Pillo sólo quisiera desdecirse de sus responsabilidades, Véspero respondió que no y se apresuró a agregar:

—Hermano, la que acabas de mencionar…, ¿a qué familia pertenece? ¿Dónde vive? ¿Cuántos años

tiene? ¿Cómo calificarías su prestancia? Dímelo.

—No he encontrado una, sino tres. Te hablaré de ellas y dejaré que tú elijas. Pero sólo podrás tener a una, no debes ser codicioso y apetecer a las tres. Eso no serviría de nada.

«Tengo a aquellas tres jóvenes en la mente», pensó Véspero, «y ahora él me

habla precisamente de tres muchachas. Me pregunto si no serán las mismas. En tal caso, me basta con seducir a una para que las otras dos acudan por su propia cuenta. Ni siquiera *necesitaré* de la ayuda de Pillo para eso».

—Por supuesto —replicó —. Una sería suficiente. Gracias. Jamás se me ocurriría ser tan codicioso.

—Bien. El único problema es que cada cual tiene sus preferencias, y alguien a quien yo considero hermosa puede no parecértelo a ti. He descubierto a estas tres jóvenes, pero no estoy seguro de que te resulten atractivas.

—Hermano, tu experiencia es tan rica que tienes que ser un buen juez.

Es posible que una mujer por la que yo me encapriche pueda no parecerte hermosa a ti, mas no creo que ocurra lo contrario.

—Entonces te haré una pregunta: ¿las prefieres rellenitas o delgadas?

—Una figura gordita tiene sus atractivos, así como los tiene una delgada. Pero la mujer no debe ser tan

regordeta que rellene la ropa ni tan delgada que parezca escuálida. Mientras sea rellenita o delgada dentro de un tipo correcto, me atraerá.

—En tal caso, encontrarás a las tres de tu agrado —dijo Pillo—. Ahora te haré otra pregunta: en cuestión de sexo, ¿las prefieres apasionadas o gazmoñas?

—Apasionadas, por supuesto. No tiene ninguna gracia tener en la cama contigo a una mojigata. Es más sencillo dormir solo. Siempre me han dado miedo las mojigatas.

Pillo meneó la cabeza.

—En tal caso ninguna de estas será adecuada para ti.

—Dime, hermano, ¿cómo sabes que son mojigatas?

—Ocurre que las tres pertenecen a la misma escuela: sorprendentemente hermosas, pero carentes de experiencia en el intercambio sexual.

—Ese no es ningún obstáculo. Siempre que esté presente la cualidad básica, el comportamiento apasionado puede inculcarse. Si he de serte sincero, mi

propia esposa era al principio mojigata, absolutamente ignorante de las formas de hacer el amor; no obstante, sólo me llevó unos días educarla. Ahora, lo creas o no, casi es demasiado apasionada. Mientras estas tres mujeres sean realmente bellas, sabré hacerlas cambiar aunque sean un tanto gazmoñas.

—Bien, demos eso por sentado. Quiero hacerte otra pregunta: ¿necesitas tomar posesión en cuanto la conozcas o estás dispuesto a contenerte unos meses a la espera de que ella se ponga a tu alcance?

—Francamente, hermano, mis deseos son siempre febriles. Si debo pasar unas cuantas noches sin una

mujer, tengo poluciones nocturnas. Desde que salí de casa no he hecho el amor una sola vez y ahora estoy sencillamente frenético. Si no encuentro a una muchacha hermosa, me atrevo a decir que soy capaz de aguantarme, pero si la encuentro y los sentimientos son mutuos, no creo que pueda contenerme más.

—En tal caso limitémonos a esta y dejemos de lado a las otras dos. Pertenecen a una familia rica y distinguida y sería muy difícil llegar a ellas en breve plazo de tiempo. Esta es la esposa de un hombre pobre y debe de ser fácil de conseguir. Yo no frecuento las casas pobres, pero la promesa que te hice ha

ocupado mi mente en todo momento, y me he empeñado en mirar atentamente a todas las mujeres que veo tanto de día como de noche.

»Un día, iba yo caminando por la calle cuando de pronto vi a esta mujer sentada en el vano de la puerta de su casa, detrás de una cortina de bambú. Aunque sólo la vi a través de

la cortina, y por tanto con poca claridad, me sorprendió el brillo blanco y sonrosado de su tez, como una perla inapreciable que irradiara luz. Cuando volví a mirar, para ver lo graciosa que era su figura, me pareció el retrato de una gran belleza colgado al otro lado de la cortina meciéndose suavemente con la brisa. Su

visión me mantuvo clavado allí, imposibilitado de seguir andando. Permanecí un rato frente a su casa y luego vi salir a un pobre hombre desharrapado y de aspecto tosco, que llevaba un rollo de seda al mercado. Pregunté por ellos a los vecinos y me enteré de que el apellido de él era Quan, que debido a su fama de honesto se lo

conocía como Honrado Quan, y que la mujer era su esposa. Me preocupaba no haberla visto lo bastante de cerca a través de la cortina, de modo que volví a pasar unos días después, y allí estaba ella otra vez sentada a la puerta. Sin darle tiempo a hacer nada, aparté la cortina, irrumpí en la casa, y le dije que iba a comprarle seda al

marido. “Mi marido ha salido”, respondió. “Pero si lo que buscas es seda, tenemos mucha. Sacaré alguna para que la veas”. Pero, a pesar de lo que dijo, no dio un solo paso para ir a buscar la seda. La convencí de que me la enseñara, sólo para ver cómo eran sus manos y sus pies. Los dedos eran semejantes a renuevos

de loto, tan delicados y afilados como es posible imaginar. Sus pies tenían menos de ocho centímetros de largo y no llevaba tacones altos, de manera que allí no había ningún artificio. Acababa de verle las manos y los pies, pero no el resto, y no tenía idea de si su piel era de tono claro u oscuro, por lo que se me ocurrió otra

estratagema. Al ver que había otro rollo de seda en lo alto, dije: “Ninguna de estas es lo bastante buena. ¿Podrías bajar aquel rollo que está allí arriba? Me gustaría echarle un vistazo”.

»Ella asintió y levantó los brazos por encima de la cabeza para bajarlo. El día era caluroso y sólo llevaba puesto un vestido de seda sin

forro. Al levantar los brazos cayeron las mangas sueltas hasta sus hombros, de modo que no sólo quedaron al descubierto sus brazos sino que los pechos eran levemente visibles. Blancos como la nieve, tersos como un espejo, finos como el polvo. Sin la menor duda, pertenece al grupo de más elevada categoría de todas las

mujeres que he visto. No me pareció bien provocarle tantas molestias y me sentí obligado a comprarle un rollo de seda. Pero antes de seguir adelante, quiero hacerte una pregunta, hermano: ¿te gusta esta mujer y la deseas?

—Da la impresión de ser perfecta. ¡Mi respuesta es sí! Mas ¿qué puedo hacer para verla y luego, una vez que la

haya visto, para llegar a ella?

—Ese no es ningún problema. Sólo costará un poco de dinero. Ahora voy a buscar unos lingotes de plata, después vamos a su casa y esperamos a que su marido salga. Procederemos tal como hice cuando fui solo: entramos y pedimos seda. De una sola mirada sabrás si te atrae. La única cuestión

pendiente es que ella te guste a ti, pues no dudo de que tú le gustarás a ella. Después de mirar día tras día a ese marido grosero y que por honrado que sea no tiene el menor atractivo… está condenada a excitarse con sólo verte. Tú hazle alguna insinuación y, si no se ofende de inmediato, volveremos aquí a pensar cómo seguir

avanzando. Te garantizo que en tres días será tuya. Más adelante, si quieres acordar un matrimonio, también me ocuparé de eso.

—Te estaré agradecido por toda la eternidad. Pero hay algo que me desconcierta. Dado que posees tan maravilloso ingenio y capacidad sobrenatural, yo pensaba que

no había nada en el mundo que no puedas hacer, así pues, ¿cómo es que puedes conseguirme a esta y no a las otras dos? ¿Se debe a que es fácil aprovecharse de un hombre pobre, pero no te atreves a provocar a los ricos y poderosos?

—En cualquier otro sentido así es; es más fácil aprovecharse del pobre y más

peligroso provocar al rico. Pero en el caso del adulterio ocurre lo contrario.

—¿Por qué? —preguntó Véspero.

—El rico siempre tiene varias esposas y concubinas, y mientras duerme con una, las demás quedan solas. Como reza el viejo dicho: «Cuando estás bien alimentado y vestido, tus

pensamientos se vuelcan en el sexo». En lo único que pueden pensar esas mujeres bien alimentadas y bien vestidas es en el sexo. Cuando una de ellas se siente frustrada y un hombre se desliza en su lecho (¡un hombre, precisamente lo que ella ansiaba!), es difícil que lo eche. Aunque su marido los sorprenda haciendo el

amor, aunque sienta la tentación de cogerlos y arrastrarlos al juzgado, en su condición de hombre rico y distinguido tendrá miedo de la consiguiente pérdida de prestigio. O, aunque sienta la tentación de matarlos a ambos allí mismo, no querrá renunciar a una muchacha tan hermosa y, si no soporta la idea de renunciar a ella,

¿cómo puede justificar el asesinato de su amante? De manera que, normalmente, se traga la ira y no dice nada, haciéndose el sordo y el mudo para dar al amante la posibilidad de escapar.

»El pobre, por otro lado, sólo tiene una esposa que duerme en sus brazos todas las noches. Piensa que ella estará tan preocupada por el

hambre y el frío que nunca tendrá un pensamiento lujurioso. Y aunque lo tuviera, e intentara arreglar un encuentro con su amante, no tendrían dónde hacerlo. Si por casualidad lograran un abrazo furtivo y su marido los descubriera, en su condición de pobre no le importaría perder el prestigio que no tiene y no mostraría la

menor misericordia. Los cogería y los arrastraría al juzgado o los mataría a ambos allí mismo. Por eso es peligroso provocar al hombre pobre, y fácil aprovecharse del rico.

—Todo eso es muy plausible, pero ¿cómo explicas el hecho de que estos argumentos contradicen lo que dijiste con

anterioridad?

—No es que yo sea incoherente, sino que esas familias se encuentran en la situación opuesta a aquellas de las que he estado hablando, por cuyo motivo es fácil llegar a esta, en tanto las otras dos están por el momento fuera de tu alcance.

—He puesto mi corazón en esta, pero no tendría nada

de malo que me hablaras de las otras dos, aunque sólo sea para demostrar cuántas molestias te has tomado por mí.

—Una de ellas ronda los veinte años —dijo Pillo—, y la otra no pasa de los quince o dieciséis. Se trata de dos hermanas que al mismo tiempo son cuñadas, esto es, casadas con dos hermanos.

La familia de los maridos ha dado funcionarios a lo largo de muchas generaciones, pero ninguno de la presente ha logrado superar los exámenes superiores. Estos dos son licenciados nominales que, a pesar de sus estudios, están bastante mal educados. El mayor se llama Estudiante–descansa–en–una–nube, y hace cuatro o

cinco años que se casó con la que está en la veintena. El menor se llama Estudiante–reclinado–en–una nube, y lleva menos de tres meses casado con la quinceañera. Ambas esposas son tan bellas como la mujer que antes te describí pero también son mojigatas. No se mueven ni dicen una sola palabra durante el intercambio sexual

y dan la evidente impresión de que no les gusta. Pero, aunque pueda o no gustarles, sus maridos no tienen otras esposas ni concubinas a las que recurrir, de manera que todas las noches comparten los dormitorio con sus esposas, por lo que no será fácil llegar a ninguna de las dos. Si quieres intentarlo, tendrás que apelar a todos los

trucos que existen para despertar el deseo sexual de una de ellas y luego aguardar a que su marido esté lejos antes de dar un paso. No es algo que pueda hacerse en uno o dos meses. La mujer del sedero tiene dos ventajas: es fácil acceder a ella y su marido suele ausentarse. Por tal razón sería más: sencillo conseguirla.

Al percibir que la descripción de las dos mujeres se correspondía aproximadamente con la de las dos muchachas que había visto unos días antes, Véspero se mostró reacio a cambiar de tema.

—Hermano —dijo—, tienes toda la razón, pero has pasado por alto una cuestión. Dices que las dos mujeres

son mojigatas y carecen de deseo sexual, y que por tanto no sería fácil avanzar en este terreno. Sospecho que podría ser así sólo porque el don de sus maridos; es tan pequeño y su aguante tan escaso que las esposas no obtienen ningún placer del coito. Si se reunieran conmigo, doy por sentado que pronto se verían liberadas de su mojigatería.

—Por lo que he visto —precisó Pillo—, el don de sus maridos no puede describirse como pequeño ni su aguante como escaso, aunque es cierto que no pueden compararse con hombres de mayores proporciones y capacidad. Esta es una de las cosas que pensaba preguntarte, digno hermano. Tus deseos sexuales son tan

entusiastas que estoy seguro de que tienes lo que hay que tener. Pero, dime, ¿cuál *es* el tamaño de *tu* don? ¿Y qué puedes decir de tu aguante? Tengo que saberlo si quiero actuar tranquilo en tu nombre.

Véspero sonrió de oreja a oreja.

—Eso no te dará ningún motivo de preocupación, mi

buen compañero. No me jacto cuando digo que tanto mi aguante como mi don son más que adecuados. Capaces de un festín en el que incluso una mujer con el hambre más descomunal saldría bamboleándose, saciada y embriagada. No sería una pobre cena, te lo aseguro, de la que las invitadas salgan con hambre y voraces,

quejándose amargamente de la falta de clase de su anfitrión.

—Eso me tranquiliza. Sin embargo, no tendría nada de malo que avanzáramos un poco más en esta cuestión. Cuando haces el amor, ¿aproximadamente cuántas veces puedes arremeter antes de correrte?

—Nunca las he contado.

Quien sea capaz de contarlas tendrá una resistencia sexual limitada. No me atengo a ninguna regla general cuando copulo con una mujer, pero puedo asegurarte que ella recibirá innumerables acometidas antes de que yo me detenga.

—Aunque no recuerdes el número, al menos tienes que acordarte de cuánto tiempo.

¿Aproximadamente cuántas horas duras?

El límite real de Véspero era de una hora, pero como quería que Pillo actuara en su beneficio, temió reconocer tan poco tiempo, y, para no darle una excusa que le permitiera desdecirse, se sintió impulsado a agregar otra hora a su rendimiento.

—Puedo durar muy bien

dos horas —replicó—. Si intentara contenerme, me atrevo a decir que puedo durar como mínimo media hora más.

—Eso no es nada fuera de lo corriente —aclaró Pillo—. No puede calificarse como una gran hazaña Una capacidad tan mediocre es suficiente para el sexo diario con tu esposa, pero sospecho

que sería inadecuada para una correría en el campo de otro.

—Te preocupas innecesariamente, mi buen amigo —dijo Véspero—. El otro día me compré un excelente estimulante sexual. De momento no tengo ninguna mujer, de modo que soy un guerrero sin campo de batalla. Pero, si es posible

llegar a un acuerdo con alguna, aprovecharé la oportunidad y me lo aplicaré por adelantado. Sin la menor duda, demostraré que me sobra aguante.

—Los estimulantes sexuales sólo pueden darte resistencia —intervino Pillo —, pero no aumentar el tamaño ni la firmeza. Si un hombre con un don grande lo

utiliza, será como un estudiante bien dotado que toma un tónico de *ginseng* en la época de exámenes; en la sala de exámenes su capacidad mental se verá naturalmente realzada, y podrá expresarse bien. Pero si lo toma un estudiante muy poco dotado, no hará el examen mejor que un estudiante de cabeza hueca,

incapaz de producir una línea aunque trague litros de tónico. ¿Qué sentido tiene que permanezca en una celda de examen durante tres días y tres noches si lo único que hace es aguantar, al margen de los resultados? Además, la mayoría de esos tónicos son una estafa. ¿Quién sabe si el tuyo funciona o no funciona? No te estoy preguntando si lo

has puesto a prueba. Lo que quiero conocer es el tamaño y longitud de tu don.

—No es necesario medirlo —insistió Véspero —. Lo que yo digo, sin embargo, es que no es pequeño.

Al notar que Véspero no pensaba responder, Pillo alargó la mano y tiró de la entrepierna de los pantalones

de su amigo con el propósito de liberar el objeto en cuestión. Véspero lo esquivó, negándose terminantemente a permitírselo.

—Si así son las cosas, no te molestaré más —dijo Pillo —. Sin la menor duda, tu aguante no puede describirse como potente. Si tu don también es pequeño, y si por casualidad no logras

estimular a la mujer y ella grita que la están violando, ¡piensa en lo terrible que sería! Si te metieras en dificultades, sería yo quien te habría orientado mal, y eso es algo que no puedo aceptar.

Enfrentado a tanta vehemencia por parte de su amigo, Véspero se limitó a sonreír burlonamente.

—Es indudable que mi

don es digno de pasar revista —dijo—, pero me parece algo poco delicado tener que mostrarlo delante de un amigo, y para colmo a plena luz del día. No obstante, ya que tanto te preocupas por nada, supongo que no tengo otra alternativa que dar el espectáculo.

Con estas palabras, se soltó el cinturón y sacó un

pene diminuto tanto en tamaño como en textura. Sopesándolo en la mano, Véspero continuó:

—He aquí mi modesto don. Míralo todo lo que quieras.

Pillo se acercó y lo escudriñó. Esto es lo que vio:

Cuerpo de un blanco perlado, cabeza de

brillo carmesí.
Alrededor de la base finas
hierbas en densa
profusión,
bajo la piel débilmente se
ven delgadas hebras.
Si se le hace saltar en la
mano no produce
ruido, pues más ligero
es que la mano
misma;
tocado con los dedos, no

guarda huellas, tan flácido es su músculo.

Largo total, cinco centímetros; y el peso, de unos siete gramos.

Sólido por fuera, hueco por dentro, fácil de confundir

con el mango del pincel de un escolar.

De cabeza puntiaguda,

ojo minúsculo, y fácil
de confundir
con la embocadura del
flautín de una
muchacha tártara.
Una virgen de doce años
podría hospedarlo,
un sodomita de trece
quedaría contento.
Duro como el hierro antes
del acontecimiento,
semejante a un seco

marisco, la navaja;
encorvado como un arco
cuando todo acaba,
parece un rollizo camarón
seco.

Pillo examinó el don, miró a Véspero a los ojos y reflexionó largo rato, pero no dijo nada. Véspero supuso que estaba atónito por su tamaño.

—Está así en estado de flaccidez —dijo—. Lleno de vigor es más espectacular todavía.

—Si así es cuando está fláccido —apuntó Pillo—, imagino muy bien cómo es cuando está vigoroso. Ya he visto todo lo que necesito, gracias. Te ruego que lo guardes. —Luego, incapaz de contenerse más, se tapó la

boca con la mano y soltó una carcajada—. ¿Cómo puedes ser tan ignorante de tus propias limitaciones, digno hermano? ¡El tamaño de tu don es inferior en más de un tercio al de otros y, sin embargo, te propones seducir a sus esposas! ¿Crees que los zapatos de las mujeres son demasiado grandes para las hormas que tienen en casa y

que necesitan tu pequeño cirio a modo de cuña? Cuando vi que buscabas mujeres desesperadamente, supuse que tenías un instrumento poderoso, capaz de despertar temor en quienes lo vieran. Por eso vacilé en pedirte que me lo mostraras. Jamás se me pasó por la imaginación que resultaría ser un pasador de

pelo de carne y sangre, tal vez bueno para hacer cosquillas en el vello púbico de una mujer, pero inútil en el lugar donde realmente importa.

—Servirá cuando fuere menester —protestó Véspero —, quizás el tuyo sea tan grande que desprecias el de todos los demás. Debes saber que este indigno instrumento

mío ha sido muy admirado.

—¿Admirado? —dijo Pillo—. Por una virgen con la doncellez intacta o un chico que aún no ha debutado… Sólo gente así podría admirarlo. Pero, salvo ellos, sospecho que a cualquier otra persona le resultará tan difícil como a mí alabar tu honorable instrumento.

—¿Quieres decir que el

pene de *todo el mundo* es más grande que el mío?

—Yo veo penes constantemente, debo de haber inspeccionado mil o dos mil, como mínimo…, y no creo haber visto uno tan delicado como el tuyo.

—Dejemos fuera de esto a todos los demás. Los maridos de las mujeres de quienes hablamos…, ¿cómo

son sus miembros en comparación con el mío?

—No mucho más grandes: sólo dos o tres veces en grosor y longitud.

Véspero se echó a reír.

—¡Ahora sé que no me estás diciendo la verdad! —exclamó—. Esto demuestra que no quieres asumir la responsabilidad de ayudarme y que sólo estás buscando

una escapatoria. Ahora soy yo quien te hará una pregunta. Tal vez hayas visto realmente a los dos hombres de esa casa mientras robabas por la noche; pero, en cuanto a la mujer de la tienda de sedas, tú mismo me dijiste que la visitaste una sola vez a la luz del día, y que sólo hablaste con ella y no conociste al marido. ¿Cómo

puedes estar tan seguro de que su cosa duplica o triplica en tamaño a la mía?

—Vi a los otros dos con mis propios ojos —dijo Pillo —. De este último sólo he oído hablar. El día en que la vi por primera vez, pregunté a los vecinos por su marido, y estos me dijeron su nombre. Después les pregunté: «Una mujer tan

bella… Me pregunto cómo puede llevarse bien con ese bruto de su marido». «Aunque el marido parezca tosco», me informaron, «tiene la suerte de tener un don impresionante, por lo que los dos congenian sin pelear jamás». A continuación pregunté: «¿Qué tamaño tiene su don?». La respuesta fue:

«Nunca lo hemos medido, pero en verano, cuando va más ligero, hemos notado que se balanceaba en sus pantalones algo del tamaño de una maza de lavar ropa, y por eso sabemos que es impresionante». En ese momento tomé mentalmente nota de ello, y eso es lo que me llevó a pedirte que me mostraras el tuyo. ¿Por qué

otro motivo querría ver yo el pene de nadie?

Por fin comprendió Véspero que Pillo le estaba diciendo la verdad, y empezó a deprimirse. Tras meditar un rato, retomó la conversación:

—Cuando una mujer se acuesta con alguien, no es sólo por deseo sexual. También puede ser porque admira su mente o se siente

atraída por su porte. Si la mente y el porte de él no son gran cosa, el hombre no tiene otro remedio que confiar en sus proezas sexuales. Ocurre que casualmente yo estoy bastante bien dotado en cuanto a porte y cerebro, y tal vez la mujer tenga eso en cuenta y sea un poco menos exigente en el otro campo. Te imploro que me ayudes a

salir de este atolladero. No debes pasar por alto mis muchas virtudes por un solo defecto y abandonar tu idea de ayudar a un amigo.

—El talento y la figura sólo son edulcorantes de la medicina de la seducción —dijo Pillo—. Como el jengibre y los dátiles, su sabor ayuda a tragar la medicina, pero una vez

dentro la única que puede curar la enfermedad es la medicina; el jengibre y los dátiles ya no sirven de nada. Si un hombre quiere seducir y no tiene porte ni talento, no podrá poner un pie en el umbral, pero una vez dentro, su auténtico mérito es lo que cuenta. ¿Qué piensas hacer con ella bajo la colcha, escribir *poemas* sobre su

pelvis? Si alguien con un don y un aguante muy limitados logra entrar, en virtud de su aspecto y su talento, y las primeras veces ofrece una actuación decepcionante, muy pronto se le negará la entrada. El hombre que practica el adulterio arriesga la vida, y por tanto espera que una aventura amorosa dure mucho tiempo. ¿Para

qué tantas molestias si sólo habrá dos o tres noches de diversión? Los ladrones consideramos que tenemos que robar objetos por valor de quinientos o mil *taels* en un atraco, para compensar el estigma que nos marca. Por un par de objetos, más nos valdría quedarnos en casa sin incurrir en delito ni pagar sus consecuencias. Pero de

momento pasemos por alto el deseo del hombre de un placer a largo plazo. La mujer que engaña a su marido, y tiene además una aventura, debe tomar infinitas precauciones y sufrir innumerables alarmas, pobrecilla, a fin de obtener algún placer real. Nada que objetar si lo disfruta unos cientos de veces, o aunque

sea un centenar. Pero si no obtiene ningún placer, no estará mejor que una gallina montada por un gallo. La gallina apenas llega a enterarse de lo que ocurre en su interior cuando ya ha acabado todo. ¡La vida de la mujer se habrá malgastado y su reputación perdido, por nada! ¡No es fácil vivir así! Te ruego me disculpes por lo

que voy a decirte, digno hermano, pero un don y un aguante como los tuyos están muy bien para tener a tu mujer en la senda recta y estrecha, mas no son suficientes para sustentar ideas delirantes acerca de corromper a las esposas e hijas de otros hombres. Afortunadamente he sido lo bastante astuto para medir al

cliente antes de cortar el paño. Si me hubiera puesto a trabajar, sencillamente, sin averiguar tus medidas, las vestimentas habrían sido demasiado grandes para ti. ¡Qué desperdicio de tela! Y, aparte del resentimiento de la mujer, me temo que tú también, en el fondo de tu corazón, me habrías reprochado que no actuara de

buena fe, eligiendo deliberadamente a una mujer demasiado grande para ti con el propósito de echarme atrás en mi compromiso. Soy un hombre sincero y digo las cosas a la cara, pero espero que no me interpretes mal. A partir de este momento, si necesitas ropa o dinero, estoy más que dispuesto a proporcionártelos. Pero en lo

que se refiere a esta otra cuestión, sencillamente, no puedo cumplir tu mandato.

Por la fuerza con que habló Pillo, Véspero se dio cuenta de que se encontraba ante una causa perdida. También sabía que el dinero y la ropa serían bienes robados y temía que pudieran acarrearle problemas.

—Estoy en una situación

más bien difícil —dijo—, pero aún no he gastado todo mi dinero de viaje y me quedan todavía algunas prendas sencillas. No quiero meterte en gastos.

Después de unas cuantas palabras para consolar a su amigo, Pillo hizo ademán de marcharse. Véspero, perdidas las esperanzas, no encontró en su corazón la forma de

pedirle que se quedara y lo acompañó a la puerta.

Después de esta frustración, ¿refrenó Véspero sus deseos? ¿Se reformó? El lector no es el único que está perplejo sobre estas cuestiones, tampoco está seguro el mismísimo autor, y tendrá que pasar al siguiente capítulo para resolverlas. Hasta ahora, aunque la mente

de Véspero estaba corrompida, su conducta no tenía mácula. Todavía es, créase o no, un hombre que *podría* llevar una vida virtuosa.

CRÍTICA

Cada pasaje discursivo está destinado a contener varias imágenes soberbias

que invariablemente deleitan al lector y le hacen desternillarse de risa. Son demasiadas para enumerarlas todas, pero podemos citar dos ejemplos: la comparación de los estimulantes sexuales con los tónicos para los exámenes, y la del talento y la figura con los edulcorantes medicinales. Aunque estas observaciones son

humorísticas, también encierran una verdad profunda. ¡No sé cuántos miles de resquicios posee la mente del autor para irradiar semejante brillantez!

Capítulo séptimo

Quejándose de su don, se lamenta con la mano en la ingle.
Con la esperanza de rectificar su fallo, ora de rodillas.

Poema lírico:

¡Cuán difíciles de
satisfacer, los
deseos de los
hombres!
Lloran quienes nunca
habían conocido la
adversidad.
Y hay otros infortunados
que en medio de la
alegría exhalan un
suspiro:
«¡No tengo suerte!», se

lamentan,
sólo porque habían
puesto demasiado
alto su deseo.
(Con
la
melodía
de
Canción
de
ensueño)

Relatemos cómo el humor gozoso de Véspero se

vio barrido por las palabras de Pillo. Tras la partida de este, Véspero se sintió como un muerto, incapaz de decidir si hablar o comer. Permanecía a solas en su habitación, dándole vueltas y más vueltas en la cabeza a estos pensamientos: «En el curso de mis veintitantos años he visto muchas cosas en este mundo, pero rara vez

he mirado el pene de otro hombre. La gente corriente lo mantiene recogido bajo la ropa, donde naturalmente no puede verse. La única vez que alguien me mostró el suyo fue cuando aquellos invertidos se bajaron los pantalones para hacerlo conmigo, pero eran más jóvenes que yo y, por supuesto, sus dones eran más

pequeños que el mío. Dado que los únicos que he visto eran más pequeños, el mío me parecía grande. Cuando de joven yo mismo hacía de invertido con mis condiscípulos, nos hacíamos cosas los unos a los otros, pero todos teníamos la misma edad y, naturalmente, más o menos el mismo tamaño. Llegué a considerar

normal ese tamaño y por mi propia experiencia supuse que el del resto del mundo era aproximadamente igual. Pero él afirma que jamás ha visto uno tan pequeño como el mío. En tal caso, ¡es del todo inútil! ¿Para qué sirve?

»Con todo, hay algo que me desconcierta», siguió pensando Véspero. «En los encuentros sexuales con mi

esposa, ella disfrutaba tanto como yo. Y en los tiempos en que visitaba a cortesanas y seducía a criadas, estas gritaban de pasión y también se corrían, lo que jamás habría hecho si esta cosa no les hubiera proporcionado placer. Si ahora es tan inútil, ¿por qué no lo fue entonces? ¿Por qué repentinamente se ha vuelto inútil? Es evidente

que Pillo me engañó con objeto de librarse de sus obligaciones».

Así, a un momento de suspicacia seguía otro de esperanza, tras lo cual, de pronto, Véspero despertaba a la verdad: «No, no es eso», se decía. «La vagina de mi esposa era informe antes de que yo la desarrollara y ahora sus dimensiones igualan

exactamente a las mías: un encaje perfecto, sin un milímetro de más, entre mi cortedad y estrechez, y su pequeñez y poca profundidad, y por estas razones ella goza. Es como limpiarse los oídos. Si se inserta un limpiador en una oreja pequeña y lo mueven, proporciona una sensación agradable, mientras que en

una oreja grande hace muy poco o ningún efecto.

»El otro día Pillo me contó que las mujeres saben fingir sus gritos. ¿Quién dice que las criadas y cortesanas con las que dormí no se sentían *obligadas* a adularme después de aceptar mi dinero y mis regalos? De hecho, tal vez ni siquiera *necesitaban* emitir ningún

grito, pero lo fingían para engañarme. Y, si son capaces de fingir sus gritos, ¿por qué no el fluir de sus jugos? Las cosas que él me dijo pueden no ser del todo fiables, aunque tampoco pueden descartarse así como así. De ahora en adelante, cada vez que encuentre a un hombre procuraré mirarle el pene para ver si es verdad lo que

dice Pillo».

A partir de entonces, siempre que asistía a una reunión literaria y uno de sus amigos salía para aliviarse, Véspero lo seguía y hacía lo mismo, observando primero el pene del otro y luego el suyo. Resultó cierto: el de cualquiera era más impresionante. Incluso cuando paseaba por el

camino y notaba que un hombre se aliviaba al aire libre, estudiaba su órgano por el rabillo del ojo.

En el mundo no hay pruebas suficientes para la duda personal. Antes, cuando creía tener un pene largo, aunque hubiese tropezado con Xue Aocao[37], habría llegado a la conclusión de que el suyo era mejor porque

el de Xue estaba destinado principalmente a mostrarse y era posible que nunca lo usase. Pero ahora que lo consumían los temores sobre el tamaño del suyo, aunque hubiese visto el don de un niño, habría pensado: «El de este niño es mejor que el mío, porque aunque el mío sea del mismo tamaño no puede ser tan firme como el

suyo».

A causa de estos pensamientos, amable lector, no debes reírte de él. Esta era una ocasión de oro para purgarse del mal y sentar las bases para cultivar su virtud y reformar su conducta. Nadie puede saber si Lu Nanzi, que cerró su puerta a una viuda importuna, y Liuxia Huí, que mantuvo el

dominio de sí mismo con una joven sentada en sus rodillas, compartieron los mismos pensamientos de Véspero, pensamientos que los transformaron en modelos de todos los tiempos.

Completados los estudios comparativos, los deseos de Véspero comenzaron a flaquear y se sintió cada vez menos inclinado a arriesgarse

por causa del sexo. Aunque el discurso de Pillo fue una medicina agria, pensaba: «Tendré que tragármela. ¡Al menos él es un hombre! Habría querido esconder la cara de vergüenza cuando se rio de mí, pero pienso cómo me habría sentido si, haciendo el amor con una mujer, en el momento menos oportuno ella hubiera soltado

una observación cáustica al respecto. ¿Qué habría hecho entonces? ¿Me habría detenido y retirado? ¿Habría seguido adelante hasta eyacular? Desde ahora renunciaré a toda idea de seducción y me dedicaré con entusiasmo a mis tareas propiamente dichas. Si logro aprobar los exámenes, reuniré algún dinero y

compraré un par de vírgenes como concubinas. Sus vaginas serán más pequeñas que mi pene, y, naturalmente, me ganaré su aprecio en lugar de su desdén. ¿Por qué desperdiciar mis energías con todos esos ejercicios religiosos?».

Una vez tomada esta decisión, abandonó sus frívolos propósitos y se

concentró en los estudios. Si notaba que una mujer iba a quemar incienso, no salía corriendo a mirarla. Si se cruzaba con alguna fuera del templo, se metía dentro para eludirla, no fuera a ser que distinguiera su perfil a través de la túnica estival sin forro y en privado se riera a su costa. Huelga decir que, si veía a una mujer en la calle,

bajaba la cabeza y pasaba deprisa. No obstante, dado que era un joven en la flor de la vida, después de una o dos semanas de este duro régimen, comenzó a hacerse sentir cierta tumescencia. Su respuesta consistió en agregar una especie de faja para ocultar su único punto flaco a la mirada indiscreta de las mujeres. En cuanto a

sus otras características sobresalientes, estaba más que dispuesto a ostentarlas.

Un día en que paseaba por la calle, observó que una mujer joven abría la cortina de la puerta de su casa y se ponía a charlar con la vecina de enfrente, dejando así al descubierto su perfil. Viéndola desde cierta distancia, Véspero acortó el

paso de inmediato y avanzó muy lentamente para oír su voz y mirarle la cara. Su pronunciación era clara, dulce y en perfecta cadencia, como el sonido de una zampoña o una flauta; cada una de sus palabras dejaba un eco flotando en el aire. Al llegar a la puerta, Véspero contempló con atención el rostro y la figura. La joven se

parecía muchísimo a la mujer que había descrito Pillo: su cara era una perla inapreciable que irradiaba luz y su figura era semejante al retrato de una excepcional beldad balanceándose en la brisa detrás de la cortina. «Quizá sea la que él mencionó», conjeturó.

Después de observarla un momento, siguió andando

hasta unas casas más allá y luego interpeló a un transeúnte.

—¿Vive por aquí un mercader de sedas conocido como Honrado Quan? En caso afirmativo, ¿sabes dónde?

—Acabas de pasar por su casa —dijo el transeúnte—. Al otro lado de esa cortina donde conversa una mujer.

Una vez confirmada su corazonada, Véspero dio media vuelta, volvió sobre sus pasos y echó otra mirada a la mujer antes de volver a su alojamiento. «Cuando Pillo me describió su belleza», pensó, «no le creí. Tuve la impresión de que, aunque él afirmaba ser un gran conocedor de estas cosas, quizá no era el mejor

juez en cuanto a calidad. ¡Nunca imaginé que tuviera ojos de lince! Dado que juzgó tan acertadamente a esta, huelga decir que su juicio sobre las otras dos es igualmente fiable. ¡Pensar que están al alcance de la mano estas bellezas clásicas y que un hombre tan intrépido está dispuesto a ayudar, y, sin embargo, tengo

que perderme tres oportunidades enviadas por el cielo sólo porque esta cosa me ha fallado! ¡Qué frustración!».

Tras un momento de furia cerró la puerta, deshizo su cinturón y, sacando el pene, lo examinó desde todos los ángulos. Luego le acometió otra vez la cólera y sintió la tentación de buscar un

cuchillo afilado y cortárselo, liberándose para siempre de esta lamentable imitación de pene adjunta a su cuerpo. Un instante después se lanzó a una amarga invectiva: «¡Todo es culpa del Señor del Cielo! Si querías favorecerme, Señor, tendrías que haberlo hecho en todos los sentidos: ¿por qué tenías que darme esta desventaja?

Mi figura y mi talento sólo sirven para exhibirse, no tienen ningún uso práctico. Me dotaste de ellos con bastante liberalidad, pero en esa otra cuestión tan importante ni siquiera moviste un dedo para ayudarme. ¿Quieres decirme que te habría costado demasiado agregar unos pocos centímetros a su

longitud y a su circunferencia? ¿Por qué no usar el excedente de algún otro don para compensar mi escasez? Aunque el material del cuerpo no puede intercambiarse una vez que la gente lo ha adoptado, ¿por qué no tomar algo de carne de mis propias piernas, algún tendón oculto bajo mi piel, algo de la fortaleza de mi

cuerpo y redistribuirla aquí? Eso habría sido generoso de tu parte. ¿Por qué cogiste el material necesario aquí y lo distribuiste en otro sitio, de tal modo que lo que realmente necesito se vuelve inútil, y tengo demasiado de lo que no necesito? Sin la menor duda, todo es culpa del Señor del Cielo. He visto a esa muchacha hermosa,

pero no me atrevo a dar un paso. Soy como el hambriento que ve un plato de comida de maravilloso aroma, pero no puede ingerirla porque tiene la boca llena de llagas. ¡Es motivo suficiente para deshacerse en un mar de lágrimas!». Y se echó a llorar amargamente.

Más tarde fue al templo, donde se paseó de un lado

para otro hasta quitarse de encima la depresión. Por casualidad vio allí una nueva nota sujeta al tabique exterior de la puerta del templo. El mensaje, en forma de cuatro versos, era distinto a todos los demás; parecía que el Señor del Cielo hubiese escuchado sus lastimosos sollozos y enviado a un inmortal a la Tierra para

aliviar su desdicha. Decía así:

UN VERDADERO HOMBRE
DE UNA TIERRA DISTANTE
HA VENIDO A ENSEÑAR EL
ARTE DE LA ALCOBA.
ES CAPAZ DE COGER UNA
INGLE ENDEBLE
Y CONVERTIRLA EN ALGO
PODEROSO.

Debajo del poema, que estaba escrito en letras

mayúsculas, había unas líneas escritas en caracteres pequeños:

> De paso por esta zona, estoy alojado en la habitación _____del templo_____. Que los interesados en recibir instrucción se apresuren a honrarme con su visita. Si se

demoran, será demasiado tarde para la consulta.

Véspero leyó varias veces el poema y la postdata. Tan grande era su asombro que estalló en una sonora carcajada. «¡Qué sorprendente! ¡Justamente cuando estoy a punto de perder el juicio por el tamaño

de mi pene, se presenta ese inmortal pregonando su arte y pone un cartel dónde por casualidad lo veo! *¡Tiene* que ser la voluntad del Cielo!».

Entró volando en el templo, cogió unos regalos de presentación, los puso en una cajita que hizo llevar a uno de sus pajes y se abrió paso camino del domicilio que figuraba en la nota.

El experto en cuestión resultó ser un anciano, de rostro juvenil y pelo blanco que inspiraba un temor reverencial. Al ver a Véspero cruzó las manos y le preguntó:

—Bien, mi buen señor, ¿habéis venido a estudiar el arte de la alcoba?

—Sí —respondió Véspero.

—¿Qué programa os interesa, el de altruismo o el de egoísmo?

—Permitidme preguntaros, venerable señor, qué entendéis por altruismo y qué por egoísmo.

—Si vuestro único deseo es servir a la mujer y proporcionarle placer sin tratar de experimentarlo vos, es fácil aprender este arte.

Bastará con que toméis un supresor del esperma para hacer que vuestro semen salga más lentamente. Lo lograréis frotándoos el pene con un ungüento analgésico para adormecerlo hasta que no tenga más sensaciones que un trozo de hierro, y ya no os importará correros o no. A esto me refiero cuando digo altruismo.

»Por otro lado, si lo que deseáis es alcanzar el placer *con* la mujer, de manera que cada sensación que experimente su vagina también la experimente vuestro pene; de manera que a cada retirada ambos volváis a la vida y a cada arremetida ambos comencéis a morir, *eso* es placer mutuo, auténtico goce. El problema

consiste en que, en la cima del placer, inevitablemente ambos desearéis correros, y la mujer temerá hacerlo demasiado tarde y el hombre demasiado pronto. El arte más difícil es el de hacer que el hombre eyacule menos cuanto más goza y que la mujer goce más cuanto menos se corra. Este tipo de placer es mucho más difícil

de alcanzar; el principal requisito es la educación de uno mismo, complementado por la medicación. Si quieres estudiarlo, tendrás que acompañarme en mis viajes durante varios años y gradualmente te ilustrarás hasta que llegue a ser una realidad. No es un tema que pueda dominarse en un día o en una noche.

—En ese caso no puedo estudiarlo —contestó Véspero—. Tendré que hacer el curso de altruismo. Ya tengo en mis aposentos un poco de esa medicina vital y no te pediré más. Claro que se trata de una técnica corriente que permite controlarse, en el mejor de los casos, pero no aumentar el tamaño. En tu nota afirmas

que eres capaz de «coger una ingle endeble y convertirla en algo poderoso», y eso es lo que me trajo aquí en busca de instrucción. Me pregunto cuál será el método que pueda efectuar ese cambio.

—Existen diversos métodos, entre los cuales debe escogerse el que mejor vaya a la capacidad del cliente. En primer lugar, hay

que ver el tamaño original. En segundo, hay que preguntar qué aumento quiere el cliente. Y en tercer lugar hay que preguntar si podrá soportarlo y si está dispuesto a hacer el sacrificio. Sólo cuando se responden estas tres preguntas es posible decidir qué procedimiento utilizar. No se trata, en modo alguno,

de una decisión fortuita.

—¿Qué ocurre si, en principio, es grande? —quiso saber Véspero—. ¿O si, en principio, es pequeño? ¿Qué ocurre si lo agrandas mucho? ¿O poco? ¿Qué ocurre si uno *puede* soportarlo y *está* dispuesto a hacer el sacrificio? ¿Y qué ocurre si no puede? Te ruego me aconsejes en estas tres

cuestiones para que yo pueda tomar una decisión.

—Si el tamaño original no es especialmente pequeño y sólo se busca un aumento modesto, el tratamiento es bastante sencillo. Ni siquiera hay que hacerle muchas preguntas al cliente. Basta con que se frote algún analgésico en el miembro para volverlo insensible y

luego sahumarlo y limpiarlo con un medicamento. Cada vez que se lo sahúma y se lo limpia es necesario amasarlo y estirarlo. Al sahumarlo se vuelve más firme y al limpiarlo, más fuerte; al amasarlo se vuelve más grueso, y al estirarlo, más largo. Si haces todo esto durante tres días y tres noches, aumentarás hasta un

tercio el tamaño original. Este es un procedimiento al que los hombres se someten con alegría y sin aprensiones, de modo que lo aplico directamente sin hacer ninguna pregunta.

»Si el original es pequeño y el cliente quiere incrementarlo mucho, el procedimiento implica una operación, de ahí que deba

preguntarle al cliente si podrá soportarlo y si está dispuesto a hacer un sacrificio. Si se trata de un alma tímida que no está dispuesta a correr riesgos, debo detenerme ahí mismo. Pero si el hombre pone el sexo por encima de la vida misma, se procede sin vacilaciones a una reestructuración. Para esta

son necesarios un perro y una perra, a los que hay que encerrar en una estancia vacía, donde naturalmente empezarán a copular. Se espera hasta que estén en plena faena, bien enganchados, momento en que se los separa. El pene de un perro es un órgano sumamente caliente que se expande, al entrar en la

vulva, hasta duplicar varias veces su tamaño original; ni siquiera después de la eyaculación puede retirarse enseguida, hay que esperar un rato largo, y ni hablar de hacerlo antes. Se escoge ese momento para amputarlo con un cuchillo afilado, tras lo cual se abre la vagina de la perra y se extrae el pene del perro, se lo corta en cuatro

secciones y, entonces, después de adormecer rápidamente el pene del cliente con un analgésico para insensibilizarlo al dolor, se practican cuatro incisiones profundas: en los lados, en la parte superior, y en la inferior. Se introduce una de las secciones del pene de perro, aún ardiente, en cada incisión, y al instante se

aplica un vendaje milagroso para cerrar la herida. En todo el proceso, lo único que hay que temer es que la incisión se haga incorrectamente, pues ello lesionaría los vasos del pene del cliente, y lo volvería impotente. Pero, si no se lesionan estos vasos, no hay motivo de preocupación. Tras un mes de recuperación, las partes interiores al

vendaje habrán crecido juntas hasta tal punto que ya no son reconocibles como humanas o caninas. Después de otro período de recuperación, cuando el paciente reinicia las relaciones sexuales, el calor generado será tan intenso como el de un perro. Antes de penetrar en la vagina, el pene se verá de un tamaño que multiplica el del

original, pero una vez dentro volverá a multiplicarse varias veces más. De hecho, un pene se ha transformado en una docena de penes. ¿No os parece que la vagina sentirá placer? ¿No os parece que gozará?

Al oír estas palabras, Véspero creía haber resucitado de entre los muertos. Sin siquiera

reflexionar, de pronto se encontró de rodillas, implorando:

—¡Si puedes hacer eso por mí, me devolverás la vida!

El experto se apresuró a ayudar a Véspero a ponerse en pie.

—Bastará con que me reconozcas como a tu maestro. ¿Por qué tanta

ceremonia?

—Tu discípulo posee una naturaleza extremadamente lujuriosa y valora el sexo como la vida misma. Lamentablemente tengo la desventaja de una dotación natural que me impide satisfacer mis aspiraciones. ¡Esta reunión con un inmortal es el encuentro más afortunado de mi vida! No se

atrevería a ofrecerte nada inferior a una obediencia ciega antes de implorar tu ayuda. —Véspero llamó al paje para que entrara los regalos, que presentó con sus propias manos—. Apenas unos pocos presentes indignos en señal de que le aceptas como discípulo. Después de la reestructuración, haré todos

los esfuerzos que estén a mi alcance para recompensarte. Nunca me retracto de mis compromisos.

—Pero lo que acabo de decir sólo es la forma en que se opera, en teoría; hay un noventa por ciento de probabilidades de que no sea posible. Lamento no poder aceptar tus magníficos regalos sin más.

—¡Pero *tiene* que ser posible! —exclamó Véspero —. Corresponde a mi naturaleza dar menos importancia a la vida que al amor. Si por la gracia del Cielo la reestructuración es un éxito y mi endeble ingle se convierte en algo poderoso, desde luego te estaré inmensamente agradecido y te cantaré en

todas partes alabanzas. Pero, aunque cometieras un error en el curso de la intervención y un desliz del escalpelo me costara la vida, el culpable sería mi destino y no te tendría aversión desde las Nueve Primaveras[38]. Te ruego, venerable señor, que no dudes un instante más.

—Si no estuviese familiarizado con este

procedimiento y no confiara en los resultados, ni en sueños se me ocurriría jugar con la vida de un hombre. No me preocupa tanto el peligro como los tres inconvenientes derivados de la reestructuración, inconvenientes que te crearán dificultades. Por tal motivo no tomo a la ligera esta decisión. Permíteme

explicarte estos inconvenientes, pues sólo si consientes en los tres, accederé a tu solicitud. Si no aceptas uno solo de ellos, no podré seguir adelante.

—¿Cuáles son? Te ruego que me informes.

—El primero es que debes esperar ciento veinte días después de la operación para tener relaciones

sexuales. Si lo haces una sola vez durante ese período, se producirán lesiones internas que harán que se separen las partes humanas de las caninas. No sólo no se fijará el trasplante, sino que tu propio pene se llagará y caerá. Por eso planteé la cuestión de si podrías soportarlo. Lo que quería decir no era si podrías

soportar el dolor, sino la abstención.

»El segundo inconveniente es que sólo una mujer en la veintena o en la treintena podrá acomodarse a tus dimensiones. Una muchacha menor de veinte, aunque haya perdido la virginidad, sufrirá espantosamente durante su primer encuentro contigo, a

menos que ya haya dado a luz. Lo mismo se aplica, con mayor fuerza aún, a las doncellas, huelga decirlo. Matarías a cualquiera de estas que durmiera contigo. No habrá supervivientes. A no ser que aceptes no casarte con una virgen y no acostarte con ninguna jovencita, no procederé a la operación. De lo contrario, no sólo se vería

dañado *tu* crédito moral sino que también yo, como cómplice, sería culpable de un grave pecado.

»El tercer inconveniente consiste en que, aunque tu fortaleza adquirida sea más que suficiente, parte de tu provisión innata de energía vital escapará inevitablemente durante la intervención. Sin duda, la

provisión que quede será escasa, insuficiente para garantizar que puedas tener hijos y los hijos que puedas tener morirán jóvenes. A esto me refería cuando hablaba de hacer un sacrificio. No te estaba preguntando si estabas dispuesto a sacrificar tu vida, ni si tenías miedo a morir, sino si sacrificarías tus posibilidades de casarte con

una doncella y tener hijos.

»He observado que eres un joven de grandes ambiciones. En primer lugar, tus deseos sexuales son demasiado apremiantes para permitirte pasar tres meses sin tener relaciones carnales. En segundo lugar, tus apetitos sexuales son demasiado exagerados para garantizar que en algún

momento dado no desearás dormir con una virgen. Y en tercer lugar, aún eres muy joven. Me atrevería a decir que todavía no tienes hijos, o al menos no más de uno o dos. Por eso sé que estas tres condiciones te causarán problemas. Cuando me oíste hablar por primera vez de la operación, sólo pensaste en sus beneficios y no en sus

riesgos, te exaltaste y quisiste comenzar de inmediato. Ahora que conoces los peligros además de los beneficios, no accederás tan rápidamente al experimento.

—Ninguno de esos inconvenientes me altera lo más mínimo —dijo Véspero —. Quédate tranquilo, mi buen señor, y adelante con la

reestructuración.

—¿Cómo es posible que no te inquieten?

—Vivo en habitaciones alquiladas, lo que es muy distinto a vivir en casa —dijo Véspero—. Si no me hago la operación, también seguiré durmiendo solo todas las noches, de modo que si me someto a ella no renunciaré a nada. Tu primer

inconveniente no me preocupa, y no hay ninguna razón para no seguir adelante. En cuanto a las mujeres, sólo la primera esposa tiene que ser virgen; con las otras y las concubinas, la doncellez carece de importancia. Dado que ya tengo una esposa, esta cuestión no me preocupa. Más aún, las vírgenes son las

compañeras sexuales menos satisfactorias. No saben nada de sexo ni de pasión, y los hombres que duermen con ellas sólo intentan ganarse una reputación, pues es indudable que no consiguen ningún placer en ello. Para un auténtico goce hay que contar con una mujer de más de veinte años, una que sin duda sabrá algo sobre prólogo,

desarrollo, trama y epílogo. Porque el sexo es, en realidad, como un libro; cada capítulo tiene su organización y cada etapa su paralelismo. Lo cual supera con mucho la capacidad de una criatura que apenas está aprendiendo a escribir.

»Así, tu segundo inconveniente tampoco me preocupa; de hecho, me

conviene. Evidentemente, no es motivo para no seguir adelante. En cuanto a los hijos, otros hombres los valoran mucho, mas no yo. Los hijos dignos y píos son muchos menos que los indignos e incorregibles. ¿Cuántos hijos hay como el rey Wu, que destacó en la prolongación de la línea familiar? ¿Cuántos hijos hay

como Zeng, que honró escrupulosamente los deseos de sus padres? Si yo tuviera la suerte de tener un buen hijo, lo mantendría al inicio de su vida y él me sustentaría en la ancianidad, pero esto sólo sería un intercambio justo…, nada fuera de lo corriente. Si tuviera un hijo indigno y mal nacido, este me haría perder la hacienda y

me haría morir de apoplejía y, cuando eso ocurriera, yo lamentaría amargamente haber copulado con excesiva frecuencia, emitiendo mi esperma y mi sangre para un fin tan lamentable.

»Eso es lo que le ocurre a la gente que tiene hijos varones. No obstante, al menos uno o dos hombres de cada diez no tendrá hijos,

pues ese es su sino. No podrás decirme que se debe a que toda su energía vital escapó durante una reconstrucción del pene. El mero hecho de que yo tenga este deseo es señal de que no estoy destinado a tener hijos. Estoy dispuesto a no tenerlos, decididamente quiero hacerme la operación, y te aseguro que no cambiaré de

idea. Es evidente que el Cielo y la Tierra, además de mis antepasados, saben que mi destino es no tener hijos, y por ello no están tratando de detenerme. También esto es señal de que estoy destinado a no tenerlos.

»Y si estoy destinado a no tener hijos, nada cambiará si me someto a la intervención. Y si por

casualidad estuviera destinado a tener un hijo, mi energía vital puede cuajarse durante la operación sin escapar por completo, y todavía podré ser padre de un hijo que sobreviva hasta la madurez. Estas cosas no pueden preverse, y no pondré mi corazón en ellas: sencillamente renunciaré a ser padre.

»En cuanto a los otros dos requisitos, señor, *puedo* soportar la espera y *estoy* dispuesto a hacer el sacrificio. A mis ojos, tus inconvenientes son ventajas. No necesitas albergar ninguna duda respecto a mí. Te ruego que procedas a la reestructuración.

—Ya que estás tan decidido, lo haré —dijo el

experto—. No deseo crearte dificultades. Ahora bien, tendremos que fijar una fecha para la intervención y decidir si la hacemos en tu honorable aposento o en mi humilde morada. Ha de hacerse en secreto, sin que lo sepa un alma, pues si alguien se entera y nos espía, nos resultará imposible seguir adelante.

—Mis humildes aposentos están abarrotados —respondió Véspero—, y permanentemente entra y sale gente. Sería dramático que alguien nos viera y no pudiéramos continuar. Lo mejor sería usar tu honorable morada.

Una vez hechos los acuerdos, el experto aceptó los regalos. A continuación

preguntó a Véspero su edad y fecha de nacimiento, sacó un almanaque, eligió tres o cuatro fechas, todas ellas días de *fuego*. (Él pene pertenece al elemento fuego, porque «en tiempo de fuego, el *yang* es más fuerte»). Entre estas fechas, escogió para la intervención una que no chocara con el destino de su paciente. Luego Véspero se

despidió y volvió eufórico a su alojamiento.

Este incidente fue la raíz de todo lo malo que hizo durante el resto de su vida. Evidentemente es un error estudiar el arte de la alcoba, porque una vez aprendido tiende a corromper nuestro pensamiento. Si los funcionarios desean aprehender adúlteros, les

bastará con esperarlos a la puerta de la tienda de auxilios sexuales. Pues no ha nacido el hombre que compre afrodisíacos y estudie el arte de la alcoba con el único propósito de complacer a su esposa.

CRÍTICA

Si otro cualquiera

estuviera escribiendo este libro, sin duda nos habría contado cómo, después de que Pillo desvaneciera sus esperanzas, Véspero comprendió que su pene era inadecuado y salió desesperadamente a buscar a alguien que lo rectificara. Después de la rectificación, dicho escritor se habría solazado relatándonos cómo

Véspero perseguía con lujuria a las mujeres, con el fin de excitar a los lectores y de silenciar toda crítica en el sentido de que su narrativa tenía demasiadas ramas y muy poco tronco. Dicho escritor nunca habría estado dispuesto a insertar el pasaje en el que Véspero deja de mirar a las mujeres, y aquel otro en el que un joven

libertino se ve repentinamente transformado en un puritano. Sólo nuestro autor, con la mirada de un observador desapasionado, dedica su atención a semejante episodio, retrocediendo y deteniéndose en él, simplemente remiso a contarlo en cuatro palabras y a acabar de una vez. Sin duda hay en ello un profundo

significado. El autor no se limita a urdir una trama de acontecimientos interesantes para avivar su narración, sino que ofrece a los adúlteros un camino de retomo. Si Véspero hubiese cambiado realmente sus costumbres, no estaría a punto de perder su reputación o su crédito moral, ni su esposa y su concubina estarían a punto de

pagar sus pecados carnales. Está claro que incluso el mayor pecador se convierte en un hombre bueno cuando quiere arrepentirse de sus pecados, pero también que no debe volver a cambiar de idea después de arrepentirse.

Los lectores deben prestar especial atención a este tipo de pasajes, masticando la oliva del

interior del dátil hasta paladear su sabor. La profundidad del autor se pone de relieve mucho antes del final del libro.

Capítulo octavo

Después de tres meses de convalecencia, un amigo vuelve a ver a Véspero
Cuando ostenta su figura por primera vez, una beldad pierde el corazón.

Poema lírico:

El resplandor de Song
Yu, la belleza de
Pan An,
la gracia del sauce llorón,
la juventud como el
inicio de la estación
florida,
el carácter dulce, el
corazón paciente…
Cinco condiciones para
ser un seductor.

Las otras dos son
difíciles de

falsificar:
haber nacido con la
gracia de un amante
y ser bendecido por la
afortunada estrella
del amor.
Con estas cinco
condiciones, si
inicias la búsqueda,
sólo deberás enfrentar el
gasto del espíritu.
(Con
la
tonada
de

Las mariposas adoran las flores)

Al separarse del experto, Véspero regresó a su alojamiento, donde permaneció tendido en la cama, reflexionando sobre las aventuras sexuales de que gozaría después de la

reestructuración. Sentía crecer la excitación en su interior.

«He estado viviendo como un soltero durante no sé cuánto tiempo», pensaba, «y tengo el corazón inflamado de deseos largamente reprimidos. No podré soportar el período de impotencia forzosa tras la operación de mañana. Antes

de someterme al bisturí, tengo que aprovechar esta oportunidad para encontrar a una mujer y mojar el pincel una o dos veces con ella. Esto servirá de dosis de ruibarbo y purga para toda congestión emocional de mi organismo».

Preocupado por estas cuestiones, Véspero no podía conciliar el sueño. Estaba en un tris de levantarse e ir en

busca de una prostituta, cuando se le ocurrió que a esa hora estas estarían ocupadas con sus clientes y no le abrirían la puerta. Soportó un rato la frustración, hasta que se dio cuenta de que contaba con un alivio de emergencia al alcance de la mano. ¿Por qué no usarlo?

«He pasado por alto la

puerta sur que no tiene echado el cerrojo, mientras trataba de entrar por la puerta norte, cerrada a cal y canto[39]». Llamó entonces a uno de sus pajes a la cama, para que le sirviera de mujer, permitiéndole así satisfacer su deseo.

Véspero tenía dos pajes, el uno llamado Cabás, el otro Vaina. Como Cabás —que

sólo tenía quince años—sabía leer un poco, Véspero le había confiado sus libros, como si fuera un cabás de verdad, de ahí su nombre. A Vaina, que era unos pocos años mayor, Véspero le había confiado su antigua espada, una reliquia familiar enfundada en una vaina, de ahí su nombre. Ambos chicos eran atractivos; por cierto,

aparte de sus grandes pies, nada tenían que envidiar a las mujeres más hermosas. Pero Vaina era un tanto simplón y carente de coquetería y, aunque a menudo Véspero había retozado con él, nunca lo había dejado del todo satisfecho. Por su parte Cabás, aunque más joven, era muy ingenioso además de un compañero experto en la

cama. Unido a Véspero en sus placeres sabía, al igual que una mujer, levantar sus nalgas para ir al encuentro de las arremetidas del instrumento de su amo y también emitir gritos de pasión. Véspero lo prefería con mucho, de manera que en esta ocasión llamó al lecho a Cabás y no a Vaina para que lo ayudara a descargar sus

deseos ahora violentos.

Cabás esperó a que Véspero acabara y luego le dijo con tono coquetón:

—Amo, has estado últimamente tan preocupado por las mujeres que nos has descuidado por completo a nosotros. ¿A qué se debe este repentino interés por reabrir viejas cuentas?

—No es sexo lo que

estamos intercambiando esta noche. Esto es una despedida —replicó Véspero.

—¿Una despedida? ¿Soportarías separarte de nosotros?

—¿Quién ha dicho que pienso venderos? Tal vez la palabra *despedida* necesita alguna aclaración: no soy yo quien os dice adiós, sino mi pene quien se despide de

vuestros traseros.

—¿Por qué?

—En fin, como sabéis, en un par de días tengo que restructurarme el pene. Después de la operación será muchísimo más grande que ahora. Ni siquiera la mujer cuya vagina sea más bien pequeña podrá recibirme. De manera que después de esta noche vosotros y yo no

podremos volver a unirnos. ¡Si esta no es una despedida, no sé qué es!

—Quizá tu don *sea* bastante pequeño, pero ¿para qué quieres reestructurarlo?

Véspero le explicó que las mujeres se diferenciaban de los muchachos en que preferían lo grande a lo pequeño.

—O sea, que después de

la cirugía tienes intención de seducir únicamente a mujeres. ¿No te seremos de utilidad nosotros?

—Así es.

—Cuando salgas a seducir, necesitarás escolta. Llévame contigo y, si sobra alguna muchacha para la que no tengas tiempo, dámela a mí y así sabré cómo es el sexo con una mujer. De esta

manera no habré perdido el tiempo al servicio de un gran amante.

—Eso tiene fácil arreglo. El general bien alimentado no mata de hambre a su tropa, ya lo sabes. Mientras sus amas estén durmiendo conmigo, podrás tener a cualquier criada que desees. Y no sólo a una, sino docenas, cientos…

Cabás estaba tan contento que trepó sobre Véspero e izó la bandera color carne.

Véspero durmió el resto de la noche. A la mañana siguiente reunió las cosas que podía necesitar. Compró un perro fuerte y robusto; encontró una perra para emparejarlo y los mantuvo en habitaciones separadas en su alojamiento hasta el día

siguiente, en que le ordenó a Cabás que fuera a buscar los perros y lo acompañara. Vaina debía preparar el vino y llevarlo más tarde.

Dado que se ocupaba de esas técnicas secretas, el experto había buscado una vivienda grande, muy retirada, rodeada de grandes espacios abiertos por donde no rondarían visitantes

fortuitos. Una vez cerrada la puerta, el lugar era el escenario ideal para la operación. Como preparativo, aplicó un analgésico al pene de su cliente. Con la primera aplicación del ungüento, Véspero se sintió como si hubieran hundido su órgano en agua fría y luego como si no tuviera órgano, no experimentó sensación

alguna cuando se lo pellizcaron y rascaron. En ese punto le abandonó parte de la tensión, pues comprendió que no sentiría dolor durante la intervención quirúrgica.

No mucho después llegó el vino; Véspero y el experto bebieron mientras esperaban a que el perro y la perra se acoplaran.

Estos dos animales de sangre caliente, tenían al parecer la impresión de que su nuevo amo quería hacerles un favor especial y de que los había llevado adrede a un lugar apartado para que pudieran copular en libertad, sin interrupciones por parte de otros machos con sus peleas ni de otras hembras con sus celos. Así, sin

atreverse a traicionar la generosidad del amo, se unieron en cuanto los dejaron juntos. Pero no tenían la menor idea de que su amo era un hombre interesado ni de que tenía la intención de apropiarse de su aparato.

Los perros estaban en la sala de operaciones con cuerdas alrededor del cuello, cuerdas que no se les habían

quitado. En el momento en que copulaban desbordantes de entusiasmo, a Cabás y Vaina les bastó con dar un fuerte tirón a las cuerdas para separarlos como una raíz de loto cercenada con las fibras todavía entrelazadas. El macho no soportaba la separación y comenzó a ladrar desesperado, mientras trataba de aferrar la vulva de

la hembra con las patas traseras, para impedir que se deslizara. Descubrió con sorpresa que no podía sujetarse, y que desaparecían tanto la vulva como el pene. La hembra no soportaba mejor que el macho la idea de la separación, y también aulló desesperada, sujetando el pene con las patas traseras para impedir que se

deslizara. Con gran sorpresa descubrió que tampoco podía retener el pene y que este desaparecía junto con la vulva.

Tras cortar el pene del perro, el experto hizo rápidamente las incisiones en el pene de Véspero e introdujo en cada una las secciones cortadas al perro, todavía calientes. A

continuación le aplicó una droga milagrosa y lo vendó. Una vez terminada la operación, él y Véspero siguieron bebiendo.

Véspero preguntó al experto si podía quedarse a pasar la noche. Compartieron la cama y, mientras transcurría la noche, el experto le transmitió mucha información práctica. Al día

siguiente Véspero volvió a su casa para iniciar el período de convalecencia.

Durante los tres meses siguientes, gracias al control que ejerció sobre sí mismo, ni una sola vez miró a una mujer o albergó un solo pensamiento lascivo. Tampoco espió su pene reestructurado ni lo palpó con la mano, sino que actuó

como si fuera el mismo. Sólo cuando concluyó el período crítico se quitó el vendaje, limpió el instrumento y lo examinó atentamente, momento en que dejó escapar una gran risotada.

—¡Es sencillamente *magnífico*! ¡*Es* realmente diferente! ¡Con un aparato maravilloso como este, podré retomar al estado *salvaje*!

Uno o dos días después, mientras pensaba en ir a buscar a Pillo para apremiarlo a que cumpliera su promesa, casualmente este acudió a visitarlo.

—Digno hermano —dijo Pillo—, hace mucho que no sales, llevas largo tiempo tranquilamente en casa. Tienes que haber progresado mucho en tus estudios.

—Nada de eso, pero sí he hecho algún progreso en mi estudio de las técnicas de alcoba.

Pillo sonrió.

—Cuando no se ha nacido con la capacidad adecuada, el progreso siempre será limitado. Yo te aconsejaría que no perdieras el tiempo con esa cuestión.

—¿Qué sugieres,

hermano? Ya sabes que cuando encuentras a un caballero después de tres días sin verlo, lo miras con nuevos ojos. ¡Y con ojos más nuevos en mi caso, pues no me has visto en tres meses! ¿Todavía tengo que soportar tus insultos, aunque haya hecho algún progreso?

—Si has hecho algún progreso, será meramente

cosmético y no afectará a la verdadera cuestión. Eres como un hombre en entrenamiento de combate; si tiene un físico y una fuerza excepcionales, naturalmente será muy solicitado. Pero si mide menos de un metro y no es capaz de levantar cinco kilos, aunque practique constantemente y domine las dieciocho técnicas, tendrá

que limitar sus combates al teatro de títeres. ¡Nunca podrá participar en una batalla real!

—Hermano, cada vez andas más desencaminado. ¿Nunca has visto a un niño de un metro convertirse en un hombre fornido? ¿Nunca has oído decir que un ejército, antes de correr a la velocidad de una liebre, es tan pacato

como una doncella[40]? Sólo los penes de los muertos se encogen y no pueden crecer. ¿Qué cosa de un hombre vivo nunca crece y permanece siempre igual?

—No lo creo, sencillamente no lo creo. El pajarito de un niño de doce o trece años que nunca ha producido una sola gota puede crecer de un día a otro,

pero en el caso de un hombre de más de veinte, si su pene se desarrolla, lo hará muy poco, unos milímetros, no unos centímetros.

—Si sólo fuera cuestión de pocos milímetros, no notarias la diferencia. Sólo sería notable si su tamaño se multiplicara varias veces.

—¡Imposible! Puede haber millonarios que se

enriquezcan de la noche a la mañana; ¡pero penes que se agranden de la noche a la mañana…, eso de ninguna manera! De cualquier modo, sácalo y deja que lo vea.

—La última vez que lo hice tuve que soportar el ridículo por tu reacción. Ese mismo día juré solemnemente que jamás le volvería a mostrar mi pene a

nadie. Luego clavé la promesa escrita en el muro de mi habitación. ¡Nunca volveré a dar semejante espectáculo!

—Deja de reírte de mí, hermano, date prisa y muéstrame el nabo. Abrigo la esperanza de que haya crecido algo. Si así es, te presentaré mis más humildes disculpas.

—Una disculpa verbal no será suficiente. Sólo si consideras que es una auténtica maravilla para la acción, y que hay que probarlo y darle estímulo, demostrarás que deseas dar alas al talento.

—Tienes razón. Si realmente se ha desarrollado, le daré alas con aquella cuestión de la que ya

hablamos.

—Muy bien, supongo que no tendré más remedio que volver a dar el espectáculo.

Corrían los primeros días del invierno; Véspero llevaba puesta una chaqueta acolchada y pantalones forrados. Pensando que sus prendas abultarían demasiado para permitir una inspección de cerca, se ató el fajín

alrededor de la cintura, remetió la camisa y se bajó los pantalones. A renglón seguido presentó el pene con ambas manos, como los persas cuando ofrecen sus presentes.

—Bien, ¿ha hecho algún progreso? Échale un vistazo.

Pillo, que estaba a cierta distancia, pensó que Véspero había conseguido en algún

lado el miembro de un burro y lo había sujetado a su cintura. Sólo cuando se acercó y lo estudió con detenimiento se dio cuenta de que era auténtico. Resolló, atónito.

—¿Qué método seguiste para convertir ese objeto diminuto en un aparato tan impresionante?

—No lo sé exactamente,

pero tras tu provocación repentinamente se agrandó en un esfuerzo por dejarte por mentiroso. No hubo forma de contenerlo.

—¡No trates de engañarme! Veo las cicatrices quirúrgicas y también las cuatro secciones de distinto color. Venga, dime la verdad, ¿qué técnica ingeniosa se oculta detrás de

todo esto?

Véspero no pudo seguir resistiéndose a las preguntas de su amigo. Procedió a relatarle cómo había conocido al experto y cómo se había sometido a una cirugía de trasplante con la ayuda del pene de un perro.

—¡A lo que eres capaz de llegar en nombre del sexo! Obviamente tendrás éxito en

la vida porque no permitirás que nada se interponga en tu camino. Ya veo que no tengo otra alternativa que ayudarte en esta cuestión. Por suerte aún me quedan algunas piezas de oro. Vayamos ahora mismo a su casa y veamos qué podemos hacer.

Desbordante de alegría, Véspero se apresuró a cambiarse, se puso un gorro

nuevo, y salió con Pillo. Cuando estaban cerca de la tienda de sedas, Pillo le pidió que esperara mientras él se adelantaba para tantear el terreno.

Volvió pronto, con una amplia sonrisa en la cara.

—¡Enhorabuena! ¡Te sonríe la fortuna! Si el destino te es propicio podrás demostrarlo esta noche.

—Pero si ni siquiera nos conocemos —le recordó Véspero—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que será esta misma noche?

—Acabo de enterarme por los vecinos de que su marido ha salido de viaje para hacer unas compras y que no volverá hasta dentro de diez días. Tú entras conmigo y empiezas a

insinuarte. Si ella muestra algún interés por ti, encontraré la forma de meterte en su casa esta misma noche. Así podrás contar con diez días de placeres con ella

—Te lo deberé todo a ti.

Cuando llegaron a la tienda, la mujer estaba sentada dentro, hilando seda. Pillo apartó la cortina de

bambú, y entró con Véspero.

—¿Está en casa Honrado Quan?

—No, ha salido a comprar seda —respondió la mujer.

—Estaba pensando en comprar algunos kilos. ¿Qué puedo hacer, dado que no está en casa?

—Puedes ir a buscarla a otro lado.

En ese momento intervino Véspero:

—Podríamos conseguirla en cualquier parte, por supuesto, pero hace mucho que somos clientes vuestros y preferiríamos no tener que dar a otro las ganancias. Además, las sedas de otras tiendas no son de la mejor calidad. Vuestra mercancía es de toda confianza.

—Si sois clientes nuestros, ¿cómo es que no os conozco?

—¿Dónde está tu memoria, señora? —terció Pillo—. Estuve el verano pasado comprando seda. También entonces tu marido estaba fuera y me serviste tú misma. Bajaste un rollo de lo alto y me lo vendiste. ¿Lo has olvidado?

—No, lo recuerdo muy bien.

—Si lo recuerdas —dijo Véspero—, tienes que saber que no hemos venido a regatear. Muéstranos la seda y te la compraremos. ¿Para qué vas a echamos dejándonos en manos de vuestros competidores?

—Tengo unos kilos, pero no sé si serán de vuestro

gusto.

—¿Cómo podría *tu* seda no ser de nuestro gusto? Lo más probable es que sea *demasiado* buena. Sospecho que para un pobre estudiante como yo puede ser un lujo excesivo.

—Eres demasiado amable. ¿Por qué no tomáis asiento mientras la busco?

Pillo hizo que Véspero

ocupara el asiento más alto, que estaba más cerca, para que pudiera coquetear con ella más fácilmente.

La mujer sacó un rollo de seda y se lo alcanzó a Véspero. En todo momento permaneció impasible y no lo miró a la cara. Sin embargo, incluso antes de coger la seda, Véspero dijo:

—Es demasiado amarilla.

Me temo que no servirá.

Luego, cuando la cogió y la inspeccionó, dijo a Pillo:

—¡Qué curioso! En manos de la señora parecía de un pardo amarillento, pero en las mías vuelve a ser blanca. ¿Cómo se explica esto? —fingió que meditaba la respuesta y prosiguió—: ¡Ya lo sé! Las manos de la señora son muy blancas, y

hacen que por comparación la seda parezca amarilla. Mis manos son morenas y hacen que parezca blanca.

Al oír esta observación, ella fijó la mirada en las manos de Véspero y las examinó.

—No puede decirse que tus honorables manos sean morenas —dijo finalmente. A pesar de ello, mantuvo la

expresión seria, sin indicios de sonrisa.

—Quizá sus manos no sean morenas en comparación con las mías —apunto Pillo—, pero en comparación con las de la señora, indudablemente no son blancas.

—Si pensáis que la seda es blanca, ¿por qué no la compráis? —preguntó la

mujer.

—Pero sólo es blanca en comparación con mis indignas manos —se apresuró a decir Véspero—. Evidentemente no es de un blanco puro. Sólo aceptamos una seda del color de las honorables manos de la señora. Te ruego que busques otra y nos la muestres.

—¿Cómo crees que puede

existir en el mundo una seda tan blanca como sus manos? —lo regañó Pillo—. Si encontráramos una con el color de tu tez, nos serviría a la perfección.

Al oír esta observación la mujer fijó la vista en el rostro de Véspero y lo examinó. Esta vez su cara se iluminó de placer.

—Sospecho que no hay

en el mundo una seda tan blanca —dijo sonriente.

Amable lector, ¿por qué motivo crees que sonrió ahora y no antes? ¿Por qué motivo supones que ahora lo miró atentamente, y no antes? La razón es que la mujer era miope y no distinguía a más de un metro de distancia. Cuando Véspero entró en la tienda, pensó que

sólo era un cliente más. Al cabo de un rato, cuando lo oyó describirse a sí mismo como un estudiante pobre, comprendió que era un licenciado, pero siguió considerándolo un hombre vulgar y no lo observó con atención. Dado que tenía que forzar la vista para ver a la gente, al conocer a un hombre nunca lo estudiaba

con atención.

En general, entre las mujeres cortas de vista, las bonitas superan con mucho a las feas, y las inteligentes a las estúpidas. Pero hay algo que debe recordarse acerca de todas ellas: su deseo sexual es idéntico al de los hombres de ojos voluptuosos. Ambos tipos se sumergen plenamente en el sexo, sin

darse respiro. Hay un antiguo adagio que reza:

Una esposa miope
no está ociosa en el
lecho.

Supongamos que una mujer fogosa en asuntos de sexo puede ver a la gente a cierta distancia. Si ve a un hombre apuesto, podrían despertársele sus deseos y

perder así la castidad. Por eso el Creador, al dotarla de forma humana, tuvo la brillante idea de darle esos ojos, y evitar así que vea a nadie —ni siquiera a Pan An o a Song Yu— excepto a su marido, evitando de este modo una gran dosis de justo castigo. Históricamente, la mayoría de las mujeres miopes han conservado la

castidad, y sólo una pequeña minoría se ha desviado del buen camino.

En virtud de que sus ojos le ahorraban dificultades, nunca se había enterado del porte de los hombres ni de sus intenciones aunque estuvieran delante de ella todo el día haciéndole guiños. Era lo mismo que si se le aparecieran envueltos

en un manto de niebla. Pero ahora que había visto las manos y la cara de Véspero estaba deslumbrada, cautivada. Se volvió hacia él:

—Bien, señor, ¿realmente queréis comprar algo de seda? Si es así, tengo un rollo de excelente calidad que con mucho gusto sacaré y os mostraré.

—A eso hemos venido —

respondió Véspero—. Claro que queremos comprar seda. Os ruego que me mostréis lo que tengáis.

La mujer entró en la tienda y volvió con un rollo de seda, al tiempo que le ordenaba a su criada, una jovencita de cabeza con postillas, que sirviera té a Pillo y a Véspero.

Véspero no apuró todo el

té, sino que dejó media taza en honor a su anfitriona, gesto que esta agradeció con una sonrisa, antes de entregarle la seda. Al recibirla, él aprovechó la oportunidad para apretarle la mano, y ella, aunque fingió que no lo notaba, respondió rascándole la suya con la uña.

—¡Este rollo es magnífico! —dijo Pillo—.

Aceptémoslo y emprendamos la marcha.

Pillo entregó la bolsa a Véspero, quien sopesó la cantidad que ella pidió y se la dio.

—Os ruego que os fijéis en que son lingotes —le comentó.

—Si son lingotes —señaló ella—, quizá parezcan buenos por fuera pero no lo

sean por dentro.

—Si eso os preocupa, señora, ¿por qué no dejamos aquí la seda y la plata, y vuelvo esta noche para abrir uno de los lingotes y mostrároslo? No exagero cuando digo que nuestra plata es tan buena como nosotros, igual por dentro que por fuera.

—No será necesario —

dijo ella—. Si todo está bien, podemos volver a hacer negocios. De lo contrario, seréis un cliente de una sola vez.

Pillo cogió la seda y apremió a Véspero a salir de la tienda. Mientras se encaminaba a la puerta, Véspero volvió varias veces la mirada. Aunque ella no lo veía, comprendió y entornó

los ojos hasta convertidos en dos rajas, en una expresión que no era dichosa ni triste.

Una vez en sus aposentos, Véspero conversó con Pillo.

—Presiento que esta es una excelente oportunidad. Pero ¿cómo haremos para entrar? No podemos darnos el lujo de correr ningún riesgo.

—He hecho

averiguaciones y en la casa no hay nadie más, con la única excepción de la criada que hemos visto. Sólo tiene diez u once años. Se quedará dormida en cuanto se acueste y no oirá el menor ruido a lo largo de toda la noche. La disposición de la casa está a la vista: no hay escalera ni sótano. No podría esconderme. Si saltamos el

muro, alguien nos divisará y nunca podrás volver a visitarla. Tendré que llevarte a lomos hasta el tejado, quitaré algunas tejas, arrancaré una viga y te haré descender desde lo alto.

—¿Y si los vecinos oyen y gritan que hay ladrones?

—¿Conmigo a tu lado? No es probable que eso ocurra, no te preocupes. Lo

único que me inquieta es la observación que hizo en el sentido de que tú pudieras parecer bueno por fuera y resultaras inútil por dentro, y que si no la complacías serías un cliente de una sola vez. ¿No confirma esto lo que te dije? Tendrás que esforzarte al máximo para no permitir que te esquive. En caso contrario, sólo podrás

presentarte a un examen, pero no a dos ni a tres.

—No ocurrirá eso —dijo Véspero—. Si dudas de mí, ¿por qué no haces guardia desde una posición ventajosa?

Bromearon aguardando impacientes a que «el cuervo dorado bajara por el oeste y la liebre de jade se elevara por el este», momento en que

Véspero debía presentarse al examen. Pero todavía ignoramos el método que adoptará la examinadora y tendremos que esperar a que se plantee el cuestionario.

CRÍTICA

La ficción es una parábola y, como tal, su contenido no es real,

obviamente. Abrigo la esperanza de que los lectores no distorsionen la intención del autor centrándose en su significado literal. El trasplante quirúrgico del miembro de un perro a un ser humano, tal como se relata en este capítulo, es un absurdo manifiesto que nos sugiere que los actos de Véspero van a ser excesos

sexuales por naturaleza. De manera similar, en el Capítulo tercero, cuando juró amistad con Pillo y hasta lo reconoció como a un hermano mayor, estaba claro que sus aspiraciones y su carácter eran más bajos que los de un ladrón. Ambos incidentes son expresiones mordaces de profundo significado, equivalentes a

injuriarlo como perro callejero y delincuente. La gente no debe confundir condena con alabanza ni fantasía con realidad, considerando correcto mutilar a los perros y confraternizar con los ladrones. Pero, si el portador de la advertencia es acusado como promotor del mismísimo vicio contra el

cual advierte, simplemente estará compartiendo el mismo destino que siempre han padecido los escritores.

En el Capítulo sexto, Pillo describió a esta mujer como mojigata e inexperta en pasiones, pero en el incidente de este capítulo ocurrido en la tienda de sedas ella devuelve a Véspero golpe por golpe. No sólo no es

mojigata, sino que se muestra muy seductora, lo que contradice de plano las palabras de Pillo. Sin duda los lectores ignorantes han llegado a la conclusión de que las puntadas de la novela no son lo bastante finas y han criticado por ello al autor, sin que en ningún momento se les pase por la imaginación que este tenía pensado

utilizar la miopía como eje de su actitud, y *esa* es la razón de esta aparente incoherencia. El autor tendió deliberadamente una ingeniosa emboscada para llevar a la gente a atacarlo: un caso evidente de engañifa literaria. El motivo por el que la mujer fue descrita como mojigata es que era corta de vista; no veía al joven

apuesto que tenía delante de ella y no había tenido ocasión de comportarse como seductora. De forma similar, la razón por la que ahora se muestra seductora es su miopía; de repente ve ante ella a un joven bien plantado y es incapaz de mantener su mojigatería. Obviamente, nunca debería permitirse a las mujeres miopes poner los

ojos en los jóvenes apuestos. Los lectores deben entender que el autor está utilizando a esa mujer como un ejemplo para su instrucción moral de las mujeres, y no sólo como un medio para aderezar esta trama.

Capítulo noveno

Una mujer dada a la más rara sensualidad mantiene el principio básico,
y otra, dispuesta a los placeres sobrantes, se lleva el primer premio.

Poema:

Algunas libidinosas
hablan mucho de
castidad,
ganando así una falsa
celebridad.
Otras, en cambio, puras
como la nieve,
sólo se excitan con una
rara depravación.

Pasemos ahora a la esposa de Honrado Quan,

cuyo nombre de niña era Fragancia. Su padre había sido un maestro de escuela de aldea que le dio lecciones de lectura y escritura desde la primera infancia. Ella demostró ser una alumna muy aplicada y, como también era muy bonita, sus padres no estaban dispuestos a precipitarla en un matrimonio prematuro. A los

quince años, un joven estudiante que sacó el primer puesto en el examen para muchachos envió a un intermediario con una propuesta, y el padre de Fragancia, que consideró prometedor al joven, se la dio como esposa. Lamentablemente, después de apenas un año de matrimonio, el joven murió a

causa de una debilidad general.

Fragancia guardó luto por él un año entero antes de casarse con Honrado Quan. Aunque de naturaleza apasionada, Fragancia había adquirido un buen dominio del principio básico, y cada vez que oía decir que una mujer se había descarriado se echaba a reír a sus espaldas, e

incluso en una ocasión llegó a decir a sus compañeras:

—Dado que hemos fracasado en la práctica de cultivar las virtudes en nuestra existencia anterior, en esta nacimos del sexo femenino y estamos obligadas a que nuestra vida transcurra en los aposentos reservados a las mujeres. Para nosotras no hay paseos

ni visitas, pero sí para los hombres. El sexo es la única diversión que tenemos en nuestra vida, y nadie puede decimos que no lo disfrutemos. Puesto que hemos sido creados como hombre y mujer por el Cielo y la Tierra, y unidos en matrimonio por nuestros padres, es propio y correcto que gocemos con nuestros

maridos; por el contrario, gozar del acto sexual con cualquier otro hombre es una transgresión moral. Si nuestros maridos se enteran, caen sobre nosotras maldiciones y palizas y, si se sabe públicamente, hay escándalos. Dejando aparte las palizas y los escándalos, si una mujer no hace el amor, allá ella. Pero si lo hace,

debería al menos empeñarse en disfrutarlo. Al fin y al cabo, cuando estás con tu marido después de cumplido el trabajo del día, os desnudáis, os metéis juntos en la cama, y, desde el principio, hacéis las cosas de una forma ordenada y tranquila hasta que por fin alcanzáis cierto grado de éxtasis. ¿Qué placer hay en

un furtivo encuentro a tientas en el que la única quietud en medio del pánico consiste en acabar con la mayor prisa posible, tanto si se llega al éxtasis completo como si no? Más aún, no hay nada para comer cuando estás famélica, y más de lo suficiente si estás bien alimentada y, como ocurre con la comida y la bebida, llegas a enfermar

tanto con los festines como con el hambre constante. ¡Qué ridículas son las mujeres que se descarrían! ¿Por qué no utilizan en primer lugar esos mismos ojos para elegir un buen marido, como los utilizaron después para elegir a un amante? Si se dejan impresionar por un nombre vulgar, que escojan a uno

culto. Si lo que quieren es apariencias, que se decidan por uno apuesto. Y si lo que las atrae no es un hombre ni una apariencia, sino la cruda realidad del desempeño sexual, tendrían que buscarse a uno robusto y vigoroso. De esta manera no se equivocarían y estarían en condiciones de gozar de lo que tienen. ¡No habría

ninguna necesidad de abandonar al marido y tomar un amante!

Sus compañeras escucharon atentamente y dijeron:

—Ella habla por experiencia, de modo que su consejo es diferente a otros. Sale del corazón, pero también es divertido.

¿En qué sentido era

Fragancia una mujer de experiencia? Desde jovencita valoraba tres cualidades en el hombre —el nombre, la buena planta y la capacidad sexual— y desde el fondo de su corazón deseaba un marido que las poseyera todas. Cuando se casó con el estudiante, sabía que este tenía talento y era bastante apuesto, por lo que supuso

que también poseía la tercera cualidad. Pero, para decepción suya, el don del marido era inenarrablemente pequeño y además no tenía ninguna resistencia. Cuando la montaba, apenas ella había comenzado a caldearse cuando él tenía que desmontar. Pero Fragancia era una mujer impetuosa que se negaba a permitirle que

desatendiera sus deberes, y una vez despertadas sus pasiones, lo reclamaba una y otra vez. Ningún hombre de constitución débil puede sobrevivir a tan agotadoras demandas, y en menos de un año él murió debido a una debilidad general.

Tras esta penosa experiencia, comprendió que el talento y la figura, aunque

atractivos, no llevan a ningún fin práctico. Si no se encuentran las tres cualidades en un hombre, hay que descartar las ilusorias en favor de la real, por lo que, cuando se decidió a escoger otro marido, no insistió en que fuera un hombre educado, ni siquiera apuesto, y eligió a un hombre robusto y vigoroso con propósitos

puramente prácticos.

Al observar que Honrado Quan, aunque basto y de mente torpe, tenía la fortaleza de un tigre, comprendió que también tendría las dotes prácticas necesarias, de modo que se casó con él sin siquiera preguntarle por el estado de sus finanzas. Lo eligió por su fuerza, sin tener idea del

tamaño de su arma. Fragancia supuso que un hombre de gran fortaleza física no necesitaría la lanza más larga ni el hacha de batalla más grande para alcanzar la victoria, que incluso con una espada corta o una hoja delgada estaría en condiciones de derrotar al enemigo. Nunca se le pasó por la imaginación que su

arma resultaría ser una lanza de cinco metros que una persona débil apenas podría levantar y una de manos pequeñas no podría coger. Estaba encantada y se aferró a él con absoluta devoción desde el día de la boda, sin albergar una sola vez un pensamiento desviado.

Honrado Quan tenía un negocio pequeño, en el que

sólo entraban magros ingresos, por lo que Fragancia se levantaba temprano para hilar seda, contribuyendo así con algo de dinero todos los días. Lejos de vivir ella de las ganancias de su marido, él tenía que vivir de las de ella.

Aquel día, quiso el destino que abriera la cortina y se pusiera a charlar con la

mujer de enfrente cuando Véspero pasó y la observó en dos ocasiones a su placer. Pero, dada su miopía, ella sólo vio el vago bosquejo de un hombre deambulando por los alrededores de la tienda: no tenía la menor idea de cuál era su aspecto. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con la mujer de enfrente, que tenía vista de

lince.

Esta última rondaba los treinta años y su marido, como el de Fragancia, era sedero. Él y Honrado Quan compartían los viajes de negocios y, aunque no hacían fondo común de los recursos, en cualquier otro sentido eran socios. La esposa era una mujer muy fea y también muy apasionada; pero, en

parte porque no era atractiva y en parte porque su marido era un hombre violento que le pegaba y la insultaba por la falta más insignificante, temía dar un solo paso audaz.

Ese día vio muy bien a Véspero de la cabeza a los pies, y en cuanto este se fue cruzó la calle para hablar con la vecina.

—Había un hombre

sumamente apuesto paseando calle arriba y calle abajo sin quitarte los ojos de encima. ¿No te diste cuenta?

—¡Tú sabes muy bien lo que *yo* veo, con mis ojos! Estoy aquí sentada y no pasa un solo día sin que algunos hombres me miren a través de la cortina. Bien, que miren. De todos modos, ¿de qué sirve enterarse?

—Con los hombres comunes y corrientes, para una como tú no valdría la pena dejar que miren, pero a un hombre como ese deberías dejarle quedarse ante tu puerta y mirarte hasta el fin de tus días.

—¿Quieres decir que es mejor que perfecto?

—No sólo mejor…, sino diez veces mejor, en mi

opinión. Yo estoy todo el tiempo en la puerta y todos los días veo cientos y miles de hombres, pero nunca he visto uno tan apuesto como ese. No hay nada comparable a la pura blancura de su tez. Los ojos, las cejas, la nariz, las orejas… ¡Todo en él es sencillamente *adorable*! Es tan primoroso como una figura de un abanico de seda.

Aunque un artista pintara un retrato en el que apareciera tan atractivo como es, no lograría captar esa mirada romántica. ¡Hace que una *muera* de deseo!

—Lo describes tan vívidamente que resulta cómico. Francamente, no creo que exista semejante parangón. Y si existiera, él se dedicaría a sus negocios y yo

a los míos, y nunca llegaría a enterarme de su nombre. No veo qué sentido tiene desearlo.

—Es posible que tú no lo desees, pero yo he visto con cuánta vehemencia te desea él. Estaba casi fuera de sí. Decidía marcharse, pero no podía soportarlo. Luego decidía quedarse, pero temía lo que pudieran pensar

quienes lo vieran, de manera que decidió irse. Pero al cabo de un rato volvió. Incluso cuando se marchaba, era evidente que no quería alejarse de ti. ¿No es patético? Tú no lo has visto, por lo que no estás enamorada de él. Pero yo lo vi y me he enamorado por tu cuenta. ¿No te parece extraño?

—Supongo que reaccionó al verte a ti, no a mí. Te turba demasiado reconocer que él se haya enamorado de ti, y me lo adjudicas a mí.

—Enamorado de mí…, ¡con *mi* aspecto! *Eras* tú quién le atraía, te lo aseguro. Si no me crees, como sé que volverá, cuando lo tenga cerca te lo haré saber. En ese momento podrás salir a verlo

y le darás la oportunidad de que él te vea a ti.

—Esperemos a que vuelva y entonces decidiremos qué hacer.

Después de añadir varias observaciones intrigantes, la vecina se retiró a su casa. Los días siguientes Fragancia estuvo alerta, pero pasó bastante tiempo sin que volviera a verlo y, cuando él

entró a comprar seda, ya lo había desterrado de su mente, mas al ver lo apuesto que era recordó, naturalmente, aquella conversación.

«Tiene que ser el hombre del que hablamos aquel día», pensó después de que él se fuera. «Aparentemente tiene distinción, pero todavía no sé nada de sus otros méritos. Si he de perder mi buen

nombre, debo al menos obtener un verdadero placer a cambio. Si las apariencias es lo único que me importa, puedo hacer que vuelva a buscar seda todos los días y contemplarlo para solaz de mi corazón; basta con eso. Hace un instante él bromeó acerca de abrirlo y ponerlo a prueba. Se refería a la plata, por supuesto, pero lo decía

con doble sentido. Si se presenta esta noche, ¿debo rechazarlo o dejar que se quede? ¿Se decidirá mi reputación de una vez por todas, para bien o para mal, en ese momento? Debo reflexionar seriamente sobre esta cuestión».

En medio de este dilema, llegó la vecina.

—¿Has reconocido al

hombre que entró a comprar seda?

—No.

—¡Es aquel del que te hablé! ¿No te diste cuenta? ¿Existe otro hombre en el mundo tan bien plantado como él?

—Bien plantado sí, lo reconozco, pero demasiado superficial y frívolo, en nada se parece a un caballero de

verdad.

—¡Otra vez te pones moralista! ¿Cuándo andaría por la calle buscando mujeres un caballero de verdad? Limitémonos a admirar su aspecto sin ponerlo en la balanza. ¿A quién le importa que sea superficial?

—Todo eso está muy bien, pero delante de otros tendría que ser más serio.

Ahora mismo acaba de hacer todo tipo de insinuaciones. Es una suerte que mi marido no esté en casa. ¡Jamás le habría permitido salir bien librado de esto!

—¿Qué insinuaciones? Cuéntame.

—Fue todo tan pueril que no tiene sentido describirlo.

La vecina tenía una mente muy libidinosa y, al

oír hablar de insinuaciones, imaginó que de alguna manera Véspero había logrado arrastrar a la cama a Fragancia. Estremecida de excitación, la pellizcó y le dio unas palmadas para que le contara todo, y finalmente Fragancia se dio por vencida.

—No estaba solo. Trajo consigo a un compañero. Su galanteo sólo consistió en

hacerme guiños de manera muy sugerente, mientras hablaba. ¿Qué te habías imaginado?

—¿Y tú le correspondiste dándole pie?

—Tuvo suerte de que no lo echara de la tienda. ¿Cómo iba a darle pie?

—Eso muestra una auténtica falta de sentimientos de tu parte. No

me interpretes mal, pero no hay en el mundo otra mujer tan bella como tú, ni otro hombre tan apuesto como él. Estáis hechos el uno para el otro. Es una unión bendecida por el Cielo. Tendríais que haber sido marido y mujer, pero ya que eso es imposible, deberíais satisfacer vuestros deseos más profundos como amantes. No me interpretes

mal si digo que Honrado Quan no es adecuado para ti. Una fresca flor prendida en un estercolero, eso es lo que eres, una verdadera lástima. Si este hombre no vuelve, pase; pero si se presenta otra vez, y no cuentas con nadie más que pueda hacer de intermediario, vendré encantada a hacer de alcahueta para ti. Con que

hicierais el amor un par de veces, quedaría justificada toda tu existencia. Te ruego que no te pongas santurrona. Ya sabes que sólo a las viudas que no vuelven a casarse les levantan arcos conmemorativos. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de una mujer casada a la que el gobierno recomendara para hacerle honores por no tomar

un amante? ¿Tengo o no tengo razón?

Mientras la vecina la arengaba, Fragancia calculaba para sus adentros: «Parece estar perdidamente enamorada de él. Si me meto en esta aventura, como ella vive enfrente, tendré que darle una parte del pastel para que no lo estropee todo. Pero todavía no conozco la

capacidad de ese hombre. ¿Por qué no dejar que ella lo pruebe primero, como si hiciera un examen en mi lugar? Luego, si él demuestra lo que tiene que demostrar, yo me presentaré al siguiente. No tengo por qué temer que una mujer tan fea me robe su afecto. Si él no está a la altura de las circunstancias, me bastará

con hacer una escena y echarlo, y mi buen nombre no saldrá perjudicado». ¡Brillante!

Había tomado una decisión.

—En realidad, esas cosas no están en mi línea —dijo —. SÍ vuelve, en lugar de hacerme de alcahueta, ¿por qué no me permites que yo sea la tuya, y así los dos

podréis disfrutar el uno del otro unas cuantas veces?

—¡No seas ridícula! No estás hablando en serio; pero, aunque así fuera, él nunca desearía a una mujer tan fea como yo. Si de verdad quieres hacerme un favor, déjame participar después de que hayas copulado con él un par de veces. Puedes fingir que estás turbada e insistir en

que yo intervenga, como si nos turnáramos el puesto de banquero en una casa de juego. Esto sí que podría funcionar.

—Lo dije en *serio*, y también sé cómo puede hacerse. Noté lo persistente que es capaz de ser ese hombre. Intenté desairarlo, pero no debí de ser lo bastante severa, porque justo

antes de irse bromeó con que esta noche intentaría meterse aquí a hurtadillas. Nuestros maridos están fuera y prácticamente no hay nadie en nuestras casas. Esta noche, cierra la tuya con llave y ven a dormir aquí. Apagaremos la lámpara y yo me ocultaré. Si él viene, tú finges ser yo y duermes con él. Después tendrá que escabullirse

sigilosamente en la oscuridad y jamás sospechará que ocupaste mi lugar. Piensa que me estás haciendo un enorme favor, además de preservar mi buen nombre. ¿No te parece una idea maravillosa?

—Por lo que dices, supongo que ya lo has autorizado a venir. La idea me emociona, por supuesto, y no podría rechazarla aunque

quisiera. Pero hay algo que no entiendo. ¿Por qué le permites venir aquí y no te acuestas tú misma con él? Nunca una mujer virtuosa se ha comportado de esa manera.

—No soy hipócrita ni me estoy tapando los oídos mientras robo la campana. La cuestión es que ya he saboreado todos los placeres

de alcoba que existen. Nadie iguala a mi marido en lo que respecta a virilidad, y quien ha gozado de un banquete arrugará la nariz ante una mesa improvisada. Si la comida es mediocre, mejor no probarla. Por eso no quiero comprometerme.

—Sé lo que estás pensando. El don de Honrado Quan es famoso en los

alrededores. Te has adaptado a un molde grande y tienes miedo de que el de un joven no sea suficiente. Lo que quieres es que yo estudie el terreno por ti. Bien, estoy más que dispuesta a sacrificarme, pues no es ninguna molestia hacer de espía en este caso. Pero he de aclarar algo: tienes que esperar a que yo haya gozado

hasta el final, y no salir al campo de batalla en el momento crítico, dejándome en la duda de si he de avanzar o retroceder. Hay que recordar siempre el antiguo dicho: «Cuando des de comer a un sacerdote, más te valdría enterrarlo vivo que no dejarle comer hasta que se harte».

—No espero nada de eso. Puedes quedarte tranquila.

Trazado el plan, las dos esperaron la hora de ponerlo en práctica.

Este era un golpe de suerte fugaz para la vecina fea. Le había tocado en suerte este espléndido cometido y es su zapato el primero que entrará en la flamante horma recién compuesta. Si quieres enterarte de las proporciones del molde, tendrás que

esperar un poco hasta que el acontecimiento tenga lugar.

CRÍTICA

El plan de Fragancia para adquirir un amante es absolutamente magistral, una variante del principio que dice que es un sabio aquel que sabe escoger al amo y señor adecuado. ¡Qué

diferente es Fragancia de cualquier observadora pasiva que no tiene ningún propósito preconcebido! ¡Qué pena que conociera al adúltero en esta etapa, pues el encuentro la llevará a una carrera de malas obras! Si Véspero hubiese actuado tres meses antes, la pérdida de la castidad de la vecina habría coincidido con la

conservación de la propia por parte de Fragancia. Si hay funcionarios iluminados interesados en erigir un arco o un altar conmemorativo, tengo que proponer a una honorable cuyo nombre es tan fragante y glorioso como el de la casta doncella de *Quiero casarme*[41]. Esta doncella abrió una nueva ruta conveniente dentro de la

moral confuciana, y en los mil años por venir aquellas mujeres que a pesar de sus pensamientos desleales logran no tomar otro marido podrán mirarla como a una pionera.

Capítulo décimo

Escuchando a su precursora,
descubre a un firme oponente;
con un poco de benevolencia,
nutre un auténtico talento.

Poema:

La beldad, mientras goza,
debe dar un descanso a
su amante.
Dejar un pensamiento
para el retozo de la
mañana…
¿no sería esa la lujuria en
su mejor momento?

Veamos ahora cómo la vecina volvió a casa

regocijándose de su envidiable cometido. Preparó unos paños para secar sus secreciones, a fin de que estas no empaparan la ropa de cama de su amiga, y aguardó impaciente hasta el anochecer, momento en que echó el cerrojo a la puerta y cruzó la calle.

Fragancia decidió gastarle una broma.

—Creo que te he traído aquí con falsas ilusiones —le dijo—. Acabo de recibir una nota que dice que alguien se lo ha llevado a beber y no puede zafarse, pero que le gustaría fijar otra fecha. Quizá deberías volver a tu casa.

La vecina se alteró tanto que le aletearon las narices y le centellearon los ojos.

Reprochó a Fragancia que no hubiera respondido con otro mensaje insistiendo en que él viniera, pero al mismo tiempo sospechó que ahora su amiga se lamentaba del acuerdo que habían hecho y quería librarse de ella pan gozarlo a solas. Fragancia dejó que protestara un rato antes de explicarle nada, muerta de risa:

—Te estaba tomando el pelo. Tiene que llegar de un momento a otro. Será mejor que le prepares para acostarte con él.

Fragancia calentó agua en un cuenco para que la vecina y ella misma se lavaran las partes pudendas; colocó una mecedora frente a la cama con la intención de echarse a escuchar mientras los otros

dos copulaban, y le pidió a la vecina que echara el cerrojo a la puerta y permaneciera en silencio del otro lado, pues el visitante, cuando llegara, llamaría muy suavemente. Debía hacerlo entrar a la primera llamada, para no obligarlo a golpear varias veces, lo que llamaría la atención de los vecinos. Después de dejarlo pasar

tenía que echar otra vez el cerrojo antes de llevarlo a la cama, donde debía hablar en voz muy baja, para que él no la reconociera.

La mujer asintió y le dijo a Fragancia que se echara, mientras ella hacía guardia junio a la puerta. Llevaba dos largas horas esperando sil que se presentara nadie, e iba a entrar ya a pedirle consejo

a Fragancia, cuando en plena oscuridad de pronto alguien la apretó entre sus brazos y la besó. Se precipitó a llegar a la conclusión de que era Fragancia que le gastaba otra broma, esta vez fingiendo ser un hombre, por lo que bajó la mano y le palpó la entrepierna. Al llegar abajo, sin embargo, descubrió que un objeto muy grande topaba

con su mano y comprendió que se trataba del visitante que esperaban.

Fingiendo una dulce voz juvenil preguntó:

—¿Cómo has entrado, corazón mío?

—Por el tejado —replicó Véspero.

—¡Qué encanto más listo! Bien, ahora que estás aquí, vayamos a la cama.

Se deshicieron del abrazo y se desvistieron. Mucho antes que Véspero, la mujer se desnudó por completo y se tendió de espaldas. Cuando él la montó y le buscó los pies para ponerlos sobre sus hombros, no los encontró: desde el mismo instante en que se metió en la cama, ella los había levantado y se había abierto la vagina, en

espera de su pene.

«En ningún momento sospeché que fuese tan desvergonzada», pensó Véspero. «Pero, ya que lo es, no necesitaré usar mis técnicas más delicadas. Empezaré directamente con una demostración de fuerza».

Alzándose treinta o cuarenta centímetros por encima de la vagina empujó

el pene y atacó.

Ella empezó a chillar como un cerdo en la matanza.

—¡No, no! ¡Con suavidad, por favor!

Véspero le abrió los labios con la mano y emprendió el camino lentamente hacia el interior. Pero pasaba el tiempo y el glande no había entrado más de un par de centímetros.

—Cuanto más cuidadoso soy, más difícil es entrar —dijo Véspero—. Creo que es indispensable que lo haga con un poco más de vigor. Tendrás que soportar algo de dolor antes de empezar a gozar.

Atacó una vez más, con lo que sólo consiguió que ella volviera a chillar:

—¡No! ¡No! ¡Usa al

menos un poco de saliva!

—La saliva sólo es para las vírgenes, y esta es una regla sagrada. Tendremos que hacerlo en seco —volvió a atacar.

—¡No! ¡Esto no funciona! Si no quieres quebrantar la regla, por favor retrocede y deja que *yo* la ponga.

—De acuerdo.

Cuando él se retiró, ella escupió copiosamente en la palma de su mano, se abrió los labios, puso dentro la mitad de la saliva y frotó el resto en el pene de Véspero.

—Ahora no tendría que haber dificultad alguna, pero entra con suavidad.

No obstante, Véspero estaba ansioso por exhibirse y se negó a tomarse las cosas

con tanta calma. Le levantó las piernas y, con un repentino lanzamiento, enterró hasta el puño su objeto largo y grueso en la vagina.

Una vez más, ella comenzó a vociferar.

—¿Cómo es posible que vosotros los intelectuales seáis tan *groseros*? ¿No os importa que las mujeres

muramos o vivamos? ¡Todo entero la primera vez! ¡No me cabe! Sácalo un poquitín.

—¿No te cabe? ¿De modo que crees que todavía está fuera? Tendré que moverlo un poco. ¡Para que no coja frío!

Riendo, ella empezó a moverse otra vez. Fueron muy dolorosas las primeras arremetidas y soltó un ¡*aiya*!,

a cada una. Pero luego, después de más de cincuenta embestidas, no se oyó nada de sus labios… hasta que, al llegar al centenar, comenzó a gritar ¡*aiya*!, otra vez, pero ahora con deleite y no quejumbrosa. (*Aiya* tiene un amplio espectro de significados).

Después de varios cientos de arremetidas, la mujer

empezó a hacer numerosos movimientos lujuriosos y a musitar incontables gemidos de pasión, suficientes para que a un hombre le resultara imposible contenerse. Véspero tenía que acelerar la matanza y forzarla a correrse para poder hacerlo al mismo tiempo que ella. Pero la mujer no carecía de maña, pues aunque ya se había

corrido varias veces, cuando él se lo preguntó, respondió:

—No, todavía no.

¿Por qué mintió? Porque, en su condición de suplente, temía perder el lugar en cuanto Fragancia le oyera decir que estaba satisfecha. Como reza el dicho: «Si ha de robarte un funcionario poderoso, cuanto más puedas aplazarlo, mejor».

Véspero la creyó y no se atrevía a correrse. Pero a medida que arremetía, fue perdiendo gradualmente el dominio de sí mismo y tuvo que hacerlo, preocupándose únicamente de ocultárselo a su compañera. Después no se atrevió a parar y siguió como un borracho en un burro, meneando la cabeza a cada paso, perdido por completo el

impulso.

Al notar que el pene colgaba lacio, la mujer le preguntó:

—Tesoro, ¿te has corrido?

Véspero temía que se riera de él por su falta de aguante y se vio obligado a decirle que no. Antes de la pregunta, él se había ido debilitando a cada empuje,

pero ahora era como un escolar adormilado que, sorprendido por el maestro, de pronto trabaja más arduamente que nunca. Véspero se recompuso y arremetió varios cientos de veces sucesivas sin hacer siquiera una pausa para cobrar aliento. Ella empezó a gritar:

—¡Corazoncito mío, me

estoy corriendo! ¡Me muero! No soportaría una sola embestida más. Tenme así abrazada y durmamos. Te ruego que no te muevas.

Entonces Véspero paró y, con el pene dentro de ella, los dos se quedaron profundamente dormidos.

Aunque de cara fea, ella había sido bendecida con unos pies pequeños. Y

aunque su piel era tan oscura como es posible que lo sea una piel, no se puede decir que fuera basta. Por tal razón, en ningún momento del coito a Véspero se le pasó por la imaginación que fuera una sustituía.

Volvamos ahora a Fragancia, que estaba echada junto a la cama, oculta, atenta a todo lo que ocurría.

Al principio, cuando Fragancia oyó gritar de dolor a la mujer, comprendió que el instrumento de Véspero, lejos de ser insignificante, tendría que ser como mínimo de buen tamaño, y se tranquilizó un poco. Luego, al notar que su técnica era la de un maestro y que modificaba el ritmo como un hombre experimentado, se

relajó por completo. A mitad del acto, cuando él aflojó, Fragancia sintió cierto desdén, pero más adelante, cuando recobró el impulso y embistió más fuerte que nunca, se dijo para sus adentros con profunda satisfacción: «Obviamente es un maestro de la alcoba, un campeón del sexo. ¿Qué más puede pedirse? No me

arrepentiré de perder mi virtud con él. Me deslizaría a su lado cuando esté dormido y le explicaría todo, pero todavía no la ha visto a *ella* y puede pensar que es mejor que yo. Tendré que encontrar otra forma de acercarme. Además, yo no luciría tanto sin una mujer fea junto a la que destaque por contraste. Cuando un hombre ha librado

una batalla larga y dura, quizá no está en condiciones de levantarse y volver a luchar, a menos que una tenga algo con que tentarlo».

Entró de puntillas en la cocina, encendió el fuego y echó agua en una marmita; luego cogió una vela y esperó antes de entrar en el dormitorio con ella en la mano. Una vez allí corrió las

colgaduras del lecho y tiró para atrás las mantas, al tiempo que exclamaba:

—¿Quién es el canalla que se ha abierto camino por la fuerza en una casa, en plena noche, y ha usado a una mujer para satisfacer sus propósitos lujuriosos? ¿Qué significa esto? Levántate y dime qué ocurre aquí.

Sobresaltado en su sueño,

Véspero llegó a la conclusión de que el marido de Fragancia había estado oculto en un lugar de la casa esperando a que se fuera a la cama con ella para pillarlo *in fraganti* y sacarle sus buenos dineros. Los dientes le castañeteaban de miedo y por el cuerpo comenzó a correrle un sudor frío. Pero, cuando levantó la vista, encontró

delante de él a la mujer con la que había hablado ese mismo día y con la que había yacido esa misma noche.

—¿Será posible que haya *otra* como ella en la casa? —se preguntó a sí mismo, pero en voz alta.

Inclinó la cabeza para observar de cerca a la mujer que tenía entre los brazos y descubrió que era una

criatura horriblemente fea, con la cara picada de viruela, el pelo corto y de un color pajizo, la piel del color de un cerdo salvaje.

—¿Quién eres *tú*? —exclamó, perplejo.

—No te alarmes —dijo la mujer con que acababa de acostarse—. Sólo estuve estudiando el terreno para ella. Soy la vecina de

enfrente, la que conversaba con ella el otro día, cuando pasaste por aquí. Pensó que tenías muy buen aspecto, aunque quizá no fueras de ningún uso práctico. Se le ocurrió que en tal caso correría el riesgo de sufrir el estigma del adulterio inútilmente, de modo que me invitó para que yo te probara. Supongo que has aprobado el

examen y podrás acostarte con ella. En justicia, tendría que quedarme y recibir otra recompensa antes de irme, pero estropearía vuestro placer tener al lado a una entrometida. Me iré a casa y me contentaré con ser la mejor catadora auxiliar del mundo.

Se levantó, se puso la chaqueta y los pantalones,

plegó la ropa interior y los paños empapados sobre el brazo y, mientras se marchaba, volvió a dirigirse a Véspero.

—Puedo tener una cara fea, pero te he hecho un buen servicio, porque todo esto fue idea mía. El hecho de que nos acostáramos juntos se debió en primer lugar a la bondad de ella, pero también a que

estábamos destinados el uno para el otro. Si regresas, y si te queda tiempo, espero que vuelvas a hacerlo alguna vez conmigo. No seas desalmado —y, dicho esto, se volvió hacia Fragancia, inclinó varias veces la cabeza como muestra de gratitud a la anfitriona, y se fue.

Véspero, que se sentía como si estuviera

recuperando la sobriedad después de una borrachera, o despertando de un sueño, desde el fondo de su corazón agradeció fervientemente la ayuda de Pillo. «Sin su saludable consejo que me aguijoneó para que me operara», pensó «yo habría sido Su Quin cuando intentó graduarse en el estado de Quin: habría fracasado y

salido con las manos vacías».

Después de acompañar a la vecina hasta la puerta, Fragancia echó el cerrojo y volvió.

—Sabía que no podrías dejarme en paz esta noche —le dijo a Véspero—, y por eso busqué una sustituta para que te esperara. Ahora que te has acostado con ella, considero saldada la deuda. ¿Qué haces

aquí? ¿Por qué estás en mi cama?

—Tu cuenta no sólo está abierta todavía, sino que tengo la intención de aumentar tus pecados. Ya es más de medianoche y pronto aclarará. Ven a la cama deprisa. No tenemos tiempo para charlatanerías.

—¿De veras quieres acostarte conmigo? —

preguntó ella.

—De veras.

—En ese caso tendrás que levantarte, ponerte una túnica y hacer algo muy importante.

—¿Qué otra cosa puede ser más importante que esta?

—No me hagas preguntas. Levántate.

Mientras hablaba, Fragancia entró en la cocina, vertió el agua que había

calentado en una palangana, la llevó al dormitorio y la dejó junto a la cama.

—Levántate y lávate. ¡No querrás esparcir los jugos de otra persona encima de mí!

—Tienes razón. Eso *es* importante. Pero no sólo copulé con ella sino que la besé varias veces. Por la misma razón, también tendría que lavarme la boca.

—No es necesario que lo hagas. No me interesa *ese* tipo de cosas.

—¡Vaya! ¿Quieres decir que escribirás un *zhong* debajo pero no un *lü* arriba[42]?

Cuando estaba a punto de salir a buscar algo para recoger el agua, Véspero vio un cuenco de agua caliente en la palangana, con un cepillo

de dientes dentro. «¡Qué muchacha más precavida!», se dijo. «Si no hubiera hecho esto, habría demostrado ser una puerca, nada exigente en cuanto a lo puro y lo impuro».

Fragancia esperó a que él se enjuagara la boca y se lavase, para luego sentarse ella en la palangana y lavase la parte inferior de su cuerpo.

Ella ya se había lavado cuando lo hizo la vecina, de manera que te preguntarás que por qué volvió a hacerlo. Tienes que comprender que mientras estaba echada, atenta a cómo copulaba Véspero, se había empapado con sus propias secreciones. Temía que el joven sintiera la humedad y se riera de ella, y por eso se lavó otra vez.

Después cogió un paño húmedo y limpió con él la estera de la cama. También sacó un paño limpio del baúl y lo dejó bajo la almohada, luego apagó la lámpara, se sentó en la cama y se desnudó, quitándose todo salvo la banda del pecho y el calzón, tarea que dejó en manos del amante.

Véspero la rodeó con sus

brazos y la besó mientras le quitaba la banda. Los senos de Fragancia, sujetos, ni siquiera llenaban las manos de Véspero, pero una vez sueltos le cubrían todo el busto. Eran delicados y suaves al tacto, porque no había en ellos dureza alguna. Cuando le quitó el calzón y le palpó la vagina, descubrió que en delicadeza y suavidad

era equiparable a sus pechos y que en lisura los superaba.

Esperó a que se tendiera, luego colocó los pequeños pies sobre sus hombros y se alzó por encima de ella, tal como había hecho con la vecina fea. Luego se adentró bastante para hacerla sufrir un poco al principio, a fin de que saboreara un placer más intenso después. Pero a pesar

de sus arremetidas, Fragancia parecía totalmente ajena tanto al dolor como al placer.

«¡Todo lo que Pillo me advirtió se ha hecho realidad!», pensó Véspero. «Sin esa cosa enorme de Honrado Quan, ¿cómo podría ella haber llegado a tenerla tan grande? Si no me hubiese hecho la nueva compostura, habría sido como un grano de

arroz perdido en un granero, una escama de pez a la deriva en el océano. ¿Cómo podía haber previsto yo algo como esto? Dado que mi demostración de fuerza no la ha impresionado, tendré que apelar a alguna estrategia».

Cogió la almohada de debajo de la cabeza de Fragancia, la metió bajo sus caderas y luego, una vez

desarrollada esta estrategia, volvió a unirse a ella. Fragancia, que aún no había empezado a gozar, notó que él le quitaba la almohada de su cabeza, pero no la reemplazaba con otra, y comprendió que era un verdadero maestro del sexo.

Ahora bien, coger una almohada y usarla para apoyar las caderas de una

mujer es una técnica de rutina, ¿por qué convertir a Véspero en un maestro? Tienes que comprender que los principios del coito son iguales a los de la guerra; sólo el hombre capaz de calcular las fuerzas del enemigo será un general hábil. Si conoce la profundidad de una mujer, sabrá hasta dónde avanzar y

retroceder; si ella conoce la longitud de él, sabrá cómo ir a su encuentro y corresponder a las arremetidas. Esto es lo que significa el dicho «La clave de la victoria reside en conocer tus propias fuerzas y las del enemigo». Los penes difieren en longitud, así como las vaginas difieren en profundidad. Si una vagina es

poco profunda, un pene muy largo será inútil, porque durante la cópula habrá una constante sensación de capacidad desperdiciada. Si el pene penetra entero, la mujer no sentirá ningún placer, sino un verdadero dolor, y ¿cómo puede el hombre gozar solo? Si la vagina es profunda, es necesario un instrumento

muy largo; si este es corto, aunque sólo sea ligeramente corto, no proporcionará ningún goce.

Pero el tamaño del pene es fijo; ¿cómo podría hacerse más largo? Dado que no es posible, se hace necesario encontrar la forma de ayudarlo. La región que se encuentra entre el estómago y las nalgas tiene que estar

apoyada para que la vulva se eleve al encuentro del pene, facilitando así que las arremetidas del hombre cubran todo el camino. Por tanto, la técnica de levantar las caderas ha de usarse únicamente en el caso de un pene corto y una vagina profunda; no debe llegarse a la conclusión de que la almohada es esencial para el

coito. Esto explica por qué es posible tratar un pene corto pero no uno delgado, por qué es mejor tenerlo corto y grueso que largo y delgado, y por qué el experto, al reestructurar el pene de Véspero, había tratado de hacerlo más grueso pero no más largo.

Ahora bien, Fragancia era profunda y Véspero corto, de

manera que, al actuar con rapidez para apoyarla en una almohada, no cabe duda de que él estaba demostrando ser un entendido en la materia. Todos conocen los principios generales, pero la fórmula específica de colocarle a la mujer una almohada bajo las caderas y no dejarle nada bajo la cabeza, nunca había sido

entendida con anterioridad.

Si una mujer tiene ya una almohada bajo las caderas y se acomoda otra bajo la cabeza, la parte superior del tronco, de poco más de sesenta centímetros de largo, se verá forzada a adquirir una forma cóncava. Esto es lo mismo que partirla por la cintura y luego echar el peso de un hombre encima de ella.

¿Imaginas lo incómoda e incluso dolorosa que es esta posición? Además, si tiene la cabeza apoyada en una almohada, se verá obligada a bajar la cara y su boca ya no quedará frente a la del hombre, lo que entorpece el acto de besarse. El tiene que inclinarse para encontrar los labios de ella, en tanto ella tiene que levantar la cabeza

para encontrar los de él. ¡Qué desperdicio de esfuerzos, sólo a causa de una almohada! En consecuencia, no debe dejarse nada bajo la cabeza de la mujer durante la cópula, tanto si tiene alzadas las caderas como si no. Un amante hábil hará a un lado la almohada antes de empezar, dejando que el cabello de ella caiga sobre la

esterilla de la cama y sus labios, cara, órganos y miembros coincidan con los de él. Los orificios superior e inferior difieren de las demás partes; no sólo coinciden, sino que encajan, y no sólo encajan, sino que se compenetran. El pincel de jade penetra en la vagina, mientras la lengua carmesí de ella entra en la boca de él,

lo que le permite hacer el papel de agresora, también, y lograr un equilibrio de placer sexual además de un ensamblaje perfecto.

Mientras con una mano Véspero quitaba la almohada, con la otra le sostenía la cabeza, que apoyó en la esterilla de la cama, donde ella quedó mirando directamente hacia arriba, en

la posición adecuada para besarse. Por eso Fragancia se sintió, en secreto, muy complacida: comprendió que él era un experto.

Después de colocar la almohada bajo las caderas de Fragancia, Véspero le levantó los minúsculos pies hasta sus hombros y, apretándoselos contra sí mismo con los brazos, empleó toda su

habilidad y embistió con todas sus fuerzas. A cada retirada retrocedía la mitad, pero a cada acometida penetraba hasta la base. Aquí hay algo que merece la pena hacer notar: Véspero retrocedía velozmente, pero empujaba con lentitud. ¿Por qué? Temía que hubiera dificultades si embestía con violencia y producía en el

interior de ella tanto ruido como para alertar a los vecinos.

Al cabo de un rato la vagina de Fragancia estaba más ceñida —ya no era vasta e informe como antes— y Véspero supo que las partes perrunas se habían calentado y el pene comenzaba a crecer. Su vigor se multiplicó por cien y sus arremetidas

fueron cada vez más rápidas. Hasta entonces Fragancia no había mostrado ninguna reacción, pero ahora se retorcía a un lado y otro y exclamaba:

—Queridísimo, esto empieza a ponerse bueno.

—Apenas acabo de empezar, dulzura mía —dijo Véspero—. Todavía no puede decirse que sea bueno. Espera

a que empuje un poco más y verás cuánto te gusta. Sin embargo, hay algo que me preocupa; no me gusta hacerlo en silencio, y para excitarme necesito oír los chapoteos del interior. El problema es que estas casas están tan cercanas que temo que los vecinos oigan si me dejo ir. ¿Qué puedo hacer?

—Ese no es ningún

problema. A un lado hay un terreno baldío y al otro una cocina, donde no duerme nadie. Adelante, no hay motivo de preocupación.

—¡Perfecto! —exclamó Véspero.

Su técnica pasó a ser exactamente la opuesta. Retrocedía lentamente pero empujaba a toda velocidad, y cuando empujaba lo hacía tan

ruidosamente como un pordiosero que se golpea las costillas con un ladrillo para despertar la compasión pública. Tras una tanda de actividad capaz de hacer temblar la tierra, las pasiones de Fragancia estaban plenamente desatadas, y en ningún momento dejó de gemir «queridísimo, queridísimo», mientras sus

flujos se derramaban por todos lados.

Al notar la inundación, Véspero estuvo a punto de hacer una pausa para limpiarla, pero cuando buscó a tientas el paño, ella se lo arrebató de las manos.

¿Por qué lo hizo? Porque sentía un disgusto instintivo por el sexo silencioso, al igual que Véspero, y entre las

cosas que más placer le producían, la más profunda provenía del sonido de la actividad sexual. En general, cuanto mayor es el flujo, mayor es el chapoteo, motivo por el cual, aunque manara hasta que su cuerpo quedara empapado, nunca permitía que su marido lo limpiara. Sólo cuando habían terminado, se incorporaba y

lo limpiaba ella misma. Esto era en ella una obsesión…, una característica singular de la que puede hablarse a los ilustrados, aunque no a los seres vulgares. Al percibir la resistencia de Fragancia, Véspero comprendió la razón y reemprendió su actividad con mayor sonoridad que antes. Después de más arremetidas capaces de

provocar un terremoto, ella lo aferró con fuerza.

—Queridísimo, voy a correrme. Córrete conmigo, por favor.

Pero Véspero quería exhibir sus proezas y no estaba dispuesto a correrse.

—Me has convencido de tus méritos —dijo Fragancia —. No eres en modo alguno un farsante. No has parado en

toda la noche, has tomado a dos mujeres, y el esfuerzo debió de drenar tus energías. Guarda un poco para mañana por la noche. No te arruines y me prives de mi placer.

Ante estas palabras entrañables Véspero la ciñó en un apretado abrazo y lamentó no poder introducir su cuerpo entero en el de ella. Después de nuevas

arremetidas furiosas se corrieron juntos.

Apenas tuvieron tiempo para decir nada más, y asomó el día. Fragancia temía que vieran a Véspero si se quedaba más, por lo que lo apremió a que se levantara. Luego también se vistió ella y lo acompañó a la puerta.

A partir de entonces Véspero prosiguió de la

misma manera —llegaba por la noche y se marchaba al alba—, salvo que ya no jugaba al caballero de los tejados sino que entraba por la puerta. En una o dos ocasiones no soportó la idea de irse y se quedó todo el día escondido en casa de ella. Fragancia decía a la gente que estaba enferma y que no podía salir ni recibir visitas,

y los dos se paseaban a plena luz del día completamente desnudos; la mera visión recíproca de la carne blanca como la nieve agitaba constantemente su pasión.

Cada dos o tres noches se dejaba caer por allí la vecina fea. Véspero no podía rechazarla de plano y de vez en cuando le prestaba alguna atención superficial. Aunque

era incapaz de satisfacerla plenamente, no podía permitirse el lujo de agraviarla.

Otros vecinos intuían lo que ocurría, pero todos pensaban que el adúltero era Pillo; jamás se les pasó por la imaginación que este consintiera en actuar en nombre de otro. Por miedo a que se enfureciera y se

desquitara, todos cerraban la puerta de sus casas antes de anochecer y hacían caso omiso de lo que ocurría fuera. Así, durante más de diez noches, los dos amantes durmieron juntos sin el menor temor, hasta el regreso de Honrado Quan, momento en que las visitas de Véspero finalizaron bruscamente.

Pillo temía que la pasión

juvenil de Véspero pusiera a este en dificultades, así que le prohibió acercarse a la casa de ella incluso durante el día, para estudiar el terreno. Él mismo interpretaba el papel de Hongniang[43], con el pretexto de comprar seda. En varias ocasiones Honrado Quan se hallaba en la casa, pero tomó a Pillo por un comerciante

acostumbrado a tratar con su esposa y se mantenía apartado para dejarles hablar. Quan era un hombre absolutamente honesto y recto, jamás era falso con nadie, motivo por el cual se lo conocía como Honrado…, lo que inspira cierta confianza en los apodos. Al fin y al cabo, hasta Xu Shao[44] solía adjudicar una

etiqueta idónea a sus vecinos al principio de cada mes. Los motes se diferencian de los apodos en que estos últimos los seleccionamos nosotros mismos, escogiendo las combinaciones más halagadoras. Cuando seleccionamos a nuestros amigos, no necesitamos observar su carácter ni su conducta para saber si serán

adecuados; nos basta preguntarles cuál es su mote.

CRÍTICA

¡Qué pena que un secreto perdido desde la antigüedad, una fórmula que no podría comprarse ni por mil *taels*, haya sido revelada al público!

Capítulo undécimo

Un héroe del pillaje tira su dinero,
y los amantes clandestinos se convierten en marido y mujer.

Poema:

Muchos son los ladrones
que viven en el
bosque
y al encontrar a un amigo
lo tratan
pródigamente.
Muchos, también, son
ladrones entre los
funcionarios;
¿por qué no muestran
estos una
solidaridad

semejante?

Después de que Fragancia durmiera más de diez noches con Véspero y su pasión se hallara en el punto culminante, la aventura concluyó bruscamente con la vuelta del marido. La frustración de la mujer fue indescriptible.

«Yo solía pensar», se

decía para sus adentros, «que el talento y la figura de un hombre no coincidían nunca con su cumplimiento como tal. Por eso pasé ambas cualidades por alto y consideré un tesoro a una criatura grosera y estúpida como mi marido, sometiéndome a una vida de constantes privaciones para ayudarlo a ganarse la vida.

Nunca soñé que pudiera existir alguien que combinara las tres cualidades. De no haber conocido a este genio, mi belleza se habría desperdiciado, y no habría estado mejor que la fea de enfrente. ¡De nada sirve lamentar el pasado, pero no seguiré desperdiciando mi vida! Como dice la máxima: "Una persona recta no hace

cosas a escondidas". Si una mujer no pierde el honor, bien está. Pero, si lo pierde, que tenga suficiente audacia y resolución para abandonar a su marido por su amante, evitando así que ella tenga que dividirse entre ambos. A menudo he dicho que sólo se puede permitir el lujo de tomar un amante si se tiene el buen ojo de Pincel Rojo

para distinguir a un héroe y el arrojo de Zhuo Wenjun. Y eso siempre que se tome un solo amante durante toda la vida y se permanezca con él (aunque la expresión *tomar un amante* será rectificada a su debido tiempo). Finalmente se recibirán honores y un título, y la situarán a una como una auténtica heroína.

»¿No son ridículas esas criaturas débiles e inútiles que apenas logran consumar su amor y luego despilfarran el resto de su vida en amantes, en algunos casos sin volver a verlos e incluso deseando la muerte? La fórmula para tomar un amante se compone de dos términos, *adulterio* y *fuga*, que son inseparables. Si vas a

cometer adulterio, tienes que fugarte. Si crees que nunca serás capaz de fugarte, harías mucho mejor en seguir siéndole fiel a tu marido para escapar así al justo castigo de tus pecados. ¿Para qué trocar tu honor e incluso tu vida por un momento de placer?».

Una vez tomada esta resolución, escribió una carta a Véspero proponiéndole

fugarse. De niña, en casa de su madre, le gustaba leer y escribir, pero al convertirse en esposa de un mercader descuidó sus habilidades y ahora escribía como hablaba, sin ningún sabor literario. Pero aunque no era versada en el arte de la composición, escribía desde el fondo de su corazón, a diferencia de esas jovencitas cursis cuyas cartas

sumergen toda huella de sentimientos bajo un ribete de sutil insinuación, obligando a la gente a que las lea como textos literarios más que como cartas.

Su carta decía así:

A mi amante, estudiante Véspero:

Desde que dejaste de venir a verme,

paso el día entero delante de la comida, incapaz de tragarla. Si me obligo a comer algo, sólo es un tercio, en el mejor de los casos. Obviamente mi corazón y otros órganos han debido de encogerse a una fracción de su tamaño anterior; no sólo mi

cara y mi cuerpo se han achicado tanto que apenas parecen humanos. Dado que no me has visto, no puedes saber en qué estado me encuentro. Acabo de tomar la decisión de pasar el resto de mi vida contigo, y tienes que arreglar esta cuestión

de inmediato. Pídele a Pillo que venga a secuestrarme, o de lo contrario me convertiré en una Pincel Rojo y huiré para reunirme contigo. Bastará con fijar la fecha y el lugar donde estarás esperándome, para no caer en las manos del

pescador de la fábula[45]. ¡Esto es muy importante! Si te preocupan las consecuencias y vacilas en correr ese riesgo, eres un desventurado sin fe. Puedes escribir para decírmelo, pero a partir de ese momento romperé contigo y

jamás volveré a verte. Si llego a verte, tengo los dientes afilados y ellos se ocuparán de dar un mordisco al corazón de mi falso amante y de comérselo como si fuera carne de perro o de cerdo.

En cuanto a los juramentos de los

amantes hechos so pena de muerte sólo son tácticas cínicas empleadas por mujeres sin corazón para engañar a los hombres, y no soporto pronunciarlos.

Respetuosamente,

Fragancia, la concubina a la que favoreciste con tu

amor.

Concluida la carta, se quedó junto a la puerta hasta que vio pasar a Pillo. Pero después de dársela comenzó a preocuparse de que Véspero fuese demasiado pusilánime para una empresa tan arriesgada, y concibió la idea de pelear con Honrado Quan hasta que este no pudiera

soportarla y estuviera dispuesto a seguir el ejemplo de Zhu Maichem dejándola ir[46].

Fingiendo constantes enfermedades, Fragancia dejó de hilar. Su marido tenía que hacer el té e incluso preparar la comida. Si el té estaba un poco frío, lo acusaba de no haber hervido el agua; si la comida estaba

un poco dura, se quejaba de que no la había cocido lo suficiente. Todas las mañanas se levantaba al amanecer y refunfuñaba sin parar hasta la noche, a la hora de acostarse. Honrado Quan tenía que ser diez veces más diligente que antes si quería pasar la noche a salvo; de lo contrario a medianoche Fragancia le pedía que

hiciera té o preparara medicinas, lo que significaba el fin de un sueño sin interrupciones.

Cuando copulaban, ella empleaba los mismos métodos que con su primer marido, con la esperanza de enviar a Quan por el mismo camino, quedando libre de casarse con otro perfecto en los tres sentidos. Enfrentado

a su desdén y a continuas críticas durante el día, Quan hacía todo lo posible para servirla por la noche a fin de contrarrestar sus defectos. Para su consternación, no obstante, sus esfuerzos de noche no lograba compensar sus fallos de día. No hacía más que saltar de la cama, y la actitud de Fragancia cambiaba, despertando temor

en su marido aun antes de abrir la boca. En dos meses había desgastado tanto al tigre que tenía por marido que los huesos de este sobresalían como cerillas y apenas conseguía aferrarse a la vida.

Cuando los vecinos vieron lo que ocurría, se indignaron, pero por miedo a Pillo eran reacios a decírselo

a Quan. Sin embargo este, al notar un cambio tan repentino en una esposa anteriormente tan contenta y afectuosa, comprendió que debía de haber alguna razón oculta y comenzó a interrogarlos.

—¿Hubo algún extraño en mi casa mientras estuve fuera? ¿Notasteis si ocurrió algo?

Al principio fingieron no saber nada, pero luego, bajo la presión de su interrogatorio, se apiadaron de él como hombre honesto que era, a punto de morir a manos de una esposa adúltera, y se vieron obligados a responder.

—Bien, sí —replicó uno —, *hubo* alguien que visitó algunas veces tu casa, pero

no es el tipo de cliente al que te convendría provocar. Si lo haces, ocurrirá lo que prevé el proverbio: «Un ataque abierto es fácil de esquivar, pero un ataque sigiloso es difícil de evitar». No sólo no lograrás detenerlo, sino que podrías sufrir un accidente muy desagradable.

—¿Quién es ese hombre tan peligroso?

—Nada menos que el temible y célebre ladrón en el mundo entero, Par del Pillo de Kunlun. Pasando por tu casa hace tiempo vio lo hermosa que es tu esposa, y se acercó a preguntamos quién era su marido. Le contestamos que era tu esposa y él dijo: «¡Qué equivocación que esta mujer esté casada con un hombre

como ese! ¿Se llevan bien?». Le aseguramos que os llevabais muy bien. Más adelante supo que estabas en viaje de negocios y se acercó a preguntarnos: «¿Cuánto tiempo estará fuera Honrado Quan?». Supusimos que quería comprar seda y respondimos: «Todo el viaje le llevará diez días o más».

»Pero, a partir de

entonces, oímos ruidos en tu casa todas las noches, como si dentro hubiera gente hablando. De haber sido otro, con excepción de Pillo, habríamos ido a investigar. Pero ya sabes cómo son las cosas, más vale provocar al Dios de los Años que a este sujeto[47]. Aunque lo dejes en paz puede llegar a fastidiarte, pero si lo ofendes te meterás

en auténticas dificultades. Además, en la ley no está previsto que los vecinos apresen a la gente que comete adulterio. De manera que lo dejamos ir y venir a su gusto. Durmió más de diez noches, hasta que volviste y el camino libre se le cerró. Esto te lo decimos a *ti*, pero tienes que mantenerlo en reserva y estar siempre en

guardia para no revelárselo a nadie, si no quieres que un desastre caiga sobre todos nosotros. Incluso delante de tu esposa tendrás que dominar tus sentimientos y no delatarte. De lo contrario, ella se lo hará saber, y ninguno de nosotros estará en paz. Si tenemos suerte, sólo perderemos nuestras propiedades; pero, si no nos

sonríe la fortuna, también perderemos la vida.

—Yo lo veía venir siempre a comprar seda y me sorprendía que fuera tan buen cliente —dijo Honrado Quan —. ¡O sea que es por eso! Bien, caballeros, si no me lo hubierais dicho, jamás me habría enterado, de manera que respetaré vuestro deseo y no se lo diré a nadie. Pero

llegará el día en que caerá en mis manos, y cuando lo haya atrapado y le haya cortado la cabeza, os pediré que me apoyéis.

—Tonterías —replicaron los vecinos—. Como reza el proverbio, «El ladrón ha de tener las mercancías para arrestarlo y a los amantes han de encontrarlos en el acto para probar el adulterio». Él

ha sido ladrón toda su vida y ni una vez lo han pillado con las manos en la masa. ¿De verdad supones que después de unas pocas noches de adulterio dejará que lo pesques en el acto? Ahora bien, no te ofendas, pero esa esposa tuya ya no es tuya. Si decide llevársela con él algún día, alégrate de no tener que darle, además, la dote.

—¿Cómo podría Pillo hacer eso?

—Una vieja técnica suya, ¿no la conoces? —dijeron los vecinos—. Una pared puede tener muchos metros de altura, pero él la salvará de un solo salto. O puede ser muy gruesa, y él la atravesará al primer intento. Tu casita no representa para él ningún problema. Seguro que

entrará, por un medio o por otro, y no sólo se te llevará a tu esposa, sino que todo lo que posees puede irse con ella como dote. Tendrás que estar en guardia contra una doble pérdida.

Honrado Quan estaba cada vez más alarmado y, después de arrodillarse delante de los vecinos, les rogó que elaboraran algún

plan para evitar semejante desastre. Los vecinos se apiadaron de él y trataron de encontrar una solución. Algunos lo instaron a divorciarse, cortando el mal de raíz. Otros le dijeron que cogiera a su esposa y huyera con ella a un lugar distante. Quan se encontraba ante un verdadero dilema hasta que otro vecino, un hombre de

cierta experiencia, dio su opinión.

—Ninguna de esas dos soluciones dará resultado —dijo este—. Aunque la esposa de Quan puede ser expulsada según la ley, él no tiene ninguna prueba. ¿Qué puede alegar para divorciarse de ella? Y Pillo conoce todos los caminos de la Tierra. Os rastreará vayáis donde vayáis

y, cuando os encuentre, tu vida estará en sus manos. En mi humilde opinión, lo único que puede hacerse es sacar el mayor partido posible de un mal asunto. Dado que tu esposa no quiere permanecer contigo, no tiene sentido que trates de retenerla. Harías mucho mejor en sacar algo de dinero de su venta, para no sufrir ninguna pérdida. Si se

la vendes a otro que no sea Pillo, ella se negará a irse y, cuando este se entere, se ofenderá, porque intentaste separarlos y se vengará en consecuencia. Lo mejor sería vendérsela a él. Un ladrón siempre tiene dinero y, ya que está enamorado de tu esposa, quizás esté dispuesto a desprenderse de cien o doscientos *taels*. Con esa

cifra tú no tendrías ninguna dificultad en conseguir otra esposa. Búscate una que sea hogareña y que no te cause problemas, con lo que habrás adelantado en dos sentidos: tendrás una esposa y podrás conservar tus propiedades.

—¡Excelente idea! —opinó Quan—. Aunque no es lo que tendría que hacer un marido, se ha convertido en

mi única opción. Pero hay un problema. No puedo decírselo yo mismo: necesitaré un intermediario. ¿Alguno de vosotros está dispuesto a actuar en mi nombre?

—Si eso es lo que deseas, no nos molestaría ayudarte —dijeron los vecinos—. Pero cuando la hayas vendido, no vengas con problemas

diciendo que conspiramos con un bribón para arrebatarte a tu esposa.

—Si esto sale bien, os deberé mi vida y mis posesiones, caballeros. Jamás haría algo tan hipócrita.

—Quan es un hombre honesto —dijo el vecino experimentado—. Jamás haría semejante cosa, podéis estar tranquilos.

Consultaron entre sí y eligieron a uno conocido por su habilidad diplomática, para que negociara con Pillo al día siguiente.

Entretanto, desde que se separó de Fragancia, Véspero sufría de melancolía. En su desesperación, contaba con los poderes mágicos de Pillo para que lo reuniera con ella.

—Raptarla, como deseas, es cosa hecha —dijo Pillo—. El único problema es que después no podrías vivir aquí con ella. Si quieres ser su marido, tienes que llevártela a los confines de la Tierra, a algún lugar donde no puedan seguiros, e instalaros allí. ¿Estás dispuesto a hacerlo? Tienes que decidirlo antes de que yo dé un solo paso.

A causa de las otras dos bellezas *summa* a quienes aún debía seducir, Véspero era reacio a abandonar la zona. Al principio no podía decidirse, pero luego, al ver lo osada que era Fragancia en su carta, sintió que por una cuestión de honor no tenía más remedio que acceder.

—Nunca estaré fuera de su alcance a menos que me

aleje mucho. Claro que estoy dispuesto a marcharme.

—En tal caso será sencillo, salvo por una cuestión. Raptar a una esposa es un delito mucho más grave que robar dinero. De todos modos, el dinero es una cuestión fortuita. Si lo pierdes hoy, siempre podrás conseguir algo mañana. Pero si a un hombre le raptan a su

esposa, la pérdida será excesiva para él. Más aún, Honrado Quan es pobre. Si pierde a esta esposa, ¿cómo podrá nunca tener otra? La vida de un hombre está en peligro si lo empujas demasiado. Tendremos que pensar en alguna forma de consuelo para la víctima. Deberíamos tener con nosotros como mínimo cien

taels cuando nos llevemos a su esposa y dejárselos en casa, como si le estuviéramos sugiriendo que los coja para comprarse otra. Si lo privamos de una esposa pero le damos los medios para conseguir otra, esto no nos ayuda en nuestra reputación moral, pero al menos yo habré sido leal conmigo mismo como héroe.

—Ese plan sería perfecto, pero ando terriblemente escaso de dinero y no tengo dónde conseguirlo. La solución implicaría molestarte a ti, como amigo, y eso es algo que me haría sentir muy incómodo.

—En lo que a *mi* dinero concierne, entra fácil y sale fácil —dijo Pillo—. Si te escatimara el dinero, ¿crees

que me atrevería a hablarte tan sinceramente? Deja los gastos por mi cuenta. Escríbele que iré a buscarla cuando ella lo desee, siempre que Quan no esté en casa; dile que no tiene por qué preocuparse.

Véspero se sintió tan animado que se apresuró a pulverizar la tinta. Como la carta de ella estaba escrita

con sencillez, respondió con el mismo lenguaje simple, para ahorrarle dificultades de interpretación.

Amante

Fragancia:

Los dos meses transcurridos desde que nos separamos parecen siglos. Tu corazón y otros

órganos se han consumido a medias, los míos se han hinchado en la misma proporción. De lo contrario, ¿por qué tendría la garganta bloqueada, lo que me impide tragar un solo bocado? Todo este tiempo he estado rogándole a Pillo que

nos ayude, pero él temía que no estuvieses plenamente comprometida y no se atrevía a embarcarse en esto a la ligera. No obstante, cuando vio la carta que me escribiste,

comprendió que tu amor era tan firme como el hierro o

como la piedra y ahora hará todo lo que pueda. Hacer lo que hizo Pincel Rojo sería demasiado peligroso; con ayuda de él, lo mejor será emular a la Muchacha de Rojo. Es difícil predecir cuándo se cumplirá nuestra cita, pero el día en que tu guardián

deje la casa será el mismo día en que Chang'e huya a la luna[48]. Envíanos la buena nueva en cuanto la conozcas, para que podamos actuar. Si resulto ser un corazón falso, ya sea de cerdo o de perro, tu honorable boca no necesitará

morderme, porque habrá cuervos y perros callejeros en abundancia para llevarme a rastras y devorarme. No diré nada más.

Respetuosamente,

(Por precaución, no firmaré con mi nombre).

Después de despachar la carta a Fragancia, Pillo cogió 120 *taels* y los envolvió para tenerlos listos en su día. Pero, aunque él y Véspero aguardaban ansiosos la noticia, Quan nunca abandonaba la casa. Un día, para sorpresa de Pillo, apareció uno de los vecinos de Quan y, después de intercambiar unas

observaciones intrascendentes, fue directo al grano:

—El negocio de Honrado Quan ha estado perdiendo dinero últimamente, y ya no le alcanza lo que produce. En consecuencia, no está en condiciones de mantener a su esposa y se propone venderla. Pensé que otros no tienen dinero, o no lo suficiente

para mantenerla, en tanto tú, con tu gran generosidad para ayudar a otros, podrías rescatarla. De modo que he venido a rogarte que hagas una buena acción que no sólo salvaría a esta mujer del hambre, sino que proporcionaría a Honrado Quan algún capital para buscarse prometida. Harías un enorme favor a dos

personas.

Pillo estaba perplejo. «¡Qué extraordinario! Heme aquí, a punto de ir a verlo, cuando él envía un mensajero con una oferta para venderla, como si supiera lo que yo tenía pensado. Debió de enterarse de que yo estaba actuando en nombre de otro y, pensando que no podría escapar a mis redes, debió de

decidirse por esta salida. En tal caso, será mejor que la compre abiertamente. ¿Para qué llevar el dinero y luego raptarla?».

—¿Por qué demonios querrá ese hombre vender a su esposa? —preguntó Pillo al vecino.

—Lo único que lo empuja es la pobreza.

—En tal caso, ¿la esposa

está dispuesta a dejarlo por otro?

—Ella no soporta la miseria en el hogar y está ansiosa por marcharse. Queda garantizada su buena disposición.

—¿Cuál sería el precio?

—Honrado Quan tenía la intención de pedir doscientos *taels*, pero esta cifra no es inamovible. Mientras saque

un poco más de la mitad, me atrevería a decir que se sentirá satisfecho.

—En tal caso, dejémoslo en ciento veinte.

Obtenido el consentimiento de Pillo, el vecino le pidió que pesara el dinero mientras él mandaba a buscar a Quan para cerrar el trato.

En principio Pillo había

pensado nombrar a Véspero como principal, y al vecino y a sí mismo como intermediarios, pero lo pensó mejor. «Es un riesgo tomar la esposa de otro», reflexionó. «Mi reputación es suficiente para disuadir a cualquiera de llevarme ante un juzgado, pero si dejo que se conozca el nombre de Véspero, de inmediato este tendrá

problemas». De manera que no dijo nada de su amigo y dejó que se creyera que tomaba a Fragancia como su concubina.

Llegó Quan y se redactó un certificado matrimonial, al que este agregó la huella del pulgar. El vecino también puso su marca y le pasó el papel a Pillo, quien entregó un paquete con plata en la

cantidad prometida además de otros diez *taels* para el vecino como intermediario.

El mismo día, todavía sin dejarle saber a Véspero nada de lo que estaba ocurriendo, Pillo contrató una silla de mano y fue a buscar a Fragancia. Sólo después de encontrar una casa apropiada, de amueblarla y de conseguir una criada para que la

sirviera, acordó la boda y acompañó a la pareja a la cámara nupcial…, conducta ni siquiera superada por Bao Shua con su leal amistad, ni por Barbacrespa con su galantería[49].

[CRÍTICA][50]

La única pena es que Pillo respondiera erróneamente en el examen y

no pudiera calificarse como un verdadero héroe. Si hubiera aplicado su lealtad al caso de un amigo digno y su galantería en un caso de auténtica emergencia, no sólo habría estado autorizado a calificarse como héroe entre los ladrones, sino también a sentirse superior al funcionariado.

Capítulo duodécimo

Con reverencias, él logra seducir;
y a pesar de los celos, ella acuerda un pacto.

Poema lírico:

A mi amor amo tanto,
a mi amor idolatro.
Pero hay celos en el amor
querido;
miro indignada… pero
con los ojos más
cariñosos.

A esta belleza yo quiero,
a aquella yo adoro.
Si logro que estas
bellezas no luchen,
amorosamente, mi fama
se remontará.
(Con

la tonada de *Amor eterno*)

En cuanto fueron marido y mujer, Véspero y Fragancia gozaron al máximo, día y noche, con calor y con frío. Después de la unión, ya en casa de él, ella tuvo una vez el período y luego quedó

embarazada. Véspero se sintió encantado con la novedad, pensando que el experto se había equivocado y que estaba en condiciones de ser padre. Su instrumento de placer había sido reestructurado con pleno éxito.

Cuatro o cinco meses después el cuerpo de Fragancia comenzó a

hincharse, volviéndose incómodo hacer el amor. Normalmente Véspero sólo dejaba de arremeter cuando no se oían más gritos en labios de ella, y ahora, al oír un grito de alarma, no le importaba lo más mínimo separarse, entrar en su vientre y proceder menos apasionadamente. Por tanto, ella le dijo que en lugar de

agotarse de esa manera, debía dejar descansar el sexo por el momento y ahorrar sus fuerzas para una gran celebración después del nacimiento del bebé. A partir de ese momento durmieron en habitaciones separadas.

Véspero pasaba las noches en el estudio donde, en medio de la paz y la serenidad, inevitablemente

anhelaba el batallar y abrigaba la esperanza de otra aventura. Antes de casarse con Fragancia, tenía la impresión de que si pudiera tenerla a ella lograría pasar la vida entera sin tomar a otra amante. Pero una vez casados comenzó a pensar cuánto más bonito sería tener a otra como ella. Aunque la idea se le ocurrió poco después de la

boda, todavía disfrutaba mucho con Fragancia, por eso de momento la dejó de lado. Sin embargo, en su actual estado de frustración, comenzó a pensar en esta idea arrinconada como una cuestión de máxima prioridad.

«De todas las mujeres que he visto», pensó, «sólo aquellas cuyos nombres

desconozco son verdaderamente excepcionales, adecuadas para estar al lado de mi nueva esposa. Lamentablemente, no sé dónde viven y ni siquiera por dónde empezar a buscarlas. Tendré que contentarme con la segunda en orden de belleza y buscar a alguien de la categoría *magna* en mi

cuaderno para solucionar la crisis presente. Ya habrá tiempo más adelante, cuando sea libre, de buscar a las otras».

Para que Fragancia no se enterara de lo que estaba haciendo, cerró la puerta del estudio, sacó el cuaderno y pasó las hojas metódicamente hasta llegar al nombre de Nube de

Aroma. Aunque sus comentarios sobre ella sólo formaban unas pocas frases, eran algo más positivos que el resto; se trataba de alabanzas directas sin ironía, en tanto que los otros comentarios eran alabanzas con una pincelada de críticas o críticas con una pincelada de alabanzas. Evidentemente estaba a la cabeza de la

categoría *magna* y apenas un punto por debajo de Doncella Rosa Pálida y Belleza Rosa Loto.

Comentario:

Su belleza cuenta con muchas características especiales. Tiene gracia para repartir. Pisa tan ligeramente

como para no dejar huella, y se la podría levantar con la palma de la mano. Su encanto no la afecta y su estampa es como la de una pintura. La brisa hace emanar de ella una rara fragancia, como si estuviera impregnada en esencia de flores.

A su lado se oyen exquisitos tonos, como los trinos de un sinfín de oropéndolas. Sin la menor duda es de una belleza sobresaliente, una mujer encantadora. La sitúo en la categoría *magna*, por encima de las otras bellezas.

Al releer sus propios comentarios, Véspero evocó el rostro de la mujer y recordó que estaba en la veintena, una joven que daba la impresión de poseer un gran encanto. Cuando pasó por su lado, él había percibido una fragancia empapada de frescura y dulzura, totalmente distinta a los perfumes que usan las

mujeres en la ropa o en la piel. Cuando se marchó, Véspero encontró un abanico con un poema junto al altar de inciensos, y comprendió que lo había dejado para que él lo recogiera. Ocupó su mente días enteros y tuvo la intención de buscarla. Pero, después de conocer a las otras dos *summa*, había comenzado a tratarla como a

«un pez que vuelve a arrojarse al río». Al tropezar con el comentario sobre ella en el cuaderno, no obstante, sintió que volvían a encenderse las cenizas frías ya, y examinó la letra pequeña que seguía al comentario para ver su domicilio. ¡Resultó que vivía en la misma calle que él! Véspero no cabía en sí de

gozo. «No puede haber más de unas docenas de familias en esta calle», se dijo, «de modo que tiene que vivir bastante cerca». Salió de inmediato para averiguar cuál era su casa.

No tenía idea de que en sus planes malignos había intervenido la mano de una gran coincidencia. Era como si los dioses del Cielo y de la

Tierra auxiliaran al burlador… pues resultó ser la vecina de al lado, con sólo una pared en medio. Incluso la pared de su estudio era medianera con el dormitorio de ella. El marido de la mujer, conocido como maestro Félix, era un licenciado que frisaba en la cincuentena, un hombre tan largo en talento como corto

en virtudes, de fama tan elevada como bajo de carácter. Nube era su segunda esposa, y la primera había muerto. Dirigía una escuela y vivía lejos de casa; sólo volvía una vez al mes para pasar una o dos noches.

«Esto tiene que significar que estamos predestinados el uno para el otro», pensó Véspero. «Unos poderes

sobrenaturales me han traído aquí para que pueda gozar con ella. ¿Cómo puedo desaprovechar una providencia tan favorable?».

Se paseó de un lado a otro, elaborando un plan de acción mientras estudiaba el terreno. El muro exterior al estudio no era alto, pero formaba parte de la casa y no podía saltarlo. La pared

interior no era muy sólida, pero no podía practicar allí un boquete, pues estaba levantada con ladrillo encalado y cualquier intento dejaría indicios evidentes por ambos lados.

De modo que abandonó los métodos clásicos que se encuentran en la literatura, y decidió no pasar a través de la pared ni por encima de

ella, sino ensayar su propio texto para bajar por el tejado. No obstante, al levantar la vista, notó un trozo de pared de un metro de altura y uno y medio de ancho a lo largo de la parte superior, donde no habían alcanzado los ladrillos y la pared se había terminado en madera.

«Ahora que he descubierto esta brecha», se

dijo, «no tendré necesidad de subir al tejado. ¿Por qué no adaptar la expresión “haz un boquete, trepa una pared”? Basta con que mueva unas tablas del sector enmaderado para salvar sin dificultades la pared». Buscó una escala y la apoyó contra la pared, luego cogió del estudio un juego de herramientas que había comprado, una caja que

contenía un cuchillo, un hacha, una sierra y un escoplo. Como nunca había tenido ocasión de usarla, Véspero la consideraba inútil y la tenía en el estudio sólo como curiosidad. No sabía que en el mundo todo cumple una función; para el juego de herramientas, había encontrado una función en el adulterio.

Con su equipo trepó por la escala y observó atentamente el sector de madera. Por fortuna, aunque era fuerte tenía grietas. Cuando lo construyeron, las tablas las pusieron en su lugar una por una, sin ensamblar entre sí, lo que habría imposibilitado mudarlas de posición. Se puso a trabajar con una lima

pequeña para rebajar un par de centímetros de la parte superior de una de ellas, de manera que no hubiera resistencia cuando la arrancara haciendo palanca. Luego insertó el escoplo en la grieta y tiró de la tabla hacia sí. Sin tener tiempo para darse cuenta, se desprendió una tabla, y cuando fue a tirar de la

segunda descubrió que no necesitaba herramientas; un tirón y, sin nada que la retuviera en su lugar, la tabla salió con facilidad; después de sacar dos o tres tablas, estiró el cuello para otear el escenario. Sus ojos encontraron a una mujer que se aliviaba en una jofaina. Antes de volver a atarse los pantalones, fue a poner la

tapa, pero esta se le deslizó de la mano y, cuando se agachó para recogerla, dobló su delgada cintura y elevó en el aire un fino par de esbeltas nalgas. La parte trasera de su vulva quedó directamente ante Véspero. Viéndola por detrás, todavía no estaba seguro de que fuese la mujer que buscaba; pero, cuando ella recogió los pantalones y

se volvió, vio su rostro y supo que era la que tanto admiraba, ahora más atractiva que nunca.

Estuvo en un tris de llamarla, pero temió que alguien pudiera oírle. También se le ocurrió que ella no lo conocería, oculto como estaba, y no se sentiría inclinada a darle la bienvenida. Sería muy

desagradable que hiciera una escena. Tendría que pensar en algún modo de atraerla arriba para que lo viera. «Una sola mirada a mi cara», pensó Véspero, «y no tendré que regatear con ella. Se me entregará espontáneamente».

Sin saber qué hacer, recordó de pronto el abanico con los tres poemas Tang que ella había escrito con su

propia mano. «Espero que aún lo recuerde. Dejaré abierta la pared e iré a buscar los poemas. Cuando me oiga recitarlos, comprenderá y subirá a verme, momento en que la impresionaré con unas cuantas observaciones inteligentes. Está destinada a caer en mis manos».

Bajó la escala con premura y abrió el baúl para

buscar el abanico. Cuando se alojaba en el templo, cada vez que recogía una de las muchas prendas de admiración que le dejaban, la guardaba en espera del día en que encontrara a aquella que la había dejado, y le fuera útil para convencerla. Confiado en que las mujeres estarían dispuestas con que sólo tuviera algo que

ofrecerles, trataba esas prendas como tesoros y se ocupaba de que no se extraviaran y no estuvieran friera del lugar que les correspondía. A fin de que no se mezclaran con sus otras posesiones, y no se dificultara la tarea de encontrarlas en caso de apuro, había hecho construir otro baúl para guardarlas,

cuya tapa llevaba inscrita, en dos columnas de cuatro grandes caracteres en chino para su fácil reconocimiento, una línea de las «Canciones de los estados», de *Poemas clásicos*:

MUJERES REGALOS
HERMOSAS DE

Abrió el baúl, vació su romántico contenido y

empezó a buscar; el primer abanico que apareció fue el de ella. La caligrafía, como notó al abrirlo, no era del arte más elevado, pero tenía cierto encanto. Sus tres poemas de cuatro líneas eran del genio de la dinastía Tang, el académico Li, para ser recitados con la tonada de *Melodía pacífica*. Se escribieron cuando el

emperador Xuanzong estaba admirando las tres peonías con Guifei y llamó a Li a palacio para celebrar la ocasión.

A Véspero jamás se le habría pasado por la imaginación recitar los poemas sin los preparativos adecuados. Así pues, se puso sus mejores galas y su mejor gorro, y luego encendió un

pebetero de incienso del más fino aroma. Por último carraspeó y, como un cantante de ópera Kun que interpretara una melodía larga y lenta, enunció los poemas sílaba a sílaba, para que ella los oyera claramente.

Poema primero:

Como nubes son sus

vestimentas, como flor su rostro,
mientras los céfiros pintan de trémulo rocío la barandilla.
Si no la encuentras en el Monte de Jade,
la encontrarás en la Balaustrada de Jaspe bajo la luna.

Poema segundo:
Una ramita de esplendor

carmesí, rociada de aroma,
desgrana nubes y lluvia y el corazón destrozado de un emperador.
¿Quién puede comparársele en los palacios de Han?
Uno se apiada incluso de la Golondrina, recién adornada.

Poema tercero:
Se regocijan la noble flor y la belleza sin par,

observadas por el rey de reyes con sonrisa indulgente.

Ha pasado el dolor que traen los céfiros de la primavera,

cuando en el Bosque de Aloes ella se apoya en la barandilla[51].

Véspero volvió a recitar los poemas. Después de recitarlos diez veces, al no recibir respuesta, leyó

también en voz alta la fecha y el nombre de la calígrafa como el diálogo en mitad de un aria. Pensó que para que los oyera claramente debía repetir esos datos varias veces y así lo hizo; desde lo alto de la pared llegó un sonido apenas audible, algo entre una tos y un suspiro. Véspero comprendió que ella había subido, de manera que

cerró el abanico y exclamó:

—¡Por causa de este abanico alguien se vio casi arrastrado a la muerte! Aquí está el abanico, pero ¿dónde está ella? Si pudiera encontrarla, se lo devolvería. ¿Qué sentido tiene conservarlo?

Desde lo alto de la pared llegó la respuesta:

—La propietaria del

abanico está aquí. Te ruego que me lo arrojes. No es necesaria tanta amargura.

Véspero levantó la vista y fingió asombro:

—O sea, que la belleza sin par está por fin al alcance de la mano. ¡No era necesario que yo estuviese tanto tiempo enfermo de amor! ¡Ahora no moriré! —y mientras lo decía trepó por la escala, la cogió

en sus brazos, y la besó de modo tal que sus lenguas copularon.

—¿Dónde has estado todo este tiempo en que no volví a verte? —preguntó Nube—. ¿Por qué de pronto estás aquí recitando los poemas de mi abanico?

—Vivo aquí. Soy tu vecino de al lado. ¿No lo sabías?

—Otra gente vive allí. No sabía que también vivías tú.

—Acabo de mudarme.

—¿Dónde vivías antes? ¿Y por qué te mudaste aquí?

Con la esperanza de ganarse sus favores, Véspero aprovechó la oportunidad para una pequeña engañifa.

—Por ti. ¿No lo comprendes? Cuando te vi en el templo del inmortal

Zhang, me enamoré, y desde que te despediste de mí con una mirada y me dejaste el abanico, no pude apartarte de mi mente. Probé todo lo imaginable para mudarme aquí con el fin de que estuviésemos juntos.

—¡Qué enamoradizo eres! —dijo Nube, esbozando una amplia sonrisa y golpeteándole

juguetonamente el hombro —. ¡Y pensar que casi cometo una injusticia contigo! Pero, dime, ¿a quién tienes viviendo contigo?

—Sólo es una concubina que me dio un amigo. No lleva mucho tiempo junto a mí. Dejé en casa al resto de mi familia.

—¿Y por qué no viniste a verme antes de mudarte

aquí? ¡En verdad has conseguido ponerme enferma de tanto ansiarte todo este tiempo!

—Al principio no pude descubrir dónde vivías, por lo que no encontré la forma de verte. En cuanto me enteré, me mudé aquí para estar contigo.

—¿Cuándo te has mudado, entonces?

—Hace menos de seis meses. Cuatro o cinco como máximo.

A Nube se le congeló la sonrisa.

—Dado que llevas tanto tiempo aquí, ¿por qué no me prestaste atención antes? —le preguntó después de una pausa—. ¿Por qué esas frías cenizas tuyas tardaron tanto en avivar el rescoldo?

Véspero comprendió, por el tono de su voz, que había cometido un error y, ruborizándose, turbado, intentó salir del embrollo hablando:

—Todo este tiempo supuse que tu marido estaba en casa y, dado que lo último que quería era crearte problemas con mis audacias, te aparté de mi mente y

sencillamente soporté con pesar estos pocos meses. Sólo ahora, cuando supe que tu marido estaba lejos, dando clases, y que no había nadie más en tu casa, me atreví a revelar mi presencia. Fue cautela por mi parte, nada más que cautela. Supongo que no creerás que podía olvidarte o que no te hacía caso deliberadamente.

Nube no dijo nada, pero mantuvo su sonrisa irónica.

—Bien, ¿todavía tienes mi abanico? —le preguntó después de pensarlo un rato.

—Lo guardo a mi lado en todo momento. No se ha separado de mí un solo instante. No me atrevería a perderlo.

—¿Puedo verlo?

Véspero calculó que una

vez viera el abanico se disiparían sus sospechas, cambiaría su humor y estaría bien dispuesta a ser seducida. Bajó la escala, envolvió el abanico en un paño y se lo alcanzó. Para asombro de Véspero, ella hizo trizas el abanico y arrojó los trozos en su propia habitación. Luego le tiró el paño a la cara.

—¡Tienes un corazón

falso! ¡Me alegro de no haberme enredado nunca contigo! ¡A partir de ahora todo ha terminado entre nosotros!

Colérica, Nube comenzó a bajar la escala, esquivando los manoseos de Véspero y haciendo caso omiso de sus ruegos. Al llegar al pie de la escala, inexplicablemente se deshizo en un mar de

lágrimas.

Véspero quiso bajar y preguntarle qué le ocurría, pero temió ser descubierto, de manera que la observó desde lo alto de la pared mientras ella seguía llorando. En medio del apurado trance, Véspero oyó un ruido repentino entre las palmeras del otro lado de la puerta del estudio, como si hubiera

alguien allí. Temeroso de que fuera Fragancia, volvió a colocar deprisa las tablas y bajó.

Estaba desconcertado. «¿Qué ha podido ocurrirle?», se preguntó. «No he dicho ni hecho nada para irritarla, y no veo por qué demonios se enfadó tanto. A juzgar por su reacción, me culpaba a mí por haber tardado tanto en

ponerme en contacto con ella, lo que demoró en seis meses nuestra relación sexual. Pero, como reza el dicho, “En el festival de Qingming, nunca es demasiado tarde para la comida fría[52]”. Lo único que importa, por cierto, es que la amo. Pagaré con creces todo lo que nos hemos perdido en los seis meses últimos. ¿Por

qué alterarse tanto? Sospecho que su reacción no se debió únicamente a esto, sino a otro motivo. Lo que acaba de decirme, aunque duro, tal vez no refleje sus auténticos sentimientos. Es posible que sólo haya sido una triquiñuela para que le pida perdón. No puedo ir allí de día, pero esta noche traspasaré la pared y

averiguaré qué ocurre. Cualesquiera que sean las ventajas o las desventajas, me disculparé y dejaré las cuentas claras entre nosotros».

El día transcurrió tan lentamente como un año. Véspero aguardó impaciente hasta la noche, después mandó a Fragancia a la cama y regresó a su estudio.

Primero aseguró la puerta y las ventanas, y a continuación se quitó su gorro de estudiante y las prendas exteriores. Luego apagó la lámpara, subió la escala y quitó las tablas que había aflojado antes, exactamente igual que si estuviera abriendo un portal.

Seguía preocupado. «Hasta ahora todo va bien»,

pensó, «¡Pero si no hay por dónde bajar, no puedo saltar una pared de seis metros! Parecía tan irritada antes que sin duda no vendrá en mi ayuda si la llamo. No podré decirle nada».

Tal como ocurrieron las cosas, el corazón de Nube resultó ser más blando que sus palabras. Antes de acostarse le había dejado una

salida, no había dado el último paso en su rechazo. Cuando trepó y alargó la mano, Véspero descubrió que la escala que ella había usado esa mañana estaba allí esperándolo.

Contento, cambió de escala y bajó en silencio, como si cruzara un puente de madera. Subió sigilosamente, atento a la menor dificultad o

peligro.

También en silencio buscó a tientas la cama, donde ella yacía inmóvil. Supuso que dormía e intentó abrirse paso entre la ropa de la cama. Aprovecharía la oportunidad para insertarle el pene en la vagina y despertarla suavemente, después de lo cual hablarían. Eso le permitiría prescindir

de los prolegómenos. Tomada esta decisión, alargó una mano para hacer a un lado la ropa.

Véspero ignoraba que Nube no estaba dormida, sino que lo había oído claramente mientras se aproximaba. Con la esperanza de ahorrarse ella misma los prolegómenos, se había puesto de cara a la pared fingiendo que no había

notado su presencia. Pero, cuando percibió que trataba de abrir la ropa de la cama, resolvió que no podía permitirle «irrumpir en la tienda del general sin hacerse anunciar». Imposibilitada de escapar, tuvo que volverse y fingir que despertaba sobresaltada de un sueño.

—¿Quién anda ahí —gritó— invadiendo lechos en

la oscuridad?

Véspero le susurró al oído:

—Soy aquel con el que hablaste hoy. Sé que cometí un error al descuidarte tanto tiempo, y he venido especialmente a pedirte perdón. —Mientras hablaba, Véspero intentó meterse a su lado, pero Nube, furiosa, se envolvió con la ropa de

cama, negándose a dejarle seguir.

—¡Eres un desalmado sin corazón! ¿Quién te ha pedido que vengas a disculparte? ¡Fuera!, ¡deprisa!

—¡Me he devanado los sesos buscando cómo llegar a ti y de estar contigo! ¡No puedes llamarme desalmado!

—¿A quién crees que engañarás con tus finas

palabras? ¡Oh, que *buenos* jueces de la calidad son tus ojos! Como no tienes una belleza deslumbrante con quien gozar, te vuelves hacia una criatura fea como yo. ¿Traicionarías a tu propio corazón estando aquí conmigo?

—La muchacha que tengo en casa me la regaló un amigo y no tuve más remedio

que aceptarla. ¿Cómo puedes estar celosa de ella?

—Es perfectamente correcto que goces con tu propia esposa. ¿Cómo podría estar celosa de ella? Pero no deberías enredarte con nadie como yo para luego desterrarme a los confines de la Tierra. Si vivieras lejos y no tuviésemos la posibilidad de encontrarnos, sería

distinto. Pero estabas al lado y no dijiste esta boca es mía, como si fuéramos desconocidos. ¡Preferiría dejar para otras una persona tan cruel!

—Amada, ¿de dónde sacas todo eso? Aparte de mi esposa y mi concubina, nunca he intimado con otra mujer. Este es mi primer intento de aventura. ¿Por qué me

calumnias sin ningún motivo?

—Dime una cosa. En una fecha dada, tres mujeres entraron a orar en el templo del inmortal Zhang. ¿Eras o no eras el que admiró tanto su belleza que se arrodilló al otro lado de la puerta e hizo reverencias como un loco?

—Es verdad. Ese día había tres mujeres en el

templo quemando incienso. Yo también estaba allí, pues había ido a rezar para pedir un hijo varón y, cuando vi que había mujeres dentro, pensé que lo mejor sería no entrar, a fin de evitar la promiscuidad de sexos, de modo que me arrodillé e incliné al otro lado de la puerta. ¡Pero estaba adorando al inmortal Zhang, no a las

mujeres!

Nube soltó una carcajada.

—¿Qué? Acabas de delatarte. Si lo hubieras negado todo, habrías salido bien librado. Pero admites haber sido tú, y ya no puedes defender nada. ¿Quieres decirme que un mirón que solía ocultarse detrás de la imagen del Inmortal tendría miedo al escándalo si se

precipitara a tener una aventura con cualquier mujer que se le ocurriera, pero se arrodillaría y haría reverencias al otro lado de la puerta para evitar la promiscuidad de sexos? ¡Ese embuste no engañaría ni a un niño de dos años, y sin embargo tienes el coraje de contármelo a mí!

Véspero comprendió que

ella lo sabía todo y que no tenía sentido tratar de engañarla. No había más remedio que decirle la verdad, tanto para confesarle sus malas acciones como para sonsacarle con halagos el paradero de las otras mujeres.

—Para decirte la verdad, amada —Véspero esbozó una sonrisa—, estaba haciendo

reverencias en parte al Inmortal y en parte a esas mujeres para que se apiadaran de mí. Pero me pregunto cómo has llegado a saber lo que ocurría en el templo mientras estabas en casa. ¿Quién te lo ha contado?

—Tengo poderes sobrenaturales, no necesito que nadie me lo cuente.

—Amada, si sabes lo que ocurrió, también tienes que saber dónde viven y cómo se llaman ellas y sus maridos. Te ruego que me lo digas.

—¿Has estado seis meses con ellas y *todavía* tienes que preguntarme eso?

—¡Te repito que *no sé de qué estás hablando*! Desde aquel día, jamás he vuelto a verlas. ¿Cómo puedes decir

que he estado con ellas seis meses? No sé cómo demostrarte que estás cometiendo una injusticia.

—¡Todavía intentas escapar! Si no estabas con ellas, ¿por qué no has venido a verme a mí en estos seis meses? Lógicamente todo fue idea de ellas, para impedir que tuvieras nada que ver conmigo. ¿Crees que no lo

sé?

—¡Qué injusticia más monstruosa! ¡No tienes una sola prueba, y sin embargo te devoran las sospechas!

—Si realmente no es verdad, júralo solemnemente.

Véspero levantó los ojos al cielo y juró:

—Si alguna vez he tenido algo que ver con alguna de esas tres mujeres, que… Si,

lejos de haber tenido algo que ver con ellas, conozco sus nombres y sé dónde viven, o alguna vez las he visto, que me…

Al oír un juramento tan fuerte, las sospechas de Nube se apaciguaron en parte.

—¿No tuviste nada que ver con ellas *realmente*? —le preguntó.

—¡Realmente, no!

—En tal caso, te perdono.

—Ahora que todo está claro y comprendes que no he hecho nada malo, ¿me dejarás meterme en la cama?

—Mi cuerpo no puede compararse con el de esas tres mujeres… ¿Por qué no te acuestas con una de más bella figura en lugar de molestarme a mí?

—Otra vez te expresas

con excesiva modestia. ¿Por qué crees no ser tan hermosa como ellas?

—Es evidente que tienes buena vista. A fin de cuentas, sólo porque viste lo magníficas que eran te arrodillaste y les hiciste reverencias. Si hubieran sido meramente atractivas, con una mirada como la que recibí yo habría sido

suficiente. ¡No habría habido reverencias para ellas!

—Esa fue una reacción puramente instintiva, sin intención preconcebida. Sea como fuere, tengo la impresión de que me culpas por haberme inclinado ante ellas y no ante ti. Crees que hago distinciones, y por eso te quejas. En tal caso, la solución es fácil. Permíteme

que me incline ante ti y pague mi deuda con intereses.

Se arrodilló en el suelo junto a la almohada de Nube e hizo varias decenas de sonoras reverencias tocando el suelo con la cabeza, reverencias que sacudieron la cama hasta que Nube alargó una mano y lo ayudó a acostarse.

Véspero se escurrió varias veces entre la ropa de cama tratando de que su instrumento encontrara el de ella, a la manera que un carruaje busca un camino conocido.

Comprensiblemente, como era su primer encuentro y la pasión recíproca se había visto demorada por los inevitables prolegómenos, no

soportaron más ceremonias y fue un caso de *quiero unirme a ella* y *ella quiere unirse a mí*, mientras los dos objetos se encontraron como viejos amigos que no necesitan presentación.

Véspero arremetió a fondo de inmediato. La vagina de Nube era de tamaño corriente, pero sus pasiones estaban inflamadas

y no podía esperar más. Estaba dispuesta a sufrir ese dolorcillo tanto como a mitigar el escozor que sentía en su interior y levantar la opresión hasta alcanzar la frontera. Dado que fue capaz de darle cabida, Véspero comprendió que era una oponente digna, una a quien no podía ofrecer nada inferior a lo mejor, y

desplegó toda su habilidad. Arremetió y contraarremetió en una batalla campal, luego insistió en retirarse del palacio y buscar refugio en la entrada del cubil. Tras veinte o treinta deslizamientos el interior estaba resbaladizo, pero después de cincuenta se puso pegajoso. Nube no podía aguantar más la molestia y le dijo:

—Cuando duermo con mi marido, las cosas se ponen más fáciles a medida que avanzamos. ¿Por qué ahora es más difícil que al principio?

—El único bien que poseo —dijo Véspero— es esta cosa mía, que difiere de la de otros hombres en dos aspectos: empieza pequeña y se agranda, hinchándose

gradualmente tras penetrar en la vagina, como comida seca empapada en agua; y empieza fría y se calienta, como un pedernal que arde cuando se lo golpea, como si estuviera a punto de saltar en un mar de chispas. Contando con estas dos cualidades, no quise ocultártelas, sino hacerte el amor y ofrecértelas para que tú misma puedas

apreciarlas.

—Nunca creí que tuvieras semejante tesoro. Pensé que todo era mera argucia, pero ya que es verdad, si sigues haciéndome sentir tan incómoda, me temo que dejaré de gozar.

—De momento estás demasiado seca por dentro, y por eso sufres alguna molestia. Pero en breve habrá

flujos y humedades, y lo que sentirás será muy distinto.

—En tal caso soportaré el dolor. También puedo dejarte hacer lo peor, para que fluya alguna humedad y así poner a fin a esta sequedad.

—Tienes toda la razón —colocó los pies de ella sobre sus hombros, empujó con fuerza y rapidez unas doce veces, hasta que la vagina se

volvió resbaladiza y el pene caliente. En virtud del efecto primero ella dejó de sentir dolor, y en virtud del último gozó cada vez más.

—Queridísimo —dijo—, lo que acabas de explicarme ahora tampoco es ninguna argucia. Es realmente un tesoro y comienzo a disfrutarlo.

Véspero aprovechó la

oportunidad para ganar las alabanzas de ella arremetiendo cada vez más ferozmente, al tiempo que le decía con tono halagador:

—Corazoncito mío, si no era ninguna argucia, tiene que ser evidente para ti que las otras cosas que te dije tampoco lo eran. Puedes confiar en mí completamente, ¿por qué no

me informas entonces sobre esas tres mujeres?

—Mientras me ames sinceramente, claro que te hablaré de ellas, mas ¿por qué tanta prisa?

—Tienes razón —dijo Véspero.

A partir de ese momento permaneció callado y se limitó a seguir arremetiendo en silencio. Llevaba

trabajando unas dos o tres horas cuando de pronto las manos y los pies de Nube se helaron. Comenzó a sudar y se corrió tres veces seguidas.

—Corazoncito mío —le dijo a Véspero—, no soy muy fuerte y no soporto más tanto apaleo. Apriétame entre tus brazos y tratemos de dormir un poco.

Véspero le dio el gusto;

desmontó, se echó a su lado y la abrazó. En esta posición Véspero notó que un extraño aroma emanaba de la cama, el mismo que había percibido la primera vez que la vio.

—Queridísima, ¿qué es este extraño aroma con el que perfumas tu ropa? —le preguntó—. ¡Es tan delicioso!

—Yo no uso ningún

perfume. ¿Cuándo lo has notado?

—El día en que nos conocimos, cuando pasaste a mi lado. Y he vuelto a notarlo ahora mismo, tendido junto a ti. Si no perfumas tu ropa, ¿de dónde emana?

—No es nada raro, sólo una esencia que emana de mi interior. Estabas equivocado.

—No creo que ninguna

esencia de su interior pueda tener semejante fragancia. De ser así, tu cuerpo también debe de ser un tesoro.

—Es mi único bien real, algo que ninguna otra mujer posee. Me han contado que en el momento de mi nacimiento, antes de darme a luz, una nube rosada flotó a la deriva en la habitación y todos percibieron un aroma

extraño. Y luego, cuando nací, se dispersó la nube pero no el aroma, y a menudo he oído decir que emana de mí. Por lo penetrante que era me dieron el nombre de Nube de Aroma. Si estoy quieta, la esencia es apenas perceptible, pero si me esfuerzo y empiezo a sudar sale de todos mis poros. Cuando eso ocurre, no sólo lo

notan los demás, sino yo misma. Dado que tengo este bien, tampoco a mí me gusta ocultarlo. Aquel día en el templo, cuando nos conocimos, te vi tan indescriptiblemente apuesto que me entretuve un rato haciéndote guiños y te dejé como prenda mi abanico. Abrigaba la esperanza de que acudieras a buscarme para

ofrecerte este aroma a fin de que *tú* pudieras apreciarlo, pero para mi decepción no acudiste. Sólo ahora se cumple mi deseo.

Véspero olisqueó todo su cuerpo con atención y descubrió que cada poro despedía un rastro de aroma, lo cual lo convenció de que las mujeres más bellas no deben elegirse únicamente

por su atractivo visual, así como los héroes no han de ser juzgados por su físico. Después de darle un fuerte abrazo, la llamó «queridísima» treinta o cuarenta veces, hasta que Nube lo interrumpió:

—¿Me has olido todo el cuerpo?

—Sí.

—Me parece que te has

perdido un lugar.

—No, no me he perdido nada.

—Sí. Te has perdido un lugar donde el aroma difiere del de cualquier otro. También podría ofrecértelo para que puedas apreciarlo.

—¿Dónde está?

Nube cogió uno de los dedos e hizo que le tocara la vulva.

—Aquí el olor es distinto —dijo Nube—. Si no es pedir demasiado, ¿por qué no lo hueles?

Véspero se agachó y olisqueó varias veces en profundidad antes de volver a subir.

—¡Qué tesoro! No hay nada más que decir: te amaré eternamente —volvió a agacharse, abrió ese supremo

tesoro y comenzó a lamerlo.

—¡No hagas eso! ¡Es demasiado! ¡Me matarás!

Entre gritos. Nube intentaba alzarlo para apartarlo de sí, pero cuanto más tiraba, con más furia lamía él. Utilizando su lengua de ocho centímetros como un pene, avanzaba y retrocedía, empujaba y se retiraba como en el coito.

Cuando notó que llegaban los flujos de ella, los atrajo a su boca, tragándolos sin perder una sola gota, tras lo cual continuó hasta que ella se corrió, momento en que incluso se tragó su esencia. Sólo entonces se alzó y volvió a echarse sobre ella.

Nube lo abrazó con fuerza.

—Queridísimo, ¿por qué

me amas tanto? Yo tampoco tengo nada más que decir. También te amaré eternamente. Si de verdad me amas, hagamos una promesa esta misma noche.

—Eso es lo que iba a sugerirte.

Hicieron un juramento ante la luna y las estrellas, rogando, entre otras cosas: «No sólo que nunca nos

separaremos en esta vida, sino tampoco en la próxima. Seamos marido y mujer».

Volvieron a desnudarse y a meterse en la cama, donde comenzaron a confiarse sus secretos más íntimos.

—En mi opinión —dijo Véspero—, no hay otra mujer en el mundo que se iguale a ti. Ignoro cuántas vidas virtuosas necesitó tu marido

para verse bendecido con tan supremo tesoro. Pero, ya que tiene este tesoro en casa, ¿por qué no se queda y lo disfruta en lugar de pasar todo el tiempo lejos, dejando que duermas sola? ¿Qué razón puede tener para actuar así?

—En espíritu le gustaría gozarlo, pero no tiene fuerza suficiente, de modo que usa la enseñanza como pretexto

para ausentarse y eludir sus deberes.

—Todavía es de edad mediana, según tengo entendido. ¿Por qué está tan débil?

—En su juventud era un calavera que vivía una aventura tras otra. Putañeaba día y noche. Desperdició tanto sus méritos que ahora, en la madurez, es bastante

inútil.

—¿Qué dirías de su capacidad cuando era joven comparada con la mía de esta noche?

—Más o menos igual en lo que a técnica se refiere, pero él nunca contó con esos dos rasgos especiales que te caracterizan.

—Mi tesoro es único, y lo mismo el tuyo. Ahora que se

han unido, debemos ocuparnos de que nunca se separen. Desde este momento vendré todo el tiempo para estar contigo.

—¡Pero tienes una esposa! ¿Cómo puedes estar todo; el tiempo aquí? Me sentiría satisfecha sólo con que no fueras tan desalmado como antes.

—No sé qué maledicente

te ha llenado los oídos de; patrañas, dejándome sin la menor posibilidad de defenderme. *Todavía* insistes en que soy desalmado. Si supiera quién te lo ha dicho, no te quepa la menor duda de que iría a pedirle cuentas a ese hombre.

—Para decirte la verdad —replicó Nube—, fueron esas tres mujeres.

—¡Esto se está poniendo cada vez más extraño! ¡Deberían haberse ofendido al oír un chisme tan desagradable! ¿Cómo pueden ser tan descaradas como para repetirlo?

—Si quieres que te sea sincera, todo empezó cuando yo se lo dije a ellas. Pertenecemos a la misma familia, y llamo a las dos

menores «hermanas», y a la mayor «tía». Nos llevamos muy bien, y las dos hermanas y yo somos especialmente íntimas, tanto como verdaderas hermanas, y no tenemos secretos las unas para las otras. Bien, aquel día, al volver del templo, les conté lo apuesto que eras, cómo me robabas una mirada tras otra, y cómo me enamoré

de ti y te dejé mi abanico. «Dado que está tan enamorado de ti y sabe que le atraes, vendrá a buscarte. No irás a echarlo, ¿verdad?», me dijeron. También yo sospechaba que vendrías a buscarme, y esperé diez días a la puerta de casa sin ver rastro de ti.

»Más adelante, cuando ellas volvieron del templo,

me visitaron y me preguntaron: “¿Qué aspecto tenía el hombre que viste el otro día? ¿Qué llevaba puesto?”. Les hice una descripción detallada. “En tal caso”, dijeron, “acabamos de conocer al hombre que amas”. Luego me preguntaron: “Cuando se enamoró de ti, ¿por casualidad te hizo alguna

reverencia?”. “Tuvo que ocultar sus sentimientos, por supuesto”, respondí. “¿Cómo podía hacerme una reverencia delante de tanta gente?”. No dijeron nada, se limitaron a mirarse y a sonreír con cierta afectada sinceridad. Eso despertó mis sospechas y las interrogué hasta que me contaron con todo lujo de detalles, sin

dejar de sonreír en ningún momento, cómo te habías inclinado ante ellas.

Nube no estaba contenta con el comportamiento de sus hermanas, evidentemente.

—Había en ellas una actitud de superioridad que me tuvo alterada días enteros. Yo pensaba: «También este hombre las

vio a ellas por vez primera. ¿Por qué temió tanto al escándalo al verme, tanto que ni siquiera se inclinó una vez, mientras con ellas se desató e hizo con descaro varias reverencias? Es obvio que mi aspecto no puede compararse con el de ellas, y también obvio que mi suerte no iguala a la suya. Si este hombre acude en busca de alguien,

buscará a aquellas ante las cuales se inclinó. ¡No saldrá en mi busca!».

»De modo que te aparté de mi corazón y nunca volví a quedarme en la puerta. Pero estaba constantemente atenta por si ibas a buscarlas a ellas. Normalmente somos como hermanas muy íntimas, pero a causa de este incidente comencé a apenarme, y por

eso, cuando nos encontramos hoy y dijiste que habías esperado seis meses a prestarme atención, no pude sino sospechar de ellas. Sólo cuando hiciste esos terribles juramentos comprendí que no había sido así. Toda esta comedia se originó en tu conducta. Dime, ¿crees que hiciste bien?

—Con esta injusticia en

tu mente —dijo Véspero—, no es extraño que te encolerizases. Pero ya que son tus hermanas, tienen que ser mis hermanas políticas, y deberías permitirme que las viera. Mi única intención es tratarlas como a mis hermanas políticas, y hacerles saber que tú y yo somos amantes. Ellas te humillaron con sus historias

sobre mis reverencias, de manera que déjame devolver el favor humillándolas a ellas, no sólo con las reverencias que acabo de hacerte sino también con nuestro amor. ¿Qué opinas?

—Nada de eso es necesario. No sólo somos hermanas, sino que hemos jurado compartir nuestra suerte, para bien o para mal.

Si me hubiesen engañado en esto, serían culpables. Pero dado que no quebrantaron su promesa, si yo ahora quebranto la mía y te guardo para mi propio placer, estaría en falta y eso es algo que no soportaría. Cuando las vea, tendré que explicarles todo y convencerlas de que no deben olvidar el anzuelo una vez cogido el pez, tratando de

igualarse a mí o de provocarme celos. Después te presentaré, a fin de hacerles saber que esta maravillosa criatura está aquí para que todas puedan apreciarla. A eso se refiere el dicho «Los tesoros del mundo deberían compartirse con la gente del mundo».

»Hay algo más. Quiero que entiendas bien que una

vez que hayas tenido a esas mujeres, no podrás cambiar tus sentimientos hacia mí. Tienes que seguir siendo tan amoroso conmigo como lo fuiste esta noche. Debes jurarme que nunca cambiarás.

Jubiloso, Véspero saltó de la cama y dirigió un juramento más espantoso aún al Cielo y a la Tierra;

después volvió a la cama y comenzó de nuevo a hacer el amor a Nube. Era como si dos recepciones a bodas se hubiesen entremezclado y hubieran sido invitadas tanto las hermanas políticas como la casamentera. ¿No te parece que la casamentera se habría emborrachado y que las señoras habrían comido hasta hartarse? Cuando se cansaron

de copular, durmieron entrelazados hasta el amanecer, momento en que Nube envió a Véspero a su casa por el puente de madera. De ahí en adelante se vieron todos los días y durmieron juntos todas las noches. Su amor era más profundo que el de esposo y esposa.

Todavía no sabemos en qué momento caerán las dos

hermanas en manos de Véspero. Pero se ha dicho lo suficiente de su obsesión por el sexo, desde el Capítulo segundo hasta este. Hagamos ahora una pausa de un capítulo y abordemos un tema totalmente distinto. Por supuesto, después de una o dos escenas de esta comedia, el protagonista masculino reaparecerá en el escenario.

CRÍTICA

En ficción no hay nada tan notable como *La alfombrilla de los goces y los rezos*, y en *La alfombrilla de los goces y los rezos* nada tan notable como este capítulo. Cuando te enteras del estadillo de Nube, te sientes confundido; no tienes idea de su causa y sospechas que el

autor acumula deliberadamente dificultades y peligros con el propósito de poner nervioso al lector. Sólo cuando llegas a la parte final te das cuenta de que aquello era perfectamente razonable y lógico, y no una estratagema.

Antes de convertirse en amante de Véspero, a Nube la carcomía una baja envidia, y

cabe pensar si, después de compartir la cama con él, no debería haber sentido unos celos perfectamente justificables. Esta es una característica común en las mujeres y un lance conocido en la ficción. Pero no sólo Nube no está celosa, sino que se enorgullece de hacer de casamentera celestial y de unir tres destinos

extraordinarios.

Ahora el lector se ha adentrado ya tanto en el camino a Shanyin que no tendría tiempo siquiera para aceptar una llamada del Palacio[53]. ¡Veamos de qué triunfos está disfrutando Véspero!

Capítulo decimotercero

Para satisfacer su odio,
rompe cazos y sartenes,
quema las naves;
Para vengar el adulterio,
duerme en el granero y bebe
a sorbos la hiel

Poema:

Como los *Anales de*
primavera y otoño
hacen hincapié en
la venganza[54],
yo me atrevo a escribir
una novela en la
misma vena.
El historiador Dong Hu
nunca rozó el
sexo[55],
pero las canciones de
Zheng–Wei no

dejaron mácula
moral[56].

Un poema sobre la lujuria
enfriará el corazón
libidinoso,
y una historia de
libertinaje
reprimirá al
libertino.

Dos antiguos enemigos
volverán a
encontrarse,
pero en otro sitio y no en
la senda estrecha.

Veamos cómo Honrado Quan renunció a trabajar después de la venta de su esposa, en parte porque le hervía la sangre de ira y en parte porque no era capaz de mostrar la cara en público. Pasaba los días sentado indolente en casa, atormentando a la criada de once años con preguntas sobre cuándo empezó su

esposa a dormir con ese hombre y si algún otro lo había ayudado.

Al principio la criada temía demasiado la malquerencia de su ama para hablar; pero, ahora que esta había sido vendida y probablemente no regresaría, reveló todo, desde las fechas en que Fragancia y su amante comenzaron y terminaron su

aventura hasta el hecho de que la vecina fea también había dormido con él. También reveló que el amante no era el «hombre grande», sino un joven apuesto. En realidad el «hombre grande» había ayudado al joven, y no a la inversa.

Ante esta nueva, el corazón de Quan se alteró, y

el hombre se apresuró a interrogar a los vecinos.

—Sí, *había* un joven apuesto —replicaron—, pero estuvo una sola vez, a diferencia de Pillo que iba y venía todo el tiempo. Además, Pillo es tan orgulloso que deja que otros lo sirvan, pero que jamás serviría a otros. Nunca actuaría en nombre de nadie.

Permanecieron en la ignorancia hasta que Fragancia se casó con Véspero, momento en que la historia se divulgó y se enteraron del engaño. En cuanto supo la verdad, Quan hizo averiguaciones sobre los antecedentes de Véspero y descubrió que se trataba de un extranjero que tenía esposa en su tierra y había

tomado a Fragancia como concubina.

«Si Pillo hubiese actuado en su propio nombre», pensaba Quan, «nunca se me habría ocurrido litigar con él ni vengarme. Ahora no tendría otra alternativa que la de soportar la situación en esta vida y arreglar cuentas con él en las cortes del infierno. Pero dado que el

responsable es otro, ¿cómo contener la furia que siento? Tengo que encontrar el modo de pagarle con la misma moneda. ¡No saldrá bien librado de esta! Si lo llevo al juzgado, por un lado contará con la ayuda de Pillo, lo cual significa que dispondrá de mucho dinero. En estos tiempos los funcionarios están dispuestos a hacer

favores, y a Pillo le bastará pedirles que se los hagan para que yo esté perdido. En segundo lugar, en un juicio matrimonial el veredicto depende del testimonio de los intermediarios, y los vecinos temen tanto a Pillo que no dirán una sola palabra en mi defensa. De mañera que por este lado estoy en un callejón sin salida.

»Las otras ideas que se me ocurren son imposibles de poner en práctica o es probable que no me den ninguna satisfacción. La única solución que veo consiste en ir a la tierra de ese hombre, visitar su hogar, abrirme paso a trancas y barrancas en la casa, y seducir a su esposa un par de veces. ¡Eso *si* que haría bien

a mi corazón! El sedujo a mi esposa, de manera que yo seduciré a la suya, devolviéndole ojo por ojo, como suele decirse. Ni siquiera el matarlo me proporcionaría tanto placer. "Donde hay voluntad hay un camino", reza el adagio. Si perseveras, no hay nada que no puedas hacer. En kilómetros a la redonda todos

saben que sedujo a mi esposa antes de casarse con ella, e imagino que lo que se habla a mis espaldas no es nada agradable. Si no me tomo la revancha, nunca podré seguir viviendo aquí, incluso sin el peso de esta injusticia en mi mente. Ahora que tiene a esa puerca mía, no creo que el hombre vuelva a su terruño, por lo que aprovecharé la

oportunidad para ir yo personalmente. Es posible que el Cielo no sea ciego y que manifieste su justo castigo ayudándome».

Una vez tomada esta decisión, vendió a la criada y todos sus muebles y enseres a cambio de dinero en mano, que añadió a los 120 *taels* del precio de la novia y al capital de su negocio. Después se

despidió de los vecinos y partió, rompiendo cazos y sartenes y quemando las naves.

Tras algunos días de viaje llegó a su destino y se instaló en una posada hasta averiguar dónde se encontraba la casa y reunir toda la información posible sobre las actividades de la familia. Antes de llegar, la

venganza le había parecido tan sencilla como sacar algo del bolsillo, y apenas había pensado en eso. Pero cuando supo dónde estaba situada la casa, y se enteró de algunas costumbres familiares, comprendió lo difícil que sería su tarea y comenzó a preocuparse.

Había supuesto que los aposentos de las mujeres en

las casas de otros hombres serían como los de la suya: que mientras los hombres estuvieran en casa las esposas se encontrarían, naturalmente, bajo un control estricto; pero cuando aquellos se alejaban, era como si las puertas no tuvieran cerrojos ni las casas habitantes; cualquiera podía entrar y salir a voluntad. No

tenía la menor idea de que las familias de los intelectuales eran muy distintas a las de los mercaderes; que sólo los parientes cercanos y los amigos íntimos podían cruzar *esos* umbrales. Y para colmo esta familia también se diferenciaba de otras familias de intelectuales: ni siquiera a los parientes más cercanos ni a los amigos íntimos se les

permitía la entrada en esa casa. Quan se encontraba en un laberinto. «Parece que al fin y al cabo lo que tengo en mente no será posible», pensó, «pero ya que me he embarcado en esta aventura, me esforzaré al máximo por llevarla a cabo. Si fracaso, será una señal de la voluntad del Cielo. Tras un viaje tan largo y difícil, aunque aún no

veo la forma de cumplirlo, no me dejaré asustar por el nombre Puerta de Hierro».

Quan pensaba alquilar una habitación cercana en la que alojarse en espera de su oportunidad, pero la casa de Puerta de Hierro estaba aislada, rodeada de terrenos baldíos. Si un hombre casado no habría podido instalarse al lado, ¿qué posibilidad tenía

un soltero de otra parte del país de instalarse y llevar a cabo una seducción? Al comprender que allí no había nada que pudiera alquilar, emprendió el camino de regreso a la posada. Todavía no había andado cincuenta metros cuando vio un tablón clavado en un árbol junto a la casa de Puerta de Hierro. Aparentemente contenía un

mensaje. Quan se acercó y descubrió que así era. En letras grandes, el mensaje decía:

TIERRAS INCULTAS PARA CULTIVAR.
PRIMERA COSECHA, RENTA GRATIS

Quan paseó la mirada a su alrededor; hasta donde alcanzaba la vista sólo había

brezos. «Deben de ser estos terrenos», pensó. «Quienquiera que sea el propietario, tiene que tener una choza para el rentero. Sería el lugar ideal para mí. Viviría cerca y, con el pretexto de trabajar la tierra, podría espiar y enterarme de qué ocurre en casa».

En una vivienda de las inmediaciones, preguntó:

—¿Quién es el propietario de la tierra sin labrar? ¿Se alquila alguna choza al que la cultive?

—El nombre del propietario es el maestro Puerta de Hierro —fue la respuesta—, y vive en aquella casa aislada. No hay ninguna choza en los terrenos. El maestro Puerta de Hierro deja que el rentero

se busque su propio alojamiento.

—Estoy pensando en trabajar esa tierra para él —dijo Quan—, y me pregunto qué clase de amo será.

El otro meneó la cabeza.

—¡El hombre más insoportable del mundo! Si fuera fácil tratar con él, hace tiempo que esa tierra estaría arrendada.

—Insoportable, ¿en qué sentido? —preguntó Quan.

—Según la costumbre, se da por sentado que por roturar la tierra son tres años de renta gratis, pero él sólo concede un año y exige la renta desde el principio del segundo. Y esta sólo es una entre muchas razones. Es tan tacaño que se empeña en no dar alojamiento a los

sirvientes, de modo que no tiene a nadie que lleve su casa. Ser su rentero significa trabajar doble; cuando hay que hacer algo en la casa, te llama para que lo hagas sin darte nada a cambio. Hace tres años hubo uno que roturó la tierra, pero no soportó que lo mangonearan tanto y se marchó antes de la siembra de primavera. Por eso ahora

la tierra está sin trabajar.

Quan estaba más que contento con las novedades. «Lo que a mí me interesa es entrar en la casa», pensó. «Una vez dentro, tendré posibilidades más que razonables. Hay hombres que no soportan que les den órdenes, pero yo estoy ansioso por obedecerlas. Otros esperan que se les

pague, pero yo estoy dispuesto a trabajar gratis. Necesito que él me emplee si quiero tener éxito; sin embargo no es algo que pueda arreglar en un día. Si su hijo político vuelve y descubre mi plan, me veré en auténticas dificultades. Afortunadamente no nos conocemos, aunque somos enemigos, de modo que

aunque volviera no me reconocería. Bastará con que me cambie el nombre y nunca sabrá quien soy».

Cambió, en efecto, su nombre por el de Lai Suixin, porque había ido (*lai*) a vengarse, y consiguiéndolo satisfaría su deseo (*sui xin*). Mas, para ahorrarle confusiones al lector, el autor seguirá llamándolo Honrado

Quan.

Tras cambiar de nombre, Quan redactó un contrato y fue a la casa a esperar al propietario. Sabía que no tenía sentido llamar al portal del maestro Puerta de Hierro y se resignó a esperar fuera. Ese día no salió nadie y Honrado Quan regresó a la posada. Cuando volvió a presentarse al día siguiente,

tuvo la suerte de encontrar al maestro Puerta de Hierro esperando fuera, provisto de pesas y una cesta, para comprar legumbres. Por el aspecto severo del hombre y su vestimenta austera, Honrado Quan tuvo la certeza de que era Puerta de Hierro, por lo que se acercó a él y le hizo una profunda reverencia.

—¡Maestro Puerta de

Hierro! ¿Es posible que ese sea tu honorable nombre, señor?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tengo entendido que tienes unas tierras y que estás buscando a alguien que te las trabaje. Como no tengo capital para abrir un negocio propio, me gustaría alquilar tus terrenos y trabajarlos.

¿Estarías dispuesto a alquilármelos?

—Arar la tierra no es trabajo para un hombre débil ni perezoso, ya lo sabes. ¿Conoces el esfuerzo físico que supone? ¿Eres capaz de trabajar sin descanso? No puedes andar haraganeando en el trabajo ni descuidar mi propiedad.

—Estoy acostumbrado a

trabajar en condiciones muy duras, y mi fuerza será suficiente. Si dudas de mí, ¿por qué no me pones a prueba un tiempo? Si no soy capaz de hacer la tarea, podrás decirme que me vaya y tomar a otro.

—No tengo choza para ti. ¿Dónde vivirás?

—Ese no es ningún problema. Sólo debo

preocuparme de mí mismo, pues no tengo esposa. Deja que construya con mis propias manos y de mi propia pecunia una choza de paja. ¿Para qué pagar alquiler en otro sitio mientras cultivo tus tierras?

—Bien. En tal caso, puedes ir a redactar un contrato.

—Aquí lo tengo —dijo

Quan, tendiéndole el que había preparado.

Al notar el aspecto ordinario de Quan, el maestro Puerta de Hierro consideró que sería un sirviente bueno y fuerte, que no sólo trabajaría la tierra sino que le serviría como mano de obra para las faenas pesadas de la casa. Aceptó el contrato y dio permiso a Quan para que

levantara una choza de su propia pecunia.

Quan, que tenía mucho dinero, compró madera y paja, contrató a un par de carpinteros y techadores, y en unas horas concluyeron el trabajo. Aunque sólo era una choza, se veía flamante. Al menos ahora Quan tenía un lugar que podía llamar suyo.

Compró un juego de

aperos de labranza y todas las mañanas se levantaba temprano, tras lo cual, sin perder siquiera un minuto en lavarse o peinarse, salía al campo a cortar los juncos y cavar el suelo, con la esperanza de que el maestro Puerta de Hierro se sintiera impresionado por su diligencia.

Frente a los terrenos,

Puerta de Hierro tenía un estudio en el que pasaba casi todo el día. Por costumbre madrugaba mucho, de modo que cuando vio que Quan ya estaba trabajando se sorprendió. De hecho, Quan había limpiado ya una buena parte de terreno incluso antes de que Puerta de Hierro se despertara. Desde entonces, este no tenía más que

alabanzas para él, y si en la casa había que hacer algún trabajo pesado que no podían llevar a cabo las criadas llamaba a Quan para que lo hiciera. Honrado Quan se esmeraba en complacerlo, duplicando sus esfuerzos para servirlo en la casa, tal como hacía en las tierras. No sólo no pedía que le pagara, sino que se negaba a comer

lo que le correspondía. En una ocasión, cuando estaba a punto de marcharse, el maestro Puerta de Hierro, impresionado por lo mucho que había trabajado, le ofreció una jarra de un licor fuerte para tonificarlo. Pero Quan respondió que eso no iba con él, jamás probaba una gota, y en cualquier caso prefería ir a su choza y beber

algo comprado por él mismo antes que poner en gastos a su amo, gastos que quizá serían responsables de que no volviera a pedirle ayuda en el futuro.

Antes de entrar en la casa, se había sentido muy preocupado. «¡Qué fea ha de ser su hija», se decía, «para obligar a su marido a abandonar la casa en busca

de otras mujeres! Hasta yo mismo he tenido una mujer hermosa con la cual dormir. ¿Y si logro seducirla, echo un vistazo a su cara espantosa y mi pene se niega a empinarse? ¿Qué ocurrirá si yo estoy dispuesto a vengarme y el pene no coopera?».

Se animó considerablemente cuando

entró en la casa y vio a una muchacha extraordinariamente hermosa, aunque no estaba seguro de quién era. Más adelante, al oír que las criadas la trataban de *ama* supo que era, en efecto, la hija del maestro Puerta de Hierro. «Merece la pena dormir con una mujer como esa», meditó. «¿Por qué la

dejó sola aquel hombre y se fue a perseguir a las esposas de otros?».

Aunque se obligó a sí mismo a ser aún más paciente y metódico en el plan de venganza, su aparato no estaba predispuesto a tanta paciencia. Este insistía en «destruir al enemigo antes del desayuno» y levantaba la bandera de la rebelión cada

vez que la veía. Pero Quan era un hombre muy cauto y, al ver el estricto aislamiento de las mujeres en la casa, nunca dejó traslucir que la observaba, y siempre pasaba junto a ella con la cabeza gacha, sin decir una sola palabra, muy circunspecto.

En el plazo de unos meses el maestro Puerta de Hierro, al notar lo trabajador,

honesto y abstemio que era, se había aficionado mucho a él. «Cuando mi hijo político se marchó», pensó, «me dio unos *taels* para contratar a un sirviente. Pero casi todos los despenseros que he visto en otras casas son perezosos y sólo les interesan los manjares. Los hombres fiables son una ajustada minoría, razón por la cual no

he dudado en no contratar a nadie. Pero un hombre como este vale tanto como las provisiones de toda una vida. Yo diría que dado que es pobre y no tiene a quien recurrir, estaría dispuesto a venderse como esclavo, aunque en este sentido sería un problema. Traer a un hombre soltero a casa tiene dos inconvenientes: primero,

como nada lo retendría, podría tratar de marcharse con mis objetos valiosos; segundo, ¿cómo haría yo para mantener separados a ambos sexos? No sólo es necesario vigilar a las criadas, sino que están además los problemas que plantea tener una hija en casa. Sin embargo, tengo muchas criadas. Si él estuviera dispuesto a

venderse, yo estaría dispuesto a darle a una de ellas en matrimonio. Con una esposa que lo mantuviera sujeto, no se sentiría inclinado a marcharse. Y además una esposa siempre lo tendría vigilado dentro de la casa, lo que aliviaría mi angustia».

Aunque el maestro Puerta de Hierro tenía la intención

de proponérselo, temía que Quan se negara, por lo que dudaba en planteárselo directamente. Un día se acercó a ver cómo su rentero cavaba con la azada y disimuladamente lo sondeó con un par de observaciones.

—Trabajas mucho y no derrochas tu dinero. En justicia, tendrías que formar una familia. ¿Por qué no

tomas una esposa? ¡Un hombre de tu edad y todavía solo!

—Según un viejo dicho, «Con cerebro eres capaz de sustentar a mil, pero con carne sólo a uno» —dijo Quan—. La gente que trabaja con las manos apenas está en condiciones de arreglarse él mismo. ¿Cómo puedo pensar siquiera en casarme?

—Pero el hombre *necesita* de esposa e hijos en la vida. Ya que no puedes darte el lujo de casarte, ¿por qué no entras en una casa que te proporcione una esposa? Si tienes un hijo, quedará alguien detrás para quemar el dinero en tu lugar cuando ya no estés. ¿Para qué esclavizarte toda la vida sin tener nada que mostrar al

final?

A partir de estas observaciones Quan comprendió que Puerta de Hierro estaba pensando en tomarlo a su servicio en la casa, y respondió con su propia táctica.

—«Un gran árbol da buen cobijo» —contestó—. Estoy familiarizado con ese proverbio, por supuesto. Pero

ser dependiente tampoco es sencillo. Por un lado, puede tocarte un amo de corazón duro que te golpee e insulte en lugar de darte las gracias, aunque hayas trabajado para él noche y día como un buey. En segundo lugar, quizá no te acepte el resto del personal. Se trata de personas que estaban allí antes, y esperan que te sometas a ellas. Y, si

no están dispuestas a esforzarse por su amo, temerán que tu lealtad los delate, de manera que pondrán contra ti al amo y lograrán que sea imposible quedarte. A menudo he visto esta clase de injusticia en casas distinguidas, y por tal motivo tendría que pensarlo mucho antes de entrar al servicio de una casa.

—Esas casas distinguidas son muy grandes y tienen muchos sirvientes, entre los cuales siempre hay discordias e indiferencia, motivos por los que ocurren tales injusticias. Pero en una casa de tamaño moderado, el amo conocería las virtudes y defectos de su personal; más aún, tendrías muy pocos colegas y ningún problema

de adaptación. Piensa en una casa del tamaño de la mía, con un amo tan ilustrado como yo. ¿Te interesaría, suponiendo que allí hubiera una esposa esperándote?

—¡Eso sería ideal! *Claro* que me interesaría.

—Bien, para serte sincero, necesito un sirviente. El único motivo por el que no lo tengo es que no he

encontrado a ninguno adecuado. Al ver lo honesto y trabajador que eres, he sopesado la idea de tomarte, y por eso te he hecho tantas preguntas. Si realmente estás dispuesto, ve a redactar un contrato aclarando cuántos *taels* quieres para cerrar el trato, y yo me ocuparé del resto. El día en que te unas a mi casa, escogeré para ti a

una criada como esposa. ¿De acuerdo?

—¡De esa forma tendría a quién recurrir el resto de mi vida! Mañana traeré el contrato. Pero quisiera señalar una cuestión. Mis deseos sexuales son muy modestos, y para mí no es importante tener o no tener esposa. ¿Por qué no esperar por el momento? Habrá

tiempo más que suficiente para darme una esposa después de unos cuantos años de servicio, cuando mis fuerzas hayan menguado. Por ahora lo único que deseo es servirte con todo mi corazón, sin que una mujer agote toda la energía que necesitaré para las faenas de la casa y de la tierra. En cuanto a eso que llamas precio de la

esclavitud, aún hay menos necesidad de hablar de ello. Dado que me estoy vendiendo a mí mismo y no tengo padres ni hermanos, no hay nadie en el mundo a quien pueda darle el dinero. En cuanto forme parte de tu casa, mientras tenga ropa y comida, estaré perfectamente bien. ¿Para qué quiero dinero? Pero si el contrato no

menciona una suma, supongo que no puede decirse que me haya vendido. Puedes poner la cifra que quieras, pero de hecho no necesitas gastar nada en mí.

Maestro Puerta de Hierro sonrió de oreja a oreja.

—¡Cuánto bien hace a mi corazón oírte decir eso! Cualquiera puede darse cuenta de que eres un

sirviente digno de confianza. Pero sólo te permito rechazar una de mis ofertas, no ambas. Si no aceptas tu precio, tal vez yo pueda guardar el dinero hasta que llegue el momento en que necesites ropa. Pero no aceptaré que no tomes una esposa. Los que se venden como sirvientes con vínculos de esclavitud siempre lo han hecho para

conseguir esposa y gozar un poco del placer conyugal. ¿Por qué no quieres hacerlo *tú*? Si no aceptas tu precio ni una esposa, parecerías completamente independiente y, aunque te dirigieras a mí como a amo, yo me sentiría muy mal llamándote sirviente y dándote órdenes. Si insistes en eso, creo que no podré

aceptarte.

—Sé lo que piensas, señor —dijo Quan—. Temes que no sea fiable, y piensas que algún día querré irme. Deseas darme una esposa para evitar que sea desleal. Bien, no soy tan canalla, te lo aseguro; sin embargo, ya que tanto te preocupa, aceptaré tu oferta.

Después de esta

aclaración, Quan no esperó al día siguiente; redactó un contrato y se lo sometió al maestro Puerta de Hierro esa misma noche. El amo tampoco esperó y le dio en matrimonio a una criada esa misma noche. Le dijo a Quan que derribara la choza y se trasladara a su casa. Previamente lo llamaba Lai Suixin, pero ahora comenzó a

llamarle simplemente Suixin. Por extraña coincidencia la criada que le dio en matrimonio se llamaba Ruyi (*deseo satisfecho*). Dada esta coincidencia, evidentemente la venganza es ahora más probable que nunca, pues al nombre Suixin se ha añadido el portento de Ruyi.

CRÍTICA

Una característica maravillosa de este capítulo es la manera tosca y directa en que Honrado Quan logra, por medios poco limpios y tortuosos, abrirse paso por la «puerta de hierro», restableciendo así la hazaña amorosa del poeta Sina Xiangru. Y la segunda maravilla es el modo en que el maestro Puerta de Hierro,

que se ha preocupado por todas las contingencias posibles y tomado todas las precauciones que es dable concebir, cae de lleno en la trampa de Honrado Quan como un Zhuo Wangsun[57] de nuestros tiempos. ¡Los pensamientos y la imaginación de *La alfombrilla de los goces y los rezos* también merecen

calificarse de tortuosos en alto grado!

Capítulo decimocuarto

Cuando él cierra la puerta para hablar de amor; las paredes oyen;
cuando ella prohíbe que la miren bañarse, porque «aquí no hay dinero».

Poema:

A la mujer lujuriosa le
encanta espiar al
hombre,
pero se indigna cuando él
la espía a ella.
Su indignación tiene un
único propósito:
que en sus bonitos labios
enfurruñados él
entretenga los ojos.

Veremos ahora que la

historia de cómo se vendió Honrado Quan guarda mucha relación con lo que viene después. Mucho antes de que él entrara en la casa, Esencia de Jade había caído presa de una secreta melancolía que nuestro pincel ha estado demasiado ocupado para describir, pero que ahora narraremos. Precisamente en la cumbre del placer sexual,

fue separada del marido por el monstruo de su padre, lo que la dejó como a un borracho que acaba de renegar del vino o como a un goloso que acaba de renunciar a pasteles. Ni siquiera logró soportarlo durante unos pocos días, por no hablar de soportar años enteros como mujer sin marido. Privada de auténticos

placeres, se vio reducida a acomodar el álbum erótico frente a ella para tratar de saciar su sed mirando ciruelas y satisfacer su hambre dibujando un pastel. No obstante, descubrió, para mayor congoja, que mirar ciruelas aumenta la sed en lugar de saciarla y que dibujar pasteles agudiza el hambre en lugar de

satisfacerla. Cuanto más miraba el álbum, peor se sentía, hasta que finalmente lo dejó de lado y sacó algunos libros intrascendentes, con la esperanza de aliviar su desdicha y aburrimiento.

Amable lector, ¿qué clase de libros supones que tendría que haber leído si quería aliviar su desdicha y

aburrimiento? En mi humilde opinión ninguna pieza teatral o novela habría servido de nada. Sólo los libros que su padre le había enseñado a leer de niña, como *Vidas de mujeres virtuosas* y *Clásico de piedad filial para niñas*, habrían respondido a su necesidad. Si hubiese estado dispuesta a cogerlos y leerlos, la lectura habría

aliviado su desdicha y aburrimiento, y también habría saciado su sed y satisfecho su hambre. Entonces habría estado en condiciones de soportar una auténtica viudez, y más aún una separación.

Pero Esencia de Jade siguió otro camino y prestó un crédito indebido a *Cuatro virtudes para niñas* y a *Tres*

obediencias para mujeres, que estipulan: «Antes de casarte obedece a tu padre; después de casarte, a tu marido». En consecuencia, hizo caso omiso de los libros de su padre y empezó a leer los del marido, tropezando con un buen acopio de obscenidades como *Relato de la mujer boba, Historia oficiosa del diván bordado* y

Vida del señor de la satisfacción perfecta, que leyó atenta y metódicamente. Notó que estos libros ensalzaban invariablemente las vergas extremadamente grandes o excepcionalmente largas, apelando a expresiones como «la cabeza del tamaño de un caracol», «el tronco como un conejo despellejado», y «fuerte

como para sustentar un celemín de granos sin doblarse». También notó que las embestidas de los hombres se contaban por miles y decenas de miles, y no por docenas y centenares.

«Sencillamente, no creo que haya un hombre tan fuerte entre el Cielo y la Tierra, ni ninguno con un aparato tan impresionante»,

reflexionó. «El de mi marido mide menos de seis centímetros, tiene el grosor de dos dedos, y no resiste más de un par de cientos de arremetidas antes de descargarse. ¡Jamás ha llegado al millar! ¡Él mismo me dijo que no tenía igual entre los hombres, o sea que sin la menor duda no puede haber nadie *docenas* de veces

más fuerte que él! Como reza el adagio. “Más vale no tener libros, a creer todo lo que lees”. ¡Estos absurdos tienen que haber sido inventados por los autores! ¡Semejantes maravillas no existen!».

Pero su escepticismo no duró mucho tiempo. «Tampoco eso es verdad», reflexionó. «Vivimos en un mundo grande, con un gran

número de hombres, entre quienes tiene que haber todo tipo de casos excepcionales. ¿Cómo sé que lo que los libros dicen no es verdad? Si una mujer pudiera casarse con un hombre de esos, sus placeres de alcoba serían indescriptibles. ¡Estaría poco dispuesta a cambiar de sitio con los inmortales del Cielo! ¡Pero es demasiada

ambición!». Así, después de pasar del escepticismo a la fe, cayó de nuevo en el escepticismo.

Día tras día se levantaba y, descuidando sus labores de punto, se enfrascaba en esos libros con la intención de avivar la excitación sexual hasta un punto febril para que cuando llegara su marido pudieran aliviarla juntos.

Pero, a medida que pasaba el tiempo sin saber nada de él, no pudo dejar de experimentar cierta dosis de resentimiento. «He notado que en estos libros no hay una sola mujer que tenga varios amantes», comenzó a pensar. «Evidentemente, en cambio, es muy frecuente tener uno. Debo de haberme comportado muy mal en mi

existencia anterior para tener semejante bestia como marido en esta. ¡Apenas un par de meses después de nuestra boda, se marcha y permanece alejado durante años! Dudo de que alguien tan sexual como él siga tanto tiempo por el buen camino sin desviarse. Si, *en efecto*, se ha descarriado, no puede estar mal que yo misma

tenga una aventura. La pena es que a las mujeres nos controlan tan rigurosamente que ni siquiera *vemos* nunca a un hombre».

Al llegar a esta etapa de sus pensamientos, trasladó el resentimiento de su marido a su padre y ansiaba que este falleciera para poder traer a un hombre a casa.

Así las cosas, cuando

puso por primera vez los ojos en Honrado Quan, ella era como un águila voraz que divisa una gallina, o como un gato hambriento que ve un ratón: bastos o delicados, hermosos o feos, lo único que quería era engullírselos. Mientras él todavía trabajaba la tierra Esencia de Jade nada podía hacer con respecto a sus deseos; en primer lugar,

porque el hombre era terriblemente mojigato y ni siquiera la miraba al pasar a su lado, y sin duda no se pondría a dar saltos de alegría ante una invitación; en segundo lugar, porque llegaba de día y desaparecía por la noche y, aunque aceptara, no contarían con el tiempo y el lugar adecuados para copular. Pero, cuando se

enteró de que Quan se estaba vendiendo como sirviente con lazos de esclavitud, brincó de gozo su corazón y resolvió que lo atraparía la primera noche que pasara en la casa.

No obstante, tal como ocurrieron las cosas, el que aguardaba ansiosamente la satisfacción de sus deseos (*suixin*) no los satisfizo,

mientras otra que no esperaba satisfacer los suyos (*ruyi*) lo logró. Esencia de Jade vio con una estocada de celos cómo la pareja hacía los juramentos y entraba en el dormitorio. Esperó a que el padre se durmiera y luego escapó de su habitación para espiar cómo hacían el amor. La verga de Honrado Quan no era en modo alguno

insignificante y Ruyi, aunque pasaba de los veinte años, seguía siendo virgen porque el amo, en virtud de sus elevados principios, nunca había recurrido a ella. ¿Cómo un espacio apenas lo bastante grande para contener un dedo soporta en su interior una maza de lavar ropa? Naturalmente, Ruyi gritó y gimió tanto como para que se

estremecieran los Cielos; incluso la propia espía empezó a sentir dolor por ella.

«Esta criada es unos pocos años mayor que yo», pensó Esencia de Jade. «En *mi* noche de bodas sólo sentí una pequeña incomodidad mientras mi marido se abría camino. ¿Por qué parece ella tan indefensa y hace tanto

alboroto por un dolor tan insignificante?».

Quan notó que su esposa no soportaba la penetración y se apresuró a poner punto final a la escena. Esencia de Jade, tras estar un rato sin oír nada interesante, volvió a su cama. Regresó a espiar unas cuantas noches más y oyó más gritos de dolor, pero ninguno de placer.

Después de la tercera noche, sin embargo, el don de Quan estaba destinado a ser el protagonista. Las noches anteriores Quan había apagado la lámpara antes de acostarse, pero en esta ocasión, como si supiera que alguien observaba y quisiera exhibir sus méritos, no apagó la vela ni bajó las colgaduras. Antes de penetrar a Ruyi, le

pidió que le acariciara el pene, que medía más de veinte centímetros de largo y no cabía en una mano. Para entonces la vagina bien humedecida de Ruyi estaba más dilatada, y Quan desplegó toda su potencia. El número de acometidas fue comparable al que Esencia de Jade había leído en los libros, pues el hombre no paró hasta

después de varios miles, momento en que Ruyi había pasado gradualmente de una aguda incomodidad al más exquisito de los placeres. Sus movimientos frenéticos y sus gemidos estremecieron realmente los Cielos, y la observadora, que con anterioridad había sentido dolor por ella, comenzó ahora a sentir placer. De

hecho, los flujos resultantes de la observación superaron los del acto sexual propiamente dicho, y no sólo se le mojaron los pantalones, sino que se le humedeció la parte superior de las medias.

A partir de entonces Quan se convirtió en una obsesión para Esencia de Jade. Él, por su parte, cambió su estilo en cuanto entró como miembro

de la casa, abandonando por completo sus modales pudibundos. Cada vez que se cruzaba con Esencia de Jade, la miraba con descaro a los ojos. Si ella sonreía, él también lo hacía, y si ella parecía triste, él respondía con una mirada de tristeza.

Un día Esencia de Jade se estaba bañando en su habitación cuando él pasó

cerca y por casualidad tosió. Ella lo reconoció y, con la esperanza de despertar sus deseos logrando que la contemplara, gritó:

—¡Me estoy bañando! Quienquiera que sea el que esté ahí fuera, que no entre.

Quan comprendió que ella lo decía en el sentido de *aquí no hay dinero*. Como no quería decepcionarla,

humedeció un pequeño trozo de la ventana de papel y la observó.

Esencia de Jade vio que había alguien al otro lado de la ventana y comprendió que no podía ser otro que Quan. Antes ella estaba de espaldas a la ventana, pero ahora se volvió hasta que los pechos y la vulva quedaron directamente de frente,

ofreciéndoselos para que los observara. Por temor a que la parte más importante de todas quedase medio oculta bajo el agua, se echó hacia atrás y abrió las piernas, obsequiándole con una visión frontal completa. Tras permanecer así un rato, se incorporó, se acarició la vulva con ambas manos, la miró y exhaló un profundo

suspiró, insinuando que anhelaba la oportunidad de darle uso.

Ante semejante vista, los deseos de Quan se descompusieron y ya no pudo dominarlos. Sabía además que el deseo de ella estaba en su punto máximo y que se sentía amargamente frustrada. Si no aceptaba la invitación, ella se lo

reprocharía; e, inversamente, si la aceptaba, no sería rechazado. Abrió la puerta de par en par, irrumpió en el dormitorio y, arrodillándose delante de ella, imploró:

—¡Tu esclavo merece morir! —a continuación se puso de pie con dificultad y la cogió en sus brazos.

Esencia de Jade fingió sobresaltarse.

—¿Cómo te *atreves* a tomarte semejantes libertades?

—Señora, la única razón por la que me vendí fue para entrar en la casa y estar con vos. Tenía la intención de declararos mis sentimientos cuando estuviéramos solos para obtener vuestro permiso antes de cometer ninguna imprudencia. Pero hoy pasé

por casualidad, vi lo increíblemente suave y delicada que es vuestra preciosa persona, y no pude contenerme más. Tuve que entrar e imponeros mi presencia. ¡Os ruego, señora, que me perdonéis la vida!

Esencia de Jade tenía preparadas unas cuantas protestas más, pero temió que le llevara demasiado

tiempo pronunciarlas y entretanto alguien los descubriera.

—Bien, ¿qué es entonces lo que piensas hacer? —le preguntó—. Este baño no es el lugar más adecuado para hacer nada.

—Comprendo que este no es el momento ni el lugar, pero os ruego que me permitáis veros esta noche.

—¡Pero esta noche dormirás con Ruyi! Ella nunca te permitiría venir.

—Ruyi tiene el sueño muy profundo. Después del coito se queda dormida hasta el amanecer, e incluso entonces tengo que llamarla muchas veces para despertarla. No se enterará si la engaño y me reúno con vos durante la noche.

—Muy bien, puedes hacer lo que sugieres.

Ahora que contaba con su consentimiento, Quan la acarició y la besó, y luego hizo amago de marcharse. Ella lo llamó, pues le preocupaba que no cumpliera su palabra.

—¿De verdad vendrás esta noche? Si así es, dejaré la puerta abierta. Si no estás

seguro, echaré el cerrojo y me dormiré.

—¡Claro que vendré! Pero os ruego que tengáis un poco de paciencia. No os pongáis demasiado ansiosa.

Cerrado el trato, se separaron.

Ya anochecía. Esencia de Jade se secó pero no se vistió ni cenó. Se tendió en la cama, con la intención de echar una

siesta y reunir fuerzas para el encuentro de la noche, pero no logró conciliar el sueño y permaneció allí, impaciente, hasta el principio de la segunda vela, cuando oyó que la puerta crujía. Tenía que ser Quan.

—Hermano Suixin —susurró—. ¿Eres tú?

—Sí, queridísima señora, soy yo —respondió él

también en un susurro.

Temerosa de que Suixin, en la oscuridad, no encontrara el camino hasta su cama, Esencia de Jade se levantó y lo guio. También le preocupaba que el hombre, en su ignorancia de las proporciones de ella, fuera excesivamente brutal, de manera que le dio instrucciones:

—Queridísimo, he notado que esa cosa tuya es diferente a la de otros hombres. Al principio no podré soportarla, por lo que te ruego que lo hagas lentamente.

—Jamás me atrevería a ofender a tu preciosa persona. Conozco un medio de entrada muy eficaz que no te causará ninguna incomodidad.

—Te estaré eternamente agradecida —murmuró Esencia de Jade.

A pesar de todo Quan sospechó que el recato de ella era mera lisonja hacia él. Al fin y al cabo su marido era un adúltero, y tenía que estar bien dotado. Sin duda no le causaría dolor a su propia esposa. Quan apretó la verga contra la vulva y, de todos

modos, procedió a ofender a su preciosa persona. El dolor fue excesivo para Esencia de Jade, que perdió la paciencia.

—¿Has olvidado tu promesa en el mismo momento de cumplirla? ¿Qué significa tanta prisa cuando te dije que lo hicieras con cuidado?

Imposibilitado de penetrarla, Quan comprendió

que la solicitud de ella no era falso recato y se disculpó.

—Sinceramente, mi amada, esta es la primera vez que veo a una joven tan hermosa, y cuando te toqué perdí la cabeza y no pude contenerme. Por eso actué con demasiada energía y te alteré. Permíteme volver a empezar haciendo todo con mayor lentitud —y levantó el

pene y lo frotó a ambos lados de la vulva. Temeroso no sólo de penetrar en la habitación interior sino de recorrer el pasillo, empujó entre las nalgas de Esencia de Jade.

¿Por qué crees que lo hizo así? Porque estaba empleando el método conocido como «Apartar las piedras para que fluya el

manantial». El mejor lubricante del mundo es el flujo vaginal, una sustancia creada por el Cielo y la Tierra con el fin de humedecer la vulva y el pene. La saliva, aunque aceptable, no tiene ni punto de comparación con este otro jugo. En general se emplea la saliva cuando el hombre está demasiado impaciente para

aguardar el flujo y recurre entonces a lo que tiene en su boca. Pero el agua de otro manantial nunca es tan buena como la del propio. Este flujo es más cómodo… y también más apropiado, porque usarlo para humedecer la vagina se atiene al mismo principio de usar agua de río para cocinar pescado de río: el sabor del pescado no se adultera, y

además se deshace en la boca más fácilmente. Antes Quan desconocía esta técnica, pero al principio de su matrimonio con Fragancia le resultaba difícil penetrarla a causa del tamaño de su verga, y ella se había devanado los sesos hasta descubrir este método, que facilitaba lo que antes parecía imposible. La vagina de Esencia de Jade era

aproximadamente del mismo tamaño que la de Fragancia en aquellos tiempos, circunstancia que llevó a Quan a pensar en ella. También recordó su antiguo problema y, con él, la antigua solución. Situando el pene entre las nalgas de ella, dio a su vulva tal masaje que el interior comenzó a escocer terriblemente y, como

corresponde, manaron los jugos, tras lo cual Quan se sintió como un bote muy cargado a flote en arenas azotadas por las inundaciones de primavera y barridas cientos de kilómetros corriente abajo.

Entretanto, al notar que él había traspasado el umbral, Esencia de Jade pensó que Quan se había perdido en el

camino y estaba utilizando la brecha entre sus nalgas como una vulva, y se echó a reír entre dientes.

—¿Qué estás *haciendo* ahí abajo? —le preguntó.

—Haciendo el amor. Sin duda sabes lo que es *eso*.

—No, sospecho que lo estás haciendo mal. *Nosotros* nunca lo hicimos así.

—Lo estoy haciendo muy

bien. Vosotros debíais de hacerlo mal. Créeme si te digo que esto te dará placer.

Tras unas cuantas arremetidas, el interior de los muslos de ella comenzó a ponerse resbaladizo y Quan supo que habían llegado las inundaciones de primavera.

Pensando que el flujo podría volver ahora todo tan resbaladizo que lo haría

deslizarse en otro sitio en lugar de penetrarla, le abrió las piernas, le cogió la mano, y puso el pene en ella.

—Tienes razón —dijo—, lo hice mal antes y ahora no encuentro el lugar acertado. Muéstramelo, por favor.

Esencia de Jade levantó la vulva y situó el glande directamente encima.

—Ahora está en el lugar

adecuado. Prueba, y entonces me entregaré.

—Un momento —dijo Quan—. Espera a que haya cruzado el umbral.

Esencia de Jade sabía muy bien en qué andaba, y al oírlo utilizó también la otra mano, rodeándole la verga con ambas manos, a la manera de un muro exterior, para cerciorarse de que

penetrara. Quan avanzó, comenzando por el muro exterior y luego penetrando poco a poco, cada vez más adentro, hasta que después de más de veinte arremetidas su pene, que superaba los veinte centímetros y era demasiado grueso para abarcarlo con la mano, recorrió todo el camino.

Al notar que él era

experto en técnicas sexuales, Esencia de Jade se mostró más amorosa aún. Lo abrazó con firmeza y le dijo:

—Queridísimo, ¿cómo puedes ser tan entendido y delicado si no tenías experiencia con las mujeres? Mi marido siempre tuvo aventuras y visitó casas de prostitutas, pero nunca fue tan gentil y considerado

como tú. ¡Contigo podría morir de amor!

Al oír este panegírico cuando apenas había empezado a cumplir con su obligación, Quan redobló sus esfuerzos. No era momento de dormirse en los laureles. Temió que ella lo tomara por un ser débil si arremetía con excesiva lentitud y por un ser violento si iba demasiado

rápido, de modo que siguió adelante sin demasiada ferocidad ni suavidad, ni lento ni veloz, hasta que ella fue absolutamente incapaz de emitir una sola palabra de alabanza, para no hablar de hacerle un panegírico, momento en que Quan interrumpió todo movimiento. En su relación conyugal, Esencia de Jade

jamás había experimentado un estremecimiento semejante. A partir de entonces lo único que ella deseaba era que él la visitara todas las noches.

Al principio mantuvieron a Ruyi en la ignorancia, pero luego se les ocurrió que no podían seguir siempre así, y que más valdría contárselo ahora y actuar abiertamente.

Por temor a que se pusiera celosa, Esencia de Jade se empeñó en compensarla. Nominalmente eran ama y criada, pero de hecho eran más esposa y concubina. A veces una de ellas dormía con él toda la noche y otras veces lo compartían, cambiando de lugar a medianoche. E incluso en algunas ocasiones festivas

durmieron los tres juntos, y Quan, dudoso de quién era ama y quién criada, gritaba indiscriminadamente «querida» al alcanzar el clímax.

Su motivo original había sido la venganza; esperaba seducir a Esencia de Jade, dormir con ella unos cuantos meses, y luego marcharse. No podía permitirse el lujo

de quedar cautivo y derrochar tanto su energía con el sexo constante como para que al final fuera ella quien se vengara. Pero siempre nos es difícil liberarnos de un enemigo predestinado. Había dormido varios años con Fragancia sin tener hijos, y sin embargo la primera vez que lo hizo con Esencia de Jade, ella quedó embarazada.

Al principio no se dio cuenta, pero dos o tres meses después comenzó a padecer mareos matinales y comprendió. Intentaron desesperadamente encontrar una medicina que provocara el aborto, pero todo fue en vano.

—¡Deberás pagar mi muerte con tu cabeza! —sollozó Esencia de Jade—.

Ya conoces a mi padre. Una palabra fuera de lugar, y se pone como una fiera. Supongo que no creerás que él permitirá que yo salga bien librada de algo tan malo como esto. Cuando lo descubra, de todos modos moriré. Mejor morir ahora y ahorrarme semejante agonía.

Intentó ahorcarse en ese mismo momento, y Quan le

imploró que no lo hiciera.

—Si quieres que siga viviendo —le espetó Esencia de Jade—, tendrás que elaborar un plan para sacarme de aquí y llevarme a un lugar distante en el que podamos eludir nuestros problemas actuales y vivir juntos como marido y mujer. Además, el hijo que llevo en mis entrañas, sea niño o niña,

también es de tu carne y de tu sangre, y si logramos escapar no será necesario ahogarlo cuando nazca. Salvarás dos vidas, no una. ¿Qué respondes a esto?

Quan reconoció la fuerza de los argumentos de Esencia de Jade y se mostró conforme. Al principio no pensaban decirle nada a Ruyi, pero temieron que esta

descubriera sus planes y los revelara, de modo que no tuvieron más remedio que incluirla. Reunieron la ropa indispensable de los tres, esperaron a que el maestro Puerta de Hierro estuviera dormido, abrieron la puerta principal y huyeron. Pero si quieres saber adonde se dirigieron y qué fue de ellos, tendrás que seguir leyendo

hasta llegar al capítulo decimoctavo.

CRÍTICA

Al concluir este capítulo algunos lectores acusarán al autor de tendencioso, afirmando que este desenlace es incoherente con respecto a la exhortación y a la admonición. En tanto

Véspero, en su condición de adúltero, merece a una lasciva como esposa, el maestro Puerta de Hierro, un hombre virtuoso, no merece que su hija se fugue. ¡Si el Señor del Cielo ha de amonestarnos contra el vicio, sin duda también nos exhortará a la virtud!

Os equivocáis, digo yo. Este tipo de compensación

demuestra, por cierto, la infalibilidad del Señor. En el curso de su vida, el maestro Puerta de Hierro no hace un solo amigo y ni siquiera conoce a nadie…, conducta que sólo puede describirse como propia de un hombre hipocondríaco y misántropo. Y para colmo posee el defecto de la tacañería. Tomemos como ejemplo

acciones tan duras y viles como la de conceder a sus venteros sólo un año de renta gratuita de la tierra, cuando la costumbre indica que deben ser tres años, y también el hecho de que exija constantemente a sus agricultores que hagan las faenas pesadas sin darles nada a cambio. ¿Cómo puede permitírsele escapar sin justo

castigo? Por eso el hombre que se mantiene aislado no prospera. En los casos extremos, ese aislamiento da por resultado una dosis incalculable de misantropía, de normas rígidas y mezquinas, razón por la cual quien se aísla ofende la tranquilidad celestial y no prospera. Esta es una cuestión a la que el hombre

superior debería prestar muchísima atención. Si el autor castiga el vicio, pero lo hace con excesiva benignidad, ¿cómo aprenderá la gente? El consejo tradicional sobre la lectura —que consideremos un libro en todos sus aspectos y no sólo en uno— también se aplica en este caso.

Capítulo decimoquinto

Tres aliados hablan alegremente de jaranas nocturnas,
y dos hermanas comparten una noche de placer.

Poema lírico:

¡Tan rauda pasa, ay, la
noche de
primavera!
A los señores del tiempo
pido un favor:
cambio diez mil soles de
jade blanco
por una sola luna perlada.

Cuelga esta en la lejanía,
como un espejo
floreado,

iluminando mejillas
sonrosadas y
cabellos de
azabache.
Si nadie se mueve,
seguiremos aquí
tendidos,
inmóviles,
y no se sufrirá el dolor de
la separación.

No ha concluido aún toda la historia de la venganza de Honrado Quan, pero hemos

relatado la mayor parte y el resto seguirá después de un breve intervalo.

Retomemos ahora la alegre historia de los triunfos de Véspero. También podemos permitirle que lleve sus goces hasta el límite antes de que se vuelvan contra él para condenarlo.

Aquella noche, con Nube entre sus brazos, esta le contó

que las tres bellezas eran de su misma familia y que con las dos menores tenía una relación especialmente íntima. Pero la noche es breve, y cada momento, precioso por sus deseos de hacer el amor; de manera que él no le preguntó cuáles eran los nombres de esas mujeres, ni los apodos de sus maridos, ni dónde vivían. Hasta su

visita de la noche siguiente no reparó la omisión.

—La que yo llamo tía —dijo Nube—, nació en el Cumpleaños de las Flores y le dieron el nombre de Aurora Floral. Como es nuestra tía y mayor que nosotras, no sería correcto que nos dirigiéramos a ella por su nombre personal, de modo que la llamamos Tía

Flora. Cuando murió su marido, hace diez años, quería volver a casarse, pero se lo impidió el nacimiento del hijo póstumo de su marido, por lo que debió permanecer viuda.

»Las que yo llamo hermanas están casadas con dos hermanos, sobrinos de Tía Flora. La mayor se llama Perla Feliz y la menor Jade

Feliz. El marido de Perla Feliz es Estudiante–descansa–en–una–nube, y el de Jade Feliz es Estudiante–reclinado–en–una–nube.

Aunque las tres familias viven separadas, sus casas están tan comunicadas como si compartieran el portal, y constantemente pasan de una a otra Yo soy la única que no reside allí, aunque estoy a

pocas puertas de distancia. Al menos vivimos todas en la misma calle. Cuando ayer tú y yo nos encontramos, pensé que te habías mudado por ellas y que por eso habías esperado seis meses a ponerte en contacto conmigo, lo que me enfureció. ¿Cómo podía imaginar que no habías tenido nada que ver con ellas?

Ante esta noticia, Véspero se sintió más jubiloso todavía. Recordó que Pillo le había hablado de dos hermanas de una familia rica y distinguida que estaban casadas con dos hermanos, y casualmente los apodos de estos coincidían con los que acababa de mencionar Nube. Evidentemente, la mirada de un ladrón es como la de un

libertino: nada se les escapa.

—Ayer fuiste tan amable como para prometerme que vería a tus hermanas. ¿Cuándo tendré permiso para conocerlas?

—No falta mucho. Dentro de tres o cuatro días iré a su casa para explicarles todo, y después te llevaré para que las conozcas. Pero hay algo que debo advertirte. Cuando

vaya a su casa, no volveré aquí. Por lo tanto, nunca más haremos el amor en esta cama.

Véspero estaba atónito.

—¿Por qué? ¡No acabo de trasladarme aquí, cuando tú decides mudarte para evitarme!

—Hay una razón perfectamente justificada. Si estoy allí, puedes ir a verme

en cualquier momento, y mientras me visitas a mí también las visitas a ellas. ¡Tres pájaros de un solo tiro! No tienes por qué preocuparte.

—No entiendo una sola palabra de lo que me dices. Te ruego que me lo expliques.

—Bien, como sabes, mi marido es tutor de la familia

de sus maridos, y ambos son discípulos de él. Escriben muy mal y tienen miedo al examen trienal de licenciatura, de manera que han alquilado alojamientos en la Academia, y están a punto de partir hacia la capital. Dado que no saben arreglárselas sin su maestro, mi marido tiene que ir con ellos. Le preocupa que no

haya nadie que se ocupe de mí mientras esté lejos y quiere que viva con su familia. En los próximos días tendré que mudarme. Por eso no volveré aquí. Tendremos que encontrarnos en su casa.

Ahora Véspero no cabía en sí de gozo. Era como si los poderes celestiales hubiesen decidido complacerlo, enviando a los tres maridos

de viaje y reuniendo a las tres esposas en una sola casa, donde podría satisfacer sus deseos eróticos con plena libertad.

Al cabo de unos días, tal como había dicho Nube, el maestro y sus discípulos se marcharon, y ella se trasladó de inmediato a la otra casa.

Nube se mudó en el momento culminante de su

aventura con Véspero, y no soportaba la idea de separarse de él por mucho tiempo. Ella sabía que tendría que revelar su secreto si quería contar con el acuerdo de sus hermanas para llevar a Véspero allí y tener sus encuentros sexuales. Sus motivaciones tenían un setenta por ciento de interés personal y un treinta por

ciento de altruismo.

—¿Habéis vuelto alguna vez al templo a quemar incienso? —preguntó, después de intercambiar unas palabras amables con sus hermanas.

—No, fuimos una sola vez —respondió Jade Feliz —. ¿Para qué querríamos ofrecer incienso constantemente?

—Con un hombre tan apuesto haciendo reverendas, una visita cada tres o cuatro días no sería demasiado.

—Nos gustaría ir, pero no tenemos abanicos para dejarle, y preferimos no ir con las manos vacías.

—Deja de reírte de mí, hermana —dijo Nube—. Yo no recibí nada a cambio de mi abanico, lo sé muy bien.

Y, aunque hayáis recibido unas cuantas inclinaciones de cabeza, no he visto señal alguna de que os siguiera a casa. Lo único que le gusta es hacer unas ostentosas reverencias sin importancia para que os enamoréis de él.

—Nunca has dicho nada más cierto —la interrumpió Jade Feliz—. Precisamente ahora estábamos hablando de

aquel incidente, y todavía hay algo que no entendemos. ¿Por qué desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra después de un inicio tan audaz? Por la forma delirante en que se comportó, daba la impresión de que no podría esperar al día siguiente y que se presentaría esa misma noche. Esperamos y esperamos, pero ni rastro de

él. Si es tan desalmado, ¿por qué se molestó en hacemos tantas reverencias?

—He oído decir que se pasa todo el tiempo pensando en vosotras, pero que se ve frustrado porque no sabe dónde encontraros.

—Tal vez no está pensando en nosotras dos. Sospecho que ha enfermado de amor de tanto mirar el

abanico y pensar en la que se lo dio.

—Es verdad que enfermó de amor por el abanico, pero, por suerte, la enfermedad no estaba profundamente arraigada y respondió al tratamiento, y ahora las cuentas están claras. En cuanto a la herida de amor que le quedó después de las reverencias, es muy grave y

tardará en curarse. Si muere por esa causa, creo que vosotras dos tendríais que pagar con vuestras vidas.

Esta observación resultó sumamente sospechosa para Perla Feliz y Jade Feliz, quienes escrutaron de cerca a Nube para estudiar su expresión. En efecto, parecía tener un aire arrogante mientras hablaba y reía.

—Se te ve muy contenta —dijeron al unísono—. No querrás decir que lo atrapaste y arreglaste las cuentas para saldar lo del abanico, ¿no?

—No vais muy descaminadas. Y lo hice a espaldas vuestras.

Ahora las hermanas parecían dos candidatos que, tras fracasar en el examen provincial, encuentran a uno

que acaba de aprobarlo con éxito: una mezcla de humillación y envidia.

—¡Bien, enhorabuena! —exclamaron, al tiempo que esbozaban sendas sonrisas forzadas—. ¡Nos has dado un nuevo hermano político del cual enorgullecemos! ¿Cuándo lo celebramos?

Esta última observación contenía tres implicaciones

obvias: celos, ridículo y la sospecha de que Nube no lo hubiese atrapado y les estuviera tomando el pelo. En tal caso, pensaron, se desconcertaría cuando la obligaran a presentárselo.

Pero Nube no estaba consternada en lo más mínimo; en todo caso se mostró tan pagada de sí misma como nunca.

—Vosotras no lo habéis celebrado todavía, pero no os quepa la menor duda de que habrá una recepción nupcial —dijo—. Un día daré una fiesta y os invitaré a ambas.

—Entonces, ¿dónde *está* nuestro nuevo hermano político? —preguntó Jade Feliz—. ¿Nube, nos permitirás verlo?

Nube optó por las

evasivas.

—Ya lo habéis visto una vez. ¡Incluso os ha hecho reverencias! ¿Para qué queréis verlo de nuevo?

—Era un completo desconocido entonces, y aunque se inclinara ante nosotras, no podíamos responderle. Pero ahora que somos de la misma familia, ¿por qué no volver a verlo?

Permítenos que respondamos a sus reverencias, que lo tratemos de hermano político, que por ti le mostremos un poco de afecto.

—No hay ningún problema en que lo conozcáis —dijo Nube—. Lo haré llamar en cuanto os venga bien. Sin embargo, lo que me preocupa es que cuando os

vea se vuelva loco como la vez anterior y os ofenda a las dos con su mala conducta. Por tal motivo, tal vez sería mejor que no os lo presentara.

—En aquella ocasión él no tenía a nadie que lo controlara —replicó Jade Feliz—, y por eso se volvió loco por nosotras. Pero ahora que tiene a una mujer celosa

como tú a su lado, no se atreverá a descontrolarse.

Perla Feliz se volvió hacia su hermana.

—Estás perdiendo el tiempo —le dijo—. Ella no soporta que nadie conozca a su amante. Cuando hicimos nuestro voto de hermandad, aunque prometió compartirlo todo y a partes iguales, ahora no cumple su promesa.

Compartirá su mala suerte, sí, pero no la buena. Harías bien en tratar de que no se muestre tan celosa y de que no siga restregándonos en las narices esa cuestión de las reverencias. No tiene sentido esperar nada más de ella.

Nube notó que estaban perturbadas, de manera que abandonó el tono jactancioso y se puso seria.

—No os alteréis. Yo no soy esa que acabáis de describir. Si hubiese querido reservármelo, podría haberme quedado en casa disfrutando de él noche y día en lugar de mudarme aquí con vosotras. ¿Qué sentido tiene cambiar de casa para ponerme celosa? El hecho mismo de que os haya hablado de él es prueba de

mis buenas intenciones. Si podemos llegar a un acuerdo justo e imparcial que nos permita seguir en buena armonía después de la presentación, lo traeré aquí para que lo conozcáis.

—Si estás dispuesta a eso —terció Jade Feliz—, significaría realmente dotar de significado nuestro voto. Tú pon las reglas y nosotras

las seguiremos. No hay nada que discutir.

—Yo fui la primera en conocerlo y también la primera en dormir con él —sintetizó Nube—. En justicia, tendría que ocupar la posición de una esposa con respecto a la de una concubina, o la de una persona mayor en comparación con la de una

menor, y gozar de ciertos privilegios, quedándome con la mitad de su tiempo mientras vosotras dos os dividís el resto. Pero somos tan íntimas amigas que no me inclino por seguir esa línea. No es necesario que consideremos otras opciones, dejémonos guiar por el mayorazgo. Tanto si gozamos de día como de

noche, iremos de mayor a menor. No debemos entrometernos en nuestros caminos como el chico de la aldea Que[58], que «presumía de sentarse con sus mayores y de caminar junto a ellos». Y en todo lo que digamos y hagamos, concedámonos mutuamente un poco de benevolencia. La más joven no debe ser demasiado

engreída tratando de superar a sus mayores en cuestiones en las que pueda sobresalir. Las nuevas amistades no deben ser tan íntimas como para debilitar la anterior, haciéndome sentir como el pescado que se devuelve al río. Si conseguimos atenernos a esta regla, nos llevaremos muy bien sin necesidad de peleas. ¿De

acuerdo?

Perla Feliz y Jade Feliz asintieron al unísono:

—Tu razonamiento es muy justo. Lo único que nos preocupaba es que no estuvieses dispuesta a compartirlo. Por supuesto, estamos de acuerdo.

—En tal caso, alcanzadme un papel para que lo haga venir.

Las hermanas no cabían en sí de alegría. Una fue a buscar el papel mientras la otra preparaba la tinta. Nube cogió el pincel y escribió dos versos:

Las compañías
femeninas del
monte Tiantai,
cerrado el pacto,
aguardan a Liu.

Entonces dejó el pincel, dobló varias veces la nota, y la metió en un sobre.

—¿Por qué has escrito sólo dos versos? —inquirió Jade Feliz—. La poesía no termina así. ¿Qué clase de poema es ese?

—Ya sé lo que piensa Nube —dijo Perla Feliz—. No soporta que él tenga que hacer esfuerzos, por lo que le

ahorra el problema de escribir una carta como respuesta, enviándole dos versos de un poema para que lo complete —se volvió hacia Nube—. ¡Estás locamente enamorada!

Sonriente, Nube selló el sobre, se lo dio a una criada y le dijo que lo arrojara por la abertura del enmaderado de su habitación y que esperara

allí la respuesta. En cuanto se marchó la criada, las tres mujeres reanudaron la conversación.

—¿Qué método empleaste para atraerlo a tu casa? —preguntó Perla Feliz —. ¿Y cuántas noches dormiste con él?

Nube les contó que vivía al lado de su casa, que había quitado una parte de la pared

de madera, que se presentaba de noche y no se iba hasta el amanecer. Agregó que habían dormido juntos varias noches.

—Bien, ¿qué puedes decirnos de su habilidad en comparación con la de tu marido? —quiso saber Jade Feliz.

—Si he de hablar de eso, debo deciros que es

sencillamente adorable. Vosotras sólo habéis visto su figura, que no tiene igual, es cierto, pero cualquier artista o escultor podría reproducirla. Sin embargo, su don es un inapreciable tesoro del que ninguna mujer ha oído hablar, y menos aún ha visto.

Perla y Jade estaban cada vez más exaltadas y la

bombardearon a preguntas, como candidatos que acribillan a un amigo al que encuentran en los pasillos, preguntándole por el examen: ¿Es muy grande? ¿Es muy largo? ¿De los clásicos? ¿Tuvieron que poner velas? Las hermanas querían respuestas a estas mismas preguntas.

Habían terminado de

comer, pero los platos seguían sobre la mesa. Nube consideró que nunca podría describir ese objeto con fidelidad si no lo ilustraba. Cuando le preguntaron por la longitud, levantó un palillo de marfil y respondió:

—Del largo de este palillo.

Cuando le preguntaron por el grosor, cogió una taza

de té y respondió:

—Del tamaño de esta taza.

Cuando le preguntaron por la dureza, señaló un cuenco con queso de soja y respondió:

—Tan duro como este queso.

La respuesta a esta pregunta hizo que sus oyentes se desternillaran de

risa.

—En tal caso es demasiado blando —dijeron —. ¿Para qué tan grande si es blando como el queso de soja?

—En eso estáis equivocadas —dijo Nube—. No hay nada en el mundo tan duro como la soja. Es más dura que el metal, pues el metal, aunque duro, se funde

al contacto con el fuego, en tanto la soja se vuelve más dura cuando más tiempo el cuajo está expuesto al calor. A su verga le ocurre lo mismo: con el sexo se endurece, no se ablanda, y por eso lo comparo con el queso de soja.

—No creemos que exista semejante tesoro —dijeron las hermanas—. Estás

exagerando.

—Lejos de mí exagerar. Aún no os he hablado de todos sus méritos. Posee otras cualidades maravillosas aparte de las que he mencionado, pero si intentara describirlas os mostraríais más escépticas todavía. Tendréis que esperar a copular con él y lo experimentaréis vosotras

mismas.

—Cuéntanos —pidieron a coro las hermanas—. No debe importarte si te creemos o no.

Pero Nube no revelaría tan fácilmente las cualidades de Véspero. Dejó que sus hermanas se impacientaran cada vez más, hasta que finalmente les hizo un relato detallado de la capacidad de

su don para agrandarse y calentarse, relato que avivó la pasión de las hermanas y arreboló sus mejillas y sus orejas. Anhelaban que Véspero entrara en ese mismísimo momento para arrastrarlo a la cama sin siquiera saludarlo, y así poner a prueba sus extraordinarias dotes. Lamentablemente la criada

no había regresado, aunque llevaba fuera bastante rato.

El motivo de la demora era que Véspero no estaba en casa. La criada esperó en la habitación de Nube, donde la avistó Cabás, quien pasó por la brecha del enmaderado y mantuvo con ella una prolongada sesión. Al retornar Véspero, la chica arrojó la carta y luego recibió

la respuesta, con la que volvió a su casa.

Las tres mujeres se apretujaron para leerla. Notaron que él había captado la intención de Nube, pues en lugar de escribir una carta se limitó a agregar dos versos:

Preparada está ya la
comida de
sésamo;

resistid el hambre
hasta que nos
encontremos.

Ahora que estaba asegurado el placer nocturno, las hermanas se mostraron ansiosas por ir a preparar sus lechos, plegar las colchas, bañarse y perfumarse, y esperar a que él les hiciera el amor. Nube las detuvo.

—No vayáis tan deprisa. Decidamos ahora el orden de esta noche, para no dar un espectáculo con disputas a última hora.

Perla Feliz pensaba, y pensaba muy bien, que Nube, que ya había dormido varias noches con él, debería ceder su puesto, en cuyo caso le tocaría el turno a ella; ese no era momento de aplicar la

regla de mayorazgo. En lugar de decirlo, no obstante, hizo un calculado despliegue de deferencia:

—Pero tú acabas de establecer las reglas, de mayor a menor, y huelga decir que serás la primera. ¿Qué tenemos que discutir?

—En justicia tendríamos que hacerlo así —dijo Nube —, pero esta noche

deberíamos aplicar otro principio. Como reza el proverbio: «Quien entra primero es anfitrión, quien entra último es invitado». Yo ya he dormido con él varias noches y tendría que ser considerada como anfitriona. Apliquemos esta noche el principio de anfitrión–invitado y pasemos al sistema de mayorazgo

después de que las dos os hayáis acostado con él. Decididamente esta es la solución adecuada, de modo que dejemos de lado falsas modestias. Sólo queda por acordar algo: eliminada yo, naturalmente tendría que empezar por Perla. Pero ¿queréis toda una noche cada una o lo compartiréis entre las dos? Habladlo entre

vosotras y hacedme saber vuestra decisión.

Las hermanas se limitaron a mirarse y no dijeron nada.

—Estamos demasiado turbadas —reconoció Perla Feliz al cabo de un rato—. Tú eres la mayor, decide tú.

—La noche entera es más satisfactoria —dijo Nube—, pero sería muy duro para la

que tiene que esperar. Sería mejor que ocuparais la mitad de la noche cada una.

Lo ofreció sólo como una sugerencia, pues quería que lo aceptaran antes de convertirlo en una regla. Pero, para sorpresa de Nube, las dos tenían reservas que eran incapaces de expresar. Una vez más, ninguna de ellas respondió.

—Sé lo que significa vuestro silencio —dijo Nube —. La que vaya primero teme que él no se entregue del todo a ella y reserve sus fuerzas para la segunda, por eso ninguna de las dos quiere adelantarse. Y la que vaya última teme recibir a alguien que ya ha disparado el gatillo y perdido fuerzas, por eso ninguna de las dos quiere

quedar en segundo lugar. Permitidme que os lo diga lisa y llanamente: Véspero es capaz de satisfacer plenamente y con creces a varias mujeres juntas.

Nube se dirigió en primer lugar a Perla Feliz:

—Aunque lo tengas toda la noche para ti, sólo disfrutarás de lo real la mitad de la noche. Mucho antes de

la medianoche, sospecho, rogarás que te excuse. Terminarás entregándolo, de cualquier manera.

Luego se volvió hacia Jade Feliz:

—«El vino afecta tanto al último invitado como al primero que llega», afirma el proverbio. Más aún, su vino personal sabe especialmente bien hacia el final. No es

necesario que seáis suspicaces entre vosotras, de modo que hagámoslo así.

Ahora que Nube había adivinado sus pensamientos, las hermanas resolvieron sus dudas y accedieron:

—Haremos lo que tú dices.

Concluido el acuerdo, Nube dijo a una de las criadas que se quedara junto

a la puerta. No tuvieron que esperar mucho a que apareciera Véspero.

Cuando este entró, las hermanas fingieron estar confusas como colegialas y retrocedieron unos pasos, dejando que lo recibiera Nube. Véspero hizo una profunda inclinación para saludarla y luego se enderezó.

—Te ruego que pidas a las jovencitas que se acerquen para que me las presentes —dijo.

Nube las acompañó a su encuentro, apretando un brazo de cada una de las muchachas con cada mano.

Después de las presentaciones, Perla Feliz llamó a la criada para que sirviera té.

—No es necesario servir té —dijo Nube—. Os ansia tanto que está algo amargado, de modo que será mejor que le deis el néctar de vuestras bocas en lugar de té — mientras hablaba, cogió las manos de las hermanas y las puso en las de Véspero. Abrazando a las dos, este introdujo primero la lengua en la boca de Perla Feliz y

dejó que esta la succionara, para pasarla después a la de Jade Feliz y dejar que esta hiciera lo mismo. Luego juntó las tres bocas formando el carácter *pin*[59], tras lo cual llevó ambas lenguas a su propia boca y las chupó.

Se estaba haciendo tarde y a Jade Feliz le preocupaba la demora, por lo que se apresuró a ir a la cocina y

pedirle a las criadas que sirvieran la cena.

—Vayamos a acostamos —propuso Véspero—. Es tarde.

—Pero todavía no hemos comido el sésamo —dijo Perla Feliz—. ¿Cómo puedes hablar de acostarnos?

—Acabo de beber vuestro néctar. Eso reemplaza cualquier comida.

Todavía bromeaban cuando se sirvió la cena. Véspero ocupó el lugar de honor, con Nube enfrente, y Perla y Jade a cada lado. Terminaron de cenar y estaban a punto de llevarse los platos, cuando Véspero llevó a Nube aparte.

—Dime, ¿qué habéis dispuesto para esta noche? —preguntó.

—Me he ocupado de todo en tu nombre —contestó Nube—. La primera mitad de la noche estarás con Perla, la segunda con Jade.

—¿Y tú?

—Yo ocuparé la mitad del medio —dijo Nube, disimulando.

—Eso también está muy bien.

—Ese «también» suena

algo extraño. Supongo que no estarás insinuando que soy injusta, como quien se guarda la parte central del pescado y deja la cabeza y la cola a los demás, quienes se quejarán de que sólo reciben espinas. En este caso, ¿por qué no pones todas tus energías en la primera y última partes, y reduces la del medio?

—Ni soñarlo. Lo que me

preocupa es el tiempo que perdería en correr de un lado a otro. Quiero que me digas tu opinión: ¿no sería mejor que durmiéramos todos juntos?

—¡Ya sé lo que estás pensando! No te preocupan tanto las idas y venidas, sino que eres demasiado insaciable para separarte de ninguna. Quieres hacer lo

mismo que hiciste ahora, cuando os besasteis los tres, salvo que debajo del *pin* quieres dibujar un *chuan*. No dudo en llegar a eso más adelante, pero este es vuestro primer encuentro y no debes intentarlo todavía. Ahora mismo te estaba tomando el pelo. Me contento con retirarme esta noche y dejar que gocen ellas. Debes

atenerte al orden que he mencionado y pasar con Perla la primera mitad de la noche, y con Jade la segunda. Tendrás que estar muy fogoso para quedar a la altura de todo lo que les he contado de ti.

—No es necesario que me lo recuerdes. Pero será duro para ti.

Nube pidió a una criada

que trajera un farolillo; y llevara a Véspero y Perla Feliz a la habitación de esta. Le preocupaba que Jade Feliz estuviera nerviosa, de modo que se quedó un rato charlando con ella, antes de acostarse.

Véspero y Perla Feliz se desnudaron mutuamente, subieron a la cama con incrustaciones de marfil y se

dedicaron a lo suyo. Al principio resultó difícil. Perla encontró insoportable el dolor, pero afortunadamente sabía, a partir de todas las maravillas que había oído, que el placer posterior compensaría con creces el dolor que sentía, y que de hecho no había forma de obtener placer si no se padecía dolor. De manera que

apretó los dientes y soportó las embestidas. Con el deseo de poner a prueba el inapreciable tesoro de Véspero, vigiló constantemente cómo se hinchaba y calentaba, por lo que fue más consciente que cualquier otra mujer de su tamaño y temperatura. Finalmente, mientras Véspero operaba, su

miembro se hinchó y calentó como un enorme consolador lleno de agua hirviente encajado en el interior de Perla. Aunque Véspero no se hubiese movido, dejando inmóvil su don, ella habría gozado lo mismo, pero resultó infinitamente más placentero con los rápidos y vivaces movimientos. Perla comprendió que el relato que

había escuchado no era ninguna hipérbole y que la expresión «inapreciable tesoro» era un adecuado apodo para ese aparato.

Perla aferró con firmeza a Véspero, le dio un par de juguetones golpecitos y dijo:

—¡Mi queridísimo, tu físico debió de matar a miles de mujeres de amor no correspondido! ¿Cómo has

llegado a poseer tan inapreciable tesoro? ¿Deseas empujar a la muerte a todas las mujeres del mundo?

—Sólo *haciendo* morir a alguien puedes hacerla morir de amor. Queridísima niña, ¿estás dispuesta a sacrificar tu vida y dejar que te lleve a la muerte?

—Ahora que he conocido a esta feroz criatura, ¿crees

que quiero seguir viviendo? Pero déjame hacerlo unas cuantas veces antes, y luego moriré contenta. ¡No te deshagas de mí a la primera ocasión!

—Esta noche mi tiempo está dividido entre tú y tu hermana —dijo Véspero—. De modo que aunque mueras sólo estarás medio muerta, y no creo que me acusen de

asesinato. ¡Pero quién sabe lo que puede traer la noche de mañana o la siguiente!

Con estas palabras Véspero inició una serie de embestidas sísmicas. Aunque la vagina de Perla era profunda, el corazón de la flor era sumamente superficial, y le bastó penetrar un par de centímetros o tres para

tocarla y juguetear con ella, por lo que en cada arremetida dio en el blanco. Después de varios centenares de embestidas, Perla entró en estado de desesperación y comenzó a gritar:

—¡Queridísimo, no estoy sólo medio muerta, sino completamente muerta! ¡Apiádate de mí!

Pero Véspero, que estaba

decidido a exhibir sus proezas, no se dio por enterado de los gemidos y empujó con renovado vigor desde la primera hasta la segunda vela, momento en que los brazos y las piernas de Perla se volvieron fláccidos y su aliento frío. En cuanto se percató de que ella no era un adversario fuerte, Véspero interrumpió las

embestidas, la abrazó y se quedó dormido. Después de un breve sueño, Perla despertó:

—Querido, ¿cómo eres tan potente? Si muero, serás responsable de mi muerte, no es necesario que te lo diga. Pero ahora vete, mi hermana te espera.

—Fuera está muy oscuro y seré incapaz de encontrar el

camino —dijo Véspero—. Queridísima, ¿no querrías levantarte y acompañarme?

—He quedado tan floja después de hacer el amor contigo que ni siquiera puedo moverme. Llamaré a una criada para que te acompañe.

Hizo que una de sus criadas se levantara para guiar a Véspero. Esta era una virgen de catorce o quince

años que había alcanzado el éxtasis oyendo los movimientos sísmicos y que había emitido una buena cantidad de flujos en el proceso. Ahora, con la mano de Véspero en la suya y al abrigo de la oscuridad, no pensaba dejarlo escapar. Cuando llegaron a un rincón recogido, la criada interrumpió sus pasos.

—¿Cómo puedes ser tan cruel de no dejarme paladear ninguno de los dulces que has dado a mi ama? Como reza el proverbio: «Al pasar junto al arrozal, no te preocupes por la sequía». Ahora que estás e n *mi* fielato, no trates de pasarlo sin pagar tu impuesto —la chiquilla rodeó a Véspero con un brazo y le quitó los pantalones con la

otra mano.

Véspero, al comprender que la criada estaba fuera de sí de pasión, sintió que no podía negarse. Le pidió que se echara en un banco y, después de abrirle la vagina, cogió el pene e intentó penetrarla sin frotarlo con saliva. La criada, que nunca había estado con un hombre, suponía que el instrumento

sería un delicioso sorbo de caldo, razón por la cual se había detenido, siendo su único temor que él no accediera a sus demandas. No podía suponer que el delicioso sorbo resultara ser un tazón lleno de fuerte licor. Quien nunca ha probado la mostaza empieza a toser y ahogarse con sólo olería, y ella comenzó a gritar en

cuanto vio que él iba a embestir. Véspero comprendió que tenía el sexo intacto, y untó mucha saliva en el pene antes de tratar de entrar. Pero ella volvió a gritar.

—No es bueno —dijo—. Si esto es así, no lo veo nada divertido. Pero ¿por qué algo que da tanto placer al ama a mí sólo me produce dolor?

Véspero le explicó que la primera vez era necesario romper la piel y provocar una leve hemorragia, pero que después de diez o veinte veces disfrutaría de la experiencia.

—Mi don es demasiado grande para ti —le dijo, tratando de consolarla—, pero tengo un joven paje, Cabás, y el suyo todavía es

bastante pequeño. ¿Qué te parece si vengo con él mañana por la noche y lo hace contigo unas cuantas veces antes de que yo vuelva a intentarlo?

La criada se mostró profusamente agradecida, se levantó, se sujetó los pantalones y lo acompañó en silencio el resto del camino. Los aposentos de Jade Feliz

estaban brillantemente iluminados. Ella lo aguardaba y, al oír pasos fuera, le dijo a una criada que le abriera la puerta y lo hiciera pasar.

—Queridísima —dijo Véspero mientras se acercaba a la cama—, sé que llego tarde. Te ruego que no te enfades.

—Podrías haberte

quedado allí toda la noche. ¿Para qué te has tomado la molestia de venir?

—Estoy muy alterado porque sólo tendremos la mitad de la noche para estar juntos. ¿Cómo podría soportar una noche entera sin ti?

Mientras las últimas palabras salían de sus labios, Véspero estaba ya

completamente desnudo. Abrió la ropa de la cama y empezó a dedicarse a lo suyo. Al principio, huelga decirlo, Jade Feliz sintió un dolor momentáneo, tal como le había ocurrido a Perla Feliz; después, cuando llegó al punto culminante, dio una impresión muy diferente a la de su hermana: parecía absolutamente desesperada.

Era una visión capaz de despertar compasión en un hombre, pero al mismo tiempo excitaba el deseo de volver a hacerle el amor repetidas veces. ¿Por qué? Jade era tres o cuatro años más joven que Perla, y leve como una pluma. No había nada comparable a su piel en cuanto a suavidad y delicadeza, y sus pechos eran

como dos cáscaras de huevos recién puestos, tan frágiles que el mero peso de un hombre amenazaba con aplastar. En cuanto a la suave flexibilidad de su figura y el sobrio encanto de sus modales, cuando estaba al aire libre temía que el viento pudiera llevársela de un soplo, e incluso cuando estaba a cubierto sentía que

necesitaba a alguien a su lado para sostenerla. ¿Cómo podía soportar el desgaste del sexo? Tras unos pocos cientos de embestidas Jade tenía los ojos entornados, los labios separados y el corazón oprimido por cosas que la debilidad le impedía expresar. Temió que su constitución no aguantara el esfuerzo y que, si él

proseguía, su vida corriera peligro. Su única esperanza consistía en que Véspero dejara de arremeter y le permitiera revivir. Él, al notar el estado en que se encontraba, se sintió embargado, compadecido.

—Mi dulce queridísima, ¿no soportas más?

Jade asintió con la cabeza, incapaz de responder.

Véspero salió de ella para dejar que se recuperara. Sabía que Jade no daba más de sí, pero la deseaba demasiado para interrumpir todo contacto. Finalmente lo único que pudo hacer fue tomarla en sus brazos y acomodarla encima de él, postura en la que, fuertemente entrelazados, durmieron hasta el amanecer.

Nube y Perla Feliz se levantaron temprano y, con miras a elaborar un plan a largo plazo con Véspero, visitaron el dormitorio de Jade Feliz para instarlo a que se levantara. Al abrir las colgaduras encontraron a Jade despatarrada sobre él y despertaron a los dos.

—No necesitaremos velas para alumbrarnos esta noche

—dijeron en tono burlón.

—Si todo el aceite se ha gastado y no quedan velas, ¡no nos lo reprochéis! —dijo Perla.

Después de unas cuantas bromas más, plantearon sus problemas a Véspero.

—Si te vas todas las mañanas y vuelves por la noche, tarde o temprano alguien se dará cuenta —

explicaron—. Si desapareces todas las noches, hasta tu propia concubina sospechará que tienes una aventura e intentará averiguar de qué se trata. ¿No se te ocurre ninguna solución? Lo mejor sería que te quedaras aquí un tiempo, sin volver a tu casa ni siquiera de día. Si estuviéramos juntos, no tendríamos que estar,

necesariamente, todo el día haciendo el amor. Será entretenido jugar al ajedrez, escribir versos, contar chistes. ¿Se te ocurre algún plan brillante que nos permita vivir así?

—Antes de venir —contestó Véspero—, puse en funcionamiento un plan maravilloso. Tampoco yo quiero dejar las cosas en el

aire.

—¿En qué consiste? —preguntaron las hermanas.

—Mi concubina está embarazada y ya no puede dormir conmigo. Hablé con ella ayer y le sugerí que, dado que llevo tanto tiempo lejos de mi tierra, no sería mala idea visitar mi hogar durante su embarazo. El viaje sólo me llevará tres meses, lo

que me haría estar de vuelta para el parto y me liberaría de tener que ir a mi terruño después, en un momento en que podríamos gozar juntos, le dije. Ella respondió que le parecía sensato. Hoy, cuando regrese a mi casa, prepararé las maletas y partiré con uno de mis pajes, simulando que emprendo viaje aunque en realidad vendré a instalarme

aquí. Durante los próximos tres meses, no sólo escribiré poemas, jugaré al ajedrez y contaré chistes, incluso tendremos tiempo de representar algunas piezas de teatro.

Las tres mujeres saltaron de alegría.

—¡Es un plan tan brillante que ni siquiera se le habría ocurrido Chen Ping[60]!

—Hay algo más que tengo que hablar con vosotras. Tengo dos pajes, uno de ellos algo ingenuo y el otro bastante listo. Dejaré al ingenuo en casa y traeré conmigo al listo. Pero el problema con este es que tiene algo de su amo: le obsesiona el sexo. Si no le damos un trozo del pastel, se pondrá nervioso y querrá

regresar, lo que sólo creará dificultades. ¿Se os ocurre alguna sugerencia?

—La solución es sencilla —dijo Perla Feliz—. Tenemos muchas criadas y le daremos una por la noche para que también él goce. Eso servirá para tenerlo atado y también sujetará la lengua a las criadas, evitando que vayan con chismes a nuestros

maridos cuando estos vuelvan.

—Buena idea —comentó Véspero.

Una vez decidido todo, lo despidieron. Esa misma noche él retornó con su equipaje.

De ahí en adelante, no sólo Véspero se tendía ebrio entre las flores y saboreaba todo tipo de delicias eróticas,

sino que su paje se convirtió en una versión en miniatura de Lin Bu, quien estuvo rodeado de las flores que daban sus esposas, como llamaba a los ciruelos que plantó, hasta morir casi por el aroma acumulado[61].

Ay, algún día las bellezas de la primavera se marchitarán en el viejo jardín y los pensamientos fijos en el

pasado serán insoportablemente dolorosos.

CRÍTICA

Lejos de sentir celos por sus hermanas de juramento, Nube estaba dispuesta a compartir el hombre a quien amaba con ellas. Aunque su conducta haya sido inmoral, tiene mucho de

recomendable como muestra de amistad. Si buscas un comportamiento comparable entre los hombres, no lo encontrarás. En la actualidad, los proyectos en que suelen embarcarse los hermanos de juramento tampoco son del todo morales, pero la envidia es más fuerte aún entre ellos que entre los que no son hermanos. ¡Por fortuna, tales

hombres no han nacido mujeres! Como mujeres tendrían que haber llegado a cualquier extremo, sin descanso, hasta haber recorrido toda la gama del libertinaje.

Capítulo decimosexto

El auténtico goce se vuelve pesadumbre
cuando un álbum erótico humano aparece en su baúl.

Poema:

El corazón doliente de la
amada desmiente la
primavera,
mientras trabaja la seda
con otra hebra.
La aguja se rompe en la
escena del pájaro
amoroso…
y el placer de su dibujo
también ha muerto.

Las mujeres ocultaron a Véspero en su casa, y cada una de ellas dormía con él

una noche, en orden de mayorazgo, tras lo cual la rotación comenzaba de nuevo, todo sin la menor discordia. Tras varias rotaciones, Véspero agregó una nueva regla titulada «Sistema coordinado de tres veces solas, una vez juntas»: después de dormir con él separadamente tres noches seguidas, debían hacerlo

todos juntos una noche, antes de comenzar la rotación. Gracias a esta nueva regla, pudieron experimentar los placeres de la reunión.

Una vez establecida esta regla, instalaron otra cama de tamaño extraordinario, e hicieron para ella una almohada de casi dos metros de largo y una colcha cosida con seis anchos de tela.

Cuando dormían los cuatro juntos, Véspero hacía que las tres hermanas se echaran una al lado de la otra, mientras él rodaba de cuerpo en cuerpo, sin tocar en ningún momento la cama, y haciendo el amor siempre que le venía en gana tras abrirse paso de un lado a otro. Por fortuna ninguna de ellas tenía gran resistencia sexual, y tras arremetidas que

oscilaban entre cien y doscientas, querían correrse. Cuando terminaba la que estaba en el medio, Véspero pasaba a la de la izquierda, y cuando esta se corría, pasaba a la de la derecha. Pocas horas bastaban para completar la tarea principal. A Véspero le gustaba pasar el resto del tiempo mimando los suaves encantos de las

hermanas y saboreando su fragancia. La gloria de que ahora disfrutaba había sido gozada en el pasado, e incluso por emperadores, pero sólo por un puñado de epicúreos como Xuanzong de la dinastía Tang, Yangdi de la Sui, y el último gobernante de la dinastía Chen. Dado que los demás emperadores, más austeros, nunca la habían

disfrutado, ¡piensa en lo remota que era a la experiencia de un licenciado demasiado pobre para mantener esposa o concubina!

Poco después de que Véspero se instalara en la casa, Nube mantuvo un cónclave secreto con sus hermanas.

—Es una suerte

maravillosa tener aquí a este inmortal, a este tesoro, para nuestro placer —les dijo—. Lo único que me preocupa es que las mejores cosas de la vida siempre se convierten en pesares. En el punto máximo del éxito habría que estar constantemente en guardia para protegerse del fracaso. No debemos permitir que nadie de fuera se entere, para

que no se divulgue. Si así ocurriera él tendría que marcharse, lo que sería espantoso.

—Esta casa está apartada del camino —dijo Perla Feliz —, y no recibimos visitas extemporáneas, de manera que lo que ocurre aquí nunca se sabrá fuera. Hasta nuestros propios despenseros tienen que esperar al otro lado de la

puerta interior, y no los dejamos pasar. No, no me preocupan los hombres sino cierta mujer que vive cerca S i *ella* llega a descubrirlo, todo está concluido.

—¿A quién te refieres? —preguntó Jade Feliz.

—A una que lleva nuestro mismo apellido. ¿Acaso no lo sabes?

—¿Tía Flora?

—¿Quién si no? Ya sabéis que es una mujer excesivamente pasional. Aunque sea viuda, los hombres ocupan constantemente sus pensamientos. Más aún, aquel día ella estaba con nosotras en el templo, y cuando él hizo las reverencias también se volvió loca, como si tuviera

ganas de arrodillarse e inclinarse ante él, pero se lo impidió la vergüenza. ¡Qué espectáculo dio! En cuanto llegamos a casa alabó su gallardía y dijo que lamentaba no conocer su nombre; seguro que de haberlo conocido no lo habría dejado escapar. Si una persona tan libidinosa como ella se entera de que lo

tenemos aquí y sabe que lo pasamos tan bien con él, se morirá de envidia y nos tenderá una trampa. En este caso ocurriría algo horrible…, aparte de que se acabaría nuestra diversión.

—Tienes toda la razón. Es una mujer terriblemente descarriada. Tendremos que tomar precauciones.

—¿Qué podemos hacer?

—preguntó Jade Feliz.

—A mí me preocupaba que las criadas pudieran andar con rumores —dijo Perla Feliz—, pero ahora que tienen a Cabás no creo que se sientan inclinadas a hacerlo. Por tanto, no me preocupa lo que Tía Flora pueda *oír* sobre Véspero, sino que note su presencia. Cuando viene, le falta tiempo para irse a

asomar a la habitación sin previo aviso, su mirada sale disparada como la de una rata, igual que si estuviéramos haciendo algo a sus espaldas. La clave para defendernos de ella es que las criadas se turnen para hacer guardia en el límite entre las casas. Cuando la vean llegar que nos transmitan un señal secreta, una tosecita,

digamos, o un grito, para damos tiempo a ocultar a nuestro hombre. También tenemos que pensar en algún escondite en el que ella no pueda encontrarlo.

—¿Cuál sería el mejor lugar? —preguntó Jade Feliz.

Las tres mujeres intercambiaron ideas. Una sugirió detrás de la puerta, otra debajo de la cama.

—No, no serviría de nada —dijo Perla Feliz—. Esa su mirada astuta es muy penetrante y en un instante descubriría que hay alguien detrás de la puerta o debajo de la cama. En mi opinión sólo existe un lugar en el que ni siquiera se le ocurriría mirar a un inmortal.

—¿Dónde? —quisieron saber las otras dos.

Perla Feliz señaló un mueble, un baúl en el que se guardaban viejas pinturas. Tenía casi dos metros de largo, más de sesenta centímetros de ancho y más de un metro cincuenta de alto, y estaba cubierto de bambú estirado sobre delgadas tablillas de madera.

—Sería el lugar ideal —dijo—, ni demasiado largo ni

demasiado ancho, pero lo bastante grande para contener a un hombre tendido. Si sacamos las pinturas, podremos ocultarlo ahí en caso de urgencia y ella no sospechará nada. Lo único que me preocupa es que Véspero pueda ahogarse, aunque si sacamos un par de tablillas no le ocurrirá nada.

—¡Brillante! Hagámoslo

ahora mismo —gritaron las demás.

Pidieron a las criadas que se turnaran en la guardia y luego sacaron unas tablillas del baúl. También le dijeron a Véspero que, si en algún momento llegaba una extraña, debía meterse dentro y mantener una inmovilidad absoluta. Después de trazar este plan de operaciones la

tía les hizo varias visitas, pero las criadas interpusieron siempre la señal secreta, Véspero desapareció en el baúl y Flora no notó nada raro.

No obstante, un problema esperaba a las hermanas. Un día encontraron un cuaderno de bolsillo entre los papeles de Véspero, y al abrirlo vieron que contenía los

nombres de una serie de mujeres clasificadas en categorías y evaluadas con comentarios críticos. La caligrafía era de Véspero.

—¿Cuándo viste a estas mujeres? —le preguntaron—. ¿Y cuándo escribiste esto? ¿Y con qué propósito?

—Lo hice mientras vivía en el templo —respondió Véspero—. Tomaba esas

notas cuando observaba a las visitantes que acudían a orar. Mi idea consistía en compilar una lista de la cual seleccionar algunas perspectivas brillantes para dedicarme a su intenso cultivo.

—¿Y has encontrado a tus brillantes perspectivas?

Véspero cruzó las manos a modo de saludo.

—He aquí a mis tres discípulas.

Las tres se echaron a reír.

—No nos creemos merecedoras de *ese* tipo de evaluación. Acabas de improvisar la respuesta.

—No seáis suspicaces —dijo Véspero—. Tengo los poemas como prueba.

Buscó las posiciones y evaluaciones de las tres y se

las mostró. Tras un atento escrutinio, ellas comenzaron a hincharse de orgullo. Los elogios podían ser un poco exagerados, lo reconocieron, pero al menos eran detallados, y no un comentario general susceptible de adaptarse a cualquier mujer.

Sólo Nube estaba menos que contenta, pues los

comentarios que él le aplicaba resultaban un poco más breves que los referidos a sus hermanas. Afortunadamente, Véspero había tomado precauciones. Temiendo que ella pudiera ver el cuaderno, había agregado otro círculo a los dos que ya le había adjudicado, elevándola de *magna* a *summa*. Por

consiguiente, aunque la evaluación de Nube era menos detallada que la de las otras dos, al menos figuraba en la misma clase y no se sintió demasiado decepcionada.

Pero cuando las hermanas volvieron la página y descubrieron a una Beldad Morena cuya evaluación era tan alta como la de Perla

Feliz y Jade Feliz, y un tanto más elogiosa que la de Nube, las tres se sintieron anonadadas.

—¿De dónde ha salido esta belleza? ¿Qué es lo que la hace tan atractiva?

—Es la que fue al templo con vosotras —respondió Véspero—. ¿No lo recordáis?

Perla Feliz soltó una carcajada.

—¿Te refieres a *ese* vejestorio? A su edad y con su aspecto, sólo por un golpe de buena suerte puede haber obtenido *summa*.

—En tal caso, nuestras evaluaciones son más un insulto que un honor… ¿Quién quiere *ese* tipo de calificación? ¿Por qué no tachamos las nuestras?

—No hay por qué

alterarse —terció Jade Feliz —. Tiene que haber un motivo oculto detrás de este método de selección. Véspero debió de oír la historia del viejo discípulo que pagó la bondad de su examinador a lo largo de tres generaciones[62], de modo que sólo examinó a tres candidatas y nos puso *summa* a todas sin considerar

nuestros méritos, con la esperanza de que algún día le pagaríamos el favor. Eso explica lo de vosotras tres, pero yo soy con mucho la menor y tendría que figurar en la clase más baja. ¿Cómo es que también tengo *summa*?

Véspero quería confesarlo todo y persuadirlas de que la suerte de una persona anula la de

todas las presentes, pero sus tres discípulas hacían tanto jaleo que el examinador no pudo decir una sola palabra.

—Hermana Jade, tienes toda la razón del mundo —dijo Perla—, pero aunque eres la más joven, nosotras no somos exactamente viejas. Propongo que tachemos todos nuestros nombres y dejemos que la discípula

vieja sea la única ganadora —cogió el pincel, tachó el nombre y las evaluaciones de las tres, y agregó una nota:

> Huaiyin era joven, Jiang y Guan venerables[63]. El primero no presumirá de situarse con los últimos y debe ceder, respetuosamente.

A continuación se volvió hacia Véspero:

—Afortunadamente, esta «brillante perspectiva» no vive lejos. La encontrarás atravesando esa puerta —señaló—. Ve allá y cultívala. A partir de ahora ninguna de nosotras tres volveremos a molestarte.

Enfrentado a este despliegue de indignación

pública Véspero no tuvo más remedio que bajar sumisamente la cabeza en reconocimiento de su error. Si querían, que lo echaran: no diría una sola palabra.

Esperó a que se serenaran un poco antes de tratar de ganárselas con una confesión:

—En primer lugar, era una prolongación natural de

mi amor por vosotras. En segundo lugar, quería encontrarla y hacer que me presentara a vosotras para poder amaros. Por tal motivo superé mis escrúpulos y logré escribir esas palabras elogiosas; no era en modo alguno una evaluación sincera. Espero que no me juzguéis con demasiada dureza.

Ante estas palabras la indignación de las mujeres comenzó a disiparse y Véspero aprovechó la oportunidad para congraciarse más aún. Se desnudó y se tendió en la cama a la espera de que se unieran a él. Ellas estaban a punto de imitarlo, cuando de repente la criada que estaba de guardia emitió una tos

enfática. Tras reconocer la señal secreta, las tres comenzaron a ponerse otra vez la ropa a la velocidad del rayo. Una vez vestidas, Perla Feliz y Jade Feliz se precipitaron a recibir a la visitante, dejando atrás a Nube para que ocultara a Véspero. Como este había sido el primero en desnudarse, toda su ropa

estaba debajo de la de ellas. Al principio no pudo rescatarla y luego, cuando las mujeres estaban vestidas, ya era demasiado tarde para que él lo hiciera. Sólo le dio tiempo a meterse en el baúl desnudo de la cabeza a los pies.

Pasemos ahora a Flora, quien entró en la habitación principal para ser recibida

por Perla y Jade. A simple vista notó que estaban alteradas y muy juntas, como si quisieran impedirle la entrada al dormitorio, lo que sólo sirvió para aumentar su suspicacia. Llegó a la conclusión de que no habían estado haciendo nada bueno e insistió en entrar para verlo con sus propios ojos. Pero la superchería de una persona

no es equiparable a la astucia de dos, y cuando llegó al dormitorio el álbum erótico viviente estaba a buen recaudo en el baúl de las pinturas.

En el dormitorio, Flora se empeñó en alabar a su sobrina.

—Hace tiempo que no entro en este dormitorio. Veo que ahora lo tienes más

bonito que nunca —dijo, y se encaminó primero a la cabecera de la cama, luego a los pies, e incluso inspeccionó los armarios, pero no encontró señales delatoras y pensó que sus sospechas eran infundadas y había estado imaginando cosas inexistentes. Tomó asiento y comenzó a parlotear.

Con su rapidez, las sobrinas habían reducido un desastre potencial a un incidente inofensivo, lo que era una gran suerte, sin duda alguna. No obstante, no tenían la menor idea de que en su prisa se les había pasado algo por alto y que, de una forma u otra, pronto quedaría al descubierto su secreto. Azoradas por la tos

de la criada, sólo habían tenido tiempo para vestirse y abrir el baúl. Dado que su preocupación fundamental había consistido en introducir allí a su preciado tesoro, habían descuidado el cuaderno de bolsillo que estaba sobre el escritorio. Sólo más tarde, cuando conversaban con su tía, una de ellas se dio cuenta. Estaba

alargando la mano para cogerlo cuando Flora, con su astuta mirada, también lo vio y lo cogió primero. Presas del pánico, las muchachas intentaron arrebatárselo en vano. Luego Nube, al comprender que nunca se lo quitarían por la fuerza, fingió indiferencia:

—Bien, de todos modos sólo es un cuaderno hecho

una piltrafa que encontramos en la calle. ¿Por qué no dejárselo a la tía? No tiene sentido tratar de quitárselo.

—¡Nube es *tan* generosa! —dijo Flora—. Un cuaderno del tamaño de una mano… no puede valer mucho. ¿Para qué forcejear por él? Ya que Nube me lo ha dado, permitidme que lo abra y vea de qué se trata.

De pie a tres metros de sus sobrinas, abrió el cuaderno. Por su título, *Acopio de bellezas de primavera de todas partes*, supuso que se trataba de un álbum erótico y pasó las hojas deprisa para disfrutar primero de las imágenes. Para sorpresa suya, no contenía una sola estampa erótica: sólo unas pocas

columnas en caracteres pequeños, que se sintió obligada a leer. Llevaba leídas varias páginas cuando percibió que el cuaderno era mucho más interesante que un álbum erótico; consistía en la evaluación de mujeres hermosas, hecha por algún joven efusivo y de talento. Después de saborear minuciosamente las

evaluaciones, llegó finalmente a la de una tal Beldad Morena, cuyos comentarios coincidían exactamente con un retrato de ella misma, en cuyo momento sintió cierto hormigueo.

Se preguntó si aquello no lo habría escrito el hombre con el que se habían cruzado en el templo. Volvió a la

página anterior y vio una nota antes de los nombres de la última entrada, que hablaba de tres bellezas sin par en una fecha determinada. Tras conjeturar un rato en relación con los nombres Doncella Rosa Pálido y Belleza Rosa Loto, Flora esbozó una sonrisa suspicaz y llegó a la conclusión de que aquel

joven era, sin la menor duda, el autor. Pero cuando leyó la nota que decía:

> Huaiyin era joven, Jiang y Guan, venerables. El primero no presumirá de situarse con los últimos y debe ceder, respetuosamente,

reconoció la escritura de

Perla Feliz y se le borró la sonrisa. Se guardó el cuaderno en la manga, soltó un calculado suspiro y dijo:

—¡Qué genio fue Cang Jie al inventar la escritura de caracteres para nuestro beneficio!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Nube.

—No hay en ninguno de los caracteres que inventó

una sola pincelada que no tenga su significado. Por ejemplo, el carácter *jian* en *jianyin* (adulterio) se compone de tres caracteres *nü* (mujer). Dado que vosotras tres vivís juntas y cometéis adulterio, no dudo de que sabéis apreciar la brillantez de su invento.

—¡Es cierto que vivimos juntas, pero nunca hemos

hecho semejante cosa! —exclamó Jade Feliz—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Si nunca habéis hecho semejante cosa, ¿de dónde ha salido este cuaderno?

—Lo encontré en la calle viniendo hacia aquí —afirmó Nube.

—¡Eso no lo cree ni un niño de dos años! —exclamó Flora—. No diré nada más,

excepto preguntaros dónde está el hombre que escribió esto. Confesadlo todo y no me oiréis hablar más de ello. En caso de que no lo hagáis, tendré que escribir a vuestros maridos, adjuntando este cuaderno, y pedirles que vuelvan a casa para hablar con vosotras.

Ante su tono amenazador, las sobrinas comprendieron

que no podían seguir hablando en términos desafiantes.

—De verdad lo encontramos en la calle, y no tenemos la menor idea de quién es o dónde vive su autor. ¿Qué más podemos decirte? —replicaron muy sumisas.

Mientras las interrogaba, Flora paseaba

incesantemente la mirada por la habitación. «El único lugar en que no he mirado es ese baúl», pensó. «Normalmente está abierto… ¿Por qué ahora tiene echado el cerrojo? Debe de haber una razón».

—Ya que no queréis confesar —dijo a Perla Feliz y a Jade Feliz—, tendré que suspender mi investigación por el momento. Pero ese

baúl contiene varias pinturas antiguas que todavía no he visto. ¿Os molestaría abrirlo para que las viera?

—Se nos ha extraviado la llave —respondieron al unísono—. Hace muchísimo tiempo que no se abre. En cuanto encontremos la llave, sacaremos las pinturas y te las enviaremos.

—La llave no es ningún

problema. Yo tengo montones y sé abrir cualquier cerradura. Mandaré a buscarlas.

Dio la orden a una de sus criadas, que volvió pocos minutos después con unos centenares de llaves. Mientras Flora tanteaba la cerradura, sus sobrinas tenían el aspecto de tres cadáveres. No podían protestar ni evitar

que lo intentara, pero contra toda esperanza ansiaban que ninguna llave encajara y que el baúl permaneciera cerrado a cal y canto.

Pero la fortuna estaba del lado del enemigo. Flora ni siquiera tuvo que probar la segunda llave, la primera encajó a la perfección. Abrió la tapa y se asomó al interior, descubriendo el cuerpo

desnudo de un hombre, en cuya entrepierna yacía una maza de lavar ropa calamitosamente fláccida, pero lo bastante grande como para impresionarla. Flora sólo podía imaginar su aspecto cuando estuviera empinada.

Ante una mercancía tan extraordinaria, Flora sintió el impulso natural de

monopolizarla. Sin perturbar para nada el contenido del baúl, bajó la tapa, volvió a echarle la llave y les soltó una reprimenda.

—¡Vaya lo que habéis estado haciendo en ausencia de vuestros maridos! ¿Cuándo lo habéis metido en la casa furtivamente? ¿Cuántas noches habéis dormido con él cada una de

vosotras? ¡Decídmelo!

Las caras de las hermanas se pusieron cenicientas de terror, pero no respondieron a ninguna de sus preguntas.

—Ya que no queréis confesar, no me queda otra alternativa que presentarme a las autoridades.

Dijo que ordenaría a las criadas que informaran a los vecinos que había atrapado a

un adúltero a plena luz del día y que debían presentarse para ser testigos de este hecho, tras lo cual llevarían al hombre a la justicia, dentro del baúl. Sus sobrinas hicieron un aparte para consultarse.

—Sólo es una balandronada —dijeron—, pero si no aclaramos esto de inmediato, la balandronada

puede convertirse en realidad. Tendremos que llegar a un acuerdo con ella y cederlo para el uso general. ¡Sin duda alguna Tía Flora no nos condenará a muerte!

Se acercaron a la tía y se disculparon:

—No tendríamos que haber hecho esto a tus espaldas. Sabemos que cometimos un error y no

trataremos de evadirnos con subterfugios. Apelamos sencillamente a tu generosidad para que dejes salir a ese hombre del baúl, con objeto de que pueda confesar y solicitar tu clemencia.

—¿Y qué forma adoptará su confesión? Me gustaría acordar eso por adelantado.

—Para serte sincera, Tía

Flora —dijo Nube—, hemos estado dividiendo su tiempo en tres partes iguales. Te incluiremos encantadas. En realidad, teniendo en cuenta tu edad, te dejaremos ocupar el primer lugar en la lista de rotación.

Flora estalló en una estentórea carcajada.

—¡Vaya penitencia! Lo mantenéis oculto en vuestra

casa, dormís con él no sé cuántas noches, y sólo ahora, después de haber sido descubiertas, me ofrecéis unas migajas. De acuerdo con esa lógica, cuando las autoridades atrapan a un ladrón, no tendrían que apalearlo ni torturarlo, sino estipular que todo lo que robe en el futuro sea repartido, mientras que podrá guardarse

todo lo que ya ha robado.

—Tía, en tu opinión, ¿qué *debemos* hacer? —dijo Perla Feliz.

—Si queréis arreglar las cosas en privado —dijo Flora —, tendréis que permitirle dormir conmigo tanto tiempo como yo quiera, hasta que hayamos satisfecho los atrasos que me son debidos, tras lo cual os lo devolveré y

reanudaremos la rotación de una persona por noche. De lo contrario, lo arreglaremos en el juzgado, sencillamente, lo que significaría romper el cuenco de arroz de la familia permitiendo que todo el mundo pase hambre. ¿Qué me decís?

—Si hacemos eso —dijo Jade Feliz—, tendrás que especificar un límite de

tiempo, tres noches o cinco noches, digamos, y luego deberás liberarlo. ¡No esperarás que te demos carta blanca para tenerlo contigo meses o incluso años!

—No puedo especificar un límite de tiempo —insistió Flora—. Me lo llevaré conmigo y lo interrogaré con respecto a cuántas noches habéis

dormido vosotras tres con él; después me lo quedaré exactamente el mismo número de noches. A partir de ese momento os lo devolveré y no diremos una sola palabra más al respecto.

Aunque las sobrinas no abrieron la boca, se les ocurrió una posibilidad: «Véspero nos ama tanto que muy bien puede decirle un

número de noches inferior al real». En consecuencia, todas estuvieron de acuerdo.

—Bien, sólo lleva aquí un par de noches. Llévatelo e interrógalo. Ya verás.

Ahora que habían llegado a un acuerdo, las sobrinas estaban a punto de abrir el baúl y hacer salir a Véspero para que este pudiera irse con Flora. Pero la tía temía que el

hombre huyera, y vaciló.

—Si sale a plena luz del día —dijo—, la servidumbre puede verlo, y eso no estaría nada bien. Tendremos que pensar en la forma de llevarlo en secreto.

—¿Por qué no vuelves tú ahora y dejas que nosotras te lo enviemos cuando oscurezca? —surgieron las sobrinas.

—No os molestéis —dijo Flora—. Se me ocurre una idea mejor. No hay por qué abrir el baúl. Fingiremos que está lleno de antiguas pinturas que me pertenecen y ordenaremos a algunos despenseros que lo lleven a casa con el hombre dentro.

Actuando por iniciativa propia, ordenó a las criadas que llamaran a algunos

despenseros. En unos minutos; llegaron cuatro hombres que alzaron a hombros el baúl y se lo llevaron con rapidez.

¡Qué pena para las tres hermanas! Su pesar era tan intenso como el de cualquier viuda que alguna vez ha despedido un ataúd y, sin embargo, a diferencia de una viuda, no estaban en

situación de expresarlo. Apenas soportaban la idea de que les robaran este álbum erótico viviente en su baúl, y también tenían miedo de que el hombre que iba dentro fuera usado a muerte por esa vieja alcahueta. Había una senda que llevaba a su casa, pero no había camino de retorno. ¿No era un mal augurio que el baúl fuese

llevado a hombros como un ataúd?

CRÍTICA

Después de leer el capítulo en que se conocieron en el templo, cabía esperar que el placer de Flora precediera al de Perla Feliz y Jade Feliz, y que los comentarios de Véspero

sobre Flora fuesen el hilo que ensartara las perlas, la pieza que atrajera en respuesta al jade. ¿Quién habría podido imaginar que la mente del autor se parecería tanto a la del Creador al disponer independientemente de la gente y los acontecimientos, confundiendo todas nuestras expectativas? El autor ha cogido a la mujer más fácil

de seducir y la ha colocado después de las más difíciles, ¡lo que es extremadamente notable y fantástico! Ha convertido la hebra que había de ensartar las perlas y la pieza que habría traído en respuesta al jade en las mismísimas razones por las que Perla y Jade quedan de lado. La conmoción en la cámara nupcial se origina en

una escena de estrepitosa discusión, lo que también es extremadamente notable y fantástico. ¡Qué imprevisible es la mente de este autor!

Capítulo decimoséptimo

A través del engaño de otras ella saca ventaja;
por su propia arrogancia padece abusos.

Poema:

Que la Experiencia no
compita con la
Juventud,
para no despertar su
animosidad.
Los mayores siempre
perderéis al final,
así que permaneced a un
lado y observad la
escena.

Después de la llegada del baúl a su casa y una vez despedidos los despenseros,

Flora no lo abrió de inmediato, antes bien buscó un traje de hombre en sus propias cajas, un gorro muy usado y un par de zapatos y calcetines, todo lo cual había pertenecido a su difunto marido. Luego abrió el baúl e invitó al modelo a vestirse, tras lo cual se saludaron y se sentaron para sostener una conversación íntima. Tal

como cabía esperar, la verborrea habitual de Véspero, tan proclive a engañar a las mujeres, dejó oír en sus labios una o dos mentiras:

—Después de verte en el templo te deseé día y noche, pero como no conocía tu honorable nombre, no tenía forma de encontrarte. Afortunadamente el Cielo me

ha dado la oportunidad de transformar mi mala fortuna en buena suerte, y ahora por fin puedo contemplar tu primoroso continente.

Como había leído sus comentarios sobre ella, Flora creía que él la admiraba realmente, por lo que tomó sus embustes por verdades y se sintió pletórica de gratitud. Ordenó a una criada

que preparara la comida, y después aguardaron impacientes a que llegara la hora de la siesta para acostarse.

Aunque no podía describirse como gorda, Flora era innegablemente rolliza. Véspero la montó, pero apenas comenzó a moverse ella lo ciñó, le plantó un beso en los labios y

gritó:

—¡Queridísimo!

Esto fue suficiente para que Véspero sintiera que lo recorría un hormigueo de la cabeza a los pies. Había dormido con muchas mujeres, pero jamás había experimentado semejante reacción con un abrazo.

¿Cuál era el motivo? Tienes que entender que hay

dos categorías de mujeres: las que son para admirarlas y las que sirven para resultados prácticos. Las primeras no son necesariamente adecuadas para resultados prácticos, así como las segundas no son necesariamente bien parecidas. En toda la historia que se recuerda, sólo hubo una mujer, Yang Guifei, que

logró combinar ambas cualidades.

En general, hay tres supuestos de la mujer bien parecida:

1.º Mejor ser delgada que gorda.

2.º Mejor ser baja que alta.

3.º Mejor ser débil y delicada que fuerte y robusta.

Esto explica por qué las

mujeres que se ven en las pinturas tienen cintura de avispa y cuerpo demasiado delgado para llenar su ropa, y por qué nunca verás a una rolliza robusta entre ellas: están allí para satisfacción de la vista y no para resultados prácticos.

Las mujeres para resultados prácticos son de una especie diferente, pero

también en el caso de ellas hay tres supuestos:

1.º Mejor ser gorda que delgada.

2.º Mejor ser alta que baja.

3.º Mejor ser fuerte y robusta que débil y delicada.

¿Por qué necesitan estas tres cualidades? En general, cuando un hombre está encima de una mujer, el

primer requisito es que ella sea blanda como un cojín; el segundo, que lo iguale en altura; el tercero que sea capaz de soportar su peso. La figura de una mujer delgada es como una losa de piedra, y el cuerpo duele con un dolor insoportable tan sólo con tenderse encima. Por el contrario, una mujer gorda es blanda y tierna, y cuando se

está tendido encima ni siquiera se necesita empezar a moverse para sentir que el cuerpo hormiguea y el espíritu se extasía. Y también posee otra cualidad maravillosa: es cálida en invierno y fresca en verano. Todo lo cual explica por qué es mejor que sea gorda y no delgada.

Cuando se duerme con

una mujer baja, el cuerpo no la roza en todos los puntos, pues si las partes superiores encajan bien, no ocurre lo mismo con las inferiores, y viceversa. Más aún, un cuerpo tan ligero como el de un niño despierta en un hombre más piedad que pasión. Todo lo cual explica por qué es mejor que sea alta que baja.

Un hombre puede pesar desde setenta u ochenta *catis* hasta más de cien, peso que sólo pueden soportar las mujeres fuertes y robustas. Si un hombre se echa encima de una mujer débil y delicada, todo el tiempo estará como sobre escarpias para no aplastarla. El goce sexual depende por completo de la paz mental, y no se puede

disfrutar si se está nervioso. Todo lo cual explica por qué es mejor que una mujer sea fuerte y robusta y no débil y delicada.

Por tanto, el buen ver y la utilidad práctica se excluyen mutuamente. Si una mujer logra combinar ambas cualidades, le bastará un ochenta por ciento de belleza para alcanzar una

clasificación de ciento veinte por ciento, porque en tal caso a nadie se le ocurrirá hacer hincapié en la perfección.

Aunque Flora era una mujer entradita en años, combinaba ambas cualidades. En cuanto Véspero se metió; en la cama, ella puso automáticamente de relieve su larga figura rodeándole el tronco con sus blandos

brazos y envolviéndole la parte inferior del cuerpo con sus blandas piernas, rodeándolo como un edredón de plumas. Gozoso, ¿verdad? Además, el cuerpo de Flora era como el de él, y por tanto capaz de soportar su peso. Todas las mujeres con las que Véspero se había acostado antes eran más bien pequeñas, débiles y

delicadas, y él ignoraba que existía este tipo de placer, de ahí que le hormigueara el cuerpo antes incluso de empezar. Precisamente porque encontró tan deliciosa esta sensación, su verga se hinchó hasta proporciones extraordinarias, alargándose sin penetración y calentándose sin fricción, como si ya hubiera

embestido casi cien veces. Se alineó con la vulva y arremetió.

Flora había tenido ya un hijo y, naturalmente, su vagina era amplia, a diferencia de las de las tres hermanas, que habían sufrido un considerable dolor antes de llegar gradualmente al estado de gloria. Pero, después de sólo diez

embestidas, Flora entró de pronto en convulsiones y, aferrándose a Véspero gritó, muy agitada:

—¡Más rápido, queridísimo, más rápido! ¡Voy a correrme!

Véspero empujó con fiereza diez veces más, y entonces ella gritó:

—¡Basta, queridísimo! ¡Me estoy corriendo!

Véspero colocó la cabeza del pene contra el corazón de la flor, esperó a que ella terminara su orgasmo y luego volvió a embestir. Mientras lo hacía, le dijo:

—Queridísima, ¿por qué tienes tan poca resistencia? Te corriste apenas después de veinte o treinta arremetidas. Tus sobrinas duraban doscientas o trescientas, y yo

pensaba que eran fáciles de despachar. No esperaba encontrar a otra más fácil aún.

Flora lo traspasó con la mirada.

—¡Escucha! No pienses que soy fácil. Soy la mujer más difícil de despachar del mundo entero. Se necesitan entre mil y dos mil embestidas para que yo me

corra, y aún así tienes que sumar una gran cantidad de esfuerzo extra. Nunca lo lograrías con *este* tipo de embestidas.

Véspero estaba sorprendido.

—Si tienes tanto aguante, ¿por qué me resultó tan fácil despacharte ahora mismo? ¿No estarías fingiendo?

—No, no estaba

fingiendo. Hay un motivo perfectamente razonable para que haya ocurrido así. Hace diez años que no estoy con un hombre, y mis pasiones se encuentran en la cúspide. Cuando vi tu figura y lo bien dotado que estabas, el placer me acometió y mi esencia salió por su cuenta poco después de que me penetraras. Fue lo mismo que

correrme por mi propia mano y no tuvo nada que ver con tus arremetidas. Si no me crees, obsérvame bien la próxima vez. Será muy diferente, te lo aseguro.

—Comprendo. Pero hay algo que sigo sin entender. Has dicho que incluso con más de mil embestidas era necesario un esfuerzo extra para que te corrieras.

Sospecho que esto no es fácil de comprender. ¿Te refieres a algo más que las embestidas?

—Sencillamente a esto: tienes que apelar a esfuerzos extras para excitarme, ya sea haciendo el amor audiblemente o diciendo obscenidades. Esto hace que mi pasión cobre vida y que pueda correrme. Si no llega ningún sonido de abajo ni

ninguna obscenidad de tu boca, sería como una sorda copulando con un mudo, lo que no tiene nada de divertido. Si siguieras empujando toda la noche, yo sentiría dentro una sensación agradable, pero ningún goce en el fondo de mi corazón y la esencia no saldría. Pero he de advertirte de algo. Puedo ser lenta para correrme, pero

la forma en que lo hago es distinta a la de todas las demás mujeres; de hecho, pierdo el conocimiento durante un cuarto de hora antes de volver a la vida. Te lo digo para que no te asustes cuando ocurra.

—En tal caso, sólo el más fuerte de los hombres puede hacer que te corras. Mi resistencia tal vez no sea de

primera clase, pero al menos ocupa un buen segundo lugar, y si convoco todas mis fuerzas estoy seguro de que estaré a la altura de las circunstancias. Pero me pregunto cuánto aguante tenía tu difunto marido. ¿Podía satisfacerte todas las noches?

—Su resistencia no era ni siquiera de segunda categoría

—contestó Flora—. Al principio era muy dado al sexo y un seductor experto, incluso hacía muchas cosas inmorales. Solía decirme: «La de otras mujeres es de carne, pero la tuya es de hierro. He probado todo lo que se me ha ocurrido, y todavía no puedo hacer que te corras». Pero luego se le ocurrieron una serie de

recursos para despertar mi pasión, y el sexo se volvió mucho más fácil. Al margen de cuántas arremetidas fueran necesarias, mil o dos mil, yo sentía placer en el fondo de mi corazón y quería correrme.

—En tal caso te ruego que me digas cuáles eran sus métodos. Yo «quizá no tenga la madurez de juicio de un

viejo para guiarme, pero al menos contaré con tus decretos y tus leyes», como dice la poesía clásica. Déjame copiar los métodos de tu marido y quizá me ahorre algún esfuerzo.

—Los métodos son muy sencillos, y también muy divertidos. Sólo hay tres, seis palabras en total, que se explican por sí mismas.

Entenderás todo en cuanto las diga.

—¿Cuáles son?

Flora recitó:

—Imágenes eróticas, libros eróticos, sonidos obscenos.

—En cuanto a imágenes y libros eróticos, he utilizado ambos métodos de recién casado y funcionaron bien, con una sola limitación: me

excitaban la primera vez, pero la segunda o la tercera me aburrían. Sólo pueden emplearse de vez en cuando, pero no como recurso regular.

—Imagino que sólo tenías una pequeña provisión en casa, por lo que los agotaste enseguida y empezaron a aburrirte. Yo tengo muchísimos, varias

docenas de álbumes y varios centenares de novelas, y cuando llegues al último habrás olvidado el primero, lo que te permitirá empezar de nuevo y excitarte tanto como antes.

»No obstante, hay un momento oportuno y un momento inoportuno para usarlos. Las imágenes eróticas deben mirarse antes

de la cópula, mientras la pareja aún está vestida y se comporta correctamente. Mientras miras una imagen y analizas sus sutilezas, no debes hacer nada, aunque empieces a excitarte. Si la verga se levanta y los flujos manan, tienes que ignorar ambas cosas hasta que hayas mirado varias docenas de imágenes y no puedas seguir

conteniéndote. Esta es la forma en que un álbum erótico ejerce todo su efecto.

»Para que las novelas eróticas cumplan algún propósito práctico, tienen que leerse después de haber empezado pero antes de acabar. Es necesario dejar el libro cerca antes de comenzar. Luego, cuando la pareja lleva un rato

copulando, alguno de los dos debe abrir el libro y leerlo en voz alta. Cuando se llega a un pasaje excitante, se recomienza el coito. Al alcanzar una etapa menos interesante en la cópula, hay que empezar a leer de nuevo. Esta es la forma en que una novela erótica ejerce todo su efecto.

—¡Qué observación sutil!

—exclamó Véspero—. Es obvio que he descuidado mis estudios y no he hecho ningún progreso. Como dice el adagio, la educación nunca termina. Sin el beneficio de tu instrucción, habría seguido estudiando y practicando toda la vida sin haber aprendido esto. Ahora comprendo los dos primeros puntos que mencionaste, pero

no el último. No sólo nunca he escrito sobre ese tema, sino que ni siquiera estoy seguro de lo que significa. ¿Qué quieres decir con sonidos obscenos?

—En mi opinión —respondió Flora—, nada lo supera entre los placeres y estremecimientos del sexo. Significa tenderse junto a una pareja de amantes y escuchar

los ruidos que hacen: es suficiente para volverse loco de deleite. Siempre he obtenido un goce especial escuchando a otros. Cuando mi marido vivía, yo solía pedirle que sedujera a una criada y que lo hiciera lo más rápida y ruidosamente posible, para que la muchacha no pudiera contenerse y comenzara a

gritar. Eso me transportaba y tosía, momento en que él volaba a mi cama y empujaba con todas sus fuerzas. Le hacía pasar por alto la estrategia habitual y lo arrojaba a un ataque continuo. Yo no sólo experimentaba una sensación placentera en mi interior, sino que esta llegaba al fondo de mi corazón y me corría

después de setecientas u ochocientas arremetidas. Como método, es todavía mejor que las imágenes y novelas eróticas.

—¡Una disquisición más deliciosa aún! —la elogió Véspero—. Pero hay algo que me desconcierta. Me has dicho que la resistencia de tu honorable marido era más bien floja. En tal caso, ¿cómo

lograba seducir a una criada e inmediatamente copular con el ama? Además, con la criada tenía que hacerlo lo más rápidamente posible y además audible. Yo diría que tenía que estar agotado cuando llegaba a ti y no veo cómo podía entregarse a un esfuerzo supremo. Creo que no puedo dar crédito a eso.

—En la primera etapa no

le pedía que lo hiciera él mismo, sino que usara un sustituto. Sólo en la segunda etapa, la del ataque supremo, le pedía ayuda. Jamás habría podido hacerlo todo él solo.

—Me parece que conozco al sustituto. ¿Por casualidad se llama señor Consolador?

—Así es. Tenemos muchos en casa. Y también muchas criadas bonitas. Me

atrevo a decir que en nuestro primer encuentro de hoy no tendré ninguna dificultad en correrme, pero que mañana tendremos que apelar a ese método.

Véspero estaba embelesado y tuvo la sensación de que acababa de seducir a la criada, que oía la tos, y se precipitaba a la cama de Flora. Omitiendo la

estrategia, se lanzó al supremo ataque continuo.

Durante la conversación no había estado ocioso, sino que había empujado regularmente, como mínimo quinientas veces en total. Ahora, con este ataque renovado, la sensación placentera en la vagina de Flora se extendió al fondo de su corazón y, como si

estuviera agonizando, se le enfriaron las manos y los pies, se le pusieron vidriosos los ojos y se le abrió la boca.

Si la mujer no le hubiera revelado el secreto, Véspero se habría alarmado. Pero unos minutos después, tal como le había dicho, revivió y, aferrándose a él, suspiró admirada:

—Eres de un encanto fino

y eficaz; me has hecho correr sin sustituto. A juzgar por esta actuación, tu aguante pertenece a la categoría *summa*. ¿Cómo puedes decir que sólo es *magna plus*?

—¡Te adjudiqué *summa* en mi cuaderno y ahora tú haces lo mismo por mí! ¡Con qué prontitud me has devuelto el cumplido!

—Tenía pensado

preguntarte quién tachó esos tres nombres en tu cuaderno y añadió el comentario.

Véspero no estaba dispuesto a decírselo y fingió que no lo sabía.

—Quizá no quieras decirlo —prosiguió Flora—, pero yo puedo conjeturar fácilmente lo ocurrido. Fueron esas tres jovencitas, que me toman por una vieja

que ha perdido el atractivo y no puede compararse con ellas; se equiparan a Huaiyin y a mí me comparan con Jiang y Guan, como diciendo que están avergonzadas de alinearse conmigo. Bien, pueden ser algunos años más jóvenes que yo y tener la piel más tersa, pero te aseguro que no sirven para nada más que para estar ahí sentadas y

dejar que tú las admires. Dudo mucho que puedan igualarse a este vejestorio cuando se trata de lo auténtico. Además, si comparas nuestras vaginas, descubrirás una diferencia similar en calidad. De momento me guardaré lo que pienso y no discutiré con ellas, pero cuando tengamos un poco de tiempo libre iré

allá y organizaré un concurso. Todos nos desnudaremos y copularemos juntos a plena luz del día. Cada una de las mujeres demostrará lo que es capaz de hacer, y luego veremos si sale ganadora la juventud o la experiencia.

—Tienes razón. Son jóvenes e inexpertas y necesitan la guía de una

mano experimentada. Debes organizar ese concurso.

—Lo dejaremos para después. Podemos discutirlo en otro momento. Ahora pensemos en nuestro propio placer.

Se estaba haciendo tarde, de manera que se vistieron. Flora ordenó a las criadas que prepararan una cena formal de bienvenida para

Véspero. La mujer tenía una capacidad excelente para el vino, idéntica a la de él, y ambos se entregaron a juegos de adivinar con los dedos y de bebidas hasta que pasó la segunda vela. Para entonces estaban tan excitados por el vino que volvieron a la cama y empezaron de nuevo. Esa noche vio el fin del largo período de celibato forzoso

de Flora. Su esencia fluyó con facilidad y no tuvo ninguna necesidad de recurrir a sus métodos especiales.

Al día siguiente se levantó, sacó las novelas y álbumes eróticos, que no había mirado en años, y los puso sobre la mesa, para que estuvieran a mano. Poseía cuatro criadas personales, todas atractivas: dos de ellas

tenían dieciséis o diecisiete años y, como habían perdido la doncellez, estaban en condiciones de recibir a Véspero. Las otras dos, de catorce o quince años y todavía vírgenes, resultaban inútiles, por lo que Véspero le sugirió a Flora que se las enviara a Cabás para que las abriera durante varias noches y días seguidos, y las

preparara para el papel que cumplirían excitando a su ama.

A partir de ese momento, Véspero y Flora se dedicaron noche y día a sus placeres con ayuda de los tres métodos. Después de conocer a Flora, el goce de Véspero adquirió un tinte distinto, y también sus conocimientos se vieron acrecentados en

gran medida.

A Flora le preocupaba que las sobrinas fueran a reclamar la devolución de su propiedad, de modo que desde la llegada del baúl mantenía la puerta lateral cerrada y se negaba a abrirla aunque llamaran a gritos. El quinto día, sin embargo, Véspero se apiadó de ellas y diplomáticamente las

defendió ante Flora, quien se vio obligada a prometer que lo devolvería dos días después. Una vez acordada la fecha de devolución, las sobrinas dejaron de golpear la puerta.

A primera hora del octavo día Véspero fue a despedirse de Flora, pero descubrió que todavía abrigaba la esperanza de una

demora. Afortunadamente sabía ser muy persuasivo y, finalmente, logró marcharse.

Cuando cruzó la puerta lateral, las hermanas reaccionaron con tanto júbilo como si el sol hubiese caído del cielo.

—¿Has disfrutado estas últimas noches? —le preguntaron, después de saludarlo—. ¿Qué es lo que

más entusiasma a ese vejestorio? ¿Alguna vez tocaste fondo o sólo llegaste a tierra seca?

Con el propósito de desviar celos de las hermanas, Véspero puso sordina a las alabanzas mencionando únicamente los tres métodos de Flora, con la esperanza de que las sobrinas intentaran emularla. También

mencionó su sugerencia sobre el concurso, para estimularlas a dar el máximo de sí y de que no se acobardaran en «mostrar su superioridad sencillamente porque eran algo más jóvenes».

—En ese caso —dijo Nube—, nos dejará ser las primeras para poder compartir el placer de las

demás y luego disfrutar sola del suyo. Pero no nos preocupemos por *su* placer, vayamos nosotras primero y apelemos a una argucia. Mientras lo hagamos en silencio, sin ningún sonido desde abajo ni desde arriba, perderá la ventaja, no se excitará y será cogida en su propia trampa. ¿Qué os parece?

—En mi opinión —dijo Jade Feliz—, no deberíamos permitirle elegir, sino insistir en que, dado que es nuestra tía, naturalmente debe hacerlo primero. Luego, cuando no haya sacado mucho de ello, será nuestro turno y nos empeñaremos en gritar para excitarla. En ese momento ya no podrá volver a hacerlo, pero tampoco

soportará oírlo, por lo que *morirá* de frustración. ¡Nada me daría mayor placer!

—Hay mucho que decir sobre esas dos ideas —terció Perla Feliz—, pero sospecho que aparecerá con alguna otra triquiñuela y no podremos emplearlas. Sugiero que esperemos a que llegue el momento, atentas a la posibilidad de abrir una

brecha.

—Tienes razón —dijeron las hermanas.

De acuerdo con el orden establecido, cada una de ellas durmió una noche con Véspero y la cuarta, cuando estaban a la espera de una cópula combinada, llegó una nota de Flora con la propuesta del concurso. También mandaba un *tael*

como participación en los gastos, junto con instrucciones para la fiesta que, insinuaba, sólo sería gozosa si había vino al alcance de la mano además de sexo.

—Es una suerte que venga hoy, día de juegos combinados —dijo una de ellas—. «Agregar otro invitado sin matar otra

gallina», reza el proverbio. Que venga. Habrá mucho jaleo en la cama y sólo obtendrá una pequeña parte. Le haremos un favor perfectamente inútil.

«Seguiremos respetuosamente tus instrucciones», fue la nota de respuesta que le enviaron.

Te preguntarás por qué, siendo Flora la mayor, iba a

casa de sus sobrinas en lugar de hacer que estas fueran a la suya. Comprende que Flora tenía un hijo de nueve años, que, a pesar de su corta edad, era muy inteligente. Cuando ella alojó a Véspero en su casa, el niño no veía nada, pero si un hombre estuviera allí jaraneando y haciendo cabriolas con cuatro mujeres, Flora no podría ocultárselo, y

sería embarazoso que el niño lo notara. Sus sobrinas no tenían hijos, de modo que les bastaría con cerrar la puerta para que nadie se enterara. Por este motivo Flora sacrificó el mayorazgo ante lo práctico y consintió en reunirse en casa de las sobrinas.

Poco después de enviada la respuesta, la tía se

presentó para la fiesta. Véspero notó un bulto en una de sus mangas, como si llevara algo escondido.

—¿Qué tienes bajo la manga? —le preguntó—. ¿No será por casualidad el señor Consolador?

Flora meneó la cabeza.

—No, pero sí algo igualmente entretenido. Algo para mirar mientras se bebe o

se copula, de manera que lo traje por si lo necesitábamos —lo sacó y dejó que todos lo vieran: una baraja de naipes eróticos.

—Normalmente estas cosas sólo son para entretenerse —dijo Véspero —, pero hoy nos serán útiles en nuestro concurso. No los miremos ahora: esperemos a que el vino haga su efecto.

Luego cada una de vosotras escogerá una carta y representará conmigo la escena que muestre.

—Eso es exactamente lo que yo tenía pensado —señaló Flora.

—En tal caso —dijo Nube—, miremos antes los naipes. Si entendemos lo que muestran, podremos representarlo mejor cuando

llegue el momento.

—De acuerdo —aceptó Véspero, poniendo la baraja delante de Flora. Se le había ocurrido que lo mejor era que la mujer de más experiencia tomara la iniciativa y sirviera de guía a las demás.

—Yo los he visto muchas veces y estoy familiarizada con sus técnicas —aclaró Flora—. No soy una conversa

reciente, os lo aseguro. Me mantendré a un lado y dejaré que las más jóvenes hagan la prueba.

Las tres hermanas rieron, extendieron las cartas y las observaron una a una. Pero cuando llegaron a la que mostraba a una joven echada en una piedra ornamental levantando las nalgas mientras practicaba el sexo

anal con un hombre, se taparon la boca y soltaron una risilla de complicidad.

—¿*Qué* es esta posición? ¿Para qué hace nadie algo tan *asqueroso* en lugar de practicar lo que es saludable?

—¿Qué naipe es ese? —quiso saber Flora—. Dejadme verlo.

Nube se lo dio.

—Este método está

tomado de la literatura —anunció Flora después de una rápida mirada—. ¿No lo conocéis?

—¿De dónde ha salido? No lo tenemos nada claro —confesó Nube.

—De una obra titulada *Quiero casarme*. ¿No la habéis leído?

—No. Por favor, cuéntanos.

—Había una vez una bella muchacha que vivía en la casa de al lado de un estudiante muy bien plantado. Este enfermó a causa de su amor por la jovencita y pidió a uno que fuera a verla y le transmitiera el siguiente mensaje: «Si pudiera reunirme contigo una sola vez, moriría contento. No se me ocurrirá hacer nada

impropio». La muchacha quedó tan afectada por su patético ruego que se sintió obligada a aceptar. Cuando se encontraron, se sentó en las rodillas del joven y dejó que este la abrazara, la acariciara y la besara, pero sin llegar al coito. Cuando él se lo pidió, ella respondió: «Quiero casarme, de manera que no puedo hacer eso». El

estudiante, que ahora se encontraba en un estado de intolerable frustración, se arrodilló implorándola, pero ella siguió negándose y repitiendo las palabras «Quiero casarme». Finalmente agregó: «Tú querías estar conmigo porque soy bonita, para satisfacer tu deseo más profundo estando cerca de mí y tocándome.

Ahora que estoy sentada en tus rodillas dejando que me acaricies todo el cuerpo, puedes satisfacer tu deseo. ¿Por qué tienes que ser la causa de mi ruina? Yo quiero mantener la virginidad para desposarme algún día. Ahora tal vez no importe que la pierda, pero cuando me case, si mi marido lo nota, jamás podría volver a levantar la

cabeza mientras viva».

»A lo que respondió el estudiante: "Pero cuando un hombre tiene relaciones con una mujer, este objeto de ocho centímetros tiene que entrar en ella para que signifique amor. De lo contrario, seguirán siendo extraños entre sí. Por mucho que se acerquen nuestros cuerpos, por mucho que nos

toquemos, el deseo de mi corazón nunca estará satisfecho". Esta vez se arrodilló y se negó a levantarse.

»Incapaz de soportar sus ruegos, la muchacha bajó la cabeza, reflexionó, y encontró una solución sustitutoria. "Quiero casarme", dijo, "de modo que decididamente, no puedo

permitirte de ninguna manera hacer eso. Pero ¿qué dirías si descubriera otra posibilidad?". "¿Qué otra posibilidad *hay* aparte de esta?". A lo que la joven respondió: "Tendrás que probar por detrás en lugar de por delante y satisfacer el deseo de tu corazón metiendo allí tu objeto de ocho centímetros. ¡Esta es mi

última palabra!”.

»Atemorizado por el tono firme de su vecina, el estudiante comprendió que no podía seguir protestando y aceptó la solución sustitutoria. Copuló con ella penetrando por el patio trasero como si fuera el jardín delantero. Este método ha sido tomado de esa historia. ¿Cómo podéis ser

tan ignorantes para no haber leído un libro tan extraordinario?

Las sobrinas estaban alteradas por el tono arrogante de la tía y temían que recurriera a sus aires de grandeza durante la cópula propiamente dicha, de modo que dejaron los naipes y se retiraron a consultar, unidas por el deseo de bajarle los

humos.

A Flora le parecían nueve años los tres días que había estado separada de Véspero, y en cuanto las otras se retiraron empezó a acariciarlo. Se habían abrazado y besado e intercambiado frases ardorosas cuando las sobrinas volvieron y dijeron a las criadas que prepararan el

vino.

Véspero se sentó a la cabecera de la mesa, con; Flora enfrente y las jóvenes a ambos lados. Tras varias rondas de bebida, Flora sacó la baraja para que cada una de ellas eligiera una carta y sirviera el vino según las reglas del juego. Las sobrinas pusieron objeciones:

—Después de mirar las

cartas, estaremos tan distraídas pensando en el sexo que no podremos probar el vino. Juguemos a otra cosa ahora, bebamos hasta que el vino haga su efecto y luego saquemos las cartas. Nada nos impedirá servir el vino y practicar el sexo tal como; se muestra en la baraja.

—Tenéis razón —reconoció Véspero.

Perla Feliz pasó la caja de dados y le pidió a Véspero que empezara.

—Es demasiado esfuerzo jugar a los dados —dijo Véspero—. ¿Por qué no jugamos a adivinar con los dedos para establecer el orden del vino y dejamos para más tarde el sexo?

Flora, que conocía de memoria el *Clásico de*

adivinar con los dedos, esbozó una sonrisa radiante ante esta sugerencia; no veía la hora de que la declararan *Prima* en el juego, para poner a las demás en su lugar. Lo único que le fastidiaba era que si ganaba tendría que ser la primera en copular, aunque era ella la que necesitaba oír gritos y gemidos. No haría un buen papel si encabezaba la

sesión. Ahora se encontraba en una encrucijada.

—El orden de lo uno no tiene por qué ser el orden de lo otro —le dijo por fin a Véspero—. Dejemos en manos de *Prima* decidir si lo hace la primera o la última.

—Muy bien —dijo Véspero.

Tomada esta decisión, extendieron cinco puños

blancos como la nieve y comenzaron a jugar, empezando por Véspero y terminando por Jade Feliz. Por cierto, Flora era una experta y rápidamente ocupó el primer lugar. En su condición de *Prima*, no esperó a ver quién sería *Secunda* y quién *Tercia*, sino que se apresuró a impartir una orden:

—Dado que soy Prima, seré también *Magister ludi*. No sólo debe pasar mi prueba la Eterna Estudiante, sino que *Secunda* y *Tercia* tienen que aceptar mis reglas. Quien desobedezca tendrá que beber un cuenco como multa.

—En tal caso —dijo Véspero—, permíteme pedirte que establezcas las reglas por adelantado, de

modo que estén claras de una vez por todas y no haya lugar a dudas ni suspicacias.

—Con respecto al número de cuencos, empezaremos por *Prima* y seguiremos hasta *Tercia* —explicó Flora—, aumentando las cantidades a medida que avancemos. La Eterna Estudiante, es decir quien siempre fracasa, se quedará a

un lado sustentando la jarra de vino. Tiene derecho a servir pero no a beber. El orden para el sexo será exactamente el contrario, yendo de *Tercia* a *Prima*, aumentando también las cantidades a medida que avanzamos. La Eterna Estudiante se quedará a un lado y permanecerá absolutamente neutral,

permitiéndosele limpiar pero no participar.

—Esas reglas están muy bien —comentó Véspero—, pero no las has pensado a fondo. Si por casualidad tu humilde sirviente pierde y no puede participar por su condición de Eterno Estudiante, ninguna de vosotras podrá hacer nada. Entonces las cuatro seríais

víctimas de esas reglas.

—Por supuesto, pero ya he pensando en eso. Tú quedas eximido del examen. En este mismo momento te nombro supervisor, para un cometido posterior.

—¡Pero en ese caso podré participar en el sexo pero no en la bebida!

—Beberás más vino que nunca —dijo Flora—.

Cuando beba *Prima*, beberás con ella, cuando lo hagan *Secunda* y *Tercia*, beberás con ellas. Pero no lo harás con la Eterna Estudiante que estará sirviendo, porque en tal caso sería una multa excesiva.

—¡Tendré que esforzarme hasta el límite para estar a la altura de vosotras tres! No me molesta

para nada que la Eterna Estudiante no compita. ¡Dejemos que sufra! —dijo Véspero.

Aunque las hermanas habían echado una o dos miradas de reojo a su tía, la habían dejado impartir órdenes sin plantear objeciones. Afortunadamente habían previsto el problema y celebrado un cónclave, en el

que se les había ocurrido un plan brillante. Pero no lo expusieron pues no estaban seguras de tener la posibilidad de aplicarlo.

—Tú eres el supervisor —le dijeron a Véspero—. Tendrías que hacer valer tu preeminencia cuando *Magister ludi* sea injusta, acusándola en lugar de hacerle zalamerías. Si sigue

así, nos rebelaremos y rechazaremos su autoridad.

—Si estoy actuando injustamente, no es necesario que el supervisor me acuse —dijo Flora—. Presentad los cargos abiertamente y, si estos se mantienen en pie, beberé como multa.

Una vez establecidas las reglas, Flora eximió a Véspero y dijo a las tres

muchachas que volvieran a competir; estas así lo hicieron y terminaron, como si hubiera ocurrido por medios sobrenaturales, exactamente en orden de mayorazgo: Nube fue *Secunda*, Perla Feliz fue *Tercia*, y Jade Feliz, que de todos modos era demasiado delicada para el coito enérgico, fue Eterna

Estudiante. (Era la única candidata que no había aprobado, de manera que resultaba apropiado que se humillara y, en su condición de menor, cayera sobre ella la carga de realizar los trabajos que se presentaran).

Cuando concluyó el juego, Flora pidió a Jade que sirviera el vino: un cuenco para ella, dos para Nube y

tres para Perla Feliz, a quienes acompañó Véspero con el mismo número de cuencos. Tras beber el vino, le ordenó a Jade Feliz que barajara las cartas y las pusiera sobre la mesa, después de lo cual debía quedarse a un lado en posición neutral, dispuesta a limpiar mientras los demás copularan. Jade no se atrevió

a desobedecer e hizo lo que su tía le ordenó.

—Con la primera de nosotras —le dijo Flora a Véspero, volviendo a impartir órdenes—, estarás limitado a cien arremetidas y con la segunda a doscientas. Si haces una embestida de más o de menos, se te impondrá como multa beber. Sólo queda en manos de la

suerte de cada una correrse o no: tú no serás responsable de ello. Después será mi tumo. El *Magister ludi* se encuentra en una posición distinta a la de las demás jugadoras. Por muchas arremetidas que sean necesarias, tendrás que seguir hasta que me corra. En los dos primeros casos llevará la cuenta Eterna Estudiante, y

toda discrepancia será castigada.

Se volvió hacia sus sobrinas.

—Coged la carta de arriba y seguid el método que en ella se muestra. Que os guste o no es cuestión de suerte: no podéis cambiar de carta. Para aprobar, es necesario imitar exactamente el modelo. La menor

desviación será castigada con una multa de vino además de una reducción en el número de embestidas.

—Si no imitamos el modelo, naturalmente beberemos como multa —intervino Perla Feliz—. Pero ¿qué ocurre si falla el *Magister ludi*?

—Si falla, tendrá que beber tres cuencos como

multa y repetir el examen hasta que apruebe.

—En tal caso la carta de arriba es la mía —dijo Perla Feliz.

—Correcto —dictaminó Flora.

La carta que sacó Perla Feliz mostraba a una mujer tendida en una cama con las piernas abiertas pero no levantadas en el aire, y el

cuerpo de un hombre aproximadamente a un metro de distancia. Él se apoyaba en los brazos y la enfrentaba mientras empujaba…, posición conocida como «La libélula se desliza por la superficie». Después de mostrar la carta como testimonio, Perla Feliz se dispuso a imitar la imagen. Se quitó los pantalones, se

echó en la cama mientras Véspero la montaba y hacía de libélula, deslizándose delirantemente sin pausa. Perla Feliz estaba tan empeñada en complacer a *Magister ludi* y a excitarla, que no esperó a sentir placer para empezar a gritar. A cada deslizamiento soltaba un grito y luego, después de sesenta o setenta, comenzó a

dar varios gritos a cada deslizamiento, hasta que Véspero alcanzó su cuota e interrumpió.

—Ahora es mi tumo —dijo Nube, cogiendo la carta siguiente. Esta mostraba a una mujer echada en una poltrona y a un hombre de pie delante, con los pies de ella sobre sus hombros. Él se apoyaba en el asiento con los

brazos y embestía vigorosamente…, posición conocida como «Empujando el bote río abajo».

Después de mostrar la carta como testimonio, Nube se echó en la poltrona e imitó con Véspero la posición de la imagen. Sus gritos fueron muy distintos a los de Perla, sin embargo. Dado que es muy fácil empujar un bote

río abajo, el ímpetu del agua tiende a producir sonidos bajo la proa, embravecida con la corriente de debajo del casco, sonidos que es una delicia escuchar. Y puedes tener la certeza de que si es una delicia escucharlos, la expresión de Nube era digna de contemplarse.

Cuando con anterioridad Flora había escuchado a

hurtadillas gritos libidinosos, la muchacha no estaba al alcance de la vista; de hecho, Flora nunca había visto la expresión de ninguna de ellas en el momento del éxtasis. Ahora no sólo escuchaba algo que nunca había oído, sino que veía algo que nunca había visto, y su excitación sexual era mucho más intensa que en aquellas

ocasiones en que había señalado su disposición mediante una tos. No podía esperar un instante más.

En cuanto Nube recibió su cuota, Flora se levantó.

—Ahora le toca el turno a *Magister ludí* —dijo—. Apártate para que ocupe el escenario.

Mientras levantaba una carta con una mano, ya tenía

la otra en los pantalones, desatando el cinturón. Pero cuando miró la carta, se quedó como la cera, presa del pánico y la mano que la sostenía cayó floja a un costado de su cuerpo.

—No podemos usar esta carta —declaró—. Tendré que cambiarla.

Sus sobrinas se levantaron hechas un

basilisco. En primer lugar, escondieron el resto de las cartas y luego miraron la que le había tocado a su tía. ¿Qué posición supones que mostraba? No otra que la historia de *Quiero casarme*, técnica en la que la mujer levanta las nalgas en el aire y practica el sexo anal con su pareja.

¿Cómo se explica

semejante coincidencia? Entre tantos naipes, ¿cómo le tocó precisamente ese? En realidad, tal «coincidencia» fue el resultado del plan de las más jóvenes. Habían supuesto que a una de ellas le tocaría mezclar la baraja y habían marcado esa carta de modo que le tocara a la tía. Cuando Flora puso como norma que *Magister ludi*

sería la última, Jade Feliz, al mezclar la baraja, hizo que este naipe ocupara el tercer lugar, el que le correspondía a Flora. No obstante, la coincidencia quizá no haya sido totalmente resultado del ingenio humano. El exceso de cualquier clase es anatema para el Creador, y la altanería de Flora también puede haber desempeñado un papel en su

caída.

Después de inspeccionar la carta, las tres la apremiaron a que se quitara los pantalones, pero ella se negó obstinadamente.

—Apelo a vosotras para que consideréis si es siquiera factible…, sobre todo con ese aparato de Véspero. Pensadlo un momento.

—¡Ni hablar! —

replicaron las hermanas—. Estamos todas metidas en el mismo bote. Si a alguna de nosotras dos le hubiera caído en suerte ese naipe, ¿le habrías permitido cambiarlo? Además, fuiste tú misma quien estableció las reglas. Eras tú y sólo tú quien conocía los métodos representados en todas las imágenes. Nosotras éramos

unas ignorantes, ¿te acuerdas? Si considerabas tan imposible esta posición, ¿por qué no quitaste este naipe de la baraja? Ahora que te ha tocado a ti, no hay nada más que hablar. Venga, quítate los pantalones tú misma si no quieres que te avergoncemos quitándotelos nosotras. —Luego se volvieron hacia Véspero—: ¡Valiente

supervisor eres tú! ¿Por qué no dices o haces algo? ¿O tenemos que desnudarla y entregártela?

—No estoy haciendo favoritismos —replicó Véspero—. El problema es que su trasero no puede recibir mi aparato. Tendremos que concederle otro método de reparación y hacerle beber en cambio unos

cuantos tazones de vino.

—¡Qué necedad! —protestaron las sobrinas—. Si puede sustituirse el sexo por el vino, nosotras también habríamos optado por esa solución. Ninguna de las dos es tan desvergonzada como para *querer* desnudarse y dar un espectáculo ante los demás.

Véspero comprendió que

las hermanas estaban empeñadas en ser inflexibles. Incluso Flora bajó la cabeza desesperada, sin saber qué decir.

—Lo que decís es cierto —reconoció Véspero—. Pero permitidme que os pida clemencia para ella y que le permitáis alguna salida, en una palabra, que no seáis demasiado estrictas. Dejad

que se baje los pantalones y haga únicamente una demostración simbólica.

Pero Nube y Jade Feliz no querían ningún tipo de sustituciones. No aceptaron indulgencias, y seguían insistiendo en la práctica sexual completa cuando Perla Feliz les guiñó un ojo.

—Nos bastará con una demostración simbólica —

dijo—. No insistiremos en una aplicación rigurosa de las reglas.

—Eso se soluciona fácilmente, entonces —dijo Véspero, al tiempo que cogía a Flora y trataba de bajarle los pantalones.

Al principio ella se negó rotundamente, pero no pudo seguir resistiéndose a sus peticiones y por último

aceptó a regañadientes, quitándose los pantalones y echándose boca abajo en la poltrona. Véspero sacó la verga, la mojó con una buena dosis de saliva y la golpeteó una o dos veces en los alrededores del ano de Flora. Esta empezó a retorcerse y trató de levantarse, negándose a permitir que siguiera adelante.

Todo el tiempo las tres jóvenes perversas estuvieron esperando con las manos preparadas. Las palabras que Perla Feliz había acompañado con un guiño estaban destinadas a engatusar a Flora para que se quitara los pantalones, y ahora que lo había hecho, y estaba tumbada en la poltrona, avanzaron. Una le

mantuvo la cabeza gacha, mientras otra le sujetó las manos, impidiéndole no sólo levantarse y escapar, sino incluso cambiar de posición o torcer las nalgas a un lado. La tercera, la más perversa de las tres, se ocultó detrás de Véspero y esperó el instante en que este golpeteaba los alrededores del ano de su tía para darle

un poderoso empellón, hundiendo el pene hasta la mitad de su longitud, tras lo cual le rodeó la cintura con los brazos y empujaba y retrocedía mientras Flora chillaba como un cerdo en la matanza y gritaba repetidas veces:

—¡Clemencia!

¡Clemencia!

—¡No es cosa de risa que

la vida de alguien esté en peligro! —vociferó Véspero —. ¡Un poco de misericordia!

—Ella impuso en las reglas que la posición del *Magister ludi* era diferente a la del resto. Por muchas embestidas que fueran necesarias, debías seguir hasta que se corriera. Pregúntale si se ha corrido o

no.

—¡Me he corrido! ¡Me he corrido! —exclamó Flora.

Como estaba evidentemente desesperada, y dado que Véspero seguía implorando, las sobrinas tuvieron que soltarla.

Cuando Flora se incorporó, parecía un cadáver. Incapaz de hablar y tambaleándose, tuvo que

llamar a una criada para que la ayudara a llegar a su casa. Después se le hinchó el ano, tuvo accesos febriles y temblores, y debió guardar cama tres o cuatro días, como si fuera presa de una grave enfermedad.

Más adelante, aunque amargamente resentida, estaba tan ansiosa por unirse a las actividades de sus

sobrinas que consideró que no podía permitirse el lujo de seguir mostrándose hostil. Como reza el proverbio: «Si quieres ser amigo de alguien, primero llévalo al juzgado». La tía y las sobrinas se habían odiado a muerte, pero después de esta disputa remendaron su amistad. El hombre y las cuatro mujeres compartieron el mismo lecho

y gozaron de placeres demasiado numerosos para relatarlos.

Véspero había acordado con Fragancia que no permanecería alejado más de tres meses, con el propósito de volver a tiempo para el nacimiento del bebé. Pero estaba tan ocupado con el sexo que había olvidado por completo su promesa, y

cuando la recordó ya había transcurrido el plazo. Envió a Cabás para que hiciera averiguaciones y así se enteró de que Fragancia había dado a luz a gemelas. Flora y las tres hermanas organizaron una fiesta en honor de Véspero y festejaron con él varios días, hasta que lo autorizaron a seguir su camino.

Fragancia temía que las gemelas fuesen una carga para ella y le impidieran gozar del regreso de Véspero, de manera que en cuanto nacieron contrató a dos nodrizas para que las atendieran en sus casas. En consecuencia, llevaba una vida tan despreocupada como si nunca hubiera dado a luz y, cuando Véspero llegó un mes

más tarde, se apresuró a decirle que reuniera sus fuerzas para reiniciar la batalla, empeñada como estaba en cobrar las deudas atrasadas. ¿Cómo podía prever que «la gente estaba agotada y las arcas vacías», y que Véspero ni siquiera estaba en condiciones de reunir un ejército?

¿Por qué razón? Hacía ya

cuatro o cinco meses que Véspero, único macho, había sido exprimido por cuatro mujeres. Más aún, se había entregado a la lujuria tanto de día como de noche. Hasta una verga de hierro se habría agotado en semejante prueba, hasta un río de semen se habría secado. Forzosamente tenía que estar debilitado en cuerpo y mente. ¡Unos pocos

meses separado de ella, y Fragancia se vio obligada a verlo con otros ojos! A partir de entonces, Fragancia lamentó profundamente lo que había hecho.

CRÍTICA

Hay quienes critican las descripciones de este capítulo por ir demasiado

lejos, sin consentir la menor misericordia al marido adúltero y sus libidinosas mujeres. Pero sin la extraordinaria lujuria de este capítulo, no habría causa suficiente para el drástico castigo del próximo. Dejar que los personajes den rienda suelta a sus pasiones significa en realidad atormentarlos. Cuando leas el

pasaje en el que Esencia de Jade, como principal exponente de la lascivia más extraordinaria, paga las deudas de su marido, por fin comprenderás que los capítulos anteriores han hecho bien en llegar tan lejos en sus descripciones.

Capítulo decimoctavo

Su esposa se prostituye y paga públicamente sus deudas, mientras dos hermanos compiten por una hechicera y en secreto recaudan lo que

les es debido.

Poema lírico:

¡No aceptes, te lo ruego,
el préstamo de un
putañero!
Cuanto mejores sean los
términos, antes
deberá pagarse.
Tu esposa será quien
costeará la cuenta
de deudas que, a
diferencia de ti, no
puede eludir.

Un prestamista humano
puede perdonar tu
deuda,
pero el Cielo desempeña
un papel mucho
más cruel.
Nada puede impedirte
vender su cuerpo.
El tuyo no necesitas
venderlo, sólo tu
corazón.
(Con
la
melodía

de *Primavera en la morada de jade*)

Ya se ha narrado la mayor parte de los éxitos de Véspero, pero sólo una mínima de los desastres que caerán sobre él. Procedamos paso a paso en el pago total

de sus préstamos por lujurioso y luego, tras concluir esta historia de retribuciones, dejaremos a un lado el pincel y la piedra de tinta.

Su esposa había huido con Honrado Quan y la criada Ruyi. Esencia de Jade comenzó a sentir dolores abdominales en el primer lugar en que se detuvieron, y

el feto que llevaba en su vientre, el que con anterioridad no pudo ser inducido a abortar pese a todos sus esfuerzos, ahora abortó espontáneamente por las tensiones del viaje. Si lo hubiera hecho unos días antes no habrían tenido que huir, pero ahora era demasiado tarde para volver atrás: Esencia de Jade se había

fugado inútilmente. ¡Sin duda los pecados de su marido la habían llevado a dar semejante paso!

El motivo original de Quan había sido la venganza y no la lujuria, y desde el momento en que la sedujo tenía la intención de venderla como prostituta. Pero ella llevaba dentro a su hijo, de sexo todavía desconocido, y

no soportaba la idea de que su propia carne y sangre naciera y creciera en un burdel para vergüenza suya. Se encontraba en un callejón sin salida hasta el aborto, momento en que decidió deprisa lo que quería hacer.

Con dos mujeres a su lado y tras un viaje sin escalas a la capital, Quan las alojó en una posada y salió a

buscar comprador. Ahora bien, cuando uno trata de vender a una mujer de buena familia como prostituta, se ve obligado a acudir al engaño. Le dirá a ella que tiene allí un pariente que intenta encontrarles un lugar donde alojarse y así conseguirá que una compradora en potencia la vea. Sólo si a la compradora

le gusta lo que ve, es posible convencer a la mujer de que se una a otra «familia».

En la capital vivía cierta dueña de burdel famosa, que respondía al nombre de Doncella Inmortal Gu. Una mirada a Esencia de Jade le bastó para convencerse de que estaba ante una mercancía fuera de serie, y pagó a Quan todo lo que este

pidió como intermediario. La dueña también compró a Ruyi, para que continuara sirviendo a Esencia de Jade como criada.

Antes de la venta, Quan había estado demasiado obsesionado con la idea de la venganza y no había reflexionado a fondo. Pero inmediatamente después, comenzó a inquietarse y poco

a poco empezó a arrepentirse de sus actos, dándole constantemente vueltas en la cabeza a los siguientes pensamientos: «He oído decir que, según las escrituras budistas, si queremos conocer la causalidad kármica de nuestra última existencia, basta con observar nuestra fortuna en esta vida, y si queremos

conocer la causalidad de nuestra próxima reencarnación, debemos observar nuestros actos actuales. Fracasé en salvaguardar los aposentos de mis mujeres y permití que mi esposa se comportara con oprobio. Por lo que sé, en mi última existencia puedo haber seducido a la esposa de otro hombre y en esta fui

castigado teniendo que entregarle mi esposa a otro. Tendría que haber aceptado sumisamente la humillación, cancelando así mi deuda kármica. ¿Por qué tuve que seducir a la esposa de otro e incurrir en un pecado para mi próxima existencia? Aunque sentía la necesidad de la revancha, tendría que haber dormido con ella sólo unas

cuantas noches para calmar mi cólera, y luego haberme ido. ¿Por qué tuve que venderla como prostituta y hacer de la esposa de un hombre la mujer de diez mil? Yo podía tener un deseo de venganza contra el marido, pero ¿significa eso que todos los demás también tienen que vengarse de él? Y si el pecado de venderla para la

prostitución es tan insoportable, ¿por qué tuve que complicarlo todo vendiendo también a una inocente criada? Esencia de Jade tiene un marido a quien yo odio, pero ¿quién es el marido de la criada?».

En este punto de sus reflexiones, Quan comenzó a golpearse el pecho y a patear el suelo, enfurecido contra sí

mismo. Sabía muy bien que los errores cometidos no pueden deshacerse y que su único recurso consistía en arrepentirse de los pecados por el resto de su vida, preparándose para la siguiente. Dio a los pobres e impedidos el dinero obtenido por la venta de las dos mujeres y, después de cortarse el pelo hasta tener el

aspecto de un fraile mendicante, viajó en busca de un monje eminente que estuviera dispuesto a admitirlo en la orden monástica. En un momento dado llegó al monte Guacang, donde conoció al abad Pico Solitario, reconociendo en él a un buda viviente. Después de que Pico Solitario le aceptara en la orden, Quan se

esforzó en perfeccionarse durante veinte años antes de alcanzar los frutos de la iluminación.

Pero estos acontecimientos están aún muy lejos. Hablemos ahora de la caída de Esencia de Jade en la prostitución.

Al llegar a la casa de Doncella Inmortal, ella y Ruyi echaron una mirada a su

alrededor y comprendieron, huelga decirlo, que no se estaban uniendo a una familia decente y que habían sido víctimas de un canalla. Un dicho vulgar explica en pocas palabras su reacción:

> Sabían que aquella no era compañía adecuada, pero pensaron que en un

apuro más les valía resignarse.

Ni la más casta de las mujeres, una vez cruzado ese triple umbral, habría podido escapar. ¡Qué poco probable era que lo intentara una que ya había perdido la virtud y era además aficionada a los hombres! Esencia de Jade le contó tranquilamente su

historia a Doncella Inmortal y se resignó a hacer la carrera de cortesana.

Naturalmente, al ingresar en una casa de prostitución, tuvo que adoptar un apodo para uso de sus clientes. No obstante, a fin de no confundir al lector, el autor seguirá empleando su nombre de siempre, como hizo en el caso de Honrado

Quan.

La primera noche la escogió un cliente muy rico. A la mañana siguiente, cuando este estaba a punto de marcharse, Doncella Inmortal se dio cuenta de que ya se marchaba y le rogó que se quedara. Aunque él insistió en irse, antes de emprender la retirada dio un consejo a la dueña del burdel:

—Esa hija tuya tiene una figura y un rostro perfectos. Sólo carece de tus tres artes superlativas. Un gran general no debería tener soldados incompetentes, ya lo sabes; en verdad, tendrías que transmitir tus facultades. Ahora me voy, pero cuando se las hayas enseñado volveré.

Dichas estas palabras,

salió.

¿Por qué dijo todo esto? Porque Doncella Inmortal dominaba desde mucho tiempo atrás tres artes superlativas, ninguna de ellas conocida por otra mujer. De niña era poco agraciada y había mostrado escaso talento para el verso, y sin embargo ahora se había hecho famosa a lo largo de

más de treinta años. No sólo eso, todos los hombres con quienes dormía pertenecían a la aristocracia o a la nobleza; ningún ciudadano corriente llegaba siquiera a verla. Incluso después de los cuarenta o cincuenta años, cuando se convirtió en dueña de burdel, los ricos y eminentes seguían protegiéndola en recuerdo de

sus artes.

¿Cuáles eran esas tres artes superlativas? La primera consistía en bajar el *yin* para unirse al *yang*, la segunda en levantar el *yin* al encuentro del *yang*, y la tercera en sacrificar el *yin* para ayudar al *yang*, esta última una técnica taoísta de rejuvenecimiento masculino. Cuando practicaba el coito

con un hombre, Doncella Inmortal no esperaba que este se moviera, sino que hacía ella todo el trabajo. Primero le pedía que se tendiera de espaldas. Luego lo montaba, insertaba el pene en la vagina, se alzaba ella misma y lo envainaba, se hundía y lo amasaba, se alzaba y lo envainaba, se hundía y lo amasaba. Si

cualquier otra mujer lo hubiera hecho, sus piernas le habrían dolido tanto después de las primeras arremetidas que no habría podido continuar, pero las rodillas de Doncella Inmortal parecían de bronce o de hierro, porque cuanto más se esforzaba, más fuerte se volvía. Y no sólo complacía al hombre, sino que ella misma disfrutaba.

«Pretender que un hombre haga los movimientos», solía decir, «es lo mismo que pedirle a uno que te rasque donde te pica. Puedes tener la certeza de que la mitad de las veces errará. Pero cuando te rascas tú, la sensación es celestial, pues siempre aciertas». Esto es lo que quería decir con bajar el *yin* para unirse al *yang*, la

primera de sus artes.

En otras ocasiones, cuando se tendía debajo, no permitía que el hombre se esforzara solo, sino que insistía en arquear su cuerpo para ayudarlo. Cuando él embestía, ella se alzaba a su encuentro; cuando él retrocedía, ella se aflojaba. No sólo le ahorraba al hombre la mitad del

esfuerzo, sino que ella misma obtenía la mitad de los beneficios, asegurándose de que su pasaje secreto estuviera bajo un ataque constante.

«Las cosas más deliciosas de la vida», solía decir, «no pueden gozarse en solitario. El *yin* tiene que encajar en el *yang*, el yang tiene que encajar en el *yin*. Cuando se

encuentran a mitad de camino, naturalmente empiezas a disfrutar; esto es lo que quiere decir reciprocidad del *yin* y el *yang*. Si la mujer no responde al hombre y deja que sólo este arremeta, daría igual que él consiguiera un maniquí de madera o de yeso y le perforara un agujero profundo en el medio.

Mientras pudiera penetrarlo, estaría siempre en condiciones de embestir y retroceder, así pues, ¿qué necesidad tenía de una mujer? Por eso las cortesanas destacadas tienen que asimilar este principio si quieren complacer tanto a sus clientes como a sí mismas». Esto es lo que se conoce como levantar el *yin* al

encuentro del *yang*, la segunda de sus artes.

En cuanto a sacrificar el *yin* para ayudar al *yang*, se trataba de algo incomparablemente más profundo. Cuando copulaba, Doncella Inmortal era reacia a permitir que su limitada provisión de esencia femenina se filtrara donde no serviría de nada. Mientras el

hombre obtuviera el beneficio, ella no lamentaba correrse, pero de lo contrario se sentía tan alicaída como si hubiera perdido dinero o hubiera hecho un mal negocio, y después, cuando todo concluía, se mostraba inconsolable.

¿Qué técnica utilizaba para cerciorarse de que el hombre obtenía el beneficio?

Cada vez que ella estaba a punto de correrse, le decía al hombre que ‘situara el glande contra el corazón de la flor y lo mantuviera allí sin hacer un solo movimiento. Ella sabía maniobrar el diminuto orificio del corazón de su flor en la misma dirección que el orificio del glande. Como ella se ocupaba de enseñarle por adelantado al hombre la

forma de ingerir la esencia, en cuanto esta era secretada él la ingería con el pene y de allí llegaba a través del coxis directamente hasta la región púbica. El *ginseng* y el acónito no pueden compararse con esta sustancia en eficacia, ni siquiera superada por el elixir de la inmortalidad.

Doncella Inmortal

aprendió este maravilloso arte a los quince años de edad. Entonces estaba perdiendo la virginidad con un mago, e inadvertidamente él le reveló el secreto. Cuando ella conocía a un cliente que le resultaba simpático, lo instruía en tal sentido, e invariablemente este se beneficiaba. Después de unas cuantas noches con

ella, no sólo se duplicaba su vigor, sino que hasta su tez adquiría un nuevo brillo. La gente decía que ella debía de ser la encarnación de una doncella inmortal, y de ahí su nombre adquirido.

Una vez que sus clientes aprendían este principio, lo practicaban debidamente en casa, donde por supuesto no tenían necesidad de ella. No

obstante, ignoraban que es posible enseñar a los hombres a ingerir la esencia, pero no a alinear los orificios. El factor clave es la habilidad de la mujer en unirlos, y Doncella Inmortal era la única que conocía el secreto; otras no lograban reproducirlo por mucho que lo intentaban. Lo notable de esta cuestión es que todas las

demás mujeres ignoraban este truco excepto ella, razón por la cual era conocido como arte superlativo.

Cuando Esencia de Jade llegó a esta casa, no fue *su* reputación la que atrajo al cliente rico, sino la de Doncella Inmortal. El cliente dio por sentado que Esencia de Jade, en su condición de discípula de aquella, estaría

familiarizada con sus tácticas. Lo que complicó las cosas fue que el hombre era terriblemente gordo. Tras subirse a la cama y echarse sobre ella, tras no más de cuarenta o cincuenta embestidas comenzó a resollar, por lo que desmontó deprisa y la colocó encima de él para que fuera ella quien hiciera todo el trabajo. Pero

Esencia de Jade, acostumbrada a una vida cómoda, jamás había hecho nada ni remotamente la mitad de esforzado. Podía haber izado la bandera unas cuantas veces, pero siempre con el hombre sujetándola por las caderas y botándola hacia arriba y hacia abajo; teóricamente ella desempeñaba el papel activo,

pero quien hacía todo era el hombre. ¿Cómo podía su estructura delicada y ligera hacer algo tan esforzado? Al cabo de envainarla menos de diez veces, le dolían tanto las piernas y los pies que se desplomó boca abajo. El cliente se dio cuenta de que no dominaba este arte, para no hablar de los demás, y rápidamente acabó y se

durmió hasta el amanecer. Pero aunque no logró disfrutar de Esencia de Jade, no estaba dispuesto a renunciar a ella, por lo que dio a Doncella Inmortal su consejo de despedida.

Doncella Inmortal supuso, mientras lo acompañaba a la puerta, que Esencia de Jade, dándose aires de gran dama, no se

había dedicado a complacerlo. No ganaría mucho dinero si recibía a un caballero tan importante y lo ahuyentaba después de una sola noche. Doncella Inmortal buscó su vara, y estaba a punto de empezar a golpear a Esencia de Jade, cuando esta cayó de rodillas y le imploró misericordia. Como este era su primer

agravio, Doncella Inmortal la perdonó, pero la regañó severamente e insistió en que estudiara las tres artes día y noche. Si ella misma copulaba con un cliente, le enseñaba con el ejemplo práctico, haciendo que Esencia de Jade estuviera junto a la cama y observara atentamente para ver si lograba aprender las técnicas.

Y cuando Esencia de Jade copulaba con un cliente, Doncella Inmortal la supervisaba personalmente, sentándose sobre la cama y observando atentamente para comprobar si su discípula hacía las cosas bien.

Como dice el proverbio, donde hay voluntad hay un camino. Esencia de Jade se vio obligada a estudiar con

ahínco; tanto por temor a la disciplina de Doncella Inmortal como porque quería hacerse un nombre por sí misma. En consecuencia, en un mes o dos llegó a dominar las tres artes. Ahora sus habilidades igualaban a las de su patrona, en tanto su belleza y talento poético eran muy superiores, y huelga decir que poco después una

corriente infinita de carruajes se detenían ante su puerta. En breve se hizo famosa de un extremo a otro de la capital, y no había caballero opulento ni joven noble que no se presentara para probar sus encantos.

Entre sus clientes había dos caballeros tan deseosos de prodigarle su dinero que le prometieron una docena de

taels por una sola noche, promesa que la volvió especialmente solícita. ¿Quiénes supones que eran esos dos caballeros? Nada menos que los maridos de Perla Feliz y Jade Feliz, Estudiante–descansa–en–una–nube y Estudiante–reclinado–en–una–nube.

Como estudiantes registrados en la Academia Nacional,

había llegado a sus oídos la creciente reputación de Esencia de Jade y disputaron entre sí para ver quién de ellos sería el primero en visitarla. Sin decírselo a su hermano, Descansa durmió con ella varias noches, tras lo cual Reclinado, sin decírselo a Descansa, durmió con ella otras tantas. Cada uno de ellos, al engañar al otro,

había supuesto que ella, aunque era una prostituta, no sería tan ignorante de los principios éticos como para recibir a un hermano después de haber recibido al otro. No tenían la menor idea de que lo que motiva a las prostitutas es el dinero y no la ética. No sólo hermanos y condiscípulos eran visitantes asiduos de Esencia de Jade,

sino que también recibía a abuelos y nietos, y a padres e hijos, transformando su pequeño tesoro en un altar ancestral para tres generaciones y brindando igual acceso a jóvenes y viejos, a nobles y no tan nobles, siempre que pagaran.

Cuando por fin los hermanos descubrieron que la compartían, se les ocurrió

que podían invitarla a sus alojamientos para goce común de todos, hermanos y condiscípulos…, maestro y estudiantes. Porque incluso el marido de Nube, el maestro Félix, a menudo también se sumaba, con discreción, a estas orgías. Después de una o dos noches con ella sintió realmente renovada su vitalidad, lo que lo convenció

de que la vagina de Esencia de Jade era un tónico medicinal y de que, si se hubiera casado con una mujer como ella, no tendría que haber eludido sus deberes conyugales.

Después de un año en la Academia, los hermanos comenzaron a sentir nostalgia del hogar y decidieron hacerle una visita,

con el fin de que sus jóvenes esposas no se deprimieran ni enfermaran por su ausencia. Solicitaron al decano unos meses de licencia, que les fueron concedidos.

Después de despedirse de Esencia de Jade, viajaron con el marido de Nube. Una vez en casa, de más está decirlo, cada uno de ellos fue recibido por su esposa con

una fiesta de bienvenida, tras lo cual ellas les preguntaron con cuántas cortesanas y sodomitas habían estado y en qué medida habían gozado en comparación con su experiencia en casa. Cada uno de los maridos, naturalmente, relató su relación con Esencia de Jade y describió sus tres artes superlativas en términos

fogosos, diciendo, como es lógico, más de lo que deberían haber dicho.

A la mañana siguiente las esposas, cuando se levantaron, se contaron lo que habían oído, y todas las historias coincidían.

—No creemos que exista semejante prodigio —dijeron Perla Feliz y Jade Feliz—, aunque si es cierto que una

mujer así existe, no estamos a su altura. Pero sospechamos que toda esta historia ha sido inventada por nuestros maridos para hacernos sentir que somos las únicas mujeres inútiles del mundo. Lo que quieren es incitarnos a que nos esforcemos más en el coito.

—Sí, pero no podrán engañar al hombre con el que

hemos estado viviendo —dijo Nube—. El tiene mucha experiencia y, si esa prostituta existe, tiene que conocerla. Debemos preguntárselo la próxima vez que venga.

—Buena idea —coincidieron las hermanas.

Durante las fiestas de Qingming los maridos fueron a visitar las tumbas

familiares y no se esperaba su regreso hasta el día siguiente. Las mujeres se apresuraron a enviar a una criada para invitar a Véspero a visitarlas. Después de intercambiar los correspondientes saludos, le preguntaron por esa mujer.

—Hay todo tipo de cosas en el mundo —dijo él—. Quizás *exista* en algún lugar

ese prodigio de prostituta. De todos modos, si está en la capital, algún día la conoceré. Pasaré una noche con ella, y sólo si está a mi altura se podrá calificar como prodigio. ¡Esos maridos vuestros son incapaces de reconocer a una mujer extraordinaria aunque la tengan delante de sus propios ojos!

Después de conversar un rato, pasaron la noche juntos. Al marcharse al día siguiente, Véspero seguía desconcertado. «*Tiene* que ser verdad, si los tres maridos cuentan la misma historia», pensó, «y dado que tenemos semejante hechicera entre nosotros, ¿por qué no ir a verla? He dormido con un gran número de beldades,

pero nunca he tropezado con una capaz de hacer por sí sola todo el trabajo…, es un hueco en mi experiencia. Además, mi sangre y mi semen se han visto lamentablemente reducidos por estas cuatro, y necesito aprender alguna táctica para recuperarlos. Si esa prostituta conoce estas artes mágicas, me bastará una noche con

ella para aprender a ingerir la esencia, tras lo cual estaré en condiciones de gozar el resto de mi vida. Si es algo tan grandioso, ¿por qué no probarlo?».

Decidió volver al terruño para ver a su esposa y luego seguir viaje a la capital con el propósito de visitar a la famosa cortesana.

El viaje propiamente

dicho carece de importancia, pero condujo a ciertos resultados:

> La furia de su corazón
> no podría haberse
> aliviado ni
> coronando el
> monte Tai,
> la vergüenza de su
> cara no podría
> haberse lavado ni

vaciando a cucharadas el río del Oeste.

Si quieres conocer los detalles, los encontrarás en el próximo capítulo.

CRÍTICA

La lujuria y la iniquidad de Véspero han alcanzado ahora su punto máximo. Si su

esposa hubiera decidido tomar un amante sin convertirse en prostituta, no nos habríamos alegrado, no más que si se hubiese convertido en una prostituta sin recibir a los maridos de las tres mujeres. Si al final de un libro licencioso no hay personaje ni acontecimiento que no haya encontrado su justo castigo, los lectores que

han cometido cualquier pecado de la carne se encontrarán bañados en un sudor frío. ¡Ese es exactamente el tipo de libro lujurioso que debemos seguir leyendo!

Capítulo decimonoveno

Su cuenco está lleno de pecados cuando dos esposas se deshonran;
los misterios budistas son revelados cuando el placer sensual cae en el vacío.

Poema:

¡Cuán vividas las
peonías, púrpura y
oro!
Mas vacías de sentido a
los ojos de Buda.
Espera a que todas las
peonías caigan,
y los ojos de Buda no
parecerán tan
ciegos.

Antes de partir, Véspero

se despidió de Pillo y le pidió que cuidara de la familia durante su ausencia.

—Cuidar de la familia de uno no es algo que pueda tomarse a la ligera —dijo Pillo—. En el caso de los niños es fácil, el problema son las esposas. Yo soy un individuo rústico y escurridizo, y sólo puedo ocuparme de las necesidades

cotidianas; no estoy en condiciones de montar guardia ante los aposentos de tu mujerío. Si tu esposa necesita algo en cuanto a alimento, leña o dinero, le bastará pedírmelo, pero no puedo darte ninguna garantía en cuanto a otras cuestiones. Tendrás que presentarte tú mismo ante ella y darle instrucciones.

—Mi única inquietud son las necesidades cotidianas —aclaró Véspero—. Ya he hablado con ella de las otras cuestiones. De todas maneras, ahora es una mujer experimentada, muy distinta a lo que era la primera vez que se casó. Un seductor en potencia sin aptitudes prácticas no estaría mejor dotado que Honrado Quan,

sin duda, y ella encontró poco apto a este y se casó conmigo. Dudo que exista en ninguna parte otro hombre como yo, de modo que en este sentido no hay motivo de preocupación.

—Tienes razón, mientras puedas confiar en ella. En este caso, no tengo inconveniente en satisfacer tu solicitud.

Véspero se marchó, luego escribió cuatro poemas amorosos y se los envió secretamente a Flora y a sus sobrinas como mensaje de despedida. Por último, después de varias noches de amor con Fragancia, partió.

Al llegar a su tierra natal tras varios días de viaje, se encaminó a casa del maestro Puerta de Hierro, donde

llamó durante largo tiempo sin obtener respuesta. Se sintió bastante complacido. «Así que la casa sigue llevándose rigurosamente», pensó. «Dudo que haya entrado ningún extraño; habría dado igual que hubiera permanecido fuera unos meses más».

Llamó y llamó hasta que cayó la oscuridad, finalmente

notó que alguien lo observaba a través de la rendija de la puerta. Véspero comprendió que sólo podía ser el maestro Puerta de Hierro y se dirigió a él:

—Suegro, abre, por favor. Soy tu yerno.

Puerta de Hierro se apresuró a abrir y dejarlo entrar. Véspero atravesó el pasillo, lo saludó con mucha

ceremonia, se sentó y empezó a preguntarle por la familia, primero por la salud del suegro y luego por la de su propia esposa.

Maestro Puerta de Hierro exhaló un profundo suspiro.

—Yo me mantengo bastante bien, sin dolencias dignas de mención, pero mi hija ha sufrido una terrible desgracia. Después de tu

partida, contrajo una rara enfermedad que le impedía dormir y comer. Por último fue presa de una grave depresión y falleció en menos de un año —el anciano se echó a sollozar amargamente.

—¡Cómo es posible! —exclamó Véspero, y comenzó a golpearse el pecho, a patear, y a acompañar a su

suegro en los sollozos—. ¿Dónde está su ataúd? ¿Ya ha sido enterrada? —inquirió, después de sollozar un buen rato.

—Lo he hecho guardar en el claustro. Quería que lo vieras antes del entierro.

Véspero hizo abrir el claustro y, prostrándose ante el ataúd, lloró largamente hasta que por fin consiguió

sosegarse.

¿De dónde supones que había salido ese ataúd? Cuando el maestro Puerta de Hierro descubrió que su hija se había fugado con un amante, no soportó la idea de decírselo a nadie, en parte porque temía ser el hazmerreír de los vecinos, y en parte porque temía la llegada del día en que su

yerno fuera a buscarla. No se le ocurrió otra cosa que comprar un ataúd, sellarlo, hacer correr la voz de que su hija había muerto de una rara enfermedad y por el momento guardar en casa su ataúd. De esta forma impedía que se divulgara la verdad y evitaba que su yerno tratara de encontrarla.

Dado que el maestro

Puerta de Hierro era normalmente la honestidad personificada, Véspero aceptó la explicación. Más aún, su propia partida se había producido en medio del despertar sexual de su esposa, y parecía muy plausible que, con sus fogosos deseos sexuales, privados repentinamente de su salida natural, la depresión

resultante hubiese derivado en una enfermedad. Por tanto, nada despertó en él la menor sospecha. Por el contrario, reprochándose a sí mismo amargamente lo sucedido, llamó a varios sacerdotes para que celebraran servicios durante tres días y tres noches y encomendaran su alma a un renacimiento inmediato, para

que ella no se resintiera de su concupiscencia desde el lugar que ocupaba en el infierno y se pusiera tan celosa como para emular a la difunta esposa que arrebató a Wang Kui de entre los vivos[64].

Después de los funerales, con el pretexto de seguir ampliando su educación, volvió para despedirse del maestro Puerta de Hierro y

partió rumbo a la capital para aprender la técnica de la revitalización.

Tras un viaje muy penoso, llegó a la capital, depositó su equipaje y fue en busca de la hermosa cortesana. Descubrió dónde vivía y fue a visitarla, pero quiso la mala suerte que esta hubiera sido invitada a pasar fuera unos días con cierto

caballero que no estaba dispuesto a permitirle regresar. Esto fue lo que Doncella Inmortal le informó a Véspero, quien se fue de allí con las orejas gachas.

Aguardó un par de días más en su alojamiento y volvió a la casa por segunda vez.

—Ayer recibí una nota suya —dijo Doncella

Inmortal—, en la que me informa que volverá esta noche, y que si se presentaba un invitado le pidiera que esperara.

Encantado, Véspero entregó un anticipo de treinta *taels*, dinero suficiente para una estancia de varias noches. También llevaba varios regalos que pensaba darle personalmente.

—Aún es muy temprano —dijo la patrona del burdel mientras se hacía cargo del anticipo—. Si tienes otras cosas que hacer, te ruego que las atiendas y vuelvas más tarde. Si no tienes nada mejor que hacer, naturalmente estás invitado a quedarte.

—No me pareció que mil *li* fuesen una distancia excesiva sólo para ver a tu

hija. No, no tengo nada más que hacer.

—En ese caso puedes ir a la habitación de mi hija a leer un libro o a echarte una siesta, como prefieras, mientras la esperas. Yo necesito atender algunos asuntos y lamentablemente no puedo hacerte compañía.

—No quiero distraerte de tus ocupaciones. Eres libre de

seguir con tu trabajo.

Doncella Inmortal acompañó a Véspero a la habitación; pidió a una prostituta joven que quemara incienso, preparara té y lo atendiera mientras él leía. Pero a Véspero sólo le interesaba reunir todas las energías vitales para su encuentro sexual de esa noche, de manera que se

tumbó en la cama y descansó desde el mediodía hasta el ocaso. No había hecho más que levantarse, coger un libro intrascendente y ponerse a hojearlo cuando vio que una mujer extraordinariamente bella lo espiaba a través de la ventana y luego echaba a correr. La prostituta joven estaba en ese momento en la habitación.

—¿Quién es esa que acaba de asomarse? —le preguntó Véspero.

—Mi hermana mayor.

Por el comportamiento de la hermosa cortesana, Véspero temió que pretendiera rechazarlo, y se dio prisa en salir para interceptarla antes de que desapareciera.

Esencia de Jade acababa

de reconocer a su marido a primera vista y llegó a la conclusión de que se había presentado allí para hacerla arrestar. Presa del pánico, se precipitó en las habitaciones de la patrona para preguntar a Doncella Inmortal si había alguna escapatoria posible, pero antes de que tuviera tiempo de explicarse comprendió que Véspero ya

había salido tras ella, lo que la alarmó aún más. No sabía qué hacer y se limitó a decir.

—Ese hombre es uno con quien de ninguna manera puedo tener un encuentro. No debes permitir que me vea.

Y sin más entró en la habitación de Doncella Inmortal, cerró la puerta y, temblando, se echó en la cama, sin pronunciar una sola

palabra más. Doncella Inmortal no entendía nada de lo que quería decir Esencia de Jade, y supuso sencillamente que ese hombre le disgustaba y que por eso se negaba a salir de su encierro.

—He recibido otra nota de mi hija en la que me dice que ha sido retenida y no podrá volver hoy —le dijo a

Véspero—. En realidad, que tardará un par de días más. No sé qué sugerirte.

—¡Tu hija ya ha vuelto! ¿Por qué me dices semejante embuste? ¿Acaso mi anticipo es escaso y quieres incrementarlo?

Doncella Inmortal siguió disimulando.

—No ha vuelto aún, y no hay nada más que decir.

Te aseguro que no hay en mi intención lo que estás pensando.

Las facciones de Véspero se endurecieron.

—Pero acabo de verla, con toda claridad, espiándome por la ventana y luego huyendo para evitarme. ¿Por qué me cuentas mentiras? ¿Sólo porque mi anticipo fue insuficiente no

quiere recibirme? Pero, como reza el dicho: «Guárdate tus reproches para ti mismo». ¿Qué tiene de malo conocer a alguien? También puede separarse de mí con unas palabras de despedida. ¿Por qué tiene que echarme tan cruelmente? ¿Cree que me hará tanta impresión si la veo una sola vez?

Doncella Inmortal se

mantuvo en sus trece. Entonces Véspero prosiguió:

—Escucha, acabo de ver que una mujer corría a tu dormitorio y se encerraba en él. Ya que tu hija no ha vuelto, déjame registrar la habitación. Si no está ahí, me iré tal como estoy ahora, sin una mujer y sin mi dinero. ¿Qué te parece?

Sus palabras eran

demasiado sensatas. Doncella Inmortal pensó que sería embarazoso que descubriera a Esencia de Jade, por lo que intentó desarmarlo.

—A decir verdad, *ha vuelto*. Se ha ocultado porque un patán vicioso drenó sus energías durante varias noches seguidas y está hecha una ruina; necesita un par de noches para recuperarse antes

de poder recibir a nadie. Pero, ya que estás tan empeñado en verla, permíteme que la llame. No es necesario registrar la habitación.

—Déjame que la llame yo mismo —dijo Véspero— para que no me crea falto de sinceridad y use esto como excusa para no verme.

Fue pisándole los talones

a Doncella Inmortal mientras esta se encaminaba a la puerta y comenzó a implorar.

—Hija —gritó Doncella Inmortal—, este caballero está absolutamente decidido a verte. Te ruego que salgas para conocerlo.

Repitió varias veces su solicitud, pero no obtuvo respuesta.

—Prueba otra vez —dijo

Véspero—, y si insiste en no abrir tendré que apelar a la fuerza.

En la habitación, Esencia de Jade vio que no le quedaba ninguna esperanza. Sin duda Véspero la llevaría al juzgado, donde la torturarían y la matarían, de una manera u otra. Mucho mejor sería morir ahora, antes de que él la viera, ahorrándose así

tantas desdichas. Desató el cordón de seda de su cintura, lo sujetó a una viga baja y se ahorcó.

Cuando Véspero se abrió paso por la fuerza en la habitación, ella llevaba un rato muerta. Su único pensamiento, al ver la tragedia que había provocado, fue el de escapar, sin tomarse tiempo siquiera

de mirarla atentamente. Se había vuelto y estaba a punto de huir, cuando Doncella Inmortal comprendió que él era la causa de la muerte de Esencia de Jade, y lo retuvo con firmeza por un brazo.

—¿Adónde vas? —le gritó—. Tú y yo no tenemos disensiones en una vida anterior ni motivos de odio en esta, de manera que no

veo por qué has llevado a la muerte a la única persona de quien podía depender en mi ancianidad.

En el punto máximo de tanta conmoción, se presentaron unos cuantos hombres, todos jóvenes nobles, clientes de Esencia de Jade que se habían visto privados de su compañía los últimos días y ahora, al

enterarse de su regreso, habían ido deprisa a la casa y por casualidad llegaron al mismo tiempo. Al enterarse de que alguien había sido causa de su muerte, se sintieron más desconcertados aún que si hubiesen asesinado a sus esposas. Llenos de rabia y movidos por el odio hacia el asesino, se apresuraron a ordenar a los

despenseros de la casa que atacaran al malvado. Los despenseros sujetaron a Véspero al suelo y lo apalearon, evitando los puntos en que un golpe podía resultar fatal, pero dejándole el resto del cuerpo morado. A continuación lo encadenaron a la cama junto a la difunta a la espera de que los alguaciles hicieran su

inspección y llevaran ante el juez a su pariente más cercano para que presentara los cargos.

Hasta ese momento Véspero había estado tan absorto en escapar que ni siquiera había dedicado una mirada a la difunta. Pero ahora, con los huesos rotos y los músculos entumecidos, apenas podía moverse y,

espantado como estaba, abandonó toda esperanza de huir. Lo único que podía hacer era mirarla para ver quién era esa Némesis vengadora que le había hecho tanto daño. Pero cuando se acercó al cadáver y le examinó la cara, retrocedió espantado.

«Es la imagen de mi difunta esposa», pensó.

«¿Cómo puede haber dos rostros tan idénticos?».

La miraba y reflexionaba, y cuanto más la miraba y reflexionaba, más se cercioraba de que se parecía a su esposa, hasta que por fin se le ocurrió que la historia de que Esencia de Jade había muerto de una enfermedad era sospechosa desde el principio. «Tal vez», meditó,

«Esencia de Jade se fugó con alguien y mi suegro estaba demasiado avergonzado para contármelo… Incluso compró un ataúd para engañarme. Además, si esta mujer no tenía de qué avergonzarse, ¿por qué intentó ocultarse de mí? Y en última instancia, cuando se dio cuenta de que le resultaría imposible

esconderse, ¿por qué se quitó la vida?».

En este punto de sus pensamientos estaba casi seguro de que su razonamiento era cabal y lógico, aunque volvió a asaltarle la idea de que podía tratarse de dos mujeres idénticas. Le bastaría recordar alguna característica singular de su esposa para

resolver la cuestión. Le vino a la cabeza el recuerdo de que ella tenía en la coronilla una cicatriz cauterizada donde nunca le había vuelto a crecer el pelo; deshizo el moño de la muerta y le separó los cabellos. En su coronilla encontró un trozo de piel pelada del tamaño de la yema de un dedo.

Cuando llegó a esta

conclusión, irrumpieron los alguaciles en la habitación y comenzaron a interrogarle sobre el motivo por el que la mujer se había quitado la vida, para rellenar su informe sobre el incidente.

—La difunta es mi primera esposa —les informó Véspero—, que fue raptada y vendida a Doncella Inmortal para atender a sus clientes.

Yo vine a visitar a la cortesana ignorando todo esto, y ella se ahorcó porque estaba demasiado avergonzada para salir a mi encuentro. Sólo cuando me encadenaron aquí a su lado, la observé atentamente y la reconocí. Podéis tener la certeza de que protestaré ante las autoridades por esta injusticia. Deseo que me

llevéis de inmediato al juzgado para verme libre de todo esto cuanto antes. No tengo nada más que decir.

Entonces los alguaciles interrogaron a Doncella Inmortal. En realidad ella no sabía nada de eso, pero los servidores de la justicia sospecharon que mentía para quitarse dificultades de encima.

—¿Quién te vendió esta mujer? —le preguntaron—. Si fue un tratante, debió de comprar a varias mujeres al mismo tiempo, y no sólo a esta. Dado que la difunta no puede decimos nada, interrogaremos a las demás.

—La compré junto con su criada, que ahora está aquí. Permitidme que la llame.

Pero cuando fue a

buscarla, Ruyi había desaparecido. Doncella Inmortal supuso que había huido, pero de hecho sólo se había escondido bajo la cama de la patraña, donde pronto la encontraron. Al ver a su antiguo amo, Ruyi se aterrorizó y fue a esconderse en la habitación de Doncella Inmortal junto con Esencia de Jade. Después, cuando vio

que su ama se ahorcaba y que Véspero entraba por la fuerza en la habitación, comprendió que habría problemas y acurrucándose se metió bajo la cama, de donde no se movió en ningún momento, pues no sabía qué hacer. Para sorpresa suya, descubrieron su escondite y la sacaron a rastras.

Los alguaciles le

preguntaron si conocía a Véspero. Ruyi quiso negarlo, pero su expresión y su voz la delataron. Los alguaciles se dieron cuenta de que trataba de engañarlos y la amenazaron hasta que confesó. Les contó con todo detalle cómo Esencia de Jade había cometido adulterio con uno de los criados de la casa y había quedado embarazada;

luego, por miedo a que su padre la condenara a muerte cuando lo descubriera, no había tenido más remedio que fugarse, llevándosela consigo. No obstante, su amante la había traicionado y vendido para la prostitución.

Ahora que conocían todos los hechos, los alguaciles instaron a las partes a que solucionaran el caso

extrajudicialmente. «Quien empuja a su esposa a la muerte no tiene que responder por ello con su vida», pensaron, «y a quien compra de buena fe a una mujer para entretener a sus clientes no puede condenársela por rapto».

Sólo quedaba pendiente el futuro de Ruyi. ¿Quería quedársela su antiguo amo?

En caso afirmativo, tendría que volver a comprarla. De lo contrario, la criada debía quedarse donde estaba. Para entonces a Véspero, que ya se había dado por muerto, no le importaba nada de su propia vida; en realidad quería morir, y cuanto antes mejor. ¿Para qué le servía una criada?

—En justicia —dijo—,

tendría que llevar el caso al juzgado y solicitar una investigación, aunque sólo fuera para aliviar mi cólera. Pero temo que la historia se divulgue y me cree una fama desagradable. De manera que reprimiré mis sentimientos y haré lo que sugerís. En cuanto a la criada, ya que ha sido una prostituta, no quiero llevármela. Que se quede

aquí.

Al oírlo hablar tan sinceramente, Doncella Inmortal llegó a la conclusión de que no tendría nada que temer de él en el futuro y, por sugerencia de los alguaciles, lo desencadenó, le devolvió el anticipo y le dijo que siguiera su camino. Antes de salir, sin embargo, Véspero tuvo que

soportar los puñetazos de los otros clientes y sus insultos por cornudo. Cuando llegó a su alojamiento, el dolor de las palizas se le intensificó y lo único que pudo hacer fue echarse en la cama a deplorar su destino.

«Yo solía creer que tenía derecho a dormir con las esposas de otros hombres», pensó, «pero que bajo

ninguna circunstancia mi propia esposa se acostaría con otro, de modo que pasé toda mi vida persiguiendo con lujuria a las mujeres y aprovechándome de todas y de cada una. Jamás soñé que el principio de justo castigo se pondría en marcha con tanta celeridad. Al tiempo que yo dormía allí con sus esposas, ellos dormían aquí

con la mía, pero en tanto mi aventura era secreta ellos vivían la suya en público, y mientras yo tomé a la esposa de un hombre y la hice mi concubina, alguien tomó a mi esposa y la convirtió en una prostituta. A la luz de mi experiencia, el adulterio es algo que debe evitarse a toda costa. Recuerdo que hace tres años el abad Pico Solitario

me imploró que me hiciera monje budista. Cuando insistí en mi negativa, él intentó persuadirme explicándome con todo lujo de detalles cuál sería el castigo, en justa compensación, del adulterio, pero yo argumenté que no necesariamente todo adulterio debe ser castigado. Ahora veo que hasta la última deuda, en este sentido,

tiene que pagarse. ¡Dudo que el Señor del Cielo me tenga un rencor especial y reserve toda su dureza para mí, dejando que todos los demás salgan bien librados!».

Véspero prosiguió con su autoexamen: «También argumenté que la esposa y las concubinas de un hombre representan un número limitado, mientras hay una

provisión infinita de mujeres en el mundo, por lo que si aquel seduce a un número infinito de mujeres y sólo paga con una esposa y alguna concubina, sale mejor librado. Pero según mis cálculos yo sólo he dormido con cinco o seis mujeres en el curso de mi vida, en tanto mi esposa, desde que entró en este negocio, ha dormido con

miles, o como mínimo con centenares de hombres. ¿Alguna deuda se ha pagado alguna vez con una tasa de intereses más alta?

»Pico Solitario también me dijo que, dado que sus palabras no habían logrado convencerme, tendría que adquirir mis conocimientos en la alfombrilla de los goces. En estos pocos años he

pasado tiempo suficiente en esa alfombrilla y probado hasta la última gota de las mieles y las hieles que existen. ¡Si alguna vez he de ver la luz, este es el momento! La humillación que he sufrido hoy va más allá de la paliza y los insultos. ¡Evidentemente era Pico Solitario quien operaba a través de otros para que me

administraran unos golpes y unos gritos con el propósito de obligarme a arrepentirme! Aunque no me arrepienta, nunca tendré cara para volver a mi pueblo. Más me valdrá emprender la retirada y escribir una carta sin doblez ni dolo a Pillo pidiéndole que arregle una unión para Fragancia y la case. Las gemelas pueden ir con ella, si

lo desea, o quedarse con Pillo y ser criadas por él. Yo iré al monte Guacang para buscar al abad Pico Solitario y hacer penitencia por mis pecados con ciento veinte reverencias. A continuación le imploraré que me señale dónde me he descarriado y me guíe de regreso al camino de la iluminación. ¡Sí, eso haré!».

Una vez tomada esta

decisión, Véspero se sentó para escribirle la carta a Pillo, pero sus manos estaban tan heridas por la paliza que no pudo ni coger el pincel. Sólo después de un mes de recuperación estuvo en condiciones de volver a escribir. Por extraña coincidencia, precisamente cuando comenzaba la carta, le llegó una de Pillo. Al

abrirla, se enteró de que había en su casa una crisis que exigía su inmediato regreso, aunque no se mencionaba la naturaleza de dicha crisis. «La única posibilidad que cabe es que mi esposa esté enferma o que le haya ocurrido algo a una de las niñas», pensó. Interrogó al mensajero, pero al principio este no

respondió; sólo cuando lo presionó insistentemente, aquel reveló la verdad: la segunda esposa de Véspero había seguido el ejemplo de la primera y huido con un amante.

Véspero preguntó quién era ese hombre.

—No sé —replicó el mensajero—. En realidad, ni siquiera lo sabe su criada. Lo

único que dijo esta es que había oído crujir la cama todas las noches antes de que su ama se fugara, pero que cuando se levantaba por la mañana no había huellas de que alguien hubiera estado allí Tras una docena de noches similares, al levantarse una mañana encontró la puerta abierta de par en par y no encontró a su

ama por ninguna parte. El encargado de la casa se dispuso a perseguirlos y al mismo tiempo me envió aquí para pedirte que retomaras de inmediato.

Véspero suspiró. «¡Esta carta es otro golpe y otro insulto! Obviamente», pensó, «nunca debe incurrirse en deudas de adulterio, pues hay que pagarlas multiplicadas

por cien. Ahora comprendo que es imposible pagar mis deudas y que en tanto queden mujeres en mi familia, estas tendrán que continuar saldándolas. A la luz de todo esto, ni siquiera tendría que pensar con demasiada benignidad acerca de mis dos criaturas. ¿Cómo puedo saber si ellas mismas no son dos redentoras en potencia? Pero

ahora no debo preocuparme de nada de eso. Esperaré a haber consultado con Pico Solitario sobre el futuro».

Pulverizó tinta y escribió una carta de despedida a Pillo:

> La fuga de mi libidinosa concubina no debería significar ninguna sorpresa,

pues lo que mal empieza mal acaba, y lo mal habido, mal perdido. Este es un principio constante en la vida y los acontecimientos recientes en casa son una prueba más de ellos. Sé muy bien que el cuenco de mis pecados está lleno y

que merezco este castigo. No obstante, el día en que se expulsan los malos apetitos, ese mismo día emerge el espíritu de penitencia. En lugar de regresar al Este del Río, me dirigiré a la Tierra Pura del Oeste[65]. Mi único pesar es que la

matriz del desastre no haya sido destruida, y deba seguir con esas vengativas Némesis gemelas aferradas a mi pecho. Permíteme molestar a mi viejo amigo para que prolongue sus vidas por el momento. Cuando haya visto al buda, tomaré prestada

la espada de la sabiduría y las despacharé cuanto antes.

Envió la carta y preparó su equipaje para partir. Tenía pensado llevarse consigo a Cabás, para que lo sirviera como novicio. Pero después de reflexionar, tuvo miedo de que un sodomita a su lado

pudiera volver a estimular su lujuria. Sería mejor no correr el riesgo de una distracción poniendo los ojos en ningún objeto de deseo. Por último se decidió a mandarlo de vuelta con el mensajero y partir solo, acto que queda sintetizado en el siguiente proverbio: «Gato escaldado, del agua fría huye».

CRÍTICA

En este capítulo, por fin se ve claro el propósito del autor. Quienes lean *La alfombrilla de los goces y los rezos* serán considerados competentes lectores de ficción si, leyendo una vez los otros capítulos, leen tres veces este y el siguiente.

Capítulo vigésimo

Gracias a la generosidad de Talego de Piel, se salvan el sátiro y el villano;
en el amplio camino budista, pueden encontrarse el enemigo y el acreedor.

Poema:

Aunque los enemigos
luchen hasta el
final amargo
pagando ojo por ojo,
¿acaba alguna vez
la contienda?
Abandona, pues, el
camino en que se
encuentran los
enemigos,
y deja que lo recorran los
estados de Wu y de

Yue[66].

Narremos ahora de qué manera el monje Pico Solitario se había hecho constantes reproches a sí mismo desde que permitió que Véspero se le escapara de entre las manos. «Mis poderes budistas no fueron lo bastante fuertes ni mi compasión lo bastante

profunda», se decía finalmente. «Este demonio del amor y sátiro de la lujuria pasó delante de mis ojos y no fui capaz de atraerlo. La culpa de que contamine a la humanidad y ejerza el mal con el bello sexo debe recaer sobre mí, no sobre él. Ya que he fracasado en aprehender demonios y sátiros, ¿qué clase de bien terrenal es este

talego de piel?».

Colgó el talego de la copa de un pino al otro lado de la puerta, cepilló luego un trozo de madera, escribió en él un mensaje con caracteres pequeños y, finalmente, lo clavó al árbol.

La nota decía:

Mientras Véspero permanezca lejos,

dejaré aquí este talego de piel, y mientras este talego de piel se halle aquí, no renunciaré a mis esperanzas. Mi único deseo es que en breve pueda bajarlo y que Véspero no tenga que ocupar eternamente la alfombrilla de los rezos.

Ese talego de piel tenía, evidentemente, algo extraño, pues desde que Véspero se marchó, momento en que fue colgado, habían transcurrido unos buenos tres años, bastante más de mil días en total, y no sólo no se había deteriorado en lo más mínimo, sino que se había vuelto más resistente.

A distancia Véspero notó

que había algo colgado del árbol. Al principio supuso que sería una túnica dejada a la intemperie para que se aireara, y sólo al acercarse vio que era un talego de piel. Después, al leer la nota, se echó a llorar y a gemir. No era necesario reservar las reverencias para su encuentro con el monje; trató la nota como si de la imagen del

monje mismo se tratara, inclinándose docenas de veces ante ella. Luego trepó al árbol, bajó el talego, entró en la sala de Buda con él sobre la cabeza y, como en su primera visita, Pico Solitario estaba absorto en la meditación. Véspero se apresuró a arrodillarse e hizo incesantes reverencias tocando el suelo con la

cabeza, como el discípulo que se inclina ante las Cincuenta y Tres Deidades[67]. No dejó de hacer reverencias desde el principio del período de meditación hasta el final, unas seis horas en total, excediendo con mucho las ciento veinte reverencias que se había impuesto.

Finalmente, Pico

Solitario se levantó de la alfombrilla de rezos y lo ayudó a incorporarse.

—Digno hermano lego, el que me favorezcas con otra visita es suficiente generosidad. ¿Por qué tan elaborada ceremonia? ¡Levántate!

—¡Tu discípulo ha nacido tonto! —dijo Véspero—. Lamento profundamente no

haber aceptado tus enseñanzas cuando estuve aquí por primera vez. A través de la complacencia en la lujuria y la locura, he hecho todo tipo de maldades, suficientes para condenarme al infierno. Ya he recibido mi justo castigo en este mundo, pero todavía me aguarda el del otro. Te imploro, reverendo maestro, que te

apiades ahora de mí y me aceptes como discípulo, enseñándome a arrepentirme de mis pecados y a volcarme en la religión. ¿Estás dispuesto a permitírmelo?

—Has traído mi talego de piel —respondió Pico Solitario—, y por tanto tienes que haber leído la nota. Después de tu partida, mis ojos casi se gastaron

avistando tu regreso, de modo que no podría rechazarte ahora que retomas a Buda. Mi único temor es que tu vocación no sea suficientemente fuerte y que vuelvas a caer en lo mundano. Pero fue por ti por lo que dejé el talego de piel a merced de los elementos estos tres últimos años.

—Me encontraba en las

profundidades del remordimiento, cuando sentí de pronto la necesidad de arrepentirme —dijo Véspero —. Pienso que he escapado del infierno y jamás me atrevería a volver. ¡Nunca cambiaré de idea, puedes estar seguro! Te ruego, maestro, que me aceptes.

—Muy bien, puedes quedarte.

Véspero se puso de pie y comenzó a inclinar la cabeza para saludar de nuevo. Esta vez Pico Solitario permaneció junto a él y aceptó las reverencias. Después escogió un día de buen augurio para la tonsura. Con permiso de Pico Solitario, Véspero seleccionó su propio nombre de religión: Piedra Contumaz.

Significaba pesar por su tardanza en arrepentirse, que mostraba la contumacia de una piedra, y también gratitud por la hábil prédica de Pico Solitario, que había convencido a una piedra contumaz, que no había bajado la cabeza en tres años, a bajarla ahora. En un sentido general, Véspero también quería un nombre que le

sirviera como recordatorio, para no olvidar lo que había hecho, ni empezar nuevamente a albergar malos pensamientos.

A partir de ese momento se enorgulleció de sus meditaciones zen y se consagró de todo corazón a comprender la doctrina. Para que una vida de lujuria no volviera a estimular su

concupiscencia, no se vestía ni comía bien, pues prefería desarrollar su vocación religiosa exponiéndose al hambre y al frío.

Pero todo hombre joven que entra en religión ha de enfrentarse a ciertos problemas. Por mucho que intente poner rienda a su lujuria, por mucho que intente extinguir sus deseos,

la oración y la lectura de las escrituras le permitirán pasar el día, pero a primera hora de la mañana su miembro en erección comenzará a tentarlo por cuenta propia, molestando bajo la ropa de la cama, incontrolable e irreprimible. La única solución consiste en alguna forma de alivio, ya sea utilizando los dedos como

método de emergencia o descubriendo a algún novicio joven con quien mediar la solución. (Ambos métodos son recursos regulares del clero). Si Véspero hubiese apelado a cualquiera de estas soluciones, nadie que lo hubiera visto en ello se lo habría criticado. Hasta la mismísima Guanyin[68] lo habría perdonado de haberse

enterado: no habría podido permitir que se consumiera en el fuego de su propia lujuria.

Empero, Véspero no pensaba así. Consideraba que, como norma, quienes se dedican a la piedad deben aceptar los mandamientos contra el deseo sexual, aunque sus recursos no adquieran la forma del

adulterio. Pese a que estos recursos no quebrantaban las normas ni deshonraban a quienes los practicaban, representaban un fracaso en la represión del deseo, lo mismo que el amancebamiento en sí. Más aún, la pistola de mano llevaba al coito, y las relaciones homosexuales a las heterosexuales. Ver

imaginaciones engañosas nos lleva a ansiar la realidad, y un acto conduce a otro mediante un proceso cuyo inicio no debemos permitir.

Una noche soñó que unas mujeres acudían al templo. Al acercarse a ellas, le sorprendió descubrir que todas eran antiguas amantes suyas. Allí estaba Flora, lo mismo que Nube y sus

hermanas, además de sus dos esposas fugadas, Esencia de Jade y Fragancia.

La visión de sus esposas enfureció a Véspero, que llamó a Flora y sus sobrinas para que lo ayudaran a atraparlas. Pero en un abrir y cerrar de ojos, las esposas se disiparon, dejando allí a las cuatro amantes, quienes lo atrajeron a una celda

monacal y procedieron a hacer con él lo que tan a menudo habían hecho anteriormente. Se desnudaron y estaban en un tris de poner principio a otro concurso, con el pene de Véspero encajado en la vagina de alguna de ellas y listo para arremeter, cuando repentinamente lo despertó el ladrido de un perro en un

bosque de los alrededores, y se dio cuenta de que había estado soñando. Su miembro erecto, no obstante, seguía suponiendo que lo esperaba un festín, y topó y entró aquí y allá entre la ropa de la cama, buscando sus antiguas madrigueras. Piedra Contumaz lo cogió con la mano y estaba pensando en alguna manera de

apaciguarlo, cuando de pronto interrumpió todo movimiento.

«Esta es la raíz de todos mis pecados, mi Némesis», pensó. «No debo vengarme con él, pero tampoco tengo que permitirle andar a rienda suelta».

Una vez que llegó a esta conclusión, desterró de su mente estos pensamientos y

trató de dormir un rato antes de que llegara la hora de levantarse y entonar otra vez los *sufras*.

Pero daba vueltas en la cama y no podía conciliar el sueño, insoportable tormento por la raíz del mal que acechaba bajo la ropa de la cama. «Mientras siga ligada a mí esta maldición», pensó, «siempre me fastidiará. La

única solución es cortarla, eliminando así cualquier problema que quiera causarme. Además, la carne de perro es anatema para los budistas y no debería llevarla siempre vinculada a mí. Si no la elimino, nunca seré más que un animal. Aunque cultive mi comportamiento hasta la perfección, sólo puedo abrigar la esperanza de

renacer como un ser humano. Jamás podría convertirme en un buda».

Una vez tomada esta decisión, no veía la hora de que apuntara el día. Encendió la lámpara, cogió un cuchillo delgado para verduras y lo afiló unas cuantas veces en el aguamanil. A renglón seguido sostuvo el pene con una mano y con la otra lo

acuchilló con todas sus fuerzas, rebanándolo de un solo golpe.

Evidentemente, Véspero estaba destinado a separarse de su destino animal y a transformarse, dado que la amputación no le resultó terriblemente dolorosa. De ahí en adelante sus deseos dejaron de molestarle, su propósito moral se fortaleció,

y la perceptividad en sus estudios religiosos creció consecuentemente. En aquella época Pico Solitario tenía numerosos discípulos, todos ellos hombres de cierta preparación. Siempre se reunían para escuchar sus sermones y, entre todos, Piedra Contumaz era el que mostraba mayor disposición a mover la cabeza

afirmativamente, mostrando que comprendía y asimilaba las palabras del maestro.

Dedicó los seis primeros meses a un aprendizaje general de la conducta moral como preparación para la consagración de su vida a la religión. Concluido el período preparatorio, Piedra Contumaz reunió a más de una docena de monjes y

todos solicitaron a Pico Solitario que ocupara el estrado y expusiera la doctrina. Todos eran hombres que se habían comprometido a aceptar las reglas y a vivir una vida de meditación, sin pensamientos de retomar a la vida mundana.

Ahora bien, cuando los monjes están a punto de recibir las reglas, el primer

paso consiste en confesar todos los pecados que han cometido en el curso de su vida y, luego, una vez expuesto el caso contra sí mismos, deben arrodillarse ante Buda y pedir a un monje eminente que interceda para que les sean perdonados. El ocultar los hechos se conoce como «embaucar al Cielo y engañar a Buda» y con ello se

infringe uno de los dogmas fundamentales de la fe. Ningún transgresor puede abrigar la mínima esperanza de alcanzar la verdadera iluminación, aunque trabaje como un esclavo en su formación moral durante el resto de su vida.

Los monjes invitaron a Pico Solitario a ocupar el estrado, donde este oró y

dispuso el orden para su iniciación. Los monjes fueron sentándose en dos hileras a ambos lados de Pico Solitario, mientras este explicaba las reglas. Tras detallar lo que significa aceptarlas, ordenó a cada uno de ellos que confesara sus pecados, sin guardarse nada. Piedra Contumaz, por ser el recién llegado, ocupaba el

último lugar y lo único que podía hacer, hasta que le llegara el tumo, era prestar atención a las confesiones de los demás. Entre ellos había asesinos e incendiarios, ladrones y bandidos, además de algunos que, como el propio Piedra Contumaz, habían socavado la ley moral con sus adulterios. Todos confesaron la totalidad de sus

pecados, sin atreverse a ocultar nada. Por fin le llegó el tumo al monje sentado junto a Piedra Contumaz, un hombre que, pese a su aspecto grosero, parecía rodeado de cierto aire espiritual.

—En más de treinta años —confesó a Pico Solitario—, tu discípulo sólo ha hecho una maldad: me esclavicé por

contrato, seduje a la hija de mi amo, después rapté a esta y a su criada personal, y vendí a las dos para la prostitución. Se trata de un pecado que no puede expiarse con la muerte. Te imploro, maestro, que intercedas para mi absolución.

—Es un pecado excesivamente grave —respondió Pico Solitario—.

Temo que esté más allá del alcance del perdón. Como dice un adagio: «De todos los males, el peor es el adulterio». El adulterio por sí mismo sería suficientemente malo. ¿Cómo fuiste capaz de complicarlo con el rapto? Resulta sumamente difícil la absolución tanto del adulterio como del rapto. ¿Por qué la vendiste para la prostitución,

convirtiendo a la esposa de un hombre en la amante de todos los hombres? Ella no podrá liberarse en esta vida, lo que significa que tampoco podrás liberarte tú. Aunque yo rece por el perdón, Buda no lo concedería. ¿Qué puedo hacer?

—Maestro, solicito tu permiso para explicarme. No hice nada de eso por

elección. Me vi obligado a actuar así. El marido de esa mujer sedujo a mi esposa y luego me obligó a vendérsela, y yo no estaba en condiciones de resistirme. De modo que no tuve más remedio que ponerme fuera de la ley cometiendo estos actos espantosos. Pero fueron cometidos bajo circunstancias atenuantes; no

tendría que comparárseme con un disoluto que sólo busca la satisfacción de su lujuria. ¿Seguirías dispuesto a orar para mi absolución?

Piedra Contumaz se sintió extrañamente afectado por la confesión de ese hombre.

—Permíteme preguntarte, digno hermano —dijo al monje—, cómo se llamaba la

mujer a la que raptaste. ¿De quién era esposa y de quién era hija? ¿Y dónde está ahora?

—Era la esposa del estudiante Véspero y la hija del maestro Puerta de Hierro. Se llama Esencia de Jade y el nombre de su criada es Ruyi. Ahora ella y la criada están en la capital, recibiendo clientes. ¿Por casualidad la

conoces?

Piedra Contumaz estaba anonadado.

—Entonces tú tienes que ser Honrado Quan —dijo—. ¿Cómo es que estás aquí?

—Permíteme preguntarte si tú eres Estudiante Véspero.

—Sí.

Ambos dejaron sus esterillas y se pidieron perdón mutuamente. Después

revelaron a Pico Solitario todo lo que había ocurrido y cada uno de ellos confesó sus pecados.

Pico Solitario se desternillaba de risa.

—¡Vaya par de enemigos que sois! Estabais condenados a que tarde o temprano se cruzaran vuestros caminos. Puesto que sabíais cuál sería el

resultado, ¿por qué no os cuidasteis de saldar vuestras cuentas desde el principio? Afortunadamente para vosotros, la compasión de Buda os ha concedido este amplio camino en el que pueden cruzarse los enemigos sin impedimentos ni obstáculos. Si os hubierais encontrado en cualquier otra senda, ahora estaríais

enzarzados en una lucha interminable. En principio, vuestros pecados van más allá del perdón, pero gracias a que vuestras esposas virtuosas redimieron vuestras deudas, una gran parte de la carga ya no pesa sobre vuestros hombros. De lo contrario, aunque cultivarais vuestra conducta a lo largo de diez vidas para no hablar

de una sola, continuaríais condenados al ciclo del nacimiento a la muerte, imposibilitados de escapar a vuestro destino. Ahora rezaré por vuestra absolución e imploraré al *bodhisattva* que prolongue su compasión y os muestre cierta misericordia en favor de vuestras esposas. ¡Piedad para esas pobres mujeres! Las dos eran dignas

de un arco memorial, pero cada una de ellas se vio obligada, por la concupiscencia de su marido, a comportarse como una lujuriosa a fin de redimir las deudas de él. E incluso después de pagar sus deudas en este mundo, deberá redimir algunas más en el otro. En este sentido no debemos preocupamos por

los hombres, ¡pero qué mal emplean estos a las mujeres que redimen sus deudas, mujeres injustamente condenadas a una vida de vergüenza! —Pico Solitario les pidió que se arrodillaran delante del Buda mientras él recitaba pasajes de las escrituras y oraba por su absolución.

—Maestro —lo interpeló

Piedra Contumaz cuando concluyeron las oraciones—, tengo que hacerte una pregunta. En el caso hipotético de que un adúltero tuviera una esposa y una hija, una vez que la primera ha redimido sus culpas, ¿puede librarse la pequeña de tener que pagarlas también?

Pico Solitario meneó la cabeza negativamente.

—Imposible. La única esperanza del adúltero es no tener hijas. Cualquier hija suya será una redentora en potencia. ¿Cómo podría perdonársele?

—Para ser sincero contigo, maestro —prosiguió Piedra Contumaz—, tu discípulo tiene la desgracia de ser padre de dos redentoras en potencia, y

ambas están en casa. Por lo que dices, no serán absueltas. En consecuencia, tu discípulo desea retomar para erradicar estas raíces del mal con la espada de la sabiduría, como si las hubieran ahogado el día de su nacimiento. Este no debe ser un pecado demasiado grave.

—¡Buda Amitabha! —exclamó Pico Solitario, al

tiempo que juntaba reverentemente las palmas de las manos—. ¡Nunca tendría que haber salido de tus labios ni entrado en mis oídos sugerencia tan malvada! ¿Cómo puede siquiera pensar en semejante acción un monje que ha aceptado el mandamiento de no matar? Un lego tiene prohibido matar, ¿cómo puede hacerlo

un monje? ¡Esas niñas todavía están en pañales, y no han hecho nada malo! ¿Por qué delito vas a matarlas? Y si esperas a que *hayan hecho* algo malo, entonces será demasiado tarde para reclamar las deudas que ya habrán pagado. De cualquier manera tu despliegue de violencia sería en vano. ¡Es mucho mejor salvarlas!

—¿Cómo puedo, entonces, solucionar esta cuestión?

—Esas dos no son hijas tuyas —dijo Pico Solitario—. Fueron enviadas por el Señor del Cielo para redimir tus culpas cuando vio el daño intolerable que estabas haciendo. Como dice el proverbio: «Una buena acción perdona mil malas

acciones». Si vuelcas firmemente tu mente en la bondad, el Señor del Cielo puede cambiar su decisión y llamarlas. ¡No es necesaria ninguna espada de la sabiduría!

Piedra Contumaz asintió.

—Tienes toda la razón, maestro, y tu discípulo te obedecerá.

A partir de ese día

Véspero dejó de preocuparse por su familia y consagró todos sus pensamientos al servicio de Buda.

Transcurrieron seis meses más. Un día, mientras Piedra Contumaz conversaba con Pico Solitario en la sala, entró precipitadamente un hombre corpulento al que reconoció enseguida: era Pillo. El recién llegado honró

la imagen de Buda y luego se inclinó ante Pico Solitario.

—Maestro, este es mi hermano de juramento, Par del Pillo de Kunlun —explicó Piedra Contumaz—, a quien a menudo he mencionado. Es el hombre más intrépido de la época, y logra hacer el bien en medio del mal.

—¿Debo entender que es

ese héroe de los ladrones con sus «cinco abstenciones»? —preguntó Pico Solitario.

—Él mismo —contestó Piedra Contumaz.

—¡En tal caso eres un ladrón *bodhisattva*! —dijo Pico Solitario—. ¿Quién soy yo para que me haga reverencias un *bodhisattva*? —estaba a punto de arrodillarse para devolver las

reverencias, cuando Pillo alargó la mano y lo detuvo.

—Si el maestro no está dispuesto a recibir las reverencias de un ladrón —apuntó Pillo—, sólo puedo suponer que se debe a que quieres excluirme de la fe. Tu discípulo puede ser un ladrón, pero tiene un corazón más bondadoso que el de muchos que no roban. La

razón por la que ha venido a esta montaña es doble: visitar a un amigo y presentar sus respetos a un buda viviente. Si te niegas a aceptar mis reverencias, estarás cortando su camino al bien y reforzando su inclinación al mal. Parecería que tuviéramos que ocultar la naturaleza de nuestra profesión y transformamos

en el tipo de ladrones que se esconden en mantos oficiales, dejando de ser de aquellos que entran furtivamente en las casas, y eso nunca ocurrirá.

—En tal caso —dijo Pico Solitario—, no me atrevo a devolverte las inclinaciones.

Después de saludar a Piedra Contumaz, Pillo se sentó e intercambió unas

cuantas observaciones amables con Pico Solitario, tras lo cual pidió a Piedra Contumaz que hicieran un aparte para mantener una conversación privada.

—Le he contado todo al maestro —dijo Piedra Contumaz—. Cualquiera que sea el secreto familiar, puedes mencionarlo en su presencia. De todas maneras,

este buda viviente conoce el pasado y también el futuro, y es imposible engañarlo.

Pillo volvió a sentarse y le relató a Piedra Contumaz las novedades de su familia, disculpándose por haber fallado en sus responsabilidades y haber faltado a la promesa hecha a un amigo. No sólo era inadecuado para que se le

confiara una esposa sino también para que cuidara a unas criaturas, y estaba avergonzado de darle la cara a su amigo.

—Por lo que dices —lo interrumpió Piedra Contumaz —, entiendo que debió de ocurrirles algo a los frutos de mi pecado.

—Así es. Ignoro por qué, pero tus hijas murieron,

ambas al mismo tiempo. No padecían de viruelas ni convulsiones, y dormían pacíficamente cuando ocurrió. La noche de su muerte, las nodrizas oyeron que una voz gritaba en sus sueños: «Las deudas de él están saldadas y vosotras ya no sois necesarias. Volved conmigo». Cuando las nodrizas despertaron, con

sólo tocar a las niñas comprendieron que era demasiado tarde. Hay algo sumamente extraño en todo esto.

Piedra Contumaz no respondió una sola palabra; se acercó a Buda y se inclinó varias veces ante él, y luego hizo lo mismo delante de Pico Solitario. A renglón seguido contó a Pillo cuánto

le había preocupado que sus hijas tuvieran que redimir sus culpas y cómo Pico Solitario le había dicho que, si consagraba su mente a la bondad, el Señor del Cielo podía modificar su decisión y llamarlas.

—Es un golpe de buena suerte —continuó— que estos sujetos del justo castigo hayan sido eliminadas.

Tendrías que darme la enhorabuena, hermano, en lugar de hablar de que no eres digno de confianza.

Ante estas palabras, Pillo sintió que un estremecimiento le recorría la columna vertebral e hizo una pausa antes de proseguir.

—Aparte de las malas nuevas, tengo una buena noticia que debería alegrarte.

—¿De qué se trata? —quiso saber Piedra Contumaz.

—Me sentí muy mal cuando se fugó esa perra de Fragancia. Intenté darle alcance, pero sin éxito. Resultó que la había raptado un sacerdote, quien la mantenía oculta en un sótano. Por pura casualidad la descubrí allí y te liberé de esa raíz del mal. ¿No te

alegras?

—Un sótano parecería un escondite seguro —terció Pico Solitario—. ¿Cómo pudiste encontrarla?

—El sacerdote vivía cerca de un cruce de caminos, donde yo solía robar y asesinar a los transeúntes. Me enteré de que guardaba una gran suma en el sótano, de modo que una

noche entré a robar. Imaginaos mi sorpresa cuando lo encontré en la cama hablando con una mujer cuya voz era idéntica a la de Fragancia. Me mantuve oculto, escuchando, y gradualmente fui teniendo clara la situación. Oí mencionar mi nombre además del de Véspero. Ella dijo que su primer marido

había sido Honrado Quan, quien, aunque un poco grosero, al menos era hombre de una sola mujer, y no tenía otras esposas ni concubinas. Para su sorpresa, cierta persona había ayudado a otra a seducirla y la había obligado a casarse, después de lo cual esta última persona la abandonó y se entregó a una vida disoluta, dejándola

sola en una casa desierta. Por último, físicamente agotado, al volver él se sintió incapaz de asumir sus deberes domésticos y emprendió un largo viaje para eludirlos, sin importarle que su esposa e hijas vivieran o murieran. «¿Por qué he de conformarme con un ser tan infame y descreído?», se dijo ella en ese momento.

Llegados a este punto, no pude contener mi indignación.

Afortunadamente llevaba una espada; hice a un lado las colgaduras y partí a ambos por el medio de una sola estocada, luego encendí una antorcha y lo registré todo en busca del botín. Encontré más de dos mil *taels*, que me llevé y repartí como

consideré más conveniente entre un sinfín de pobres, haciendo numerosas buenas acciones. Permíteme preguntarte, maestro, si en tu opinión, no actué con justicia al matar a esa pareja y llevarme su dinero.

—Merecían morir —replicó Pico Solitario—, pero debía matarlos el Cielo y no tú, digno lego. Y merecían

perder su dinero, pero las autoridades y no tú debían cogerlo. Tu acción es profundamente satisfactoria, por cierto, pero no cuadra con el principio del Cielo ni con la ley, y sospecho que no podrás escapar al justo castigo de tu acto en este mundo ni en el próximo.

—Pero si nuestra naturaleza es acorde con el

principio del Cielo —dijo Pillo—, y sentimos que una acción es profundamente satisfactoria, ¿por qué no cuadraría con la justicia manifiesta del principio? Tu discípulo ha pasado toda su vida como un ladrón sin haberse visto enredado nunca en ninguna dificultad. ¿Me estás diciendo que ahora voy a caer en manos de la ley?

—No es esa la forma de considerar las cosas —dijo Pico Solitario—. Tanto el principio del Cielo como la ley son irrecusables. Quien falta al principio o a la ley no puede salir impune. Su retribución puede llegar temprano, o puede llegar tarde. Si llega temprano, será menos severa, pero si se demora caerá repentinamente

sobre él con una fuerza irresistible. Aquel sacerdote había quebrantado el mandamiento contra la lujuria, y la mujer la ley contra el adulterio, y desde luego el Señor del Cielo los habría destruido. Pero ¿acaso no tiene este al dios Trueno para que lo haga por él? ¿Necesita apelar a un mero mortal para que lo ayude a

matarlos? Y aún en el caso de que lo hiciera, todos los mortales tienen dos manos. ¿Por qué te escogería precisamente a ti? ¿Son tus manos las únicas que saben matar? La autoridad soberana nunca debe prestarse, ni debe permitirse jamás que se desvíe la espada de la autoridad. El Señor del Cielo no puede manejar

personalmente una cuestión tan grave, de manera que se ocupa de que los pecadores mueran siempre en manos de otros pecadores. ¡Nadie, absolutamente nadie, sale bien librado! O sea, que tu justo castigo en el otro mundo no puede evitarse.

»Quizá tu acción sea menos grave y se juzgue con un poco menos de severidad

que si hubieras matado a gente honrada. Pero dado que has ejercido esta profesión toda tu vida, seguramente ahora todos los funcionarios del país conocen tu reputación. Como dice el proverbio: “El hombre que teme adquirir fama de cerdo procure no engordar”. Puedes haber hecho un bien repartiendo el dinero entre

los pobres, pero nadie te creerá; los funcionarios siempre sospecharán que tienes bajo tu casa un sótano secreto donde has escondido el dinero, y tarde o temprano irán tras de ti. Si tuvieras realmente el dinero robado en casa, podrías usarlo para sobornarlos y así salvar el pellejo. Pero no creo que puedas recuperar en breve

plazo el dinero que diste a los pobres, y tu vida correrá peligro. O sea, que también es ineludible tu justo castigo en este mundo. Y el justo castigo demorado puede resultar aún peor que el pecado propiamente dicho.

Pillo siempre había sido un hombre violento, y de temperamento brutal, al que todos temían, de manera que

nunca nadie se había atrevido a darle un consejo moral. Ahora, enfrentado a los argumentos de apremio del monje, se sintió movido por un espíritu de arrepentimiento. No fue necesario presionarlo más; al instante se sintió comprometido a reformarse.

—Reconozco —le dijo a Pico Solitario— que las

cosas que he hecho no se corresponden con las de un hombre bueno o superior. Pero dado que los ricos no están dispuestos a distribuir su dinero, siempre he practicado el principio de quitarles un poco y hacer buenas acciones en su nombre. Cuando robo, pienso en los demás, no en mí. Sin embargo, por lo que has

dicho hice muchas cosas malas para las que el justo castigo es ineludible tanto en esta vida como en la otra. Si me arrepiento ahora, ¿todavía podrías interceder por mi absolución?

Pico Solitario señaló a Piedra Contumaz.

—Sus pecados eran mucho peores que los tuyos, pero dado que volcó su mente

en la bondad, conmovió al Cielo para que recuperara a las hijas que habrían pagado por sus culpas. Esto es algo que has visto con tus propios ojos, no algo de mi invención, de modo que ya sabes si puedes ser perdonado.

Piedra Contumaz estaba encantado de que Pillo tuviera la intención de

consagrar su mente a la bondad. Contó cómo él mismo había rechazado el consejo del maestro tres años atrás y se había dedicado a toda suerte de excesos, y cómo el castigo que sufrió en consecuencia había corroborado las advertencias de aquel al pie de la letra. Instó a Pillo a que siguiera su ejemplo.

Pillo se decidió e hizo las reverencias a Pico Solitario ese mismo día, reconociéndolo como su maestro. Después de la tonsura, se embarcó en un curso riguroso de abnegación y en menos de veinte años alcanzó los frutos de la iluminación. Murió sentado en la posición del buda, como Pico Solitario y Piedra

Contumaz.

Es obvio que no existe un solo hombre que no pueda convertirse en un buda. Sólo en virtud de que estamos tan dominados por el dinero y el sexo no podemos evitar el camino del error y alcanzar la playa de la salvación. Por tal motivo el Cielo está tan escasamente poblado y el infierno tan densamente

abarrotado, por eso el Emperador de Jade no tiene en qué ocupar su mente y el rey Yama está tan ocupado. En un sentido más general, todo se debe a la interposición del Sabio que separó el Cielo y la Tierra. Nunca tendría que haber creado a la mujer ni instituido el dinero, reduciendo al hombre a su

actual estado lamentable. Permitidme ahora sintetizar el caso contra el Sabio con una cita de los *Cuatro libros*: «¿No fue el propio Sabio quién inventó las imágenes de enterramientos[69]?». Confucio empero, condenó el uso de estas imágenes, pues consideraba que estimulaban el sacrificio humano.

CRÍTICA

Mientras al principio del libro estaba agradecido al Sabio, ahora, al final, lo zahiere. Nunca se siente demasiado complacido ni demasiado enfadado al respecto. ¡Este es, sinceramente, un libro que se burla de *todo*! Permitidme

salir en defensa del Sabio con otra cita de los *Cuatro libros*: «Quienes me comprendan lo harán a través de *La alfombrilla de los goces y los rezos*; quienes me condenen también lo harán a causa de *La alfombrilla de los goces y los rezos*».

Notas

[1] Filósofo chino que vivió en el siglo III a. C. <<

[2] Imagen de las víctimas del exceso amoroso. <<

[3] Alusión al perdigón citado por el filósofo Zhuang: «Imagina ahora que un hombre tomara el inapreciable perdigón del marqués de Sui y lo utilizara para disparar a un gorrión a miles de metros de distancia: sin duda el mundo se reiría de él». <<

[4] Últimos reyes de las dinastías Xia y Shang, respectivamente, que fueron célebres por sus escandalosos libertinajes. <<

[5] Legendaria extensión de agua que, aun no siendo muy profunda, no puede surcarse: incluso una pluma, con sólo rozarla, se hundiría. <<

[6] Se refiere al poeta Tao Qian (365–427 d. C.). <<

[7] Es la historia titulada «El monje Brillo de Luna salva a Liu Cui», del libro *Gujin xiaoshuo* (c. 1621). <<

[8] Las pupilas blancas (contraídas) significan desdén, las negras (dilatadas) significan aprobación y placer. Del poeta Rúan Ji (210–263 d. C.) se decía que expresaba su parecer contrayendo y dilatando sus pupilas. <<

[9] Liu Fen fue suspendido por criticar la política del momento. Li Bai es el famoso poeta Li Po o Li Bo (701–762 d. C.). <<

[10] Yue Fei y Guan Yu personificaban el uno el patriotismo, y el otro el honor personal. <<

[11] Ambos encarnación de la belleza masculina. <<

[12] Referencia a la leyenda del monje budista cuyos poderosos sermones movían rocas y piedras. <<

[13] Novela que tomó su forma definitiva en el siglo VII d. C. <<

[14] Otra famosa novela erótica china, escrita probablemente a finales del siglo XVI. <<

[15] Protagonista de la obra teatral china más conocida, *La habitación del oeste (Xixiang Ji)*, de finales del siglo XIII. <<

[16] Zhuo Wenjun, quien se escapó con el poeta del período Han, Sima Xiangru, y cuyos amores fueron muy celebrados en la poesía y el drama posteriores. <<

[17] Célebre poeta (192–232 d. C.). <<

[18] Las «flacas yeguas» aluden a las jóvenes que se exponen a la venta en el conocido mercado de concubinas en Yangzhou. <<

[19] Uno de los Ocho Inmortales del taoísmo. <<

[20] El *Lienu Zhuan*, de Liu Xiang (79–6 a. C.) y el *Nu Xiao Jing*, de la época Tang.

<<

[21] Uno de los *Cuatro libros* del confucianismo, aquí utilizado irónicamente al asociarlo con la rutina, lo corriente. <<

[22] Relación vaginal donde el hombre se sitúa detrás de la mujer. <<

[23] Relación vaginal donde la mujer se coloca encima del hombre. <<

[24] Famoso artista y poeta (1254–1322). <<

[25] Arquetipo del señor feudal. <<

[26] Jing Ke intentó asesinar al primer emperador de los Qin. <<

[27] La Muchacha de Rojo aparece en la narración *Kunlun nu*, de la época Tang. <<

[28] Arquetipo de ladrón, citado en las *Analecta* de Confucio así como en el *Zhuang Zi*. <<

[29] Escobilla Colorada aparece en *Barbacrespa (Qiuran ke zhuan)*. <<

[30] Títulos correspondientes a los candidatos más altos en los exámenes del servicio civil, aquí latinizados y declinados en femenino. <<

[31] Divinidades de la *Rapsodia de Gaotang* (atribuida a Song Yu, siglo III a. C.), y de la *Rapsodia de la diosa del Luo*, de Cao Zhi, respectivamente. <<

[32] Del poema «Jung jie lao», de *Poemas clásicos*. <<

[33] Belleza clásica, imitada incluso en su modo de fruncir el entrecejo. <<

[34] Beldad, consorte del emperador Xuan Zong. <<

[35] Zhang Chang, funcionario de la dinastía Hang, fue célebre por pintar las cejas de su esposa. He Yan, funcionario de la «Época de los Tres Reinos», tenía un rostro tan pálido que el emperador sospechaba de él que utilizaba unos polvos para blanquearla. <<

[36] El rey Xiang fue el protagonista de un romántico encuentro descrito en la *Rapsodia de Gaotang*. Y Pan An, prototipo de belleza. <<

[37] Xue, el fabuloso amante de la emperatriz Wu, tenía la fama de poseer un pene de tamaño extraordinario, según se cuenta en el *Ruyi Jun Zhuan*. <<

[38] El mundo de los muertos.

<<

[39] Juego de palabras intraducible, creado a partir de la coincidencia de pronunciación de las palabras «sur» y «varón», *nan*. <<

[40] Imagen procedente del famoso tratado militar *Sun*.

<<

[41] Esta historia se explica con detalle en el Capítulo decimoséptimo. <<

[42] El carácter *zhong* consiste en un círculo atravesado por una línea recta. El carácter *lü* consiste en dos bocas unidas. <<

[43] La doncella de la narración *La habitación del oeste*, que llevaba los mensajes de los amantes. <<

[44] Personaje célebre por sus críticas a los vecinos. <<

[45] Según se cuenta, dos peces se peleaban entre sí cuando un pescador, aprovechando las circunstancias, pescó ambos a la vez. <<

[46] Zhu era un pobre leñador cuya esposa, harta de la pobreza en que vivían, lo abandonó… justo antes de que él lograra el éxito en la vida. <<

[47] Taisui, dios maligno que preside desde el planeta Júpiter y que castiga a los que violan, aunque sea levemente, los tabúes que él impone. <<

[48] Mujer de una leyenda china que le robó a su esposo el elixir de la inmortalidad y huyó a la luna. <<

[49] Bao, que vivió a comienzos de la dinastía Zhou, fue famoso por el autosacrificio realizado por amistad hacia Guan Zhong. Barbacrespa es el protagonista de la narración del mismo nombre. <<

[50] El texto original omite esta separación entre la narración y la crítica. (*Nota del editor español*). <<

[51] El Monte de Jade y la Balaustrada de Jaspe son moradas de los Inmortales. Las nubes y la lluvia aluden al encuentro amoroso que protagonizó el rey Xiang en el monte Wu. Golondrina era el nombre de una belleza palaciega durante la dinastía Han. El Bosque de Aloes es el pabellón donde se hallaban

el emperador y Grifei cuando supuestamente Li Bai fue llamado para que compusiera sus poemas. <<

[52] Qingming era la fiesta de la primavera, el tiempo de honrar y cuidar las tumbas de los antepasados; en esas fechas tradicionalmente sólo se tomaba comida fría. <<

[53] La expresión se basa en una anécdota del *Shin shuo xinyu*: eran tan hermosos los escenarios de la ruta hacia Shanyin que el viajero quedaba embelesado. <<

[54] Un clásico del confucianismo, al parecer compilado por el propio Confucio y donde expone sus juicios morales. <<

[55] Historiador del siglo VI o VII a. C., cuyos textos se han perdido. <<

[56] Zheng y Wei son las partes de los *Poemas clásicos* que contienen las poesías amorosas más picantes. <<

[57] Zhuo Wenjun fue el padre de Zhuo Wangsun, quien se escapó con el poeta Sima Xiangru por amor. <<

[58] Referencia al joven mensajero de Confucio. <<

[59] El carácter *pin* consiste en tres bocas reunidas y muy próximas. <<

[60] Famoso estratega que contribuyó en la fundación de la dinastía Han. <<

[61] Existió, en efecto, un poeta llamado Lin Bu (967–1028). Nunca se casó, pero plantó ciruelos, a los que llamaba esposas, y crio grullas, a las que llamaba hijos. Además, uno de los términos para designar a una criada es *meixang*, que significa «fragancia de ciruela». <<

[62] Es la historia *El viejo discípulo repara una deuda de gratitud a lo largo de tres generaciones*, de Feng Menglong. <<

[63] Alusión al general Han Xin, avergonzado por que lo parangonaron con Jiang (Zhou Bo) y con Guan (Guan Ying). <<

[64] Según cuenta una famosa leyenda, Wang juró eterno amor a Gui Ying, quien le pagaba además sus estudios; pero, después de que Wang aprobara los exámenes, se casó con otra. Gui se suicidó y su fantasma arrebató a Wang del país de los vivos. <<

[65] «Este del Río» fue el lema de Xiang Yu en su lucha por el imperio durante la caída de la dinastía Qin: tras la derrota decidió volver a empezar de nuevo. La Tierra Pura del Oeste es el paraíso budista, lugar donde la dicha es perfecta. <<

[66] Durante la dinastía Zhou, los estados de Wu y de Yue fueron legendarios enemigos encarnizados. <<

[67] Referencia a Sudhana, cuyas visitas a las deidades ocupan la mayor parte del *Huayan Sutra*. <<

[68] Diosa de la Misericordia.

<<

[69] Cita de Mengs–Tsê. <<

epublibre.org